La ruta de Parsifal

Mi confesión

CRISTINA ALTOBELLI

Cristina Altobelli

La ruta de Parsifal

Mi confesión

Novela

A Victorino Jesús, mi padre

Mi Gran Maestro

Entre mi amor y yo han de levantarse

Trescientas noches como trescientas paredes

Y el mar será una magia entre nosotros.

No habrá sino recuerdos.

Oh tardes merecidas por la pena,

Noches esperanzadas de mirarte,

Campos de mi camino, firmamento

Que estoy viendo y perdiendo…

Definitiva como un mármol

Entristecerá tu ausencia otras tardes.

Despedida

Jorge Luis Borges

Obra Poética

Prólogo

La escritora se sumerge en una exhaustiva investigación sobre la actividad marítima precolombina movilizada por la necesidad de iluminar el mundo misterioso del que procedemos

En sus exploraciones encuentra conclusiones desde las más simples hasta las más elaboradas, de acuerdo a las posiciones de las instituciones y del claustro.

El hilo conductor que elige para este viaje, nace de la tradición oral transmitida por siglos a través de la mitología popular.

Su interés se centra en la gran épica organizada por el papado y compartida con algunos reinos. Juntos convocan a la formación de ejércitos Cruzados para salvar sus territorios de las bandas invasoras y para recuperar Tierra Santa. Estas movilizaciones dieron origen a la formación de La Orden integrada por Los Templarios, abocados también a la búsqueda del conocimiento integral.

En ese mundo de guardianes la escritora encuentra motivación en la

travesía de Parsifal y su extraño arribo a El Fuerte de la Bahía sin Fondo, en la Patagonia Argentina.

Con estos elementos intentó aproximarse a las emociones vividas por "Los Soldados de Cristo" en la recta final de la organización. Durante la travesía el lector descubrirá fundamentos entroncados en la rigurosidad de La Orden.

En el discurso de los personajes encontraremos fortalezas y debilidades, admisiones y retracciones referentes a las interpretaciones de su accionar. La larga travesía a la que se someten los protagonistas y la pérdida del acostumbrado escenario donde desarrollaron sus actividades provocan la búsqueda incesante de la causa y efecto de semejante aventura, la aceptación de sentimientos olvidados y de los reprimidos.

Nos encontramos con elementos realistas y fantásticos en una novela que maneja inmensidades físicas y psíquicas que agregan a su estructura un proceso de exigencias literarias que requieren de un vasto conocimiento combinado con vehemente lirismo.

Oscar Cotignola

Ex - Coordinador de Museos de Salta

Supervisor de la muestra en Argentina

Del artista plástico Boris Lurie

Auspicia Fundación Gertrude Stein

La ruta de Parsifal

"Non Nobis Domine, Non Nobis Sed Nomine, Tuo Da Glorian"

"No a nosotros, Señor, no a nosotros, sea toda la Gloria en Tu Nombre"

Lema de La Orden de Los Caballeros Templarios

Partida

Madrugaba el día diez de octubre del año 1307, de Nuestro Señor, cuando el Capitán Guillaume De Lyon comprobó que las carretas con heno ya habían sido cargadas en los barcos. En el acto ordenó levar las velas y soltar amarras.

Habían transcurrido tres días fundamentales desde el momento en que Aumont saliera de París. Había guiado los carros repletos con la bendita heredad que La Orden, a la cual pertenecía, le encomendara, y que disimulaba bajo copiosas cargas de heno. La flota lo esperaba en La Rochelle o, La Roche, como llamaban a ese

embarcadero de roca, desde donde partieron de forma inmediata.

Eran nueve las naves que el Capitán De Lyon debería guiar por rumbos desconocidos. Las otras nueve habían zarpado hacia el norte, donde serían camufladas para integrar las flotas amigas. La escuadra de La Orden había superado a la veneciana, pero ahora era imperioso desmembrarla.

Todas las naves habían sido encomendadas a Nuestra Madre y Señora. Habían partido con la misión de permanecer al servicio de los seres de buena voluntad.

El capitán se mostró impresionado ante los repentinos vientos del oeste, que aliados con los del norte favorecían la sorpresiva salida hacia el sur. Desde el instante de la partida fueron tantos los hechos asombrosos, que entendieron que nada era casual, todo respondía a una fuerza inmanejable, poderosa, sobrenatural.

–Los céfiros nos protegen. Con seguridad han sido enviados por la Sabiduría Divina –comentó Aumont al Caballero Paul de Lavallén. Maravillados ante la presencia protectora, hicieron la señal de la cruz sobre sus cuerpos salpicados por el agua del mar, hecho que consideraban parte de la bendición que se les renovaba constantemente.

–La naturaleza conoce la valía del cargamento que transportamos, nuestros ruegos han sido escuchados –aseguró mientras observaban el movimiento favorable de las nubes.

–Loado sea Dios –susurraron entre oraciones cargadas de fe, para implorar por mayor protección ante las olas feroces que los expulsaban con saña–. Juntos en oración debemos agradecer por la tormenta inesperada que nos ayuda a proteger la carga que nos ha sido encomendada.

– *¡Dieu le veut!, ¡Dieu le veut!, ¡Dios lo quiere!* –repitieron a coro.

–Durante mis años de navegante, no recuerdo otra ocasión en la que el mar se haya empeñado tanto en desalojarnos de nuestros espacios –comentó De Lyon, mientras acariciaba su larga barba de templario, como si esa acción le ayudara a encontrar alguna solución.

–Algo más para agradecer –dijo Lavallén– para sumar al eterno reconocimiento por haber sido informados con antelación sobre el avance secreto ordenado por el rey, en contra de La Orden.

–Debemos reconocer la presencia del Creador en cada uno de los hechos inesperados que nos han beneficiado para concretar el

plan –afirmó De Lyon–. Todo es parte del designio superior que nos asiste.

–Nos ha favorecido el compromiso de La Orden sobre el poder temporal –opinó Aumont–. Hemos partido en el momento exacto para aprovechar la furia del mar y la buena disposición de los vientos, que nos han apartado del peligro que se cernía sobre los tesoros.

–Nos han arrojado con fuerza de nuestro peñasco, ahora nos guían hacia el sur, el destino planeado por el Gran Maestre –enfatizó De Lyon.

–*Dieu le veut, Dieu le veut, Dieu le veut*… –asentían todos.

– ¿Cómo hacerle saber que su plan ha tenido éxito, que hemos conseguido eludir el peligro y salir de los territorios invadidos por nuestros perseguidores? –preguntó Deneuve, que había permanecido en silencio, con la esperanza de que surgiera alguna idea para comunicar al Gran Maestre el éxito de ese tramo.

–Tal vez los vientos atiendan nuestra petición y le alcancen la fuerza de nuestros pensamientos con una señal, como un mensaje alentador –replicó Aumont, mientras se persignaba.

–La naturaleza es nuestra aliada –intervino De Lyon, mientras se santiguaba–. El Gran Maestre sabrá interpretar las señales que abundan entre el cielo y la tierra.

–Es grande su sacrificio y el de los Caballeros que lo acompañan –afirmó Aumont.

–El riesgo es aún mayor si se entregan como prisioneros –acotó Lavallén– a cambio de un juicio justo…

–Gracias a la Fe y a la valentía que los destaca –observó Deneuve– nos encontramos en vía de concretar el plan…

–Ellos merecen conocer los resultados del plan previsto, a medida que suceda. Debemos llegar a sus santas conciencias, a través del poder de nuestras oraciones, para darles la calma que sus empeños merecen…–señaló De Lyon.

–*Dieu le veut, Dieu le veut, Dieu le veut* –repitieron a coro, tres veces, según la consigna de La Orden.

–Dios te salve, Reina y Madre de misericordia, vida, dulzura y esperanza nuestra; Dios te salve… –empezaron a rezar juntos, antes del oficio de la misa.

Arribo a Portugal

Los embates de las olas que los impulsaban con energía insospechada les ayudaron a llegar antes de lo previsto a las costas de Portugal, a salvo de las fuerzas enemigas. Se sintieron reconfortados, seguros, como si nada hubiera cambiado y siguieran siendo los principales aliados del poder.

Los hechos les habían confirmado que estaban a merced de una autoridad superior, una fuerza intangible capaz de intervenir sobre las intenciones de los hombres y sobre la potestad de los mares. Era el poderío que actuaba sobre la naturaleza y sus torrentes, un mando invisible, incontrolable, el que preservaba la evolución de la humanidad, pero que los gobernantes no habían sabido valorar.

–La furia de los mares nos ha ayudado a cruzar prestos los territorios de mayor peligro –manifestó el capitán, antes de desembarcar.

–Dios se hace presente en cada tramo, nos bendice y alienta con su sabiduría omnipotente –respondió Deneuve–. Por su Gracia hemos llegado salvos a los dominios de Dionisio El Bueno.

–Loado sea Dios –repitieron juntos, a modo de rezo.

***

Desembarcaron en las costas de Portugal, *Port-O-Grial*, *Puerto del Grial,* o *Puerto de la Sangre Real,* con la certeza de quien llega a la casa de un amigo entrañable y fiel. A pesar de la sensación de haber recuperado la libertad, sin asedios, ni temores inmediatos, eran conscientes de las limitaciones temporales. Primaba la urgencia de cumplir con la promesa realizada al Gran Maestre. El juramento que hiciera Jacques de Molay, de enfrentar las acusaciones, de resistir en paz y en silencio, junto a los Caballeros que lo acompañaban, había resultado determinante para protegerlos mientras huían a través del mar. Todo se había planeado para darles tiempo a trasladar los verdaderos tesoros, para sacarlos del acoso de quienes los pretendían para su beneficio propio y no para el de la humanidad entera.

Cuando ingresaron al Río Tajo, compartieron un enorme alivio. El avance por ese cauce amigo les permitía saborear con plenitud la libertad que extrañaban desde el anuncio de sus desventuras.

– ¡Dios sea loado! –gritaron todos apenas divisaron las nueve torres erguidas entre las poderosas murallas del Castillo de Almourol. Era un gran vigía levantado sobre la cumbre de la isla de granito para defensa de la Abadía Claraval, la primera fundada por

San Bernardo, Padre de La Orden. Su reflejo sobre la corriente acrecentaba el desafío de sus casi veinte metros de altura. Como otras veces, se sintieron sobrecogidos ante esa fortaleza construida sobre ruinas fenicias y romanas, según lo dispuesto por Alfonso I.

– ¡Bendito seas, Señor Nuestro! –era la ovación que los caballeros elevaban al Creador, una y otra vez, mientras besaban el suelo de roca. Entre todos agradecían por ese espacio donde podrían permanecer libres por un tiempo, como cuando La Orden tenía la facultad de fiscalizar todo lo que ingresaba por ese ancladero.

– ¡Gracias Madre y Señora Nuestra! –repetían mientras se santiguaban numerosas veces hasta que quedaron tumbados en el suelo, de espaldas al cielo, con los brazos extendidos, a modo de cruz, para sentir el contacto de sus latidos con la tierra que los bendecía con su protección.

Castillo de Almourol

De cara a las murallas y sus torreones, la leyenda trágica del castillo se presentó ante la memoria de los recién llegados. En ese momento de decisiones repentinas, a raíz de traiciones impensadas, dejó de ser solo una historia transmitida por años, para conmoverlos de manera inusual.

Durante aquella madrugada, en lo alto de la Torre del Homenaje, se sintieron rumores extraños. Las sombras que se habían filtrado tras los doseles, despejaron el sueño del Emir, quien apartó los velos y se dirigió a las ventanas de sus aposentos. Su mirada fue directa al cielo, esa pizarra donde encontraba las respuestas a sus consultas, a través de los astros y de los fenómenos celestiales. Se extrañó ante el cielo limpio, sin nubes tormentosas que hubieran podido provocar su malestar. A pesar de la ausencia de la luna, cierta claridad le permitió distinguir algunos movimientos indebidos en los patios del castillo. Pudo ver que sus guardias habían sido reducidos por tropas enemigas, las que tenían tomada la alcazaba. En ese momento entendió que eran soldados ajenos quienes lo despertaron como sombras, que ya se habían corporizado y empuñaban armas sobre su espalda.

De inmediato pensó en Alba, su hija, que descansaba en los aposentos vecinos, donde seguramente estaría rodeada por los soldados enemigos.

– ¡Por Alá!, dejadme ir a los aposentos de mi hija –pidió a los soldados, sin resistirse al ataque, mientras los miraba a la cara. Los hombres accedieron, aunque no dejaron de apuntar con determinación a su cuerpo indefenso.

Durante su entrada precipitada a los aposentos de Alba, pudo ver la desesperación en ese rostro amado. Su pequeña Alba, huérfana desde pequeña, era la luz de sus días, su consentida. Era la niña a quien complacía cualquiera de sus pedidos, hasta el de sus salidas a cabalgar por fuera del fuerte. De pronto la vio transformada en una hermosa jovencita, con los ojos llenos de lágrimas. Con el desengaño que solo produce la confianza incondicional del amor, Alba miraba directamente al caballero parado frente a ella, que era quien dirigía el ataque.

–Discúlpame padre, he traicionado tu confianza –le dijo al Emir, sin retirar los ojos del soldado–. Ahora sé que te he defraudado y entregado a nuestro pueblo al enemigo. He revelado la existencia de los pasadizos secretos para la entrada al fuerte, también le he comentado sobre el túnel que cruza bajo el lecho del río. Se lo he confiado a quien creí que me amaba –dijo antes de lanzarse de forma precipitada al vacío, desde la ventana más alta de la torre de los honores.

El caballero al cual la joven se había referido permanecía firme, con la mirada estática, sin emoción, ni intención de algún gesto para detener el sacrificio de Alba. El Emir entendió su peor derrota y decidió seguir los pasos de la princesa.

Nadie supo si aquel soldado se había enamorado de la princesa o si su relación había sido una simple estrategia de combate. Desde el instante de la tragedia, la princesa y su padre vuelven a precipitarse una y otra vez, desde la punta de la torre más alta, frente a quienes se conmueven ante semejante drama.

Río Tajo

Pasado el tiempo de las reposiciones y cargas, los navegantes volvieron a zarpar. Siguieron avanzando por la línea del Tajo hasta que divisaron las torres cuadradas y las circulares de la doble muralla erigida sobre la colina del Castillo de Tomar.

– ¡Muerte al enemigo! ¡Gloria a Nuestro Señor! –gritaban los caballeros con gran entusiasmo, reviviendo los enfrentamientos armados en contra de los sarracenos.

–Non Nobis Domine, Non Nobis Sed Nomine, Tuo Da Glorian –repetían con fervor, mientras descendían a tierra.

–Dieu le veut, Dieu le veut, Dieu… –invocaban todos juntos, con la emoción producida por el trance por el que atravesaban, en tanto se persignaban y recibían las bendiciones de bienvenida, antes de cruzar el gran portal.

Castillo de Tomar

El capitán Guillaume De Lyon encabezó el ingreso al Castillo de Tomar, a través de La Puerta de la Sangre. Los caballeros lo

seguían sin dejar de emitir vítores, como si de esa manera renovaran el triunfo obtenido por las tropas de los cruzados, frente al califa Yusuf II. A pesar de la reciente algarabía empezaban a revelarse vestigios del remordimiento entre quienes descubrían el daño causado en defensa de sus ideales.

Ante el sabor de la traición que padecían, empezaron a vislumbrar otras facetas del triunfo, a reaccionar frente al dolor ajeno, el cual les había permanecido velado tras el fervor de las conquistas.

Los pasos y las voces retumbaban, se ampliaban dentro del Convento de Cristo, donde los integrantes de La Orden recibían la bendición del Abad. Ese recinto octogonal, ubicado en el centro del fuerte, reflejo del Santo Sepulcro de Jerusalén, abrazaba a los hermanos templarios que, en respuesta a la convocatoria del Gran Maestre, habían viajado desde los centros más distantes de La Orden. Allí se sentían custodiados por las imágenes de los patriarcas, las reproducciones del Toisón de Oro, del Arca de la Alianza y de tantos otros tesoros. Los símbolos de La Orden y los laberintos se hallaban impresos en los pilares, las paredes, el piso. En lo alto de los muros y en los techos se divisaban unos frescos bellísimos que reflejaban escenas fundamentales de la humanidad. Otros hechos estaban representados en los vitrales, desde donde eran movilizados por los rayos del sol, que trasladaba sus formas coloridas por todo el recinto y las reflejaba sobre las túnicas blancas de los visitantes, provocándoles la sensación de que estaban siendo acompañados por los protagonistas de aquellos acontecimientos gloriosos.

Los archivos secretos, los tesoros acumulados en Tomar, más los que llegaban desde otros territorios, fueron cargados en las embarcaciones a medida que arribaban. Eran resguardados en el único camarote que tenía cada nave, destinado para las cargas valiosas. Serían protegidos con el mismo celo con que habían sido custodiados desde siempre. El capitán Guillaume De Lyon, escribiente y fiel consejero del Gran Maestre, sería el guardián de gran parte de la biblioteca más codiciada de esos tiempos.

De Lyon estaba maravillado por el privilegio de atesorar los mapas y los registros de las rutas recopiladas desde los fenicios. Los revisaba una y otra vez, efectuaba controles, comparaciones, hacía cálculos, recopilaba los datos obtenidos a través del tiempo sobre las incursiones por Oriente y los desembarcos en tantos otros puertos. Muchos tesoros y testimonios de vida les habían sido encomendados.

Dedicaba horas a analizar con detenimiento las cartas de mar trazadas por los caballeros que los habían antecedido. Entre esos testimonios se destacaban las expediciones compartidas con los extraños viajeros que habían arribado a La Rochelle, desde el otro lado del mar. Ese contacto había sido fundamental, había cambiado la historia de La Orden, había influido en los procesos de evolución de gran parte de la civilización, aunque ésta no lo sospechara. Guillaume leía con afición los cuadernos de viaje que reflejaban los diálogos inaugurales entablados durante los inicios de aquella relación fundamental.

La Rochelle

–Venimos por agua dulce, víveres y abrigos, ya que seguiremos viaje hacia el norte –había dicho con cierta brusquedad, a modo de presentación, el anciano navegante que comandaba el grupo, según se leía en los escritos.

–Hemos de resistir los vientos helados, que tenía olvidados y que habremos de soportar hasta llegar a las tierras de mis orígenes –afirmaba con dificultad, en representación del grupo, entre señas y palabras sueltas, dichas con esfuerzo memorioso. Llamaba la atención la piedra caliza que lucía en su pecho, como la usada por los navegantes de los pueblos del norte. La tripulación, en su mayoría de piel oscura, permanecía en la nave, similar a un drakar, lo que provocaba más extrañeza.

Los guardianes de La Orden, a cargo de La Rochelle, escuchaban expectantes, con respetuoso silencio, mientras observaban cada movimiento de los visitantes. A pesar de haber recorrido grandes extensiones y contactado a pueblos de razas diversas, no lograban identificar la procedencia de esos hombres, de apariencia incomparable. El idioma les resultaba extraño, como la nave, similar a las fabricadas por los pueblos vecinos.

–Nos dirigimos al norte, a reunirnos con la gente de mis orígenes –dijo el líder, con la misma aspereza, pero con el ánimo de ser atendido–. Hace demasiado tiempo me he alejado de estas tierras; son incontables las lunas que han pasado desde que he abandonado el hogar de mis mayores –amplió mientras depositaba unos bultos sobre las mesas.

–Venimos desde una tierra nueva, muy lejana, bañada por el sol, desconocida por ustedes. Nos dirigimos hacia el norte, a donde el sol no tiene la fuerza suficiente para derretir el hielo. Necesitamos provisiones para llegar a nuestro destino, para visitar a los abuelos y a la familia que he dejado hace tanto tiempo, con la promesa del regreso. Después

de haber vivido tantas lunas he vuelto con mis hijos, y sus hijos. A este viaje lo hemos planeado juntos, durante largos días y noches. Nos queda un largo tramo para llegar a mi tierra –insistió, mientras mostraba algunos trozos de plata y otros pequeños de oro, bajo la mirada maravillada de sus anfitriones.

–Este es el anticipo por vuestros servicios –había dicho con voz firme, ante el asombro de los custodios del puerto–. Después de años de haber naufragado por los caminos que llevan a Vinland, y de haber sobrevivido en tierras muy lejanas, desconocidas y generosas, vuelvo al lugar de mis orígenes, para presentar a la familia que me ha acompañado todos estos años y a los amigos a quienes debo la vida, con los que he compartido tantas experiencias –aclaró tratando de suavizar sus modos.

–Queremos ofrecer la posibilidad de compartir las tierras que me han amparado todo este tiempo –siguió diciendo, mientras sus compañeros de piel y de cabellos oscuros pretendían seguir sus movimientos desde una barcaza cercana. Tenían el torso desnudo, incluso las mujeres, cuyo atavío consistía en pinturas de colores brillantes, reflejos de los frutos y de los pájaros que poblaban las tierras de donde provenían, según decía el guía, además de numerosos collares de semillas, plumas, pezuñas y hasta algunos pequeños cuernos.

–Es claro vuestro interés por nuestros metales –había dicho el viajero, al que los hombres que lo acompañaban llamaban Alt–. Podemos ofrecerles más riquezas, tenemos suficiente como para calmar la saciedad que se adivina. Estamos dispuestos a entregarles las cantidades que ansían para vuestros menesteres.

–A cambio de esos bienes –continuó frente a la evidente sorpresa de sus anfitriones– necesitamos guías y maestros artesanos que quieran acompañarnos a las nuevas tierras para enseñar el oficio, para ayudarnos a levantar los pueblos con sus templos.

–En un tiempo no tan lejano, cuando hayamos calmado el ansia que nos anima y compensado la añoranza de los mayores, que han de creerme desaparecido por siempre, habremos de volver por estos sitios.

De retorno a las tierras del sol, nos presentaremos ante vosotros. Entonces habrán de tener una respuesta cierta para lo que acabo de ofrecerles. Tendréis que saber si contáis con maestros de oficios interesados en acompañarnos a cruzar el mar y permanecer en aquellos poblados, enseñando sus habilidades, hasta que podamos montar un nuevo viaje de retorno, con las cargas prometidas.

O tal vez queráis disponer de una nave que acompañe nuestro rumbo –había sugerido, antes de partir– para que podáis decidir el momento de vuestro regreso.

Relación con los extraños navegantes

Esas tribus conocedoras del mar habían sido desviadas de sus rumbos por los ímpetus inesperados de la naturaleza que los acercó a destinos tan insospechados como pródigos. Ahora eran ellos quienes les ofrecían la buenaventura de compartir esos vientos, sus rutas, conocimientos y glorias.

La Orden, impulsada por la curiosidad y la necesidad de negocios, había decidido aceptar la propuesta de los viajeros y depositar en ellos toda la confianza para acompañarlos hasta esas tierras extrañas, imposibles de imaginar. Era el momento de descubrir otros vientos de buenaventura, los que esos avezados marinos dominaban, para aprender de sus vivencias y saberes.

–Hemos dispuesto una nave para acompañar vuestro rumbo –les habían anunciado a los viajeros cuando regresaron, de camino a las tierras de sus odiseas. Llegaban acompañados por otro navío, muy bien equipado y tripulado por gente del norte, que se había sumado a la aventura de dejar sus tierras gélidas, para buscar las del sol intenso y sus efectos generosos.

El interlocutor era otro. El anciano Alt había fallecido en la tierra de sus orígenes. Su cuerpo, junto a sus pertenencias, había sido entregado al mar. Había partido en un drakar construido por sus propias manos, para reunirse con el espíritu de su mujer, según se los había solicitado en numerosas ocasiones.

–Tenemos los maestros decididos a seguiros en la travesía que nos habéis ofrecido. Han de trasladarse en una de nuestras naves, para retornar con libertad, cuando hayan cumplido con la misión, trayendo la carga prometida –había sido la respuesta a los viajeros, que esta vez lucían pieles, abrigos y llevaban cascos con cuernos y serpientes, ornamentos propios de las tradiciones que habían recuperado.

Ese había sido el comienzo de las transacciones con los pueblos de aquellas tierras tan lejanas, diferentes, desconocidas para la tripulación. Los inicios habían quedado plasmados en esas cartas de mar que le absorbían tantas horas de análisis.

Ahora se dirigían a recuperar las relaciones obtenidas en aquellas tierras lejanas. Iban impulsados por la necesidad de ocultarse de la civilización por la que miles de caballeros habían dado la vida, la misma civilización que había enfermado de ambición desmedida.

Gran Maestre

–Debéis saber que el rey Dionisio me ha confirmado que el

Gran Maestre y sus colaboradores han actuado según lo convenido antes de nuestra partida –anunció De Lyon con gran emoción, ante los hombres que callaron de repente.

–El viernes trece de octubre pasado –continuó– nuestros caballeros se han entregado, sin resistencia alguna, a las fuerzas enviadas por Felipe IV, con la autorización del Papa Clemente V. Los Caballeros han actuado según lo planeado, para darnos tiempo a zarpar.

Los Caballeros presentes en el territorio de Francia se han entregado sin resistencia, con la intención de distraer a las fuerzas enviadas por el rey. Sin embargo, los que se encontraban fuera de Francia han resistido el avance de las tropas que pretenden destruirnos.

– ¡Viernes trece! –Expresó Deneuve sobrecogido por la impresión–. Jesús ha sido crucificado un viernes trece… –comentó mientras se persignaba.

–Viernes trece… –repitió Marchant–. Fecha lamentable para los cristianos.

–Viernes trece… –se conmovió Lavallén–. Será recordado como el día de las grandes injusticias, de los atropellos.

–Dios nos ha reconfortado con su amparo –se apuró a decir De Lyon para evitar mayor congoja–. Ahora debemos cumplir lo prometido –amplió con gran decisión, a sabiendas de que al salir del puerto de Tomar deberían concretar el primer desmembramiento de la flota de nueve embarcaciones.

– *¡Dieu le veut!,¡Dieu le veut!, ¡Dieu le veut!* –repetían todos, como preludio de la próxima despedida, con la emoción que les provocaba enfrentar el gran desafío de continuar con el plan delineado por el Gran Maestre.

Accidente

Durante el transcurso del último oficio religioso que reunía a todos los caballeros, se sintió un estruendo que provenía del fondo de la capilla. Mientras se persignaban, se apuraron a apartarse del cuerpo de Gerald, que había caído desvanecido sobre el piso y sufría numerosas convulsiones. A las jaculatorias que muchos empezaron a rezar, se sumaron las expresiones de sorpresa y desagrado, en tanto Guillaume avanzaba presuroso hacia Gerald y les pedía que se alejaran aún más. Por haber estudiado a Maimónides, De Lyon sabía que esos síntomas exigían brindar aire fresco y tranquilidad, a quien los estaba padeciendo.

–Es un simple malestar provocado por las comidas, aunque también es probable que se deba a las complicaciones por las que atravesamos y nos preocupan sobremanera –comunicó apenas superado el trance–. El caballero se ha confesado, ha recibido la comunión y mi bendición. Os aseguro que no sufre de la posesión del maligno, ni de las fuerzas del mal.

–Deberás alimentarte solamente con verduras y frutas hervidas por varios días, Gerald –le dijo tranquilizador, mientras le palmeaba la espalda.

Ante los numerosos comentarios y la evidente desconfianza generada entre sus compañeros, que no se animaban a acercársele, Gerald desistió de ir a Escocia, y eligió quedarse cerca de la protección de Guillaume.

Primera despedida

–Ha llegado el momento en el que deberéis partir hacia el destino acordado en París, para cumplir con el cometido que hemos jurado, por el bien de la humanidad entera –anunció Guillaume al finalizar el almuerzo.

Nos enfrentamos a la primera separación de esta escuadra. Las tres naves han sido destinadas a las tierras de Robert Bruce, con quien compartimos la amarga experiencia de la excomunión.

Sois los representantes del espíritu templario, por lo que deberéis corresponder a su generosa hospitalidad y brindar asistencia a todo aquel que lo necesite. Dadas las circunstancias, y por un tiempo, deberán permanecer atentos, entre las sombras, dispuestos a presentarse para brindar el apoyo necesario, con el arrojo y la fuerza que la situación demande.

Han sido bendecidos con la posibilidad de seguir los pasos de José de Arimatea, en la Glastonia, por lo que habrán de disfrutar del beneficio de visitar la primera iglesia cristiana de las islas, la que él mismo fundara.

Acaso alcancen a percibir, entre la bruma, la magia de Merlín, el poder del rey Arturo, y tal vez lleguen a escuchar de buena fuente la leyenda de amor entre Ginebra y Lancelot.

Les ha sido asignada la oportunidad de seguir integrando y colaborando, aunque sea entre penumbras, con la civilización que nos ha expulsado.

Es fundamental que permanezcamos unidos en espíritu, decididos a proteger el patrimonio que nos ha sido encomendado y

a defender la libertad de pensamiento. Han de sumarse a las filas de otros excomulgados y herejes. Marchad en paz, seréis bien recibidos entre la bruma de las costas protectoras.

Cuando llegue la madrugada deberemos separarnos, a sabiendas de que nuestro sacrificio favorecerá a toda la humanidad. Nuestros corazones estarán plenos de gozo ante tan merecida distinción. Marchad con Dios, nobles Caballeros –dijo el capitán, mientras les daba su anticipada bendición.

Flota de Aumont

–Nuestro Padre del Cielo, nos guiará por los caminos de la buenaventura –les dijo de madrugada, a modo de despedida– para cumplir con la misión que nos ha sido encomendada. Él defenderá nuestras almas y cuerpos. Dios nos brindará su amparo –decía con la convicción absoluta que le brindaba la Fe que lo embargaba, mientras luchaba contra las lágrimas que le nublaban los ojos y desfiguraban su visión, a punto tal que le pareció ver una extraña silueta, pero que, a pesar de sus esfuerzos, no llegó a distinguir.

–Non Nobis Domine, Non Nobis Sed Nomine, Tuo Da Glorian – rezaron a coro, con íntimo fervor y lo repitieron tres veces con gran fuerza y vigor en honor a San Bernardo, motivador y fundador de La Orden.

– ¡Loado sea Dios! –repitieron tres veces.

–Dios te salve, Reina y Madre de misericordia. Dios te salve, a Ti llamamos los desterrados hijos de Eva, a Ti…–oraban juntos, con gran convicción, antes de zarpar hacia los respectivos destinos.

La flotilla integrada por las tres naves de menor envergadura, guiadas por Aumont, debía dirigirse hacia los puertos de Escocia, que permanecía bajo el dominio de Roberto Bruce, excomulgado tiempo atrás. Así se concretaba la nueva fragmentación de la flota que había maravillado al mundo.

Era el grupo que menos sufriría el destierro, ya que se dirigía a los orígenes de la Iglesia de Cristo. Volverían sobre las huellas dejadas por José de Arimatea, caminarían por sus sendas y llegarían hasta los refugios de tantos desterrados, a través de los tiempos.

El hecho confirmaba como irreversible el quebrantamiento, tan doloroso y temido por los caballeros que deberían marchar hacia distintos destinos para cumplir con el plan del Gran Maestre.

Sin permitirse ningún signo de debilidad, el capitán De Lyon, a cargo de la flota mayor, ordenó virar hacia el rumbo opuesto,

mientras intentaba apartar de sí esa visión que volvía a perturbarlo.

Capitán y Escriba

A pesar de haber sido uno de los autores del plan, Guillaume se sentía dominado por el dolor que le provocaba la fragmentación de la flota, consecuencia de la intempestiva disolución de La Orden. No podía evidenciar su padecimiento, se sentía obligado a sostener una coraza para evitar el contagio de sus angustias.

En los momentos de inconfesable soledad interior, Guillaume retomaba su función de escriba de La Orden y volcaba en el papel sus tormentos más profundos, como el provocado por la reciente despedida del contingente a mando de Aumont. Al levar velas hacia los territorios aliados, daban por cumplido otro capítulo del plan.

Los tripulantes de las naves que habían partido rumbo noroeste desconocían el contenido de los cofres que transportaban, bajo el juramento de inviolabilidad, y con la promesa firme de que serían entregados a las personas designadas. Era parte del hermetismo pactado por la trinidad formada entre Jacques de Molay, Dionisio de Portugal y el propio Guillaume, como escribiente, consejero y capitán de la flota. Los detalles del tesoro y el destino de cada una de las partes, permanecería sólo en las mentes del triduo que había organizado la partida, con el juramento indeclinable de no darlo a conocer, ni dejar rastros.

El rey de Portugal era el único depositario de las cartas de mar, en las cuales, a través de consabidos códigos, habían sido detalladas las rutas por las que cruzaría cada contingente. Dionisio era parte del hermetismo que había caracterizado a La Orden, además de ser un pilar incorruptible y poderoso. Era el único capaz de resguardar los mapas en los que habían registrado el verdadero destino de los tesoros y de la vida de sus guardianes. Era el custodio y propietario de esa valiosa información, en extremo sensible, para el futuro de quienes los sobrevivieran. La humanidad, por medio de sus integrantes más evolucionados, iría descubriendo las partes del tesoro desmembrado. Esa tarea demandaría muchas etapas a concretar, a través de los tiempos, según la evolución de los pueblos.

Canarias

La flota mayor siguió hacia las islas Canarias, frente a la costa de África, donde se reunieron con los Caballeros de esa delegación y con los de las islas vecinas.

–Reynaud de Provins ha sido detenido por la Guardia Real, al llegar a *La Grange-aux-Dimes*, El granero de los diezmos, junto a

los Caballeros que lo acompañaban –era la novedad recibida desde el Continente Europeo.

–No opusieron resistencia. Siguen firmes en su postura impenetrable, tal como habían jurado.

–El juramento que sostenemos, en cada uno de nuestros actos.

–Dieu le veut, Dieu le veut, Dieu le veut… –repetían los caballeros, mientras se santiguaban una y otra vez.

Noticias de Provins

–Deteneos Caballeros. Deberéis acompañarnos, en nombre del Rey –había ordenado el guardia al mando de una delegación de soldados, según les relataba el enviado, a quienes salían de La Grange-aux-Dimes, el edificio de La Orden, ubicado en el centro de Provins.

– ¿Cuál es vuestra inquietud? –se había interesado Reynaud, con cuidada indiferencia, en tanto eran escoltados.

Mientras se entregaban sin resistencia, pero con el acostumbrado hermetismo, otros integrantes de las delegaciones de la zona habían desaparecido misteriosamente, sin dejar rastros que pudieran servir a los representantes del rey. Los habitantes no se extrañaban ante esas repentinas evaporaciones, todo era parte de los misterios de la región y de la leyenda "Provins no tira la toalla".

Detenciones

– ¡Válgame, Dios! Reynaud de Provins ha sido detenido por la Guardia Real, junto a sus hombres… –exclamó Guillaume, apenas encontró su voz y enfrentó la mirada del comandante De La Fontaine.

–Reynaud…, casi mi hermano, mi compañero de juegos, de sueños, de infancia compartida junto a Charles… –comentó mientras se alejaban del grupo y luchaba por apartar de su mente a la extraña presencia que percibía cerca, desde hacía varios días.

–Formábamos un trío inseparable. Componíamos una fuerza única, irrepetible, feliz –amplió.

Lavallén se acercó alertado por la palidez que se reflejaba en el rostro del capitán.

–Desde nuestra primera infancia soñábamos con integrar las filas del Temple, con sumarnos a La Orden como una fuerza de tres. Nada nos entusiasmaba más que llegar a defender los territorios santos, en favor de la Iglesia. No podíamos concebir otros proyectos que fueran independientes de la Fe; en ella volcamos nuestra

vocación y por ella partimos juntos a enfrentar nuestra primera misión, la prueba decisiva para el ingreso a las filas –siguió diciendo Guillaume, mientras frotaba sus brazos para compensar los calofríos que le provocaba la impresión.

–Reynaud, Reynaud, Rey…–seguía nombrándolo en tanto se tapaba la cara, como si buscara evocar su figura con mayor nitidez.

–Acaso algunas de las escenas que habíamos imaginado durante nuestros juegos de la infancia, cuando soñábamos con pertenecer a las formaciones de los Caballeros del Temple, llegaron a cumplirse, quizá resultaron una premonición… claro que –reflexionó visiblemente apenado– durante aquella etapa de valiente inconsciencia, no había espacio para traiciones, tampoco existía quien intentara doblegar el impulso de nuestras voluntades.

Guillaume se desesperaba tratando de recordar algunos de los finales inventados durante aquellas representaciones infantiles, que habían sido muchas, diferentes, aunque en todas resultaban vencedores. Aquellos desenlaces triunfalistas eran los que necesitaban concretar en esta encrucijada definitiva. Seguramente Reynaud lo habría considerado cuando imitó el ejemplo del Gran Maestre y se entregó pacíficamente, con la esperanza de hacer realidad el gran epílogo que perseguían.

Eran demasiados recuerdos, todos empezaban a mezclarse en su memoria atormentada, a causa del devenir insospechado, provocado por tan delicada misión. Le resultaba imperioso ordenar su memoria, armar ese rompecabezas que amenazaba con quebrar su cordura.

Decidió escribir su interpretación de los hechos, según los registros que había encontrado para transmitirlos a quienes fueran a acceder a sus archivos.

Recuerdos

–A pesar de su empeño –empezó a leer a sus compañeros de viaje, mientras intentaba apartar esa presencia invisible que lo perturbaba desde hacía varios días– *Charles, el otro integrante de nuestro trío, no había sido admitido para integrar las filas de La Orden. Empero sus esfuerzos y humillantes ruegos, habían pesado más sus impedimentos físicos, su figura esmirriada y su falta resistencia para enfrentar los duros embates a los que estaríamos expuestos.*

Los tres sentimos el quiebre de nuestra ilusión, pero Charles había sido el más afectado. El rencor se hizo presente entre sus emociones más desagradables, para anidarse en él y en todos sus gestos, como los de su rostro, que evidenciaban su personalidad resentida. La

flor de lis, el símbolo elegido para representar la honorable trinidad que nos unía, se había malogrado; uno de sus pétalos se había quebrantado. Con ella habíamos intentado imitar a Clodoveo, el noble Merovingio y rey de los Francos, que la había escogido como símbolo de la realeza y de la Santísima Trinidad.

De Lyon dejó de leer para agitar sus manos sobre la frente, como si quisiera apartar algo muy molesto, acaso un insecto, imposible de imaginar en esas soledades rodeadas de agua salada. Miró a su alrededor para averiguar qué era lo que lo había interrumpido, sin que lograra obtener una explicación.

Segunda despedida

–Estas últimas noticias nos han demostrado que la persecución, a la cual nos vemos sometidos, se ha tornado indeclinable. Ha llegado la hora de la despedida final –concluyó De Lyon, a sabiendas de que deberían enfrentar la próxima separación.

Era la flota destinada a costear, rumbo al sur, el enigmático continente del otro lado del Mediterráneo, donde predominaban las razas oscuras, los colores más diversos, los climas y las sensaciones extremas que brotaban de las selvas y de los desiertos convivientes en ese territorio. Deberían ir abordando a las delegaciones que permanecían fieles a La Orden, contactarlos y sumar estrategias de defensa. Eran los designados para custodiar otra fracción de los tesoros, aunque para ello podían considerar la posibilidad de dispersarlos por los desiertos, templos, túneles, o en el interior de aquellas cuevas antiquísimas, disimuladas por el paisaje. Habrían de contar con los nativos que permanecían fieles a la organización, conocedores de las zonas más secas, de los envoltorios propicios, de las urnas o tinajones para la conservación, según lo que sus costumbres milenarias mandaran. Todo había sido dispuesto para asegurar el servicio a la humanidad, hasta que el Padre Creador lo decidiera.

–Dios será nuestra única escolta –fueron las palabras contundentes con las que el capitán De Lyon se había dirigido a los tripulantes de las naves, próximas a partir, a cargo del capitán De la Fontaine. Eran los destinados a rumbear por esa tierra de mixturas. Esa frase reafirmaba el desarme final de la flota y el de La Orden. Era el broche final de la disolución tan resistida como increíble para quienes la habían sostenido por generaciones de casi dos siglos, sobre principios de servicio, de fidelidad, para el bien de todos, sin distinción alguna.

–*Non Nobis Domine, Non Nobis Sed Nomine, Tuo Da Glorian* – repitieron a coro, tres veces, en memoria de San Bernardo.

– *¡Dieu le veut, Dieu le veut, Dieu…!* –rezaron tres veces, con fuerza inaudita y volvieron a decirlo tres veces más… y otras tres, hasta que se convencieron íntimamente de que ése era el saludo final, la despedida definitiva.

No hubo palabras de adiós, bastó un cruce de miradas seguras, reflejo de los objetivos encomendados por lo más noble del espíritu, según los juramentos que los habían movilizado.

Mar Tenebroso

–Giro rumbo sudoeste –ordenó De Lyon a la flota de tres naves que quedaba a su mando. No había emoción en su rostro curtido, imperturbable, como su compromiso.

–Hacia el Mar Tenebroso –afirmó con exagerada convicción, para evitar cualquier atisbo de duda, mientras se alejaban por rumbo opuesto a las otras tres naves que habían partido hacia ese enigmático territorio de arenas y selvas.

En el mundo civilizado, el mismo que los había desterrado, no había quien osara navegar las aguas profundas y contaminadas de fieras acuáticas, a las que se dirigían. De Lyon tenía otras convicciones, a raíz de las experiencias que lo llevaban a aprovechar la corriente cálida, con la seguridad de que llegarían hasta las tierras de la libertad, que La Orden conocía muy bien, a pesar de las creencias de la época.

La travesía sería larga, mucho más que cualquier otro viaje de los acostumbrados por la tripulación. Vendrían días de espera encadenada entre la paciencia obligada y el objetivo final. El espíritu del legendario Parsifal, valeroso aventurero, se presentaba para alentarlos con sus ejemplares epopeyas, en cada momento de duda o de velado temor.

Cuando lo que quedaba era esperar el devenir de los días, se les hacía cada vez más presente la tierra de sus orígenes, en tanto que, como una gran paradoja, ellos mismos alimentaban la distancia que los alejaba tramo a tramo de la civilización hacia la meta prometida. Las imágenes de los seres queridos se les presentaban hasta en sueños para reclamarles por sus desapariciones repentinas, las que superaban la leyenda de “Provins no tira la toalla”. Esta vez no habían mandado avisos, saludos, ni señales; era como si se hubieran evaporado, o diluido en el mar. Los habían dejado sin una palabra, sin despedidas, sin los mensajes que todavía debían estar esperando, pero que de ningún modo podrían hacerles llegar.

Todos tenían la certeza de que sus familias y amigos

seguirían esperándolos, que lo harían por siempre, hasta que se les apagaran los alientos. Estaban seguros de que quienes habían depositado en ellos sus esperanzas y afectos, debían permanecer atentos a las nuevas apariciones misteriosas, como solía ocurrir en Provins. Pero esta vez la espera sería infructuosa, la tradición de aquella tierra no les haría las devoluciones acostumbradas. No podían advertirles sobre la agonía inútil que les estaban provocando, ya que las razones de la misión eran herméticas, tanto como los juramentos. Las ausencias quedarían latentes, como una herida abierta y sangrante. Tal vez el deseo de encontrarlos los mantendría vivos en sus memorias, hasta convertirlos en leyenda. Así habría de pasar con cada uno de los caballeros que habían aceptado la misión de desaparecer, junto a los tesoros fundamentales para la humanidad.

En los momentos de descanso De Lyon se apoyaba en la borda del barco, desde donde veía cómo la nave dibujaba la estela de olas que desaparecían y se convertían en parte del pasado, que los alejaba cada vez más de sus seres queridos, pero también de sus perseguidores y del peligro al que habían estado sometidos; disminuían el recorrido del trayecto que los ocupaba, pero aumentaban la distancia, que crecía inconmovible.

En medio del oleaje le parecía ver algunas siluetas familiares, lo que le producía muchísima angustia. Era una sensación perturbadora, tanto como la causada por la sombra que percibía cerca.

La Feria

Me parece estar viviendo un amanecer en Provins –estampaba con su letra en un papel, impulsado por la intensidad con la que le llegaban los recuerdos– *cuando todavía era un niño que soñaba con integrar las filas de La Orden.*

La ciudad se movilizaba por los preparativos previos a la feria –escribía dominado por la añoranza–. *El tañer de las campanas estallaba en la torre de la iglesia, se dispersaba por el aire, atravesaba los campos, colmaba las casas y contagiaba de impaciencia a cada uno de los habitantes que desde hacía varios días esperaban con gran anhelo el repiquetear de los anuncios. A esas tempranas horas, el sol espiaba con timidez por las troneras, mientras se cargaba de valor para atravesar la muralla y entrar a la ciudad, pleno de insólito brillo.*

Las callejas se veían apabulladas por el constante movimiento de hombres y mujeres que daban los últimos toques a sus tiendas.

De Lyon se había empeñado en detallar sus recuerdos para

poder releerlos y revivir cada hecho, cuando sintiera que su memoria empezara a ser perseguida por los daños del olvido.

–Este ha sido mi lugar, desde siempre y… ése –le había señalado un mercader a otro– el de tu tienda, el mismo en donde la has armado en cada feria, justo en la diagonal… no intentes cambiarme la memoria, que todavía no me falla –le gritó a su competidor, quien trataba de instalarse en ese espacio privilegiado.

Ante el cruce de palabras y algunos gestos amenazantes, se presentaron los guardias encargados de vigilar el buen andar, lo que resolvió la disputa en un santiamén.

Los custodios de la ciudad se afanaban en accionar los mecanismos para abrir las compuertas del fuerte, mientras que, del otro lado de la muralla, la multitud empujaba los portones, con la fuerza descomunal que les generaba sus apetitos comerciales.

Apenas bajaron las trancas, cedieron las grillas y las cadenas, cientos de habitantes de poblaciones vecinas y docenas de caravanas pertenecientes a mercaderes nómades, acompañados por sus guardaespaldas, se apresuraron a entrar para aprovechar al máximo ese domingo de fiesta, del año 1273, de Nuestro Señor. Los guardias de la ciudad habían sido dispuestos para la protección de los viajeros y sus bienes.

En medio de semejante algarabía, los propietarios de las caravanas se apartaban de las filas para dirigirse, en sus carros particulares, a las residencias de las familias más acaudaladas, para anticiparles las exclusividades, en tanto el resto de la caravana, enfilaba hacia los tenderetes que habían sido emplazados con anticipación.

En el momento en que se habilitaba la venta, el aire se colmaba con las voces enfervorizadas de los clientes que se abalanzaban sobre las mesas para adquirir los productos de primera selección.

–Esos gobelinos los han traído gracias a mi encargo. Hazte a un lado, que son míos –amenazó una mujer a otra que pretendía los mismos–. Los tenía elegidos con anticipación.

Guillaume dejó la pluma para disfrutar de aquellos recuerdos de la convivencia. Creía escuchar las voces, sentir los olores y hasta el abrigo de la gente, que ahora, al presentarse en sus evocaciones, parecían abrazarlo con el calor de sus presencias.

–Estas porcelanas serán muy chinas, pero varias piezas han llegado cachadas. Usted ha de reemplazarlas, sino quédese con el juego, buen hombre –le reclamaba una mujer.

El tintinear de las panderetas anunciaba a las gitanillas que

avanzaban contorneándose, al ritmo del día y de los sonidos que ellas mismas provocaban, con la intención de atraer la atención de todos y de ofrecer sus servicios de adivinación.

–Eres un mal ejemplo para tus hijos, Jamie –protestaba una aldeana, mientras tiraba del brazo de su marido, que se veía embelesado con la presencia de las mujeres alegres y coloridas que cruzaban frente a ellos, al son de sus pulseras y cascabeles.

Guillaume sentía placer al recuperar los rostros de los personajes de su infancia, que habían quedado archivados en su memoria, y que aparecían de pronto entre tantos recuerdos gratos. Sonreía al recordar a los artistas que, tras las voluptuosas figuras que pasaban derrochando color y vida, descuidaban las obras que tenían expuestas contra la pared.

–Vamos a perder este negocio por tu vulgaridad –rezongó un comerciante a su socio, ante la visible distracción que le habían provocado las vibrantes mujeres.

Cuando ellas desaparecían, los presentes recuperaban el interés en los puesteros, vendedores ambulantes y distintas ofertas. Las manos de las tejedoras atraían las miradas por la velocidad con la que encajaban los hilos entre los bastidores formando maravillosas figuras que pasaban a integrar una prenda, tan bella como costosa.

Reynaud, Charles y yo pasábamos mucho tiempo observando a los mimos, al personaje de zancos y al que oficiaba de estatua, hasta el momento en que nos distraían los artistas que cruzaban las calles anticipando una escena de la obra que presentarían en algún salón vecino o en una plaza cercana.

Era tal la emoción que embargaba al capitán, que se vio obligado a dejar la lectura, mientras su mirada angustiada se distraía tras la silueta que insistía en invadir sus recuerdos y entrometerse en su presente de manera anónima y sorprendente.

A comer

– ¡Tabla en buena hora, quien no viniera, que no coma! –era el llamado que repetía el cocinero de la nave, una y otra vez, mientras que el golpe de su cucharón contra las ollas, lograban apartarlo de sus memorias. Esas voces reiteradas, acompañadas por el sonido latoso y el olor al guisado, lo hicieron reaccionar. De Lyon dejó la pluma y se apuró a ir hasta la mesa, donde la tripulación esperaba su bendición para empezar a comer. Después de un viernes de abstinencia de carnes, en el que se habían alimentado sólo con habichuelas, los olores de los tocinos anticipaban el delicioso cocido.

Pasada la hora de la oración comunitaria y del debido recogimiento, Guillaume volvió a compartir la lectura de sus recuerdos de infancia.

Feriantes

El viento se encargaba de llevar los olores de las comidas que preparaban los feriantes de distintos orígenes. Coloridos farolillos colgaban del tenderete donde se había instalado un salón de té. Los tres amigos nos quedábamos mirando como los vasos de cristal transparente se llenaban de esmeraldas titilantes cuando les vertían el té de menta, o se tornaban opacos, como nubes, cuando les servían el anís que traían los turcos.

Las tiendas atendidas por personas de origen oriental, de tez amarilla y ojos rasgados estaban decoradas con dragones bordados con hilos dorados sobre suaves sedas, casi imperceptibles al tacto, las que también eran requeridas por las señoras.

Los financistas se instalaban donde se sentían resguardados. La Orden efectuaba sus transacciones al más bajo interés de la plaza, en La Grange-aux-Dimes, en el centro de la ciudad.

Provins era el modelo a imitar. Así lo consideraban los comerciantes de otras zonas, que copiaron sus iniciativas, su organización y también la formación de los gremios. Las monedas acuñadas por los Condes de Provins tenían grabado el peine y el rastrillo, las herramientas que caracterizaban la zona. Las monedas de Provins circulaban como un bien de cambio muy preciado por gran parte de nuestro mundo.

Cuando la luz natural empezaba a desvanecerse y el ocaso obligaba a postergar los negocios hasta la próxima jornada, aparecían los malabaristas que, con sus pruebas de antorchas iban guiando a los presentes hacia la plaza principal donde los lanzallamas y los lanzadores de cuchillos mostraban sus habilidades extremas. Los asistentes nos asegurábamos los espacios de privilegio para participar del espectáculo que presentaba André. Él nos relataba las aventuras de Parsifal y nos acercaba a las aventuras que vivían los Caballeros Cruzados, muy lejos de esas murallas.

Representaciones

André agradecía los aplausos con los gestos ampulosos que lo caracterizaban y que repetía varias veces, alardeando del carisma propio de su oficio. Con su bandurria hacía sonar la introducción, a la que se le unían las flautas, cítaras y otros instrumentos que luego se convertían en un rumor de fondo para acompañar al relato que todos esperábamos.

Algunas escenas eran esperadas con gran impaciencia. Eran las que nos daban gran emoción, por lo que se repetían de idéntica forma en todas las funciones, aunque el argumento de la batalla fuera diferente. André sabía que ese diálogo no admitía variaciones, de manera que todos los presentes pudiéramos recitarlo, junto al joven Caballero a quien estaba representando. Era el parlamento que correspondía al momento en el que el joven se despedía de la dama que se quedaría esperándolo hasta su regreso de la batalla. Sabíamos que el caballero no podía demostrar sus sentimientos, un hombre no puede doblegarse frente a una mujer. Sin apearse del caballo, se paraba frente a su enamorada y le extendía la lanza, para que ella pudiera colocarle, en la punta, un pañuelo perfumado, del color que la identificaba, para que su amado la tuviera siempre presente.

–Me he hecho cruzado por Dios (…) –decía él, con gran firmeza–. El buen Dios ha de cuidarme para que vuelva, pues una dama tiene gran pena por mí (…). Pero si ella cambia de amor, que Dios me permita morir –seguía diciendo, mientras ocultaba la emoción con la cual correspondía a la mirada de la joven que representaba, y a la cual le dedicaba los conocidos versos.

Los presentes acompañábamos su parlamento en voz muy baja, cual rezo. Debido a que nos sentíamos parte de la representación, nuestras voces subían el volumen a medida que la emoción aumentaba. Las mujeres se identificaban con la protagonista enamorada y gimoteaban como ella; los hombres personificaban al joven caballero y gritaban sus juramentos, en tanto reproducían sus gestos. Todos nos hacíamos eco de la emoción desbordante de tan angustiosa situación.

–Mis votos aseguran mi pureza y devoción por vos, hasta mi retorno, amada mía. ¡Loado sea Dios! –era el saludo final del Caballero, después del cual emprendía su camino, a todo galope, para evitar que descubrieran en él algún gesto de debilidad.

–Loado sea Dios –respondían los presentes, a modo de despedida, mientras secaban las lágrimas que no habían podido contener.

En pocos minutos, la música lograba cambiar la atmósfera de romance y angustia por la de aventura, invasiones, saqueos y batallas.

Había otras ocasiones en las cuales André y sus artistas representaban a Los Caballeros Templarios, los monjes soldados, a sabiendas de que contravenían lo dispuesto por San Bernardo, fundador de la Orden de los Monjes Guerreros.

En esa ocasión, cada caballo era compartido por dos jinetes, con un mismo escudo, tal como mostraban las monedas de La Orden. Los Caballeros lucían una cota de mallas y sobre ella una túnica blanca,

con la cruz paté al centro, como la capa que cubría el cuerpo del caballo, hasta su grupa. Se formaban a los lados, para darle paso al juglar, que representaba al jefe de la escuadra y tenía la capacidad de motivarlos. Hacía su entrada entre aplausos y vítores, montando su hermoso rocín. Tenía la cabeza rapada, su barba se veía larga y descuidada, como la de todos los integrantes de La Orden. Los presentes extendían cientos de cintas de colores hacia André, para señalarlo como la figura destacada.

De Lyon dejó la lectura y se dispuso a respirar el aire puro del mar, para poder equilibrar las emociones que lo agobiaban. Con la mirada fija en las olas, le parecía ver las escenas que había descrito. Estiró la mano, como solía hacerlo cuando era un niño y lanzaba las cintas en medio de los festejos. Al abrir los ojos, no tenía cintas entre sus dedos, que ya no eran los de un niño; su mano era grande, áspera y estaba vacía. Sobre el mar, su imagen adulta se mezclaba con la del barco, que se alejaba cada vez más de aquellas gestas, que formaban parte de la historia, pero que en él revivían a cada momento.

La espuma de las olas insistía en esculpir una y otra vez la silueta que, desde hacía varios días, se atrevía a interrumpirlo en cualquier momento, lo desvelaba e intrigaba.

Inicios en la Caballería

–He de partir, madre –decía el joven que se disponía a iniciar su primera incursión como Caballero.

–Hijo mío, permite que Alan te custodie, ha de servirte como tu lacayo personal –le contestaba la dama que lo despedía, entre afligidas, pero orgullosas lágrimas.

–Me acompañan mis escuderos y el cocinero, madre. Solo necesito vuestra bendición, en nombre de Dios, a quien he ofrecido mi vida entera, a sus causas he cedido mis pertenencias. Por Él he ofrecido mis acciones y mi lucha, al servicio de La Orden.

–Alan es casi un niño que te admira, que quiere aprender de tus experiencias y compartir contigo las aventuras que vayas a enfrentar –insistía la señora–. Hazme esa concesión y permíteme besar tu mejilla por última vez, ya que no recibirás otra demostración de cariño hasta que volvamos a reunirnos.

–Señor, permitidme acompañaros sobre la grupa de vuestro caballo y cuidar tu espalda, como tu fiel escudero –le pidió de rodillas el doncel–. Seré como tu sombra. Te asistiré en los momentos de gloria, en las necesidades y no quiera Dios, también estaré con vos en las enfermedades.

–Madre, bien sabes que he de marchar para honrar a nuestra familia, según lo habéis dispuesto, por ser el hijo menor. He soñado con este momento, por lo que iré con el fiel criado que me cedéis, me acompañará como uno de mis "frates sirvientes".

Con evidente alegría, el doncel subió de un salto a la grupa del caballo. Entre vítores y aplausos del público presente se alejaron al galope, por los caminos que sabían sembrados de peligrosas encerronas, rescates y posibles batallas.

–Dios te proteja, hijo mío, te conceda buenaventura. Que Dios te aparte de una muerte enojosa o villana –le deseaba su madre, en tanto se persignaba repetidas veces y lo encomendaba a Nuestra Madre y Señora, mientras lo veía alejarse en compañía de su lacayo.

El joven Caballero y su doncel marchaban al compás de los aplausos, fuertes e interminables que los presentes brindaban henchidos de profunda emoción, con la intención manifiesta de que llegaran a los verdaderos hacedores de tan grande epopeya.

Recuerdos de la iniciación

Guillaume retuvo esa escena en su memoria, no quería dejarla ir, la repetía una y otra vez, no podía resistirse a revivir esos momentos cruciales en la vida de un joven, como había sido él mismo. Cubrió su cara con las manos, para retener por unos instantes la imagen de su madre, tan presente en esa evocación y para secar las gotas saladas que se deslizaban por sus mejillas. Debía proteger sus escritos.

Esa despedida había sido el inicio de una vida dedicada a La Orden. El recuerdo de los ritos de iniciación de un caballero le causaba un íntimo desgarro, una enorme nostalgia por aquella ilusión compartida. Le resultaba similar a la partida que acababan de protagonizar. Ambas tenían tantos puntos en común… Un estremecimiento le recorrió el cuerpo.

Trovador

–La orquesta acompañaba cada verso pronunciado por André –escribía horas más tarde– *que sabía hacerlo con esa especial imaginación con la que trasladaba al público hasta la ruta de Jaffar y sus recovecos plagados de delincuentes. Los artistas sensibilizaban a la audiencia que idolatraba a los héroes de la máxima gesta del mundo cristiano. Muchos se les acercaban con la intención de rozarlos, como si fueran los seres que añoraban.*

Junto al trovador, los allí presentes repetíamos los versos, aunque había quienes interrumpían a viva voz, para enriquecerlos con anécdotas y datos aportados por otra fuente, o con algún hecho

destacado que merecía ser exaltado, para hacerlo perdurable. Esperábamos con ansia las estrofas que se referían a las últimas heroicidades, las que detallaban los nuevos honores ganados por las tropas. Aplaudíamos con entusiasmo las representaciones de los rescates y muchos se sensibilizaban ante los amores que triunfaban entre los pobladores, gracias a la intervención de los Caballeros Templarios, que solo pretendían el amor de Dios.

Por medio de su relato, André conducía al público hasta los espacios donde se hallaban extendidos los jergones en los que dormían los Soldados de Cristo. En ese momento se escuchaba, desde el público, el sollozo conmovedor de las mujeres, que se desesperaban por confortar a sus hijos. Ellas eran conscientes de que, a pesar de las inclemencias que pudieran estar viviendo, debían descansar vestidos con una camisa, y cubiertos apenas con una manta, según lo dispuesto en el Reglamento de La Orden.

– ¡Dios compensará con creces el honor que nos haces al ofrecer tu lucha por su Reino! –gritó una madre, convencida de que su mensaje llegaría hasta su hijo.

– ¡Dios os guarde, hijo mío, recibe este abrazo caluroso de tu madre! –manifestó otra mujer.

El área parecía transformarse en un espacio diferente, a través del eco producido por la exclamación que provocaba el trovador, cuando con su relato los caballeros arribaban al ala del palacio ubicada sobre el Templo de Salomón, donde se había dispuesto el alojamiento para los mismos.

– ¡Alabado sea Dios! –se escuchó decir entre los presentes.

– ¡Alabado sea Dios! –repitieron a coro varias veces mientras se persignaban, hacían una genuflexión y permanecían en estado de recogimiento.

André sabía exaltar la valentía y el honor de los Caballeros de Cristo, que enfrentaban al enemigo en duras batallas, palpaban la sangre derramada y la constante proximidad de la muerte. La lucha era despiadada y orgullosa ya que, según el Reglamento podían pedir clemencia, o retirarse de la batalla solo en el caso extremo del enfrentamiento de un hombre contra tres enemigos.

Durante muchos años, los relatos de André habían resultado un reclutador encubierto para las filas de los Soldados de Cristo, ya que sus espectadores alimentaban la fantasía de integrar las filas de esos héroes reconocidos en el mundo cristiano.

Charles

–El rechazo sobre el ingreso de Charles a La Orden –leyó Guillaume durante otra jornada, cuando por fin decidió retomar los recuerdos compartidos con su amigo de la infancia– *determinado por los altos mandos, había aumentado su resentimiento y animosidad. Frustrado, incomprendido y solo, irrumpía alcoholizado en las representaciones referentes a los Caballeros, con el fin de descalificar a la organización.*

La emoción era interrumpida por las potentes carcajadas de Charles, mientras avanzaba desafiando a los artistas, sin importarle las molestias que ocasionaba a los que disfrutábamos de la función.

–Sacadlo de aquí –era el pedido unánime, ejecutado por los guardias de la feria.

Los presentes se resistían a escuchar las acusaciones. Lo abucheaban y entre silbidos y burlas, que desmerecían su intención, perdía fuerza bajo los efectos del alcohol. El público ansiaba aferrarse a la magia de las batallas contadas por André, pretendían imaginarlas a través de esos relatos interminables y evitaban cualquier distracción.

–Subid urgente a la grupa –fue la orden pronunciada por quien representaba al caballero, para recuperar el interés en la obra– debemos salir de estos caminos infectados de malvivientes.

–Será alto el precio que pagaréis ante esos forajidos, estáis exponiendo vuestra vida –le advirtió el peregrino mal herido.

–Estoy aquí para serviros, bajo juramento –le respondió mientras lo impulsaba a trepar al caballo.

–Dios os bendiga y guarde en su Santa Gloria –agradeció el hombre, apenas subido a espaldas de su salvador. Había quedado formada otra díada, según lo dispuesto por San Bernardo, por la cual deberían compartir la escudilla y el caballo, mientras durara la travesía por esos campos infestados de maldad y delincuencia.

Crisis

Los caballeros sentados a la vuelta de Guillaume se alejaron de pronto emitiendo expresiones de pánico, se veían realmente perturbados. En el centro, tendido en el piso, se encontraba Gerald, afectado por continuos estremecimientos involuntarios. Guillaume se acercó para auxiliarlo, mientras intentaba evitar que se tragara la lengua.

Gerald quedó visiblemente cansado después de superar la crisis. Guillaume lo bendijo y le recomendó que permaneciera siempre cerca.

–Dieu leveut, Dieu le veut… –repetían los caballeros con

manifiesto temor, antes de empezar el oficio religioso.

Reacción

–El odio cobró fuerza en Charles, ante esa escena que cosechaba ovaciones, y provocaba gran emoción entre los asistentes –leía Guillaume, al día siguiente–. *La indignación que sentía ante el fervor de los aplausos que consideraba injustos, le ayudó superar la intoxicación y a incorporarse, para retomar las denuncias que multiplicaba con palabras escupidas a borbotones.*

–Sois unos malditos herejes –reafirmó mientras señalaba a los artistas, como si fueran los verdaderos Caballeros del Templo–. Os aprovecháis de la indefensión de los peregrinos, para dejar sueltos vuestros peores instintos.

– ¡Fuera de aquí, solo habláis por resentimiento! –le gritaban los presentes, entre chiflidos, ironías y descalificaciones.

– ¡No os engañéis! ¡Son grandes manipuladores, ma-ni-pu-la-do-res! –repetía con énfasis, como si quisiera asegurarse de haber expresado sus ideas de forma coherente.

–Ellos –afirmó señalando a los artistas– ¡ya no son quienes atraviesan los campos defendiendo peregrinos! –los abucheos, silbidos y burlas lo obligaron a callar. Respiró profundo e insistió.

–Esas son viejas historias que solo sirven para armar este teatro…–mientras carraspeaba, Charles levantó la mano para pedir unos minutos a quienes intentaban callarlo.

–Abusan del poder que les fue dado a los caballeros fundadores, que ya no están. –La resistencia del público, que pasó de la burla al enojo, provocó su peor acusación.

–Escuchadme bien: ¡Los Caballeros Templarios adoran a Bafomet, os lo aseguro! –ante el aluvión de insultos, silbidos y de proyectiles agregó– para que me creáis, os llevaré hasta sus cuevas y mostraré sus tesoros.

Muchos de los presentes se abalanzaron sobre él, con la intención de lincharlo, instante preciso en que la guardia del rey lo salvó de sus atacantes.

Cuando se restableció el orden y André pudo continuar con su relato, los soldados invitaron a Charles a seguirlos hasta el palacio.

–Debéis acompañarnos. Os esperan los ministros, por orden del Rey. Vuestra información será apreciada y muy bien recompensada.

Mi confesión

Que sirvan mis palabras de introducción para este nuevo cuaderno viaje, de índole personal, de confesión secreta, que ha de contener mis más íntimos interrogantes, los que mantendré en el mayor resguardo.

Los aconteceres que me han ocupado y comparto con mis compañeros, los que aportan datos y vivencias para estas memorias, han originado en mí numerosas dudas, han derivado en emociones tan incomprensibles, como inesperadas.

Durante este transitar he descubierto que, en lo más profundo de mí habitan sentires insospechados, que me aturden de forma intensa. Es mi propósito registrar e investigar a conciencia cada uno de esos pensamientos perturbadores, para exorcizarlos en el momento justo y evitar el daño que en mi interior provocan.

Necesito elaborar estas observaciones personales, aunque no he de compartirlas para no trasladar las confusiones y los enredos de mi mente atormentada, además de ser menester no mezclarlas con mis investigaciones, ni influir sobre ellas.

Reflejaré mis sueños y mis más caras utopías, muchas de las cuales he descubierto durante el transcurso de los acontecimientos. He comprobado con gran sorpresa, que cada hecho tiene por lo menos tres aspectos para ser analizados, como un prisma de tres caras, apoyadas sobre una base común. Intentaré liberarme de los hechos externos, para ubicarme en el plano de mi intimidad más sincera y descarnada.

Estos escritos me ayudarán a enfrentarme con el temido intento de confesarme ante mí mismo, a descubrir el origen y la intención de las sombras, alientos, frescores y extrañas luces que perturban mis horas, días y noches enteras, sin que haya logrado quitar de mí este gran aturdimiento.

Durante las lecturas, que me producen gran abstracción, he advertido que una presencia difusa ha cruzado ante mí numerosas veces, lo que ha provocado mi distracción. He intentado apartarla con repetidos parpadeos, o con el batir de mis brazos, sin que haya podido lograrlo. La he percibido en innumerables ocasiones durante mis horas activas, la he visto deslizarse por los pasillos, ha interrumpido mis sueños, me ha perturbado demasiado.

Este espacio reducido, donde escribo, no tiene escondrijos, no hay nada ni nadie que pueda ocultarse de mi mirada, por lo que no encuentro el origen, ni una posible explicación para las extrañas visiones que me persiguen, intrigan y desorientan en demasía, por fuera

también de este reducto.

La imagen se forma con puntos diminutos y brillantes, como los que he presenciado, entre parpadeos, en los segundos que acaban de transcurrir. La figura ha desaparecido en un instante, cual chispa, sin haberme permitido ninguna reacción.

No puedo recuperar mi concentración. Me siento frustrado por no haber sabido comunicarme con "ese brillo perturbador".

He decidido dejar mis escritos para calmar mi espíritu, hasta reordenar mis ideas.

***

Huésped

–Charles había sido recibido como un huésped de honor –siguió leyendo Guillaume– *por los representantes de la ley que pretendían conseguir los datos que se había ofrecido a brindar. Era felicitado cada vez que descubría, entre sus propios relatos, razones ocultas, nunca imaginadas, sobre las actividades de Los Templarios. Él saboreaba cada hecho, lo acrecentaba hasta convencerse del mismo, entonces lo instalaba como verdadero. Las sospechas eran convertidas en certezas ante el rey, y cuando alcanzaban dimensiones de gran sorpresa e impacto, eran difundidas entre la corte, el pueblo y las regiones aledañas, lo que producía gran confusión entre los pobladores.*

A las declaraciones de Charles se sumaron las de Esquieu de Floyrán, un ex convicto que había compartido celda con un compañero templario. Después de las presentaciones efectuadas por Floyrán, y como si hubieran sido llamados a saquear el baúl de los tesoros, aparecieron otros informantes, todos interesados en las recompensas. Llegaban dispuestos a descubrir los hechos que fueran necesarios para satisfacer los pedidos del rey que, a cambio, les otorgaba títulos, dinero y los honores que ambicionaban.

Mientras leía, De Lyon pudo distinguir la extraña silueta que lucía una túnica blanca. La había presentido, sospechaba que lo perseguía; la veía pasar, dueña de una indiferencia exagerada, que creía era fingida. Buscó la mirada de alguien que hubiera compartido sus percepciones, pero no había quien le diera alguna señal.

Emociones

A pesar de la faena diaria, de la planificación sobre los días por venir, los recuerdos se hacían presentes a cada momento. Las historias compartidas movilizaban las emociones de los tripulantes de las naves durante los momentos de descanso. Los hechos se detenían en la memoria de cada uno de los hombres que compartían esa burbuja memoriosa, que estaban decididos a fundamentar los pilares del futuro que planeaban. Todos aportaban datos, los desmenuzaban hasta entender el devenir de los hechos transcurridos, que persistían en sus conciencias atribuladas. Había sido la necesidad de compartir las vivencias y opiniones de sus compañeros, de captar las escenas vividas por cada uno de ellos, lo que lo impulsaba a ampliar los detalles de las memorias que escribí.

***

Canto

Un extraño canto me ha perseguido toda la noche, entre sueños y se ha hecho tan intenso que he despertado en el momento justo en el que la sombra que me acosa atravesaba la puerta. Voy tras ella.

Los velos se anticipan a mis pasos, se escabullen, me intrigan, me desesperan. Quiero llamar a gritos a quien los origina, pero no debo alertar a mis compañeros por una visión que me persigue sólo a mí, que pondría en duda mi cordura.

La imagen ha dejado la superficie del barco, se ha ubicado sobre las olas, desde donde me observa, pero no me permite ver su rostro, que intuyo debe ser tan bello como los movimientos de su cuerpo ligero, que se mece suavemente sobre el agua, al compás del canto que ha interrumpido mi sueño.

No he podido develar la identidad de la figura, aunque intuyo que quiere comunicarse conmigo.

***

Traición

Habían empezado a sumarse los días desde que dejaron de divisar tierra. Estaban rodeados por toneladas de agua salada que reflejaba el cielo, cómplice de las tempestades, dispuestas a dejarlos a la deriva, según la circunstancia. En cada una de las naves existía plena conciencia del beneficio de estar acompañados por los tripulantes de las otras naves, cercanía que les devolvía la realidad, el objetivo, la razón del sacrificio, lo que activaba la razón y la grandiosidad del secreto.

–Nos han vencido a través de la confianza que teníamos depositada en ellos –reflexionó Lavallén durante la reunión de capitanes de las tres naves.

–Es cierto, hemos confiado demasiado –contestó Deneuve–. Debimos ser más reservados durante la estancia de Felipe en nuestros dominios.

–Su investidura no lo ha liberado de la ambición, ni de las manipulaciones, su poder ha acrecentado sus malos instintos –expresó De Lyon–. Si las intenciones del rey no tienen un buen fin, agitan la perversidad de su ser, lo tornan más dañino que cualquier humano –reflexionó mientras trataba de espantar la sombra que lo perturbaba–. Lamento el momento en que La Orden había dispuesto protegerlo de los levantamientos de su pueblo, sin resguardar los tesoros del alcance de su codicia. Su indefensión derribó nuestras alertas.

–Estamos padeciendo las consecuencias por haberle negado su participación en la banca, los negocios y las transacciones que realizábamos con nuestros clientes, con buenas ganancias –dedujo Marchant.

–También ha influido su deuda con nuestra banca –respondió De Lyon–. Ha preferido convertirse en un simple ladrón al amparo de su poder terrenal, para no pagar lo adeudado desde la fatal cruzada ordenada por su abuelo, Luis IX de Francia.

–El agradecimiento por la protección que le habíamos brindado, se convirtió en humillación y deseos de venganza –concluyó Deneuve.

–Ha sido fundamental la falta de apoyo del Papa en favor de La Orden, peor aún, se había volcado a favor del rey –se lamentó Marchant–. Su postura ha convencido a muchos sobre una culpa que no existe.

–Me recuerda la actitud de Pilatos –reflexionó Lavallén.

–Se ha manifestado en favor del poder terrenal, olvidado sus votos de pobreza y de amor a Dios –reconoció Marchant.

–Los hechos afirman que la ambición destruye la confianza, debe servirnos de lección –opinó Deneuve.

–La ambición no tiene límites –remató De Lyon realmente afectado–. Se tiñe de cualquier color, cambia de apariencia, se disfraza de acuerdo con la circunstancia.

–Todo ha sido lamentable y destructivo; estamos padeciendo sus consecuencias –aportó Deneuve.

–Hemos exagerado la confianza en nuestra organización, hemos sido vanidosos al creernos indestructibles –concluyó De Lyon, ante la sorpresa de los presentes.

–Deberemos enfrentar jornadas de reflexión y de reconocimiento de nuestros errores –expresó el capitán.

–Dieu le veut, Dieu le veut, Dieu le veut…

–Dios te salve, Madre Reina de misericordia. Dios te salve, a ti llamamos los…

***

Visión

Me ha estremecido el roce sobre mi espalda y la visión de unos velos que cruzaban ante mí; me he apurado a volver al camarote, para tratar de aclarar mis ideas.

Me supera este misterio, no encuentro la razón que lo provoca. La ansiedad se apodera de mi alma acongojada, a pesar de mi Fe en Dios y en Nuestra Señora.

Ahora, cuando estamos fuera del alcance de nuestros perseguidores, percibo la libertad que da un horizonte abierto, interrumpido apenas por las otras dos naves que integran esta flota tripartita. Tanta inmensidad despoblada nos induce a sumergirnos en nuestro interior, habitado por los recuerdos de las vivencias que nos asaltan, en medio de la soledad que nos inunda.

Vuelvo a encontrarme con quienes me han acompañado durante mi vida, transito cada instante, por muy pequeño que parezca, recupero los diálogos, disfruto de las risas, me preocupan las congojas.

Me doy cuenta de que han sido muchas las personas a quienes he estado ligado de alguna manera. Se presentan rostros olvidados, recupero instantes que atesoro y percibo sentimientos que no había considerado.

-Deberías detenerte más en tu prójimo cercano -me decía Clara, la perfecta cátara con una dulce e inigualable censura, sin respuesta de mi parte.

Las respuestas llegan tarde, Clara, recién ahora empiezo a

analizar las razones que me han impulsado en tantas causas.

¿Estás cerca de mí, Clara? ¿Me tendrás tan presente como te tengo yo?

Eres el origen de muchos de mis cuestionamientos.

***

Felipe IV

–Los funcionarios enviados por Felipe IV –leía al final de la jornada– *le habían presentado al Papa los sumarios ordenados por el rey, en los que llegaban a la conclusión de que los integrantes de La Orden intentábamos destruir la Fe Católica y el poder de la Iglesia.*

–Es importante brindar todo nuestro apoyo a Los Pobres Caballeros Hospitalarios y sus actividades piadosas –le habían sugerido al Papa, quien debía su nominación a las influencias del rey–. Son ellos quienes continúan ejecutando la consigna de acompañar y defender a los peregrinos por las rutas de Jaffar.

–Estos Caballeros viven gracias a la caridad, mientras que Los Templarios han acumulado tanto poder que pueden llegar a destruir nuestra Iglesia. Por el bien de la Iglesia de Roma –había leído el enviado de Felipe IV– considero urgente y necesario, que la fortuna de La Orden de los Caballeros del Temple sea destinada a financiar la verdadera obra de caridad, la realizada por los Caballeros Hospitalarios.

Es decisión del Rey que ambas órdenes de caballería se fusionen en una sola. Su majestad propone nombrar a uno de sus hijos para el control y administración de la gran orden que se formará entre las dos –concluyeron.

Gran Maestre

–Es una propuesta muy inteligente la enviada por Felipe IV, había sido la respuesta dada al Papa por nuestro Gran Maestre, Jacques de Molay, a quien he tenido el honor de acompañar, en ocasión del llamado del Santo Padre, para responder a todas sus inquietudes.

También debéis saber que la misma oferta tiene tantas desventajas, que complicará la convivencia de las partes, lo cual dañará profundamente vuestra autoridad –amplió el Gran Maestre, a modo de advertencia, mientras yo le correspondía con un gesto evidente de pleno acuerdo.

El Papa conocía el poder y la independencia que la Bula de Inocencio II, más otras posteriores, le habían otorgado a La Orden, y seguían vigentes, motivos que había considerado suficientes para archivar el expediente.

Felipe estaba decidido a terminar con nuestra organización. Ambicionaba el capital que administrábamos con gran éxito, además del mando que ostentábamos, razones que le habían servido de impulso para volver sobre las intenciones presentadas al Santo Padre.

–Los Templarios no son ya los guardianes del Santo Sepulcro. Lo hemos perdido tras las derrotas de los cruzados, entre ellos los Templarios, que lo han dejado caer en manos de los sarracenos. Los cristianos ya no tenemos el Santo Sepulcro para custodiar –habían expuesto los enviados del rey, en un nuevo avance ante el Pontífice–. Las derrotas de las últimas cruzadas y la pérdida de Tierra Santa pesan sobre sus sucias y desvergonzadas conciencias, que siguen recibiendo diezmos, ahora inmerecidos por su demostrada ineptitud.

– ¿Cómo insistir en llamarlos Sagrada Milicia, si son los responsables de la pérdida de Tierra Santa? –preguntaban los enviados del rey a los asesores del Papa.

–Los Templarios han tenido contemplaciones con los musulmanes, incluso dentro del campo de batalla –aseguraban.

– ¿Cómo interpretar las buenas relaciones que estos Caballeros han demostrado tener con los judíos, a quienes han encomendado la traducción de cuanta obra llega a sus manos?

– ¿Cómo entender el aprecio que demuestran hacia sus colaboradores sarracenos, o hacia sus amistades herejes?

– ¿No os preocupan las acusaciones sobre sodomía?

– ¿Y cómo interpretáis las declaraciones de los arrepentidos, respecto a las "ceremonias de consulta y de adoración" que realizan con "la cabeza barbuda", la adoración a Bafomet, y con tantos otros ídolos extraños y malignos? –preguntaban al Papa con marcada insidia.

– ¿Qué tenéis para decirnos de todos esos ritos, practicados con tanto celo por aquellos que dicen ser Los Caballeros del Templo?

– ¿Por qué se amparan en las cuevas y en la oscuridad?

– ¿Son acaso tan graves sus secretos que los tienen que ocultar?

– ¿Permitiréis que sigan escupiendo la cruz de Nuestro Señor? –le inquirieron con severidad.

–Hay tanto aquí, tanto detalle enumerado, gracias a las investigaciones y a las confesiones de los arrepentidos, que hemos debido volcarlos en estos extensos sumarios. No podéis deslindar vuestra responsabilidad para detener esta demostración y derroche de herejía y malignidad –concluyeron.

***

Conciencia

A pesar de la certeza de que son numerosas las razones por las cuales los perseguidores han perdido nuestro rastro y no podrán recuperarlo, me siento observado, tengo la sensación de que mis palabras son analizadas al detalle.

¿Será acaso que he sido sometido a un juicio que desconozco?

-El juicio está en tu propia conciencia, eres tu propio juez, según las enseñanzas que has recibido -me ha dicho Clara, numerosas veces mirándome a los ojos- eres el dueño de tus actos.

En este momento me he dado cuenta del poder atrapante de su mirada, que ha quedado grabada en mis pensamientos, recién he tomado conciencia de ella.

***

Sirenas

–No es posible dormir con el canto de las sirenas –le comentaron.

–Lo escucho con claridad, aunque me he resistido a creer en ellas –contestó el capitán con gesto perplejo.

–Estos cantos llegan a quienes atravesamos las aguas –replicó Lavallén.

–Me he criado escuchando a la Sirenuca en la Cantabria –comentó un compañero.

–Dicen que era muy guapa, que enfadaba a su madre cuando se escapaba para ir a cantar a los acantilados más peligrosos de Urdiales –agregó otro marinero.

–Pasaba largas horas a sus orillas desafiando con su canto al sonido de las olas que golpeaban las rocas –ampliaron.

–La madre estaba tan cansada de su desobediencia que un día le dijo "¡Así permita el Dios del cielo que te vuelvas pez!" –aportó Lavallén.

–No puedo creer que una madre condene a la hija por su rebeldía. Son simples leyendas de la Cantabria –opinó el capitán.

–Eres libre de no creer, claro está –respondió Lavallén.

–Vaya uno a saber la verdadera razón de la desaparición de la niña. Desde entonces se escucha el canto de la Sirenuca –comentó Deneuve.

–Es lo que se cuenta desde hace muchos años. En la Cantabria todos lo han aceptado, sin que se haya sabido nada sobre

la hermosa niña –insistió otro caballero.

– ¿Será que la Sirenuca nos ha seguido? –preguntaron a Guillaume con extrañeza, mientras veían cómo el capitán intentaba apartar algo que le molestaba sobre los hombros.

Acuerdo

–Transitábamos los primeros días de la segunda quincena de septiembre de 1307, cuando el Gran Maestre y quien suscribe convocamos, de forma inesperada y con extrema reserva, a los altos mandos de La Orden, para una reunión urgente en París –leyó Guillaume con evidente angustia–. Allí informamos sobre el avance de las acciones de Felipe IV, en contra de nuestra organización. Acordamos la necesidad imperiosa de la partida de los grandes tesoros de la humanidad, que nos habían sido encomendados, para resguardo de la traición provocada por tan extrema ambición

Según decidimos en aquel inesperado cónclave, que era inminente el traslado de los tesoros acumulados, a través de los siglos, a destinos seguros e inimaginables para el resto del mundo, alejados de la perfidia del poder.

"Yo, Guillaume de Lyon, en mi carácter de Caballero y Capitán de la Flota, juro cumplir con éxito y total hermetismo la misión que ha justificado la existencia de nuestra organización y sus honorables emprendimientos, según el mandato de San Bernardo, en favor de la humanidad toda, sin distinción alguna". Este ha sido mi juramento –comentó con firmeza, mientras se esforzaba por averiguar la procedencia de esa extraña y perturbadora apariencia, que volvía a presentársele, a interrumpir sus pensamientos– *en esos momentos de grandes y precipitadas decisiones, ante el triduo conformado por el Gran Maestre, Jacques de Molay, quien también actuaba como representante del rey Alfonso de Portugal, y mi propia conciencia, que domina todos mis actos, emociones y sentimientos.*

No hemos dejado labrada acta alguna. Era yo, el que suscribe y quien lee, el que oficiaba de escribiente. A partir de ese momento, todo lo que se iba resolviendo meritaba el más exagerado resguardo, por lo cual pactamos no dejar nada escrito en lengua, ni en código alguno, no debía quedar ni un rastro a ser alcanzado por los poderosos y sus avaricias. Todo ha quedado grabado en nuestras conciencias y protegido por juramentos inviolables.

(Los caballeros no deben saber que Dionisio de Portugal tiene

una copia de nuestras rutas, la única que existe en las tierras de las que hemos partido. Debo evitarles falsas esperanzas y posibles temores) había escrito De Lyon, pero evitó leerlo.

Recién ahora, cuando la distancia que nos separa –Guillaume hizo una pausa para observar las expresiones de los hombres– *crece imparable con cada ola del Mar Tenebroso por el que cruzamos, recién ahora* –insistió– *me permito escribir los detalles de lo vivido para que estas líneas puedan ser consultadas cuando la sabiduría, la honestidad y la calma se hayan recuperado.*

Durante los primeros días del último octubre, un grupo de hombres, conducidos por Aumont, había abandonado el recinto del Temple, en París. –Guillaume debió carraspear y respirar profundamente para evitar el quiebre de su voz–. *Habían partido guiando unas carretas tiradas por bueyes, con grandes cantidades de heno, cuyos excesos sobresalían y caían por los lados, a pesar de las ataduras. Era tanta la carga, que iban dejando hilachas vegetales desperdigadas por los caminos, sin que les importaran esas señales, ni las huellas, como si las evidencias de su destino no tuvieran trascendencia alguna. La poca valía del cargamento y su regadío hacía suponer que se dirigían a una meta cercana y poco relevante. Sabíamos que la reacción de los pobladores ante la desaparición de esas carretas sería tranquila y resignada. "Se los habrá tragado la tierra", habrían dicho los vecinos y de seguro, no habría quien pensara en otra posibilidad, ni en otro destino que el de los misterios de nuestra tierra.*

"Se los habrá tragado la tierra", es el rumor de siempre, parte del enigma, de la tradición de Provins y de las comarcas cercanas, desde la génesis de la región. Las desapariciones se han producido en cualquier momento, a la luz del día, o al amparo de la noche, en medio de la feria, de la ebullición de los negocios, o del entusiasmo de los artistas. No quedaban rastros de los desaparecidos, como si algo mágico los absorbiera, o un manto los volviera invisibles. Esto no despertaba interés, ni siquiera cuando se los volvía a ver, pues ese vaivén de desaparecidos y resurgidos formaba parte de nuestras costumbres.

***

La sombra

A punto de cruzar la puerta del camarote me ha detenido una sombra. Ha atravesado la superficie bruñida del espejo, el único, uno de los tesoros que trasladamos en la nave.

He vuelto sobre mis pasos, pero ha desaparecido de mi vista. Persiste en mí la sensación de su presencia, sospecho que me acompaña, que se preocupa por mí, por nosotros. Tiene el poder de mostrarse

cuando lo decide, a modo de invasión.

Me honra pensar que alguien se preocupa de forma tal que puede personificarse. Pienso en mi madre ¿Será mi madre a quien visualizo? ¿Acaso podrá verme durante mis oraciones, que es cuando me siento tan cerca de ella? ¿Sentirá mi abrazo? ¿Es ella quien me llama y me despierta, en algunas ocasiones?

¿Podrán verme los cátaros, a quienes extraño tanto? ¿Vislumbrarán mi sombra por los túneles, cuando me traslado hasta ellos desde mis pensamientos? ¿Sentirán mi presencia en los oficios?

No logro distinguir si las escenas que me llegan de las reuniones cátaras son las que he almacenado en mi memoria, o ¿acaso seré yo mismo que me traslado a esos espacios para participar de las tertulias? ¿Ellos verán mi figura, como yo veo la sombra que me persigue?

¿Me verá Clara cuando estoy cerca de ella? ¿Me extrañará tanto como yo a ella?

En mis visiones me ha parecido ver que ella buscaba algo a su rededor, que hacía gestos con los brazos, como si intentara apartar una molestia.

¿Será que respondo a sus llamados? ¿Estaremos comunicados?

***

Preguntas

–Estoy seguro de que mi madre debe haber buscado mi rastro por los alrededores, que volverá a hacerlo cada vez que su angustia la impulse a realizar todo tipo de actos. Nada puedo hacer, sólo transmitirle paz a través de los sueños –comentó uno de los tripulantes, en el momento justo en que De Lyon bebía un sorbo de agua.

–Nuestros parientes y compañeros deben seguir buscándonos, sin entender la demora, ni la falta de señales –comentaba otro.

–La intriga los perseguirá por siempre, mientras vivan y los sobrevivan sus descendientes –se lamentó un compañero.

–Tal vez nuestros nombres sigan resonando por un tiempo, hasta que la memoria de los acontecimientos los deshaga y con los años los borre definitivamente –era otra de tantas expresiones de nostalgia.

– ¿Dirán nuestros nombres en los Santos Oficios? ¿Pedirán ayuda para encontrar nuestros paraderos?

– ¿Sonarán nuestros nombres entre los desaparecidos en

combate?

– ¿Repicarán por ayuda las campanas? –eran las preguntas que se repetían cuando la añoranza, que flotaba en el ambiente, se adueñaba de los sentimientos.

– ¿Cómo habrán de recordarnos? ¿Seremos considerados como meros cobardes que han huido? –preguntó un tripulante, con desasosiego.

–Quizá nuestros nombres figuren en las listas de soldados fenecidos, también ha de haber quienes aseguren haber visto nuestros cadáveres –opinó otro de los fugitivos.

– ¿El rey habrá mandado a incluirnos entre las personas no gratas, aquellas buscadas por sus delitos?

–Tal vez, con el tiempo, haya quien nos dedique una lápida, para que sea visitada por los seres queridos.

–Peor aún si resultamos ser considerados herejes… –la posibilidad de tamaña infamia los llamó a silencio y posterior oración.

–Dios no lo ha de permitir…

–Dieu le veut, Dieu le veut, Dieu le veut.

***

Misterios

"Se lo habrá tragado la tierra" era el concepto que formaba parte del folclore de Providence, de las verdades ocultas, de las intrigas disimuladas, del misterio que encierran las ideas mientras maduran, antes de salir a la luz.

Recuerdo aquel día de revisiones intensas y minuciosas, de angustias acumuladas sin resolver. Al llegar el crepúsculo y ante la falta de respuestas, decidí aceptar la invitación de mis amigos "herejes". Desprovisto de mi capa blanca empecé a caminar por la campiña y, después de mucho andar pude encontrar el cúmulo de piedras que me había sido indicado. Aparté el follaje que disimulaba los escalones y provisto de un pequeño fuego empecé a descender hasta alcanzar el dintel que daba acceso al pasillo de arco de medio punto, vestigio de la presencia romana. Después de encender una de las antorchas diseminadas por la cercanía empecé a transitar por el pasadizo que creía era el correcto. Me guiaba el volumen de los murmullos que iba en aumento, a medida que avanzaba. Encontré a mis amigos cátaros en el atrio, entre columnas y escalinatas derruidas, donde me recibieron con la afabilidad acostumbrada. Pasadas las presentaciones y los calurosos

abrazos empezamos a hablar con la confianza otorgada por el respeto de nuestros ideales.

Un grupo aledaño escuchaba atentamente a una joven mujer que con su presencia luminosa y su seguridad al exponer captaba la atención de un grupo, al que respondía sobre las inquietudes que le presentaban y proponía posibles soluciones.

Al cabo de un rato pregunté quién era ella, a lo que de forma casi unánime y con admiración respondieron que era Clara, la perfecta mayor.

Al comentarles que me parecía demasiado joven, se desató una serie de comentarios en defensa de su desempeño, "pero es muy sabia" dijo uno, "piadosa" "una gran guía" dijeron otros.

-Tienes que conocerla, es la única forma de que compruebes que no exageramos –me sugirió uno de ellos y enseguida se aproximó a Clara para susurrarle sobre mí.

Ella se separó de su grupo y me dedicó un gesto amable, al que reaccioné rápido, a pesar de mi sorpresa por su desenvoltura y me presenté como un Templario. Nos retiramos a un rincón cercano y sentados en un banco de piedra intercambiamos ideas.

-Debo agradecer la visita de un verdadero "amigo" Templario -me dijo casi desafiante.

-Le agradezco su atención -le contesté algo sorprendido-. Mi presencia se debe a los numerosos cuestionamientos que me aquejan después de una vida dedicada a La Orden.

-Es usted el dueño de sus respuestas, es quien debe encontrarlas en su interior -me respondió con tono firme, pero cargado de dulzura y comprensión.

-Necesito una razón que me ayude a esclarecer las dudas sobre mi accionar y el de mis compañeros, acaso busco la manera de aliviar las culpas que han empezado a emerger sin que pueda evitarlo.

Ella tomó mis manos entre las suyas, mientras me contagiaba paz y un sentimiento de amor pleno, como jamás había sentido. Era la primera vez que vivía algo así, me había conmovido íntimamente, como sigue haciéndolo cada día.

***

Emboscadas

–El misterio de las desapariciones había conseguido atemorizar al César y a sus soldados, durante las invasiones romanas a nuestras tierras –se apuró a leer Guillaume para desviar la congoja que

intentaba instalarse entre la tripulación. *–Las tropas eran sorprendidas por una emboscada repentina e inexplicable, o por la desaparición de algunos soldados, sin que quedaran rastros de ellos. Sombras erráticas y hombres que habían sido considerados muertos, se les presentaban de improviso, entre los campos de Provins y se evaporaban de la misma forma dejándoles intrigas y sospechas improbables.*

–Son advertencias de los dioses, mensajes que debemos considerar –opinaban los consejeros del César.

–Es la magia que impregna la naturaleza de estas tierras y sus habitantes, que se resisten a nuestro dominio –habían sentenciado otros, aunque jamás llegaron a una conclusión que los tranquilizara realmente.

Provins era uno de los principales centros de operación de La Orden. La mayoría de sus habitantes habían estado relacionados con los cátaros, quienes acostumbraban a colaborar pacíficamente con la organización, y compartían el mundo de las catacumbas. Como otros herejes, los cátaros se deslizaban silenciosamente por los pasadizos subterráneos, entre galerías sin tiempo, levantadas con pilares y cúpulas de mampostería que tenían entre sus grabados, numerosos detalles de los acontecimientos trascendentales ocurridos a través de generaciones. Los fugitivos conocían el mapa de las comunicaciones secretas entre los edificios, iglesias, graneros y lonjas, cuyos sótanos tenían cientos de bóvedas y recodos oscuros.

He caminado tanto por esos nudos laberínticos que por momentos creo estar ahí –había escrito Guillaume–. *Al pensarlos creo sentir las corrientes de aire helado que los cruzan y se enfrentan entre soplos inesperados que alertan y agitan. Escucho el retumbe de algún galope que rompe el silencio profundo y avanza por los pabellones, bajo los arcos, chapoteando sobre un hilo de agua que refleja y amplía un halo de luz. Me fastidia el aletear de los murciélagos que provocan sobresaltos cuando desprenden cascarillas de las paredes, que al caer producen un chasquido que se mezcla con el eco de unos pasos…*

Me estremece esa humedad añeja, cuando ingreso en cada pasaje con sus recovecos, disimulados tras los pilares cargados de grabados druídicos, albigenses, cátaros, bogomilos, y de otros grupos heréticos.

***

Figura

La permanencia de la extraña figura y su persecución se ha convertido en una constante que me angustia y estorba. He debido suspender mi lectura y me he refugiado en mi camarote, después de

haberme dispensado ante la tripulación, por un ligero malestar.

Cierro los ojos y vuelvo a los túneles, voy a buscar a los cátaros que permanecen allí. Me desespero por encontrarlos, sin resultado alguno, entonces me traslado a las playas donde los dejamos, pero me cuesta divisarlos entre tanta bruma.

-Tú tienes las respuestas, búscalas en tu interior -me dice Clara, mientras se acerca caminando lentamente envuelta en una manta sutil, como ella misma. Los discípulos que la rodean captan su atención, a pesar de lo cual ella me dedica miradas, que interpreto como un posible acercamiento, lo que acelera mis latidos.

La espero con ansias, pero ella se evapora entre la niebla.

He quedado sumergido en la desesperanza.

Ruego por su intervención a Nuestra Madre y Señora, para que mis oraciones me ayuden a ampliar mi mirada y a visualizar el origen de mis tormentos.

***

Ceremonias

–Los Caballeros que coincidíamos en Providence, hacíamos lo posible para participar de los oficios religiosos que realizaban los cátaros sobrevivientes entre los subsuelos. Necesitábamos imbuirnos de la fe pura que ellos predicaban, tal como la habían profesado los cristianos de los primeros tiempos, en las catacumbas, donde se ocultaban de los romanos. La historia se repite implacable.

–Doy fe, así lo hemos vivido… –dijo alguien.

–No interrumpas…

–A pesar del conocimiento que teníamos de los laberintos y los subsuelos, bajábamos con grandes precauciones, rodeados de la oscuridad que nos atemorizaba, la misma que alejaba a los intrusos. Nos sorprendían los roedores, los repentinos aleteos de aves y los ruidos extraños que retumbaban por los pasillos. El descenso era un viaje de reflexión, quizá una pequeña demostración del estado de conciencia que se alcanza durante el trayecto por El Camino de Santiago, o por las rutas de los peregrinos a Jerusalén. En esos momentos nos enfrentábamos a los tormentos más ocultos, que parecían disiparse ante algún rayo de luz que nos anunciaba el fin de las penurias a las que nos sometíamos voluntariamente, aunque algunas veces resultaba ser un reflejo perdido que nos confundía y aumentaba nuestros desasosiegos. Era un ejercicio de profunda introspección para intentar ser dignos de alcanzar La Luz Divina, para llegar a ser parte de ella.

–Dieu le veut, Dieu le veut… –se escuchaba por momentos, a modo de un suave murmullo emitido por quien asentía con el relato.

–Nos invadía una gran paz cuando finalmente arribábamos al espacio destinado para los santos oficios que, entre velas y antorchas, eran conducidos por Clara. Su presencia mansa, pero firme, como su voz y su mirada cristalina, sus interpretaciones del Evangelio de San Juan, sus ideas basadas en el amor y en la tolerancia frente a otras religiones y pensamientos, iluminaban nuestros caminos y generaban incontables dosis de esperanza, que nos hacían posible el paraíso en la Tierra. A pesar de su juventud, había alcanzado el honor de ejercer como perfecta, como llaman a su guía espiritual, ya que los cátaros valoran el principio femenino, además del hecho cierto que ya no había ancianos entre ellos.

Como los cátaros, considero la Fe como una experiencia mística y personal, a través de las vivencias más íntimas de cada ser, conocidas como Gnosis –leía De Lyon ante su tripulación, ansiosa por entender las razones que habían provocado la evaporación de La Orden y la de aquellos con quienes habían compartido creencias y procederes.

–"Ningún sermón –continuó leyendo– *es más cristiano que los suyos y su moralidad es pura" –había advertido San Bernardo a Roma, después de una visita a Languedoc, la ciudad representativa de los cátaros. A pesar de su informe, San Bernardo no había logrado transmitir su convencimiento.*

Será por su gran sabiduría que los cátaros eran comparables a los bizantinos, y se habían convertido en el semillero de enemigos de la Iglesia de Roma, que prefería sostener los misterios, dogmas y penitencias, en vez del conocimiento.

–Dieu le veut, Dieu le veut… –volvió a escucharse por lo bajo, a modo de íntima reflexión.

–Son herejes quienes se animan a declarar que Jesús no era una divinidad, sino que era un hombre que había ofrecido su vida como un acto de amor –era una de las acusaciones que Roma sostenía en contra de los cátaros.

–Debemos combatir a quienes se niegan a adorar la cruz por que la consideran un símbolo de tortura y muerte –denunciaban.

– ¿Cómo impedirles difundir sus ideas sobre la reencarnación? –se quejaban otros.

Los cátaros sostenían que Dios es puro amor, que no es compatible con el poder, que el hombre puede acceder a Dios por sí mismo, sin la intervención de las jerarquías clericales.

***

Tripulante

Me ha despertado la invasión de la luna en mi camarote, parece empeñada en mostrarme la figura que irrumpe mi espacio y aumenta mi desconcierto.

- ¿Quién eres? ¿A qué obedece tu presencia? -le he preguntado con ansiedad e intriga.

Veo que eres parte de la tripulación, pero te dejas ver sólo por mí. ¿Qué es lo que pretendes? Sé que eres un ser de Luz porque formas parte de ella y porque resistes al agua bendita con la que te bendigo, como lo he hecho tantas veces.

A pesar de mis intentos, la figura ha permanecido en el mismo lugar, sin mostrar intención alguna de comunicación.

¿A quién consultar? ¿Con quién podría hablar libremente sobre estos acontecimientos, sin sembrar angustia y desazón?

- ¡Oh, Clara! ¡Cuánto te extraño, necesito de tu apoyo, de tu sabiduría!

-Tú tienes las respuestas -me habrías dicho-. Eres el dueño de tu ser, de tu integridad, la verdad está en ti.

He cerrado los ojos para buscar la visión de Clara en mi memoria, pero no lo he logrado, y al abrirlos me he encontrado completamente solo.

***

Los Cátaros

–El Tercer Concilio Laterano se había ocupado de atender las denuncias contra los Cátaros. Roma apostaba por los misterios, dogmas y penitencias, mientras que los Cátaros impulsaban la ciencia y su evolución.

–Debéis marchar a Languedoc con una delegación de cruzados y aplastar a esa "lepra del sur". Esos herejes han asesinado al delegado pontificio –había ordenado el Papa Inocencio III al Abad Coteaux, a inicios de 1.208, a sabiendas de que, en realidad, el grupo anticlerical había sido formado por un grupo de infiltrados.

El suave aliento fresco que surcó la frente de Guillaume, más la sensación del roce de un velo, provocaron la interrupción de su lectura. Buscó entre las miradas de quienes lo rodeaban para ver sus reacciones, pero todos se mostraron extrañados ante su repentino silencio, no evidenciaban otra intención más que la de

retomar la lectura, ante lo cual, después de un leve carraspeo, decidió continuar:

–El contagio que provocan estos infectados por la herejía no se detiene, el mal sigue corrompiendo poblaciones enteras con esas prácticas blasfemas –informaron al Abad.

–Las tropas estarán a mando de Simón de Montfort, "para extraer la herejía, para siempre". –Los gritos fervorosos de los aliados, en respuesta a la moción de invasión, enardecieron la opinión popular, que les dio el apoyo necesario para eliminar a los cátaros.

– ¿Cómo hemos de reconocer a los asesinos? –preguntaron quienes debían dirigir los ataques.

–"Mátalos a todos, Dios reconocerá a los suyos" –había sido la respuesta.

–Estos son los hechos puros, tal como han tenido lugar, sin ninguna intervención de mis sentires –contestó Guillaume ante las protestas de sus oyentes, que se santiguaban una y otra vez–. Esto ya es historia y nuestros comentarios no tienen el poder de cambiar lo sucedido.

–Será nombrado mártir –siguió leyendo cuando se acallaron los murmullos–*quien dé su vida por la causa, luchando contra un infiel –eran las promesas de la iglesia, a quienes estaban dispuestos a marchar y matar, para defender los intereses de Roma.*

–Se mantendrán las mismas recompensas establecidas en la lucha contra los sarracenos, y las prometidas por el Papa Juan VIII, para las primeras cruzadas, las destinadas a recuperar Jerusalén.

–Se les concederá la remisión de los pecados, la expiación de todas las penitencias y un lugar en el cielo.

–Podréis apropiaros de todo el botín, para gozo de vuestras familias, que os esperarán con orgullo por ejercer justicia contra esos blasfemos asesinos.

–Las recompensas materiales serán autorizadas si vuestra lucha dura cuarenta días seguidos. Si vuestra ambición de riquezas no ha sido satisfecha, podéis seguir combatiendo mientras haya algún hereje vivo.

Revisiones

–La misión de la Orden era la de luchar contra los sarracenos. Esa ha sido la consigna que nos ha salvado de participar en tan injusta masacre contra nuestros amigos cátaros, a quienes hemos socorrido, en numerosas ocasiones –concluyó De Lyon visiblemente acongojado,

después de compartir sus investigaciones.

–El Rex Mundi, como llamaban los cátaros al poder de la malignidad, dominaba la alianza de Roma con los rústicos barones del norte de Europa, para atacar las poblaciones cátaras –amplió ante el asombro de quienes lo escuchaban–. Los barones no sabían ni escribir su nombre, pero codiciaban las riquezas de los cátaros.

–Además sentían mucha intriga por el tesoro que los bogomilos habían llevado cuando huyeron de los Balcanes, allá por el Siglo X –comentó Lavallén.

–Los cátaros estaban completamente indefensos, no portaban armas, ni levantaban sus herramientas de labranza para defenderse. Estaban convencidos de que sus cuerpos era la única materia de la que disponían para enfrentar a los que se consideraran enemigos… –Guillaume detuvo nuevamente la lectura, ante las expresiones vertidas por quienes seguían sus relatos.

–Es lo que pasa cuando se enfrenta el bien con el mal, la luz con las tinieblas… –explicó a los que se resistían a aceptar la negación de los cátaros a defenderse, y la elección de ser mártires–. Las ideas del Dualismo Gnóstico les impedían responder con violencia.

– ¿Cómo entender la idea de "cosecha de riquezas ajenas" de los falsos cristianos? –intervino uno de los presentes.

–La ambición era encubierta como "cacería de herejes", para no pensar en la matanza de los indefensos –apuntó Guillaume.

–Las tropas enviadas por Roma y sus aliados ejecutaban a las familias con la misma violencia con la que enfrentaban a cualquier enemigo acorazado –aseveró contrariado Ricardo de Dubón, capitán de otro de los barcos, que compartía la reunión.

–Resulta doloroso pensar que los cruzados enviados por Roma actuaban contra los cátaros como hacían los romanos contra los primeros cristianos –observaron.

–No conocía la razón del enfrentamiento con los cátaros…

–Lo descubrimos ahora, cuando ha pasado el tiempo y nos hallamos tan alejados. No hay nada que hacer por esos inocentes –opinó Deneuve–. Los obligaron a refugiarse en catacumbas…

–No puedo más que reconocer vuestras dolorosas conclusiones –reconoció De Lyon, mientras acariciaba su larga barba–. Iban matando y acumulando tesoros por Perpiñán, Narbona, Carcasona, Toulouse, poblados con miles de habitantes que han sido incendiados y borrados del mapa.

–La misión que hemos asumido es el mejor reconocimiento al martirio de los Cátaros –consideró Dubón.

Un profundo agobio se adueñó de la tripulación que descubría otra faceta de la realidad. A medida que avanzaban las lecturas, necesitaban refugiarse en el análisis de los textos sagrados y en la oración.

***

Enigmática

Entre tantas pesadillas ocasionadas por el remordimiento que me ocasiona la mortificación y muerte de los cátaros, ha vuelto a presentarse ante mí la silueta que me persigue. Ella hace gala de un gran misterio por el cual no deja ver su rostro, ni descubre su intención.

En este sueño recurrente, la figura se pasea de un extremo a otro de un espacio que solo yo puedo ver, pero no alcanzo a reconocer. Llego a creer que ella ha estado presente en muchos momentos, distrayéndome de tanto dolor, aliviando mis malestares, acaso me ha acompañado siempre. Sin embargo, se diluye entre mis sensaciones más ocultas que pretenden manifestarse, a pesar de algunos impedimentos propios, que no puedo identificar.

Entre la tripulación no hay nadie que haya hecho alguna observación sobre la enigmática figura, por lo que he confirmado que soy el único que tiene estas visiones. Por ahora no haré comentario alguno para evitar ahondar en las angustias personales.

¿Cómo comentarlo si no había quien hiciera alguna referencia?

¿Pondrán en duda mi cordura? ¿O debería hacerlo yo mismo?

¿Será acaso la representación de mis angustias? ¿Cómo podré recuperar mi paz interior?

-Eres dueño de tu conciencia, tú tienes la solución -me ha contestado Clara. Por primera vez, se ha dirigido a mí en mis sueños, con la seguridad que la distingue, con esa increíble y entrañable dulzura que extraño tanto.

***

Resistencia

–*Los cátaros no empuñaban armas* –leía De Lyon, en otra jornada memoriosa–. *En los últimos años, los que duró la resistencia más dura, y ante el implacable avance de las tropas invasoras, se vieron obligados a contratar soldados para los casos más extremos de la defensa de Languedoc, pero los soldados de Roma los derrotaron.*

Unos pocos sobrevivientes lograron refugiarse en la cima de la montaña, en el Fuerte de Montsalvat, baluarte de la zona y templo solar. Allí resistieron diez meses más.

Corría el primero de marzo, cuando presentaron la rendición, ante Hugo de Arcis, a cargo de las tropas que cumplían el sitio, junto a Pedro de Amiel, arzobispo de Narbona.

–Os pedimos tengáis a bien concedernos una tregua de dos semanas –habían propuesto los refugiados del Castillo.

–Al cabo de los días que os solicitamos, estaremos en condiciones de informaros si habremos de abjurar nuestra fe, o morir por ella, si así lo dispusiereis –seguía leyendo Guillaume, ante la tripulación que lo escuchaba consternada por tan tremenda decisión.

En realidad, esos eran los días que los refugiados necesitaban para celebrar el Equinoccio de Verano, que acontecería el catorce de marzo, cuando los primeros rayos de sol cruzaran por los cuatro arcos del castillo hasta atravesar, de lado a lado, la Torre del Homenaje.

Guillaume dejó de leer para visualizar mejor y en lo posible retener, el manto que había cruzado repetidas veces frente a sus ojos, provocándole una suave y agradable frescura.

Los hombres intercambiaron miradas ante la actitud incomprensible del capitán, que se había levantado de repente y daba brazadas al aire.

De Lyon se sentó visiblemente acongojado y ocultó su cara entre las manos. Después de unos minutos, comenzó la oración:

–Dios te salve, Reina y Madre de misericordia…

El Tesoro

–Después de la celebración del equinoccio –leyó al día siguiente, ante el auditorio expectante sobre el avance de sus investigaciones– *durante la noche, cuatro perfectos descendieron los cuatrocientos metros de la muralla posterior del fuerte. Se deslizaron por medio de sogas, sin ser vistos por las tropas que los cercaban. Llevaban los tesoros heredados de los bogomilos, y otros que les habían sido confiados y originados tantas luchas y matanzas injustificadas.*

Protegidos por la oscuridad de la noche, los perfectos se perdieron entre las rocas que los condujeron a los túneles por los que se hundieron hasta lo más profundo, cerca del centro de la tierra, adonde no tenían acceso los cobardes, ni las armaduras, ni los caballos. Se quedaron ahí, adonde no llegaba el sonar de la ronda de cascos, aunque lo percibían y, a pesar de sus esfuerzos, no podían evitar el estremecimiento que les provocaba imaginar el chirrido de los metales y

el destino de los refugiados en la Torre.

Habían contado con el amparo de los escoltas designados por los invasores, que contra toda previsión se habían convertido a la fe cátara durante el tiempo de guarda.

Rendición

–Estamos aquí, ante vosotros, para dar fin a la tregua que hemos solicitado y nos habéis concedido –anunció el vocero de los cátaros sobrevivientes, cuando despuntaba el alba del día prometido, después de la exitosa huida de los perfectos.

–Debemos deciros que hemos juramentado permanecer fieles a la Fe que nos convoca, no hay nada más importante en nuestras vidas. La defenderemos hasta las últimas consecuencias, aunque ello signifique la misma muerte –había dicho el portavoz, con tono firme, sin muestras de debilidad.

–Por nuestra Fe hemos resistido hasta hoy, quince de marzo y por ella seguiremos resistiendo hasta el último aliento –continuó diciendo, visiblemente emocionado, con el asentimiento de sus compañeros, mientras rezaban al unísono.

A pesar de la hondura del dolor que le causaban estas memorias, Guillaume dejó de leer y miró a su audiencia con un extraño gesto de aprobación y de orgullo, producido por la entereza de aquellos mártires.

Ante tamaña afrenta y dominados por la avaricia –empero la emoción que lo ahogaba, De Lyon siguió leyendo– *los cruzados enviados por Roma, que sumaban más de seis mil, rodearon al grupo de doscientos cátaros, formado por familias enteras y los bajaron a empellones, apuntándoles con las armas, como al enemigo más peligroso y temido.*

No hubo respuesta a las agresiones de los soldados –dijo con gran esfuerzo, con la voz entrecortada por el desconsuelo que le transmitían sus propias lecturas.

Sin presentar resistencia empezaron el descenso, con el pacifismo propio de los mártires de la Fe. Mezclados entre ellos estaban quienes habían sido sus custodios, que se presentaban como conversos, ante la humillación y el desconcierto de las tropas invasoras.

Tal como había ocurrido con los primeros mártires de la Fe, ejecutados por las fieras, frente a los romanos, los últimos cátaros bajaban lentamente por esos caminos escarpados, cantando melodías que sonaban angelicales, que los acercaban más a Dios y lograban la fortaleza necesaria para enfrentar tremenda condena. Caminaron

dócilmente hasta que les ordenaron detenerse. En paz aguardaban el turno para ser atados sobre la pira que los soldados encendían. Se mantuvieron inmóviles, aceptando el designio de sus captores, sin dejar de cantar. Sus ropajes empezaban a arder frente a sus verdugos que, entre gritos y burlas, miraban cómo los cuerpos eran abrazados por las lenguas de fuego. Mientras eran quemados vivos, sus ejecutores seguían insultándoles, acusándoles de herejes.

Ni esa enorme hoguera que hedía a los cuerpos ardiendo bajo el humo denso y perdurable, ni los cantos angelicales que los mártires habían ofrecido hasta que fueron asfixiados por las llamas, habían podido disminuir la ambición, ni la crueldad de los agresores, que siguieron avasallando cuanto reducto escondido había quedado en pie.

De Lyon dejó la lectura, no podía emitir una palabra más. Tenía el corazón oprimido tras leer su reconstrucción de los hechos, tan costosos para la Fe. Con la cabeza gacha, tratando de contener alguna lágrima vergonzante, se arrodilló ante sus hombres, pero no resistió el peso que lo agobiaba y cayó boca abajo, con los brazos abiertos, extendidos en forma de cruz, sobre la cubierta del barco.

De pronto el cielo se cubrió de nubes espesas arrastradas por un fuerte viento que provocó una lluvia abundante. Tendidos sobre el piso, dejaron que el aguacero lavara sus cuerpos tapados con las capas blancas que mostraban la cruz paté, de cara al cielo, con la esperanza oculta de limpiar, en ese acto inesperado, a modo de bendición, tanta pesadumbre.

Después de un largo recogimiento, Lavallén encabezó el rezo de incontables plegarias, que se encadenaron con otras. Durante horas, siguieron orando, pidiendo piedad al Creador por tanta inhumanidad, con la esperanza de llegar a exorcizar el dolor transmitido, del cual empezaban a cobrar real conciencia.

***

Desengaño

En medio de mi desolación, de esta sensación de final irreversible, causado por el desengaño ante tremenda traición, siento la imperiosa necesidad de buscar a mis compañeros Cátaros, de reunirme con ellos para compartir sus oficios religiosos y participar de sus largos debates. Me resulta difícil reconocer que me desespero por volver a verlos, con la seguridad de que junto a ellos he de recuperar la esperanza que necesito.

Me imagino hablando con Clara, como si ella pudiera facilitarme una tabla de salvación que me permita sobrevivir a tanta angustia. Hay algo que me impulsa a acercarme a ella, a sentir el calor de su cuerpo,

su perfume a flores, su pureza. Todo me parece extraño, confuso.

-Eres parte del misterio de la vida. En tu vida está el misterio que te origina, la razón de tus latidos. Tú eres el misterio -me dijo con un amor inconmensurable, antes de desaparecer.

Necesito alejarme de las ideas que enturbian mi mente. Sólo sé que preciso contagiarme de su Fe.

***

Ambición desmedida

–Mientras un escuadrón vigilaba la hoguera que consumía a los mártires, otra tropa exploraba el fuerte de Monsalvat, con la decisión de encontrar el mítico tesoro –leía al día siguiente, ante la tripulación ávida por conocer los verdaderos acontecimientos.

Derrumbaron murallas, levantaron piedras, cavaron túneles, sin que se pudiera encontrar el tesoro cátaro, hasta que llegó el momento en que la realidad intervino y destruyó toda certidumbre sobre sus ambiciones.

Aquellos cruzados habían perdido los valores trascendentales. Para ellos nada era equiparable a la fortuna material y al poder que obtenían en cada avance. Estaban dominados por la obsesión de las metas terrenales.

–Si las alianzas emanadas desde el Rex Mundi no hubieran prosperado –agregó Lavallén, sabedor de las conclusiones que Guillaume intentaba transmitir–estaríamos disfrutando del paraíso terrenal que los cátaros habían hecho posible, de la paz y solidaridad de sus aldeas, sus honestas transacciones y de las excelentes relaciones que mantenían con los señores feudales.

–Debemos orar por ellos y continuar con sus predicamentos de Fe –aportó uno de los caballeros.

–Los Cátaros vivían iluminados por la Fe fundamentada en experiencias propias, conducidos por la palabra amorosa, sin imposiciones de los perfectos, quienes respetaban la evolución de sus creencias basándose en el Evangelio de San Juan.

– ¿Cuántos años ha permanecido indiferente La Orden ante estos acontecimientos? –preguntó uno de los atormentados caballeros.

–No ha sido indiferencia. Era un recurso para seguir vivos, para salvar a quienes estuvieran dispuestos a seguir practicando las consignas de San Bernardo –aportó Lavallén.

–Ante la obstinación de los Cátaros sobrevivientes por practicar la verdad, nuestra organización les había ofrecido ayudarles a huir –intervino Deneuve, quien conocía esos tramos sangrientos de la historia, dado los comentarios que les hiciera De Lyon cuando, en medio de la desesperación que le provocaba cada etapa de su investigación, cuando buscaba una mirada benevolente y comprensiva contra la inevitable censura y mortificación que se desprendía de sus propios escritos.

–A pesar de los años transcurridos, aquellos hechos me persiguen con gran tormento, entre tantas otras pesadillas. Forma parte de mis pesares la idea de que La Orden no haya encontrado otra forma de ayuda a los Cátaros, más que la de trasladarlos hasta algún puerto aliado –era la respuesta que repetía ante la tripulación de las tres naves.

–Por ese entonces, La Orden disfrutaba de todo tipo de honores y permanecía distante de los enfrentamientos producidos al oeste de Europa. Recién ahora, cuando hemos padecido una persecución similar y sufrido la indiferencia de aquellos que podrían haber intervenido en favor nuestro, hemos tomado real conciencia de los hechos –reflexionó De Lyon, a poco de terminar su lectura diaria, frente a los hombres que le interrogaban, con la pretensión de encontrar justificativos que exoneraran a sus antecesores.

–Llegaron a sumar cincuenta años de matanzas, vanaglorias, atracos y conquistas de los aliados, contra la "herejía cátara" –confirmó Guillaume.

–Habían conseguido aniquilarlos, postergar su sabiduría, usurpar sus propiedades, pero no han encontrado el legendario tesoro.

–Por esos años, Roma había decidido otorgar el poder de la investigación y condena de herejes a Fray Domingo de Guzmán, fundador de la orden de Los Dominicos y de La Sagrada Inquisición, quien se hizo cargo de los procesos, penas y formas de ejecución destinadas a eliminar cualquier foco de herejía.

–Dios te Salve Reina y Madre de Misericordia…

***

La Perfecta

En la soledad de mi camarote he cerrado los ojos, para despreocuparme de mi cuerpo y de este presente, para concentrarme en las imágenes de los Cátaros que despedimos la última vez.

La lumbre de la vela que se refleja en el espejo me devuelve atardeceres y miradas titilantes tras las lágrimas que van dejando un surco brillante, mientras resbalan por los rostros acongojados, ante las despedidas discretas y sigilosas que enfrentamos en la playa donde se confunden las sombras, las aves y el rumor parejo, interminable de las olas.

Vuelve a mi memoria la imagen de Clara, cuando me la presentaron como la "Perfecta Cátaro", a pesar de su juventud. Me había quedado mirándola incrédulo de su accionar, que requiere gran cúmulo de sabiduría, de experiencia y de infinita templanza, mientras ella me devolvía su mirada joven, cargada de amor, pero a la vez serena y segura de su andar.

Crece mi admiración por su condición generosa, la transparencia de sus gestos, de los sentimientos que transmite, las verdades irrefutables que pregona, tal como lo han hecho sus antecesores, según lo demuestran los documentos que me acompañan.

Me inunda la paz, saboreo ese estado de amor pleno que generan mis recuerdos.

Vuelvo a sentir el manto de energía esperanzada que se hacía casi palpable y se renovaba en cada uno de los oficios cátaros, de los que participábamos con profunda vocación de amor al prójimo.

***

Misterio

–Cuando partimos de La Rochelle, cargamos con el misterio que va a acrecentar la intriga y los desvelos de aquellos ambiciosos de quienes hemos debido alejarnos. Estoy seguro de que nuestra desaparición va a ser el origen de distintos enfrentamientos y de un sinfín de confabulaciones –observó De Lyon.

El objetivo de sus más crueles ambiciones ha sido fragmentado. Cada una de nuestras naves es poseedora de alguna de las partes que lo compone y los desvela. Es inútil que las busquen, ya no las podrán reunir.

–Somos los encargados de velar por los misterios más valiosos de la humanidad, aunque es imprescindible entender que no nos pertenecen –era la sólida conclusión que los reunía.

46. Temores

– ¿Cómo hemos de hacer para no caer por los barrancos que están al final del Mar Tenebroso? –indagó uno de los tripulantes más temerosos.

– ¿Será cierto que estos mares desconocidos nos llevarán a las tierras misteriosas que están más allá de las columnas de Hércules? –le preguntaron con muestras de temor.

–Las columnas de Hércules le llamaban a la puerta de salida del Mediterráneo, del cual nos alejamos hace bastante –aclaró De Lyon.

No deben temer, conozco estos mares y sus rutas –contestó a los atormentados tripulantes–. No hay barrancos en medio del mar, no hemos de caer al infinito, ni llegaremos a tierras malditas. Viajamos en la dirección correcta, la de nuestra libertad. –Les aseguró con voz tranquilizadora.

Nos dirigimos a tierras firmes, de nativos amigables –concluyó.

–Dieu le veut, Dieu le veut, Dieu le veut…

Iglesia del Amor

–Cuando las condiciones del viaje son benevolentes –leía después de la última oración del día *–me permito revisar los libros que hemos cargado en Tomar, vuelco las conclusiones en estas notas. Me dedico a desmenuzar las actas y los fundamentos de nuestra organización, tan similar a la de los Cátaros. La diferencia estriba en nuestra lucha armada, mientras que ellos se basaban en sus ejemplos de vida, de amor y sanas convicciones.*

–"No pertenecemos a iglesia alguna, nos une el amor. El amor es nuestra iglesia" –acostumbraban a declarar.

"Nos seguirán miles de almas, una multitud de magníficas carrozas, guerreros, tronos, jerarquías y almas puras descenderán en el mundo. Nosotros vamos a abrir el cielo y vamos a abrir las puertas para la entrada a la Gran Iglesia del Amor. No va a ser fácil, pero nos reconocerán por milenios" –aseguró la Perfecta durante el último oficio, en el que todos adornaban sus ropajes con hojas de laurel, como símbolo de la victoria.

No puedo dejar de preguntarme (en silencio) si dada las similitudes que nos unen a los Cátaros ¿nos alcanzará el mismo destino?

Las olas se baten con más intensidad. El ocaso ilumina las crestas de espuma luminosa que representan las sogas por las que bajaron los perfectos designados para salvar los tesoros, que en parte eran ellos mismos, por la sabiduría que deberían transmitir. Machaca en mi conciencia y lo hará siempre, el sacrificio de esos mártires de la Fe.

Rex Mundi

–Mientras navegamos por estas aguas desconocidas para casi la totalidad de los habitantes de la Tierra, me resulta inevitable rebelarme ante la idea de que somos parte de los ciclos del Rex Mundi –comentó Guillaume a sus compañeros, que asentían ante sus reflexiones.

–Los aliados del Rex Mundi habían embestido contra los Cátaros. Son ellos mismos los que han traicionado la confianza de La Orden, sin que podamos hacer algo para evitarlo –le contestó Deneuve, con la intención de aliviarlo de los tormentos que lo acechaban.

–La historia de persecuciones y vanidades se repite inexorable, Deneuve. Esta flota atravesando las rutas que son negadas por nuestra civilización, hacia tierras consideradas inexistentes, es equivalente a los cuatro perfectos cátaros que descendieron por la muralla del fuerte, con la misión de proteger los tesoros.

–Es lo que estamos haciendo al ocultarnos entre mares que desdibujan los rastros que tanto codician los infectados por el poder malsano –asintió Deneuve.

– ¿Dónde se habrán ocultado los obispos? ¿Habrán permanecido entre las cuevas de *Ornolac*, de *Ariege*, entre los Pirineos…? –preguntó Lavallén.

–Se sospecha que se han ocultado entre las cuevas que rodean al *Rennes-le-Chateau* –comentó otro caballero, en su intento de aportar datos.

–Son demasiados túneles y cuevas, muchos fuertes y castillos, muchas posibilidades –opinó Lavallén.

–Traemos la mayor parte de las razones que han ocasionado semejantes matanzas –concluyó Deneuve, con doloroso alivio.

–Debemos orar con más Fe, pedir por la protección de nuestro Gran Maestre y por los caballeros que han decidido acompañarlo –opinó alguien más.

–Nuestros encubridores han confiado en la buena voluntad y honestidad de los perseguidores, con la esperanza de una reconsideración… –consideró Deneuve.

–Debemos aumentar la fortaleza de nuestras intenciones y de los pedidos por la salvación de los caballeros que han quedado en tierra. Lo lograremos con el poder de la oración –afirmó De Lyon.

–Pidamos que se considere la exoneración de los Caballeros –sugirió Lavallén.

–Oremos ya…

***

Ultima despedida

He perdido la cuenta del tiempo. Con los ojos cerrados intento despreocuparme de mi cuerpo y del presente por el que navego, en este temido Mar Tenebroso, junto a los caballeros que me acompañan.

En estos momentos me oprime el mismo desasosiego que sentía durante la última despedida a nuestros hermanos cátaros, frente a la marea embravecida que parecía decidida a arrojarnos contra los acantilados, ahora tan distantes.

Percibo la extraña complicidad del mar que con su borrasca nos daba la posibilidad de terminar con nuestra participación en las luchas armadas, para establecernos junto a los refugiados y transformar las batallas en acciones pacíficas, en actividades cátaras.

Revive en mí el esfuerzo por tratar de vencer el desconsuelo creciente que se mezclaba con los sentires que nos confundían cada vez más, a medida que la distancia aumentaba y nos separaba progresivamente de nuestros protegidos. Los dueños de las siluetas lejanas nos saludaban con discreción y se quedaban ocultos tras los riscos, dominados por la congoja nacida de la experiencia sostenida, ante el perseguidor encarnizado.

Admiro la capacidad de Clara para organizar el grupo, para aislar a los más desprotegidos y trato de leer, desde la distancia, las palabras que pronuncian sus labios, que acompañan a esa la luz de intenso amor que descubro en su mirada, que me sigue mientras me alejo hacia la embarcación.

¿Qué me decía Clara mientras me alejaba? ¿Cuáles habrán sido esas últimas palabras? Trato de deletrearlas en mi memoria, pero no tengo ninguna certeza, en realidad han aumentado mi intriga.

Vuelvo a sentir el impulso de abandonar la nave y la tripulación, para regresar a aquella costa, aunque sea a nado, convertido en un Cátaro, pero como entonces no puedo faltar a mis votos originales, sería como faltarme a mí mismo, a mi esencia. Es el sentir que me domina en este presente atiborrado de penurias y despojos que me han dejado incrustadas las despedidas que renuevo cada día, sin que alguno de aquellos seres que añoro, pueda imaginarlo siquiera.

En silencio llamo a Clara con todas mis fuerzas y busco su figura, que para mí sigue en la playa donde la dejamos, junto a sus compañeros exiliados. A pesar de mi grito interior, ella se resiste a presentarse, mientras su imagen se desdibuja en mi evocación.

***

Confianza

–Los vientos suaves y el buen clima son grandes aliados, Lavallén –comentó De Lyon después de la primera oración, cuando se empezaban a distinguir las luces del alba.

–Que Dios siga conduciendo tu intuición –le contestó, seguro de las pretensiones de Guillaume–. Que ilumine los senderos que han permanecido ocultos por otros intereses. Todos acompañamos la misión que te has propuesto, Guillaume. Puedes dedicarte a los escritos que tanto empeño merecen. Despreocúpate, nos ocuparemos de llegar a buen puerto.

–No os defraudaré, debemos llegar a destino siendo dueños de la verdad. Por las noches me desvelo hasta que mis ojos, a la luz de las velas, no distinguen las letras y mis manos se quedan sin fuerza para seguir grabando en el papel las acciones más relevantes, para dejar testimonio de los aconteceres que vivimos mientras viajamos hacia nuestro destino.

–Tengo la esperanza de descubrir las fórmulas que nos ayuden a cambiar las traiciones, para transformarlas en nobleza y amor por el prójimo –dijo con firmeza.

–Es necesario desterrar la traición, Deneuve, eliminarla de las posibilidades del ser humano –insistió por lo bajo, tratando de llegar a lo más profundo de sus pensamientos, para transmitirle su convencimiento.

–El retraso de la humanidad ha sido causado por la vanidad de los poderosos. Han destruido las organizaciones realizadas por los espíritus más elevados, prometedores de un paraíso terrenal, casi palpable –le dijo mientras le palmeaba la espalda, con cierta resignación.

Pérdidas

–Hemos permanecido fieles a las bases impuestas por San Bernardo, para proteger Jerusalén, sus peregrinos y los tesoros sepultados bajo el Palacio del Rey Salomón. Son las consignas que conforman la trilogía del mandato fundacional de La Orden –comentó Guillaume después de la comida–. Custodiábamos a los peregrinos, defendíamos los tesoros acumulados, pero habíamos perdido el control sobre Jerusalén. Esa pérdida resultó fundamental para la ruptura de la trinidad que cimentaba La Orden.

–Hemos perdido los territorios, pero conservamos la fidelidad a nuestros principios y juramentos –aportó Deneuve.

–Son demasiadas pérdidas. En la huida, sin haberlo pensado, hemos malogrado las trinidades terrenales formadas con nuestros padres, las amistades y nosotros mismos… Todo ha quedado a la

deriva, como nuestras vidas. Estamos sujetos al milagro de la vida que Dios nos propicia y ampara cada día –concluyó De Lyon.

–Debo reconocer que he visto desaparecer las ilusiones construidas sobre las trinidades que fundamentaban mi accionar y por lo mismo, he sentido el lamentable desojar de las flores que las simbolizaban.

Durante nuestros juegos de la infancia que, estoy seguro deben haber sido parecidos a los de tantos otros niños, Reynaud, Charles y yo habíamos coincidido en elegir la flor de lis como el símbolo principal de nuestro escudo de armas, según lo había hecho el rey Clodoveo. La elegimos por su belleza, pero también por la igualdad y la justicia que representa. A cada uno le correspondía un pétalo, podía ser cualquiera de los tres, no existía diferencia entre ellos.

***

Sentimientos

¿Con quién podría compartir mis tormentos? Estoy sorprendido por estos sentimientos que no conocía, que me perturban, o acaso permanecían ocultos por no haberme detenido a explorar en mi interior.

¿Sería capaz de hablar con un hermano templario que oficie de confesor, que me ayude a analizar y liberar mis angustias? Sólo puedo expresarlas en estas páginas que no me ofrecen respuestas, son apenas un registro para mis propios análisis.

Mi espíritu se traslada a los túneles de Providence para participar de los oficios cátaros, escuchar las prédicas de Clara y sentirla cerca. Me veo descendiendo por las escaleras rodeadas de oscuridad y crujidos. De pronto me cruza la túnica blanca, pero esta vez no me perturba, sino que me sigue de cerca hasta el altar, donde se vuelve hacia mí y se deja ver.

¡Clara! ¿Ha sido Clara la presencia que me ha acompañado entre sueños y sombras?

¿Será ella quien está junto a mí? ¿Será mi angustia quien la trae a mi mente atormentada?

¿Es Clara quien se oculta tras el velo? ¿O he sido yo quien no ha tenido el valor de quitárselo?

¿Cómo habré de superar esta nueva duda que invade mi frágil cordura?

Ayúdame, Madre y Señora Nuestra, en Vos confío.

***

Bernardo

–Cuento con los mapas acumulados durante los años de incursiones a las tierras negadas, las mismas hacia donde nos dirigimos en este derrotero secreto, desafiando la creencia de un mundo plano, marcado por los límites imaginarios y el caos.

Los tengo entre mis manos, con las rutas que nos guían a los fuertes, las ciudades doradas, las minas, los túneles… Necesito encontrar una fórmula invencible que nos permita aprovechar esta nueva oportunidad para vivir en armonía y fidelidad, fundar una civilización evolucionada, generosa, que admita el consuelo de saber que el sacrificio de los cátaros, el de otros herejes y el de todos los perseguidos y ejecutados injustamente, no ha sido en vano.

"Entre mis primeros recuerdos aparece Bernardo, hijo del duque de Borgoña, rodeado por su aura de misticismo". –La tripulación escuchaba, al cabo del día, con gran interés los relatos de uno de los contemporáneos del santo-. *"Lo llamábamos Doctor Melifluo, o Boca de Miel, por el poder convincente de su palabra. Las madres le ocultaban a sus hijos, las mujeres retenían a sus maridos y los amigos separaban de él a sus amigos, para evitar que fueran contagiados por su Fe, dejaran la vida mundana y lo siguieran a la Orden del Císter".*

Bernardo había fundado el convento de Clara Vallis, o Valle Claro, o Claraval en la tierra donada por su primo, el duque Hugo de Champagne –siguió leyendo– *La consigna "ora et labora", ora y trabaja, correspondía para esos suelos pedregosos, necesitados de largas horas de esfuerzo, para convertirlos en terrenos productivos, que debía coincidir con la vida interior de cada uno.*

–Es lo que nos han contado tantas veces… –intervino uno de los escuchas– que cuando decidían seguir a San Bernardo y unirse a la vida conventual, dejaban a su familia internada en un convento que les servía de hogar. Los niños crecían sanamente hasta que se independizaban, y las esposas permanecían alojadas en él, protegidas contra todo peligro.

Muchos seguidores de Bernardo renegaban de sus votos matrimoniales y asumían los del sacerdocio. Lo hacían para ganar las bendiciones de la Virgen, ansiaban ser merecedores del "lactatio", las tres gotas de leche que La Santa Madre le había brindado a Bernardo durante sus largas jornadas de oración.

Ante la sola mención del lactatio, los caballeros cayeron de rodillas y se dispusieron a orar. Después de santiguarse tres veces, empezaron el rezo de las oraciones para alcanzar la contemplación las bendiciones de María Madre.

–Dios te Salve Madre, Reina de los cielos…

–Reynaud, Charles y yo, formábamos una sólida trilogía de amistad. Los tres juntos nos alistamos en la orden de los monjes armados, a la que habíamos querido ingresar desde nuestra niñez, cuando seguíamos con avidez los episodios relatados por André durante las ferias de Providence –comentó Guillaume, seguro de haber compartido vivencias con muchos de sus compañeros, ya que las ferias se habían extendido por distintas provincias y países vecinos–. Durante los juegos de niños desplegábamos nuestros castillos y soldados. Éramos felices recreando las luchas de los Cruzados que habían conquistado Jerusalén, también por el hecho de imaginarnos a las órdenes de Godofredo de Bouillón. Nos bastaba con jugar a que pertenecíamos a sus filas, que era la del bando de los buenos, con las que avanzábamos y luchábamos contra los sarracenos hasta hacerlos desaparecer por completo, momento en el que recuperábamos Tierra Santa para los cristianos.

– ¡Guiados por Godofredo, todo resultaba simple! –gritó con entusiasmo uno de los caballeros que seguía atento la reconstrucción de las memorias.

–Godofredo era el más valiente caballero, había vencido a un oso y le había cortado el cuello a un camello, de un solo golpe de espada –interrumpió otro de los presentes.

–Había puesto toda su fortuna al servicio de los Cruzados –se escuchó por otro lado– era el gran ejemplo a seguir, el modelo de honradez y valentía.

–El espejo que servía de guía para nuestro futuro…–dijo un compañero.

–El momento de mayor emoción era el de la coronación de Godofredo como Guardián del Santo Sepulcro en la Iglesia de la Natividad, en Belén –intervino Lavallén.

–Podría haber sido el Rey de Jerusalén, como le había ofrecido el Papa –aseguraron con gran orgullo– pero había preferido rechazarlo, con esa humildad que ha sorprendido y va a seguir sorprendiendo a todo el mundo.

–“Nunca llevaré corona de oro donde el Señor llevó la llevó de espinas”, le había respondido al Sumo Pontífice –afirmó Deneuve.

–Cada vez que escucho esa evocación, siento que se me estruja el corazón y afirmo aún más mi reconocimiento a Godofredo como “El bastión de los Cruzados” –afirmó De Lyon, a lo que todos dieron su adhesión con aplausos sostenidos.

–*Dieu le veut, Dieu le veut*… –murmuraron en conjunto.

–Otro momento importante de nuestros juegos –recordó Guillaume– era definir quién tendría el honor de portar la cruz y estaquearla entre los vencidos.

–Estaquearla entre tanta sangre, entre tanto dolor y muerte, en nombre de Nuestro Señor…–reflexionó Deneuve.

–Recién ahora hemos tomado conciencia de semejante daño –contestó De Lyon–. Hemos tenido que atravesar el dolor más profundo para entender que es necesario favorecer la vida.

–Dios te salve Reina y Madre…

***

Mandatos

He sido partícipe de la fuerza que imulsaba a La Orden hacia determinadas decisiones, sin que me haya hecho ningún cuestionamiento durante el andar. Como tantos otros caballeros, he obedecido los mandatos ancestrales sin tener real conciencia de su alcance, ni de las consecuencias de nuestras acciones.

Tal vez la armonía del mundo deba darse con el equilibrio entre los predicadores del ideal de vida y los operarios de la vida real, aunque éstos han sido permisivos, en ocasiones, con los ejecutores de la muerte.

-La chispa divina vive en Ti, eres parte del Verbo -me repites con ese amor incalculable que me devuelves con tu presencia que ilumina cada rincón de este espacio donde me resguardo.

Siento que tú enciendes chispas en mí, Clara, que eres parte de mis latidos, de mi existir, que te adueñas de mi alma, que tu voz hace eco en todo mi cuerpo, que se enciende y vibra, al sentirte cerca.

***

Al timón

–No encuentro salida para esta dolorosa encrucijada, Deneuve –comentó Guillaume, a modo de confesión–. A pesar del cansancio que me agobia, de la calma del mar a estas altas horas de la noche, me haré cargo del timón.

Necesito estar solo, Deneuve –continuó De Lyon, ante su compañero que seguía en silencio cada una de sus palabras–. Es necesario que encuentre una respuesta que me permita reconciliarme con lo vivido.

Ve a descansar, no te preocupes por mí –insistió, con la

mirada fija en las olas.

No podía abstraerse del movimiento suave y constante de la nave sobre ese mar que se presentaba apacible, silencioso, como un gran espejo que reflejaba el cielo en el que cada estrella se convertía en un hermano cátaro, en una luz que iluminaba su camino en medio de esa enorme oscuridad. El suave bullir de las olas le devolvían murmullos, le renovaban las palabras dichas con amor por cada uno de aquellos mensajeros de la paz, entre los que distinguía la presencia de Clara, sus modos suaves, su voz.

–Ve a descansar, Deneuve –insistió ante la permanencia de su compañero– estaré bien, no te preocupes por mí –dijo mientras sentía ese suave y ahora añorado roce sobre su espalda.

***

*¿**Embrujo**?*

Ha transcurrido mucho tiempo desde mi partida, desde aquel último saludo a los mal llamados herejes cátaros, a quienes no hemos vuelto a ver a pesar de nuestras firmes promesas de regreso. He peleado conmigo mismo para olvidar esos momentos, borrar las imágenes, disimular las lágrimas siempre amenazantes, sofocar las emociones que se presentan entre sueños, cuando quedan liberadas mis represiones.

¿Cómo verás el cielo, Clara? ¿Cómo se te presentará el mapa de las estrellas? ¿Cómo estará tu cielo? ¿Estará tan limpio como lo veo yo, cargado de estrellas refulgentes, o tendrás un cielo cargado de nubes? ¿Qué estarás mirando, cómo será tu vida, Clara?

He luchado por vencer mi necesidad de encontrarte, pero hay algo en mi interior que lo impide, que me lleva a tu presencia, casi sin pretenderlo, hasta he llegado a pensar en una especie de embrujo que no puedo manejar.

¿Estaré embrujado por vos Clara? No, no puede ser, me resisto a especular sobre la idea de que un espíritu tan puro y bello sea capaz de un embrujo.

No, no puedo culparte cuando soy el autor del amor brujo que siento por vos.

Habrá sido quizá la tensión sostenida durante la huida de La Rochelle, la que me había permitido el descuido de mis sentires más íntimos. Estas reflexiones han agitado mis torbellinos internos y ahora se presentan ante mí, me persiguen y perturban a cada instante, como mi propia sombra, la que por momentos no veo, pero sé que está conmigo, que es parte de lo que proyecto.

***

Juegos

–En los momentos de gloria repetida día tras día, durante los juegos infantiles, no podíamos imaginar que los suelos de las batallas estarían teñidos de sangre y que nuestro estandarte quedaría rodeado de cadáveres –observó Deneuve.

–La guerra tenía sentido porque era santa y los hombres que batallaban se convertían en santos –confirmó Guillaume.

–Las familias necesitaban un santo que les abriera las puertas del cielo y ganara un lugar destacado dentro de la Iglesia de Roma –afirmó Marchant.

–Recibían con gran dolor la noticia de la muerte del soldado –reflexionó Deneuve– pero también sentían orgullo, resignación y alivio, una mezcla de sentimientos muy difícil de explicar, aunque era el sentir general.

–Éramos parte del glorioso proyecto del Papa, nos dejaba libres de pecado.

–Y la donación de las riquezas cubrían las necesidades de las cruzadas, como lo hecho por Godofredo que había vendido hasta el Castillo de Bouillón, para recuperar Jerusalén.

–Él ha dejado sus glorias terrenales para servir al Señor –confirmó alguien.

–Godofredo va a seguir siendo nuestro ejemplo, es parte de los proyectos de los Caballeros y sus familias.

–Dieu le veut, Dieu le veut, Dieu.

–Es el momento de dedicarle "Salve Regina", la oración que nos ha enseñado San Bernardo:

"Dios te salve, Reina y Madre de misericordia, vida, dulzura, y esperanza nuestra; Dios te salve, a Ti llamamos los desterrados hijos de Eva; a ti suspiramos, gimiendo y llorando, en este valle de lágrimas. ¡Ea! pues, Señora, abogada nuestra, vuelve a nosotros, esos tus ojos, misericordiosos, y después de este destierro, muéstranos a Jesús, fruto bendito de tu vientre. ¡Oh clementísima, oh piadosa, oh, dulce Virgen María! Ruega por nosotros, Santa Madre de Dios, para que seamos dignos de alcanzarlas promesas de Nuestro Señor Jesucristo. Amén."

Embajador

Pasados los oficios crepusculares, los caballeros se reunieron a la vuelta de Guillaume, quien retomó sus lecturas:

–Permitidme presentarme –habían sido las palabras del embajador enviado por Alejo Comneno, emperador de Bizancio, quien

irrumpió de improviso, en medio del Concilio de Piacenza.

–Vengo en son de paz, trayendo el mensaje del Emperador Alejo Comneno, General del Ejército de Bizancio, quien pide ser escuchado, a pesar del Gran Cisma que mantiene enfrentados a Oriente y Occidente desde hace cuarenta años –había sido la presentación que pronunciara, casi sin respirar, en tanto cruzaba el gran salón, bajo la mirada de los eclesiásticos, que lo reconocían como el representante de un imperio enemigo.

–Traigo la voz del Emperador Alejo I, quien ha decidido deponer su orgullo para presentaros una petición –prosiguió ante el estupor de los presentes–. Estoy aquí, en su nombre, para solicitaros vuestra colaboración –dijo ante la indignación de los presentes, que elevaban la intensidad de sus murmullos.

–Como sabéis, Constantinopla es la puerta de entrada a Occidente –expresó frente a los perfectos, que se mostraban extrañados por su repentina aparición–. Es necesario detener el avance de los turcos selyúcidas, que vienen arrasando las poblaciones de Oriente con la pretensión de someter a Occidente –seguía diciendo mientras sus pasos resonaban por el salón y sumaban alertas a su estado de preocupación.

–Las tribus seguidoras de Selyuk han facilitado el ingreso de otras tribus de bandidos, a los territorios que han invadido –declaraba con gesto de gran alarma, ante los asombrados presentes, a pesar de los mohines y de los murmullos de desconfianza, pronunciados sin ningún disimulo.

–En nombre del Alejo I, os pido que consideréis la posibilidad de reunir nuestras fuerzas para detener el avance inminente de estas tropas exterminadoras –expresó con la desesperación propia de la urgencia que comunicaba.

–He sido encomendado para encender vuestras alertas –insistía sin amilanarse, tratando de salvar los entredichos evidenciados entre los presentes–. Si estas tribus llegaran a conquistar Constantinopla, podrán ingresar a las zonas productoras de cereales y de ganado, que tanto ambicionan. Entonces tendrán abierto el portal a Occidente.

– ¿Qué es lo que os ha hecho pensar que somos los indicados para colaborar con vuestro intento de detener a los invasores? –inquirió por fin el portavoz designado por los anfitriones.

– ¿Por qué razón han osado especular con nuestra ayuda? ¿Por qué pensáis que podríamos llegar a ser poseedores de alguna capacidad estratégica y militar para vencer o, en su defecto, hacer retroceder a tales villanos?

–Nos ha llegado la noticia de vuestro éxito para interrumpir los combates de los nobles pendencieros –los murmullos se sumaban ante la

sorpresa que les había provocado el alcance de sus actividades y los resultados.

–El Emperador ha sabido sobre vuestras habilidades para imponer "La Tregua de Dios". –Ese inesperado reconocimiento, sobre los aciertos conseguidos, había logrado la repentina atención de los presentes.

–La Tregua de Dios… –interrumpió uno de los caballeros, que seguía atento la lectura de Guillaume, con una sonrisa cómplice.

–Sí…, La Tregua de Dios, la que todos conocemos –respondió con ironía el capitán– la que hemos renovado tantas veces, por lo que ha resultado una tregua inagotable, a través del tiempo. –La intervención había logrado activar numerosas anécdotas jocosas protagonizadas por los jóvenes caballeros, y otras dramáticas, que surgieron entre los recuerdos, hasta que retomaron la lectura.

–Hemos sabido que, gracias a este accionar –continuó diciendo el encomendado de Alejo I, cuando menguaron los cuchicheos– habéis puesto orden y recobrado el merecido descanso de toda la población, desde el atardecer de cada uno de los viernes hasta el amanecer de los lunes. Reina entre vosotros la paz que habíais perdido durante los días de ocio. Ese hecho nos ha mostrado vuestra capacidad de intervención, destreza y planificación en los asuntos militares.

–Habéis llegado a nosotros con un saludo inesperado, con reconocimientos y valiosos presentes de vuestro emperador –había sido la respuesta–. La noticia que traéis ha conseguido impactarnos de sobremanera, aunque no tanto como vuestro pedido de colaboración –reconocían los participantes del Concilio, tan halagados como desconcertados por la actitud conciliadora de quien fuera un enemigo.

–Habéis logrado traspasarnos vuestra inquietud. Podéis transmitir a tu Señor que tan importante pedido de intervención, de nuestras fuerzas, ha de ser tratado por este Concilio con el compromiso de una pronta respuesta –había sido la respuesta enviada al propulsor de un nuevo capítulo, sin enconos y con buenas voluntades.

–Un momento memorable para la historia de los pueblos, para la unión de occidente –reconocieron quienes habían seguido con gran atención el relato de Guillaume.

–Muy valiente intervención la del embajador, como también ha sido sabia la respuesta del Concilio. Estoy seguro de que habían recibido la iluminación de Nuestro Señor.

–Dieu le veut, Dieu le veut, Dieu le veut…

***

Despedida especial

En medio de la bruma nos despedimos de los hermanos cátaros. Había sobrevivido a otras despedidas, pero esta era especial, algunos hechos imprevistos me debilitaban, me hacían dudar de seguir adelante. Sentía que protagonizaba un abandono, que causaba un desgarro profundo, doloroso, que sangraba intensamente, como sigue haciéndolo, a pesar de mis esfuerzos, como pasa con la distancia que crece indeclinable.

Hubiera querido establecerme junto a ellos, vivir según la sabiduría que practican y que tanto admiro, sin embargo, he debido reforzar las razones para evitar convertirme en un hereje cátaro activo.

Había recurrido a los juramentos, para soportar el dolor provocado por las fragmentaciones de la flota hacia las tierras del norte, a las costas de Escocia y hacia el misterioso sur del África. Me aferro a esos memorables contratos mientras enfrentamos nuestro destierro y los recupero a cada momento, para sostener esta increíble epopeya, fundamento de la historia de los pueblos.

Entre tantos interrogantes he decidido volver sobre los documentos, para interpretar los hechos según han ido sucediendo, acaso así pueda exonerarme de mi propia condena.

***

Pedro de Amiens

–Por esos tiempos también se había presentado Pedro de Amiens, un miembro del Clero Bajo, recién llegado de Jerusalén –leía Guillaume, horas más tarde.

Montado en su mula, el monje atravesaba lentamente las calles. Toda la población se conmovía profundamente a su paso, por la evocación de Jesús durante su épica entrada a Jerusalén, en tiempos de la Pascua judía. El brillo de sus ojos renegridos se destacaba en el rostro curtido por el sol. La capucha de lana oscura, como la túnica, caía sobre sus hombros erguidos, reflejo del ánimo que lo embargaba.

La expresión y los relatos que Pedro les dedicaba con emoción cada día, estremecían a los pobladores que se reunían para escuchar las vivencias de sus andares por Jerusalén. El Ermitaño, como solían llamar a Pedro de Amiens, les contaba con detalle, los saqueos y los violentos ataques que había soportado por esos caminos de Dios, colmados de maleantes. Sus palabras, que exhalaban sinceridad y nobleza, eran

resaltadas por los sollozos, seguidos por los temblores de su cuerpo, que se extendían a su extensa barba, que parecía compadecerse de su desabrigo, como sus sandalias, que se negaban a abandonarlo, a pesar de los agujeros, por los que asomaban sus pies encallecidos.

–Agradezco a Su Santidad la deferencia que me ha otorgado al recibirme de esta forma tan grata para mi humilde condición. Agradezco su generosidad al brindarme su tiempo y permitirme contarle mis vivencias –habían sido las palabras del Ermitaño, frente a Urbano II, quien lo citara por una recomendación escrita por Simeón, el patriarca griego, además del clamor popular, que así se lo pedía.

Por todo lo contado, con el merecido detalle y la justa verdad que Su Santidad merece, ofrezco mi más sana intención de brindar una solución definitiva a tanta desgracia que, como bien sabe, he padecido, como cualquier peregrino.

Por el bien de todos, le pido encarecidamente a Su Santidad que tenga a bien considerar la posibilidad de organizar un ejército destinado a la lucha para salvar a nuestros hermanos de tanta crueldad –había sido la propuesta enunciada por el Ermitaño–. Como Usted bien sabe, estos atropellos se han repetido desde los tiempos del gran Carlomagno, quien ha impulsado a todos los cristianos a visitar la Ciudad Santa, a modo de constante vigilia y a no abandonar esas tierras.

–Los atracos se han incrementado tanto, como las devociones que nos han movilizado hacia esos lares. La presencia de los depredadores se ha acrecentado aún más con la aparición de las flotas de los bandidos nórdicos por todo el Mediterráneo.

Urbano II escuchaba con atención la propuesta de ese honorable hombre de Amiens, que parecía un enviado de los ángeles o acaso era la respuesta a sus oraciones ya que las ideas que le presentaba coincidían con las que había planeado durante años. Ambos consideraban que era necesario unir a los países cristianos para enfrentar a sus enemigos.

***

Recuerdos

No puedo evitar pensar en Clara. La necesidad de hallarla entre los recuerdos que bullen en mi mente, y la de poder comunicarme con ella se hace cada vez más imperiosa en mi diario vivir.

He buscado en mi memoria las imágenes de nuestro último encuentro. La he divisado y llegado a percibir el suave frescor que produce el paso de su túnica rozando mi cuerpo. Como aquel día he

girado hacia ella para detenerme en su mirada, decidido a captar ese brillo que me atrae tanto.

Me he animado a sentarme a su lado, como esa tarde, antes de la despedida final. De pronto me ha asaltado un recuerdo que había permanecido oculto, sellado en mi interior más profundo: han vuelto a sorprenderme mis manos entre las suyas, que ella sostuvo con decisión, ante mi propio desconcierto. Por su expresión estoy seguro de que se había dado cuenta de mi extrañeza, sin embargo, se acercó más a mí. Su repentino abrazo había logrado encender mi cuerpo entero, de una forma sospechada pero jamás experimentada por mí, hasta ese momento.

Ni mis juramentos, ni mis años de búsqueda y de cruentas luchas me habían preparado para protegerme de los brazos de Clara, de sus labios, ni de su inigualable calidez.

Mis compromisos me habían prohibido el paraíso y ese día, en aquel encuentro tan natural, bello y placentero como la vida misma, he conocido la gloria plena, intensa, como Clara me ha enseñado, sin culpas y es así como quiero vivirla siempre, a su lado.

Aquella experiencia tan íntima, como prohibida para mí, había quedado tan resguardada, como mis juramentos. A pesar de mis intentos de mantener archivada esta increíble vivencia, entre mis tesoros más ocultos, se ha liberado por alguna razón que no alcanzo a comprender, ahora se manifiesta con intensidad en mi memoria, en mi cuerpo y me enfrenta con mi propia conciencia.

***

Concilio

–Después de muchos debates, de conciliar las propuestas presentadas por el enviado de Alejo I, con las de Pedro El Ermitaño y con las propias, Urbano convocó al Concilio de Clermont, cuando corría el año 1095, de Nuestro Señor.

–Os propongo unir nuestras fuerzas, ser uno, en nombre de Dios Padre y Señor Nuestro. Debemos ir con fuerzas propias, en auxilio de Alejo Comneno, para enfrentar a las tribus nómades que se dirigen hacia Constantinopla. Esas tribus someten a los cristianos residentes y a los peregrinos, como habéis escuchado de boca del Ermitaño. Es nuestro deber avanzar por esas heredades de Dios, llevando la cruz de Cristo, para recuperar Tierra Santa y junto a ella, todos los suelos que Jesús, Nuestro Salvador supo pisar.

–"Desgraciado de mí –clamó Urbano– si he nacido para ver la aflicción de mi pueblo, la prosternación de la Ciudad Santa, y permanecer en paz, que ella sea entregada en las manos de sus enemigos... Vosotros, pues, mis hermanos queridos, armaos del celo de

Dios; que cada uno de vosotros ciña su cintura con una poderosa espada. Armaos, y sed hijos del Todopoderoso. Vale más morir en la guerra, que ver las desgracias de nuestra raza y de los lugares santos. Si alguno tiene el celo de la ley de Dios, que se una a nosotros; vamos a socorrer a nuestros hermanos…Rompamos sus ataduras y rechacemos lejos de nosotros su yugo... Marchad, y el Señor estará con vosotros. Volved contra los enemigos de la fe y de Cristo esas armas que injustamente habéis ensangrentado con la muerte de vuestros hermanos…"

–"Renuncia a ti mismo, toma tu cruz y sígueme". El Papa había elegido esas palabras de Jesús para cerrar su sermón, según el cual consideraba posible crear una fuerza santa, en respuesta a tanta tragedia acontecida a los cristianos. Los presentes, conmovidos por su sermón, rasgaron sus vestiduras para hacer cruces de tela, que se pusieron sobre los hombros, al tiempo que respondían "¡Dieu le veut!".

–Dieu le veut, Dieu le veut, Dieu le veut –repetían una y otra vez contagiados por el exaltado discurso, mientras mostraban con orgullo las cruces colocadas sobre sus hombros. De esta forma se había dado inicio al acto de tomar la cruz, hecho conocido también como "cruzarse".

–Hermanos todos, hermanos de Francia, aquí presentes. Habéis sido señalados por Dios como guías de la cristiandad, para liberar Tierra Santa –habían sido las palabras de Urbano al dirigirse a los clérigos asistentes, en su mayoría franceses, los que se sintieron halagados y comprometidos por esas honrosas declaraciones.

–No podemos faltar a la Ley de Moisés, a sus Mandamientos –decían otros por lo bajo.

–Se ha presentado un ángel en mis sueños para darme un mensaje, que debo transmitiros con detalle –era la declaración de las mujeres ante la posibilidad del enfrentamiento armado–. El ángel no llevaba espada. Me decía que debemos evitar la matanza, que las madres hemos sido destinadas a dar vida y protegerla.

–Jesús, el Hijo de Dios, no ha de querer que nos igualemos con los sarracenos, ni con los bárbaros del norte, eso no figura en sus enseñanzas –reflexionaba la mayoría.

–Estos mandatos han sido autorizados al Papa Alejandro II –respondieron los eclesiásticos–. Hemos recibido estas licencias en ocasión del asedio de los sarracenos al Reino de Aragón, cuando han sido creadas "Las fuerzas al servicio de Dios".

–Alejandro II había prometido la remisión de los pecados, a los que participaran de este acto. Hemos de renovar esta promesa por el bien de todos –insistían los promotores de la lucha armada.

La propuesta del Papa había recibido el apoyo de los países de Europa alineados con Roma que lo reconocían como el nuevo líder de la Iglesia Cristiana.

–Así se había dispuesto el inicio de Las Cruzadas a Tierra Santa –concluyó De Lyon.

– ¡Qué oralidad admirable! –Comentó Lavallén–. El Papa había conseguido el triunfo sobre Felipe I de Francia, con quien había permanecido enfrentado tras su divorcio.

– ¡Cuánta estrategia había demostrado el Papa al imponerse ante Enrique IV de Alemania, el impulsor del antipapa, Clemente III! –observó Deneuve.

– ¡Cuánta Fe en la misión a cumplir! Es la Fe que nos transmitieron, la que recibimos, sentimos y ejercemos, la que nos impulsa a defender la esencia cristiana.

–*Dieu le veut, Dieu le veut, Dieu le veut*… –repetían todos a modo de rezo.

–Dios lo quiere, lo quiso y lo querrá. Por Él estamos aquí, y por nuestra Santa Madre, a la que ofreceremos la oración de nuestro padre San Bernardo:

–Dios te Salve María… Dios te Salve, a Ti llamamos los desterrados hijos de Eva…

Melodía del duduk

La melodía que interpreta Mustafá con el duduk envuelve nuestros sentires y es tal el silencio que parece alcanzar a todo el entorno. Esa música suave es respondida por la nota sostenida, a modo de murmullo que hace por quienes tripulamos la nave y compartimos este momento de sublime evocación, como un amoroso arrullo de nuestro pasado.

La tonada nos acerca las imágenes de los caballeros que marcharon a otros mares con la ilusión de vencer a los enemigos y recobrar el honor perdido por la traición. Ruego porque nos asista la capacidad de conservar los principios de honestidad y eliminar la venganza entre las posibilidades de acción en el mar, tierra y pensamientos o sentimientos.

***

El Paraíso

Había ocultado el paraíso en el rincón más recóndito de mi conciencia pero, por alguna extraña razón se ha manifestado, a pesar

de la condición impuesta por mí mismo.

Al abrir las compuertas de mi memoria han quedado liberadas las experiencias más placenteras de mi vida, se han alborotado mis recuerdos reprimidos, se han atizado las cenizas comprimidas ¿Cómo ha podido permanecer encendida una chispa sin que haya intentado atizarla en todo el tiempo transcurrido?

Eres la autora de mi paraíso, Clara. Lo he conocido gracias a tu amor, a tu manzana de amor que me ha abierto las puertas del conocimiento a otras realidades.

A pesar de mis numerosos intentos por retener esos soplos de ilusión, de ampliar esos recuerdos, me domina la confusión; su figura se desvanece, su silueta se diluye de mi presente como arena seca entre mis dedos torpes, incapaces de retenerla.

¡Oh, Señora y Madre Nuestra! Por tu condición santa y venerable, me atrevo como hijo tuyo, a pedir tu perdón por buscar alivio a mis pesares, en el recuerdo de una de tus hijas más devotas, a la cual intento traer a este presente, a cada momento.

¡Oh, María Magdalena! A vos recurro para pedir por una de tus discípulas fervorosas, para que ilumines su camino y la resguardes de todo mal.

***

Movilización

–Con la bendición Papal, Pedro el Ermitaño, montó su mula y comenzó un largo recorrido por Francia e Italia, movilizando a los campesinos –leía De Lyon–. *Solo necesitaba pan y agua, ya que su gran elocuencia le abría puertas, mientras que su fe inagotable le proveía esa condición especial que lo elevaba por sobre los mortales, quienes veían en él un aura de santidad.*

–Les traigo el llamado del Papa para que me ayudéis a formar "La Santa Cruzada", en el nombre de Dios, para la salvación de las almas y de las naciones –eran las palabras con las que abría su discurso y lograba el apoyo incondicional de la gente que creía en su propuesta y en la posibilidad de recuperar Jerusalén.

–No tenéis nada que temer. Ante las desgraciadas pestes que os han aquejado y las cuantiosas cosechas perdidas, habéis sido bendecidos con la cruz que os envía el Papa, junto a la concesión de indulgencias y al perdón de los pecados. Vuestras almas serán liberadas

del purgatorio y de las llamas del infierno que tanto os desvela –les aseguraba Pedro.

–Gracias a la bondad de la Iglesia de Roma, tendréis el honor de formar parte de las filas de cristianos que lucharán para recuperar Tierra Santa –aseveraba.

–Vuestras propiedades no deben preocuparos. Estarán protegidas por la Iglesia, durante todo el tiempo que dure la marcha y la ausencia. Ganaréis las tierras que consigáis por los rumbos bendecidos por las pisadas de Nuestro Señor. Vuestras fortunas se multiplicarán con animales, leche y miel que nos proveerán los suelos fértiles a los que nos dirigimos. Es necesario que nos anticipemos a los turcos selyúcidas. ¡Ellos o nosotros! la decisión está en vuestras manos.

Miles de familias se sumaban a esa tropa animosa, que dejaba los campos vacíos, como si un tornado los hubiera barrido, en beneficio de la valiente gesta. Quienes no podían acompañarlos, se sentían felices con solo tocar a Pedro, besar su túnica o guardar unos pelos de su mula, como relicario.

–No tenemos nada que temer –repetían convencidos de las palabras del Ermitaño–. Ante tanta enfermedad y sequía, hemos sido bendecidos con esta cruz que nos libera del pecado y de las llamas del infierno. ¡Dios salve al Papa!

Gracias a este seguro de eterna felicidad, las familias se acercaban al monje para pronunciar su voto solemne y participar de la invasión a Tierra Santa. Atraídos por la promesa de tierras, riquezas y el perdón de los pecados, se les unían cientos de saqueadores y de malvivientes.

–Parece que no llegaremos jamás –eran las palabras que se escuchaban durante la marcha–. No han de alcanzarnos los alimentos, los abrigos, ni los animales que nos acompañan, para calmar el hambre que crece con nuestros hijos.

– ¿Cuánto tiempo de viaje nos queda? No hablasteis de distancias tan grandes –eran los reclamos más frecuentes.

–No hay distancia que nos separe de Nuestro Señor. Debéis armaros de paciencia mientras caminamos a Jerusalén.

– ¿Es que tendremos que dejar enterrados a nuestros familiares por el camino? –era otro de los reproches.

– ¿Ermitaño, será que Jerusalén se aleja?

–Debe ser que el enemigo la desvía –eran algunas de las irónicas protestas.

Habían partido convencidos de que se dirigían a un destino no tan remoto, pero resultaba cada vez más lejano. La travesía era larga,

como las dificultades para perturbar la convivencia entre las tropas. Pedro tenía la capacidad de levantarles el ánimo, renovar el entusiasmo y recuperar la mira en el santo objetivo.

Impulsado por su inagotable voluntad, Pedro seguía la marcha hacia Jerusalén. Se había propuesto adelantarse junto a sus tropas, a las Cruzadas oficiales lideradas por los Príncipes de los estados aliados a Roma. El hombre de Amiens se sentía capaz de aventajarlos, de demostrar el valor del arrojo y de la Fe, a pesar de la falta de recursos económicos.

– ¿Cuánto más deberemos andar? –era la pregunta que atormentaba al Ermitaño. Las tropas afrontaban nacimientos, hambre, enfermedades y muertes. Algunos integrantes del ocasional ejército habían mendigado y cometido pillajes para poder sobrevivir.

En medio de este esfuerzo de buena voluntad, aparecieron oradores con bajas intenciones, que se mezclaban entre los asistentes a las convocatorias que hacían por cada uno de los pueblos por los que pasaban.

–Ésta es la hora señalada desde el cielo. Debemos aprovechar el momento para vengar la muerte de Cristo por el voto de los judíos –arengaban los infiltrados–. Es el momento de cobrarnos la ofensa.

–Son los verdaderos enemigos de Cristo –sostenían en sus discursos–. Tenemos la libertad de eliminarlos y de quedarnos con sus riquezas para seguir adelante, así lavarán sus pecados.

–Debemos atacar al enemigo, a los sarracenos que se han instalado en Jerusalén. Es necesario recuperar Ciudad Santa para la cristiandad. Ese es el objetivo, no hay otro –replicaba el Ermitaño.

–Detened a los sembradores de odio –había sido el mensaje enviado por Enrique IV de Alemania–. Los judíos gozan de la amistad y del beneplácito del rey, a quien le abonan generosos tributos por su protección.

–El Duque de Lorena ha prometido paz y libertad al pueblo judío, que es generador de trabajo. Debéis seguir camino sin perjudicar a los habitantes de las costas del Rhin.

Esos cobardes deben pagar por el sufrimiento que le han ocasionado a Cristo –contestaban quienes veían la posibilidad de atacar y quedarse con las riquezas.

Pedro no podía controlar a los sembradores de la discordia entre las filas. Los infiltrados se adelantaban, se atrasaban o se apartaban del grupo para atacar y matar a los judíos, para concretar el robo de las riquezas.

Sensaciones

De pronto me invade la sensación de que Clara se encuentra en las cuevas de Providence, que ha vuelto a buscar a los rebeldes que se negaron a aceptar ayuda y sobreviven entre túneles y cuevas, desde donde difunden los ideales de vida que los dueños del poder no han logrado sofocar.

***

Impulsos

Me desespero al pensarla en peligro y siento la iracunda necesidad de correr hacia ella, de ir a auxiliarla, a pesar de su determinación de permanecer ahí.

Me veo desenvainando la espada para luchar en contra de un posible atacante, dispuesto a interceptar a quien pretenda hacerle daño; es cuando ella se presenta ante mí con su mirada reprobatoria.

He comprendido mi error, mi renovado error.

¿Cómo he de hacer para eliminar el impulso de atacar con mi espada a mis contrincantes? ¿Cómo incorporar el concepto de que la palabra tiene el mismo efecto que la espada?

¿Cómo podría ganar tu confianza, amada Clara?

¿Cómo sostener tu mirada de amor en mi memoria?

Temo que me rechace por intervenir en sus decisiones, pero me duele ser sólo un espectador. Por primera vez paladeo el sabor ácido de la incertidumbre a la que me llevan mis propios sentimientos que, independientes de mi voluntad y de mi razón, han elegido su destinataria, sobre la cual siento que crece mi responsabilidad.

Mi corazón se resiste a seguir con su ritmo habitual, se agita y golpea mis costillas con desesperación, tal como yo debería golper a quien pretendiera hacerle daño.

–Eres y serás siempre bienvenido –me dice al sentir mi presencia, pero sin volver su rostro hacia mí–. Dios es mi protector, Él guía mis pasos junto a María Magdalena que me ampara –amplía, sin dejar la tarea que la ocupa, sin sospechar sobre la necesidad desesperada que tengo de un instante de su mirada.

¡Oh, Clara! No tengo otra manera de protegerte más que con mi oración. Debo dejar que actúe la Fe que vuelco en mis plegarias, además de depositar mi confianza en Dios Todopoderoso y en Nuestra Santa Madre, es ella quien entiende mi sentir.

***

Desorientado

–He dejado la investigación por un tiempo, aunque no sé cuánto ha de durar mi alejamiento –había comentado a sus compañeros, que sabedores de su afición se extrañaban al verlo sin una lectura entre sus manos.

Los agitadores

Me sofoca la angustia generada por el horror. La realidad que he descubierto en estos tramos de la historia ha sacudido mi conciencia. Estoy conmovido por los relatos de los hermanos judíos sobrevivientes de tremendos desmanes y matanzas impías. Me han estremecido las declaraciones de quienes he conocido, a través de sus testimonios. Me domina la indignación y la impotencia ante los perversos agitadores del odio, que se habían impuesto y dominado la voluntad de muchos, a pesar de la intervención de algunos perfectos, en defensa de esas familias. No tengo valor para transcribir la intensidad del dolor y del daño generado por las manos de quienes habían jurado luchar en nombre de Dios, pero que no dudaron en exterminar familias enteras en beneficio propio, mientras lucían estandartes con la cruz de Cristo como símbolo de pacificación y amor.

Los enviados

–Una delegación enviada por Alejo I había salido a recibirles entre unos atajos. –Les leía Guillaume, después de algunos días de silencio y recogimiento–. Los emisarios les anticipaban que el emperador los visitaría en el campamento con la pretensión de brindarles todo tipo de asistencia, prevenirles sobre los peligros que se les sumarían por los caminos, y para que pudieran resistir hasta que llegara la Cruzada de los Príncipes.

–Debéis acampar aquí. Esperad a reuniros con los Caballeros que vienen desde Roma –había sido el consejo de Alejo Comneno a las tropas hambrientas–. Les proveeré de alimentos y de todo lo necesario para la supervivencia –era la propuesta para evitar el daño que causaban a las poblaciones por donde pasaban.

El hartazgo pudo más que las palabras, el Ermitaño no pudo obtener los resultados acostumbrados. No había quien estuviera dispuesto a aceptar la propuesta del Emperador.

–Somos capaces de luchar y de vencer, sin tener que obedecer las órdenes de los príncipes y de toda esa alta alcurnia que los acompaña –había sido la respuesta.

–No tenemos necesidad de seguir estancados aquí, acampando como siervos a la espera de sus amos todopoderosos.

– ¡Al ataque valientes cruzados! –era la consigna, sin que el monje de Amiens consiguiera disuadirlos con alguna de sus frases famosas.

Ante la negativa general por la posible demora y la obstinación de apurar el ataque, Pedro tuvo que recurrir a los conocimientos militares adquiridos durante su juventud. Debería ordenar y dirigir las tropas formadas por esas valerosas familias que habían dejado sus hogares y no querían esperar. Pretendían atacar Nicea, armados apenas con su intrepidez, sus herramientas de labranza y enceres domésticos.

Desatendiendo las advertencias del emperador, los pobres cruzados avanzaron sin medir la astucia, la disciplina y la experiencia de las tribus enemigas, que no tardaron en emboscarlos, aniquilarlos y producir tremenda masacre, sembrando de cadáveres esos territorios, devolviendo dolor y ausencia a las campiñas de Europa.

El Ermitaño regresó vencido al campamento, cargado de desengaños, acompañado por unos pocos sobrevivientes, para esperar la Cruzada de los Príncipes–. De Lyon se esforzaba para recuperar la voz, que se le quebraba, mientras leía; sus palabras se mezclaban en medio de hondos suspiros de dolor; después se sumergió en un profundo silencio.

–Dieu le veut, Dieu le veut, Dieu le veut –susurró Lavallén.

***

Escenas

Miles de cuervos, atraídos por el olor a sangre y a putrefacción revolotean sobre los campos regados de cuerpos desfallecientes. Los veo aletear y situarse sobre las presas, dispuestos a consumir los restos que ha dejado la batalla. Me despiertan los espasmos provocados por la profunda impresión y el espanto.

¡Oh, Clara! ¡Cuánta falta me hacen tus palabras! ¡Cuánta razón te inunda y cuánta justicia pregonas por métodos más naturales y saludables que los que hemos practicado!

Ahora sé que durante esas gestas los cuerpos desfallecientes de familias enteras habían quedado desprotegidos, expuestos como carroña, en esas tierras extrañas, sin una bendición, ni una sepultura digna, sin un manto que los cubra. He sabido que muchos de los sobrevivientes, incluso niños, han sido vendidos como esclavos.

–Debes aprender de La Palabra –me dices entre sueños–. Tienes el poder de cambiarte a ti mismo, sigue La Palabra.

Vuelvo a sentir la impresión que me ha dominado en distintas ocasiones, ante la expresión de infinito dolor y desilusión reflejada en tu mirada, gesto que me ha conmovido y ha calado huellas profundas en mi sentir.

No me resigno a quedarme con la sensación de tu reproche, busco los recuerdos de aquellos momentos que tienen el poder de

renovar mi ilusión, pero tu figura se desvanece, a pesar de mi desesperación.

***

La Cruzada

–La Cruzada oficial había salido de Europa encabezada por Godofredo de Bouillón, seguido por los nobles. Avanzaban hacia Tierra Santa con auxilios, numerosos recursos y gran solidez –leía Guillaume, con dolor–. *Durante la marcha se habían apoderado de los territorios debilitados por luchas internas, lo cual aumentaba la confianza entre las tropas, que acumulaban victorias y ocupaban comarcas enteras.*

Transcurría el año 1099 de Nuestro Señor, cuando la Cruzada de los Príncipes, reunida con Pedro el Ermitaño y sus hombres llegaron a la meta. Habían transcurrido tres años desde la partida de Francia, cuando por fin pudieron avistar Jerusalén desde lo alto del "Mont Joie", el Monte del Gozo. Habían ocupado Belén y colocado su estandarte en lo alto de la Iglesia de La Natividad.

Urbano II había fallecido dos semanas antes, sin conocer la gloria de su emprendimiento. Tampoco llegó a disfrutar del poder creciente alcanzado por la Iglesia de Roma, tras tan importante gesta.

–Os aseguro que quien elimine a los infieles que se crucen por su camino, sin miramientos, tendrán libre la entrada al paraíso –había prometido Pedro de Amiens, en el memorable sermón que pronunciara en el Monte de los Olivos, como Capellán del Ejército vencedor.

Godofredo de Bouillón, bautizó con el nombre de "Primera Cruzada" a las tropas de valerosos caballeros. Se había transformado en el primer gobernante cristiano de Jerusalén, que además extendió su influencia a Judea y Sumeria.

Los cruzados se repartieron los territorios conquistados y crearon estados cristianos, según lo prometido antes de la partida de Europa. Tancredo, otro jefe cruzado, creó un principado en Galilea.

Godofredo murió a un año de la conquista, sin haber aceptado el título de rey. Sus restos fueron honrados con la primera sepultura digna de los cristianos fallecidos en el Gólgota.

Textos

–Entre tantos ataques, derrumbes y exploraciones acontecidas durante la toma de Jerusalén, los cruzados hallaron incontables reliquias y numerosos textos hebraicos –comentó Guillaume.

Los caballeros trasladaron los textos a Francia, donde se los habían confiado a Harding, Abad de Citeaux y guía espiritual del

monje Bernardo –exponía De Lyon a sus compañeros, que recién tomaban conciencia de esa faceta de la historia–Harding había encargado la traducción a una comisión de monjes que contaban con la colaboración de los rabinos de la Alta Borgoña.

Pero hubo cruzados que arrasaban con riquezas y con textos, para su conveniencia –reconoció con dolor–. En Ascalón habían entregado trescientos treinta manuscritos de la biblioteca judía y ocho rollos de La Torá, a cambio de altas sumas de dinero. En el islam nos llamaban vándalos y nos habían acusado de ser los provocadores de centenares de atropellos, llevados a cabo por unos pocos traidores. Una dolorosa herencia que han de sufrir muchas generaciones.

Después de orar, de insistir, de rogar por el perdón a nuestra Santa Madre, hemos de retirarnos para una profunda reflexión, por el estigma de los pecados que nos han alcanzado y por los que cada uno ha gestado, quizá sin saberlo –dijo Lavallén a la tripulación que seguía apabullada por tan pesada culpa.

–María, Madre nuestra, ayúdanos a conseguir el perdón de Nuestro Padre del Cielo.

–Dios te Salve Madre…

***

Propuesta

La tripulación me miró con gran extrañeza. Pareciera que se han convertido en estatuas de piedra, ante mi propuesta de regresar a la isla de Roberto Bruce. No presentaban reacción alguna, hasta el momento en que empezaron a hablar entre ellos, a murmurar sobre mis desvíos mentales y entonces me enfrentaron con reproches. Estaba perplejo, no sabía que responderles, tampoco podía retroceder sobre mi ofrecimiento. De repente sentía que había perdido el rumbo, que los había desilusionado. De repente pensé en Parsifal, en su capacidad para guiar a la tripulación, a pesar de las adversidades.

Un dolor intenso se ha adueñado de mi cabeza, me ha obligado a sentarme, sacándome de la pesadilla. Ese sueño tan increíble como real, me ha anticipado posibles reacciones de la tripulación. Esta pesadilla ha resultado una especie de revelación. Nadie debe sospechar mi recurrente debilidad.

Mi confesión quedará plasmada en este registro, único testimonio de los arrebatos que me atacan de manera casi irrefrenable, que me atrapan, me absorben, me consumen.

Por estos corajes, que por momentos no logro detener, he

invocado a mis ancestros para que me asistan con sus mandatos irrevocables, para que me ayuden a contener el impulso de volver a donde dejamos a nuestros protegidos.

***

Sanciones

–Cuando las heridas y los dolores dejados por la guerra iban cicatrizando y la sociedad intentaba ordenarse –leía Guillaume, después de los oficios religiosos–*se empezaron a ver mujeres con la nariz mutilada, además de la noticia sobre la prueba del hierro candente, en algunos hombres, el corte del pene, o el exilio. Eran los castigos dispuestos para quienes hubiesen cometido adulterio, bigamia, o mantenido relaciones con musulmanas, según las costumbres bizantinas.*

Las condenas también se aplicaban a los clérigos que hubieren resultado culpables –continuaba– *además de ser expulsados de la orden a la cual pertenecían.*

Estas costumbres habían sido dispuestas por el "Consejo de Nablus", el concilio formado por eclesiásticos y seculares para frenar los desatinos que se vivían en el Reino de Jerusalén.

Para los culpables de sodomía Tam Facienspaciens Quam, "activos y pasivos" se ordenaba que fueran quemados en la hoguera; podía ser perdonado el pasivo, en el caso de haber sido menor, muy mayor, o quedara demostrado el sometimiento.

A los ladrones se les cortaba alguna de las extremidades, o se les extraía un ojo.

Este concilio había autorizado la "Querella de las Investiduras", por la cual la Iglesia podía exigir a los gobernantes que se hicieran cargo de la cobranza de sus diezmos y los depositaran en las diócesis.

Entre tanto barullo y masacre, el Emperador Alejo Comneno se había enfrentado con Basilio el médico, líder de los bogomilos, por una controversia teológica. Tras la muerte en la hoguera, de Basilio y de sus seguidores, los bogomilos se refugiaron en los Alpes y en los Pirineos.

Según lo dispuesto por la Iglesia de Roma, la misión santa continuaba a cargo de los cruzados, que con la cruz enarbolada y los portaestandartes flameando marchaban a la conquista de otros territorios.

Consagrados

–El contenido de esta biblioteca, que hemos tenido la misión y el beneficio de salvaguardar, se ha convertido en una obsesión que crece –comentaba Del Lyon–. Analizo los hechos y vuelvo sobre

ellos para reunir, en un solo texto, los aconteceres esenciales para la humanidad.

Cuando por fin llegó la calma –leía Guillaume– *todo estaba organizado y legislado. Muchos cruzados comenzaron el retorno a sus países de origen, pero nueve caballeros querían continuar con el proyecto del ideal caballeresco y monacal en Tierra Santa. Entre ellos estaba André de Montbard, tío del monje Bernardo.*

–Nos presentamos ante vuestra Majestad, llevados por la intención de seguir sirviendo a Dios como sus Caballeros –había dicho Hughes de Payens, quien tomó la palabra ante Balduino II, cuando corría el año 1118, de Nuestro Señor.

–Nos anima la confianza inspirada por mi tío, el Conde Hugo de Champagne, casi vuestro hermano y amigo del monje Bernardo; por ello sabemos que atenderéis nuestra petición –declaraba el líder del grupo–. Nos hemos propuesto patrullar los caminos por donde llegan los viajeros que arriban a los puertos, para escoltarlos por la ruta de Jaffar, infestada de malhechores.

El rey aceptó la propuesta, a pesar de que los Caballeros Hospitalarios y los Teutónicos se dedicaban a la protección de los peregrinos y de los Santos Lugares.

–"Algunos caballeros, amigos y enviados de Dios renunciaron al mundo, se consagraron a Él y se comprometieron por su Fe ante el Patriarca de Jerusalén (…)" había dicho El Perfectos de Acre, Jacques de Vitry "a proteger los caminos y desfiladeros más peligrosos y a defender a los peregrinos contra los bandidos (…) y, sin renunciar a sus hábitos profanos, a observar estrictamente las reglas de los canónigos regulares del Santo Sepulcro"

Los nueve Caballeros vivían consagrados a Cristo, en real estado de pobreza. Sobrevivían gracias a la generosidad de la gente que les alcanzaba alimentos y abrigos, aunque no tenían donde cobijarse, lo que les valió el nombre de Los Pobres Caballeros de Cristo. Conmovido ante esta mendicidad, Balduino se mudó a La Torre de David para cederles La Gran Mezquita, que él habitaba.

Los Pobres Caballeros eran los únicos ocupantes de la residencia que les había cedido el rey. Mientras que otros cruzados se desplazaban desde Antioquía a Tiberíades, bajo un rastro humeante de arena y pólvora, los Caballeros de Cristo permanecían recluidos en esa mezquita, dedicados a escarbar debajo de ella, librando una batalla contra el olvido de los testimonios históricos que encontraban.

– ¿Qué interés tan poderoso pudo haberlos alejado del patrullaje de las rutas de Jaffar? –preguntó Deneuve.

–Todo indica que lo abandonaron cuando se trasladaron a La

Gran Mezquita –respondió Guillaume–. Los importantes hallazgos realizados en la cúpula que les había sido asignada, los impulsó a investigar cada espacio, delegando el patrullaje a las otras órdenes.

–Hay relatos sobre el descubrimiento de La Gran Roca, que había permanecido protegida por La Cúpula –comentó Deneuve.

–Es la Roca que todos se disputan, por la que hemos luchado –intervino Lavallén.

–Es la Roca en la que Abraham tendría que haber sacrificado a su hijo Isaac –replicó Guillaume–. La "Piedra de la Fundación" el "Ombligo de la Tierra", según el profeta Ezequiel, y llamada *Even Sheti'yah* por los judíos.

– ¿Por qué la reclaman los islamitas? –inquirió un oyente.

–Aseguran que hasta ella descendió una "escala divina" por la que el profeta Mahoma ascendió en cuerpo y alma a los cielos –replicó De Lyon–. Son las razones que hacen de Jerusalén "La Ciudad Sagrada", "La tres veces santa", donde se congregan las tres religiones que adoran un solo dios. Debe ser compartida sin egoísmos, con los mismos derechos y compromisos. Es el gran pilar de Hiram, el símbolo de la Sabiduría Superior.

–Los Caballeros debieron recibir algún tipo de colaboración –se escuchó por fin– eran pocas manos para tan pesada labor.

–A pesar de mi constante búsqueda, no he encontrado ni una señal que me guíe hacia los detalles de aquella faena gigantesca, ni testimonios de colaboración alguna.

–Dieu le veut, Dieu le veut, Dieu le veut…

Pobres Caballeros

–Los nueve caballeros cavaron durante diez años y recuperaron las caballerizas subterráneas del Rey Salomón: "Tan grandes y maravillosas, que podían albergar más de mil camellos y mil quinientos caballos", según se ha encontrado escrito.

– ¡Qué algarabía habrán vivido! –comentaron.

– ¡Y qué felicidad ha debido reinar al sacar a la luz el Sancta Sanctórum del Templo de Salomón! –expresó Deneuve.

– ¡Los Pobres Caballeros del Templo habían logrado el objetivo supremo, la prueba tangible para tantas creencias! –expresaban.

– ¿Habría acaso felicidad mayor? –preguntó Lavallén.

–Era una verdad fundamental –respondió Guillaume– que debían comunicar, de forma urgente a Bernardo de Claraval y al Conde de Champagne, quien se hallaba afanado en vender sus

posesiones en Francia, para unirse a ellos en Jerusalén. Sobre Hugo de Champagne había escrito Bernardo: *"Si, por la causa de Dios has pasado de ser conde a ser caballero, y de ser rico a ser pobre, te felicitamos por tu progreso, como es justo y glorificamos a Dios en ti, sabiendo que este es un cambio en beneficio del Señor. Por lo demás, confieso que no es fácil vernos privados de tu alegre presencia por no sé qué justicia de Dios a menos que de vez en cuando gocemos del privilegio de verte, si ello es posible, lo que deseamos por sobre todas las cosas" (…). "Más generosa ha sido la caridad con que el hermano Hugo, tan amado de Cristo, vosotros y vuestros hermanos habéis ofrecido para la defensa del cristianismo, no solo vuestros bienes, sino incluso vuestras vidas" había declarado Josselín, Perfectos de Soison, en el Preámbulo de la cédula promulgada en 1133.*

–Los Caballeros seguían excavando con la intención de llegar a las salas del gran tesoro para recuperar la vajilla sagrada y el ajuar del Templo Salomón –comentó Guillaume–. Según la Biblia consistía en un altar de oro macizo, una mesa de cedro y oro para los panes, con copas, braseros y lámparas de metales nobles. Estos tesoros formaban la antesala del tesoro mayor, "el Santo de los Santos", El Arca de la Alianza.

También los motivaba los documentos sagrados que Moisés, un sacerdote egipcio iniciado, se habría llevado cuando huyó de Egipto, junto a los israelitas –Guillaume respiró profundamente mientras esperaba que volviera el silencio entre sus oyentes–. Eran tan valiosos que el faraón con su ejército los había perseguido a través del desierto. Al llegar a las orillas del Mar Negro, alcanzaron a ver cómo Moisés y los israelitas lo cruzaban por un camino abierto milagrosamente entre las aguas, pero se cerraba de inmediato, negándoles el paso a las tropas. Había quedado evidenciado que un enorme poder invisible protegía al pueblo de Israel.

–Es el mismo poder invisible que protege los tesoros que nos han sido confiados –dedujo Deneuve.

–A Él nos debemos, por Él atravesamos este mar desconocido, hacia tierras ignoradas –asintió Lavallén.

–Debemos proteger los tesoros con el valor de nuestra Fe, en el Gran Poder que nos guía –concluyó De Lyon.

–Dios te Salve, Reina y Madre de Misericordia…

***

El canto

Dejaré mis lecturas para salir de este cuarto plagado de reflexiones, de pesadillas y de sueños, para apreciar el canto que llena el aire. ¿Serán las famosas sirenas a las que se refieren las leyendas?

Heme aquí, otra vez de vuelta a mi lugar de escritos y de alucinaciones. Al salir he sido recibido por el silencio rotundo de la noche y el murmullo de los hombres a cargo del timón. Debe haber sido mi mente atormentada la que me ha llevado a escuchar un canto del cual nadie ha hecho comentario alguno. ¿He sido acaso un elegido para disfrutar de tan bella melodía? ¿Quién me hizo llegar su canto? ¿Serán quizá las jóvenes condenadas a vivir con medio cuerpo de pez?

¿O será una señal de Clara que esta vez ha llegado hasta mí, a través de un canto que me evoca su voz, que tanto extraño? ¿Hasta dónde han de avanzar mis delirios?

¡Oh, Clara! Ahora que he perdido tu imagen, que te resistes a presentarte en mis pensamientos, te encuentro en el bello canto de las sirenas…

Vuelvo a buscarte en el espejo, que se agranda frente a mí, toma dimensiones insospechadas, sin límites. Todo está conectado en ese mundo, todos nos conocemos, compartimos con alegría y reina el bienestar. Nos encontramos y hablamos sin resquemores, ni remordimientos. ¿Es este el paraíso?

Eres mi paraíso, Clara…

***

Esperanza

–La Orden ha guardado con excesivo celo una esperanza oculta, un secreto extremadamente ambicioso. Este proyecto, que recién ahora me animo a compartir con vosotros, del que sólo existen unos dibujos, fue transmitido por generaciones a sociedades que lo han ocultado del conocimiento público –la voz de Guillaume había tomado un tono confidencial, como la de quien necesitaba desahogarse y transmitirles una confesión íntima–. Voy a revelaros este conocimiento esencial para La Orden, con el fin de que cada uno de vosotros lleguéis a entender y valorar aún más, los cuestionamientos que rodean la misión que habéis aceptado, y podáis enorgulleceros de vuestro propio accionar.

–Por Dios, Guillaume, dinos cuál es el secreto tan importante –le pidieron.

–Desde el mismo momento en que los caballeros que oficiaban como Los Guardianes del Templo, descubrieron La Roca –les dijo mirándolos a los ojos– se habían propuesto encontrar la

escalera que, según el convencimiento al que habían arribado, debía conectar la tierra con el Reino de Dios –carraspeó repetidamente antes de seguir–. Sería la misma escala que había contemplado Jacob, por la que subían y bajaban seres luminosos, como ángeles, también era la escala por la que Mahoma había ascendido a los cielos –ante la mirada extrañada de su auditorio, se apuró a continuar.

–Son parte de los misterios que han quedado pendientes de resolver –intervino Lavallén.

–Todos los misterios contenidos dentro de ese espacio son los que le valieron el nombre de *Templum Domini* –aseveró Guillaume–. Sus guardianes debían demostrar devoción y fidelidad, por lo que se les llamó Caballeros del Templo, o Templarios, nombre y misión que hemos heredado.

–Pero hemos perdido la custodia del Templo –acotaron con pesar.

–Los templarios hemos sido custodios de muchos de los tesoros encontrados en el Templo de Salomón –confirmó De Lyon– también de los que nos han sido confiados a través de los interminables andares de La Orden.

–Nos hemos convertido en parte del gran secreto milenario –reflexionó Lavallén.

–Dieu le veut, Dieu le veut, Dieu le veut…

Emblemas

–Mientras que La Orden se encargaba de custodiar los emblemas de poder santo, con extremo secreto, el Papa contenía a los ambiciosos que creaban intrigas para apoderarse de ellos –comentó Guillaume después de la oración crepuscular–. Ha sido y sigue siendo indispensable resguardarlos, ya que son los erarios más valiosos de la humanidad, los que Felipe tanto ha ambicionado, pero que no llegará a obtener.

–Los hemos sacado de su alcance, para trasladarlos a donde los poderes de la tierra no pueden acceder –asentía Deneuve.

–No puedo develar el enigma de los hallazgos, como he juramentado –aseveró Guillaume–. Tampoco puedo mencionar lo que, desde la creación de La Orden, nos ha sido encomendado. Los detalles de estas tramas quedarán instalados entre los misterios que unos pocos hemos decidido sostener, con la consigna de no dejar testimonio, por el bien de todos.

–A pesar de los juramentos sobre los secretos de La Orden,

debéis saber que me moviliza el interés por dejar registro de los hechos acontecidos durante esta travesía, para consulta de quienes nos sucedan. Estos escritos serán parte de nuestra biblioteca más secreta, según lo he prometido al Gran Maestre –dijo Guillaume a su tripulación, para reafirmar el apoyo de todos–. Este propósito se ha convertido en una obsesión que me despierta, alerta mi espíritu y me incita a volver a la investigación, a plasmar con letras las conclusiones a las que abordo, al enlazar mis lecturas con el conocimiento recibido, todo lo cual he de seguir compartiendo con ustedes, los verdaderos herederos, destinados a transmitirlo a donde fueran.

–No debéis preocuparos –reafirmó Lavallén, con el asentimiento de toda la tripulación–. Podéis recluiros y seguir avanzando con glorioso afán. Recurriremos a vos en los casos en los que se imponga vuestra sabia condición.

–Dios te salve, Reina y Madre de Misericordia…

Excavaciones

–Cuando finalizaron las excavaciones que realizaban bajo la mezquita, allá por el año 1128 de Nuestro Señor –leía Guillaume– *el Caballero Hughes de Payens se presentó ante Balduino, junto a sus compañeros templarios. Los movilizaba el interés por oficializar la Orden, para lo cual era indispensable que se trasladaran a Francia. Dados los antecedentes enviados por el mismísimo Hermano Bernardo y, ante la evidencia de la valiosa tarea realizada con abnegación, los caballeros obtuvieron la rápida aprobación del rey.*

El monje Bernardo de Claraval, el impulsor de la Orden destinada a custodiar el Templo, y conocedor de los verdaderos hallazgos, los recibió en Francia con gran alborozo. Hizo público su entusiasmo, aunque las actividades subterráneas realizadas y los logros obtenidos habían sido reservados para un sector muy alto del clero.

Era tal la magnitud del acontecimiento, que el monje convocó al Concilio de Troyes para que analizara los hechos y, según el resultado de los mismos, aprobara la conformación de una orden especial que incluyera a estos Caballeros y reglamentara sus actividades.

La Orden de los Caballeros del Temple, la de los monjes guerreros, quedó sujeta de forma exclusiva, al Papa y completamente liberada de cualquier otra autoridad eclesiástica o terrenal.

La misión fundamental era la de implicarse en todas las actividades humanas para ser su reformadora, organizadora, juez y custodia. Quienes ingresaran a La Orden debían obedecer los principios de austeridad y pobreza, según las reglas de San Benito impuestas por San Bernardo, tal como lo hacía cualquier otro monje Cisterciense.

***

Sentimiento ideal

Esa misión de amparo a nuestros semejantes, cualquiera fuera su origen, raza o religión, me ha llevado a descubrir, aunque tarde, el ideal del sentimiento.

El sentimiento ideal, el más noble, sin duda alguna, es el que siento por Clara, por el que abrigo la ilusión de encontrarla algún día, a pesar de mi futuro incierto y de mis juramentos de fidelidad a La Orden.

Ahora soy consciente de que existe otro amor, un amor distinto al que siento por La Orden y es el que siento por vos, Clara. Este amor me hace feliz, me da una sensación de plenitud jamás imaginada, pero también me embarga de culpa y hasta de remordimiento cuando enfrento los mandatos de mis ancestros y la memoria de mis maestros.

¡Oh, Clara! ¡Cuánto necesito de tu comprensión, de tu asentimiento! Ruego para que llegue hasta mí una señal que me haga conocer tu respuesta. Ahora me persigue el temor de que tu espíritu podría alejarse de mi conciencia y abandonarme en esta epopeya que he asumido como propia.

-No hay amor en vuestros actos -me has repetido con severidad en muchas ocasiones- Dios no justifica el uso de armas en su nombre y menos aún las muertes que habéis ocasionado para defender los bienes materiales, aunque se diga que pertenecen a la Iglesia.

Es mi condición guerrera y tu acusación lo que ahonda mi padecer, por lo que vuelvo a formularte las preguntas que me abruman:

¿Cómo enfrentar el ataque de los turcos seguidores del místico Selyuk, de qué otra forma, fuera del enfrentamiento armado podríamos haberlos detenido, Clara?

¿Qué debíamos hacer para evitar el avance constante de esas tropas invasoras hacia Constantinopla, la ciudad más próspera del mundo?

¿Cómo impedir esa intrusión inminente, a pesar de las estrategias empleadas por el Emperador Alejo, General de Bizancio?

¿De qué manera podríamos haber vencido a esas hordas de soldados nómades que habían aniquilado poblaciones enteras, dentro de los territorios del cercano Oriente?

¿Cómo frenar el impulso que llevó a los turcos a conquistar numerosas poblaciones del Mediterráneo, hasta ingresar en la Ciudad Santa?

¿Cómo, Clara? ¿Qué otra solución habría resultado efectiva,

fuera de la presentada por el Papa?

¿Qué otra propuesta, aparte de un ejército de Milites Christi, hubiera sido eficaz para enfrentar las tropas enemigas?

He reconocido y detallado mis tormentos, acaso así pueda hallar la manera de alcanzar el perdón divino.

-Habéis integrado las filas de lobos disfrazados de corderos, en nombre de Dios -me has dicho muchas veces, con el dolor reflejado en tu rostro.

Me conmueve tu dolor por mi condena, pero ¿qué hacer si había jaurías de lobos salvajes acechándonos?

¡Oh, Clara! Cuánto necesito de tus manos sobre las mías, de tu abrazo inesperado…

***

Reglamentos

–"Pro amore Dei et remisión e pecatorum" –era lo expresado por cada donante, para salvar su alma y la de su familia. Los bienes eran destinados a financiar la campaña contra los sarracenos, la protección a los peregrinos, o lo que la organización dispusiera. La Orden administraba las riquezas, castillos, tierras que en algunos casos incluían tramos de río destinados a la construcción de molinos.

Los Caballeros lucíamos la túnica blanca, con la cruz roja de ocho puntas para distinguirnos de los otros cruzados, y opuesta a la negra de los Caballeros de San Juan. Nuestro sello muestra a dos caballeros en una montura, señal de pobreza y humildad. Comíamos en una escudilla y compartíamos las pertenencias, en referencia a la unión de las iglesias de San Pedro, la coraza material y la de San Juan, el núcleo espiritual.

Cada uno tenía derecho a llevar una armadura ligera, un camisote, un gualdrapas, dos pares de calzones, un cinturón pequeño, un chaleco con faldones atrás y adelante, un sobreveste, una chaqueta de piel, un manto blanco de piel para el frío, otro para el calor, ropa de cama, una chaqueta de armas, tres cuchillos de usos diferentes, como la daga, el de pan y el de bolsillo, escudillas, calderos, cubiertos para el hermano y para el escudero, una bolsa forrajera para los caballos, un casco de hierro, una espada, un escudo, una maza turca, una lanza.

"Según los estatutos prescritos por nuestro padre San Bernardo" (…) juramento de los Guardianes del Templo y monjes del Cister". Jamás se negará a los religiosos, y principalmente a los religiosos del Císter y a sus abades, por ser nuestros hermanos y compañeros, ningún socorro…"

Cuando un monje guerrero se retiraba a la vida contemplativa, se refugiaba en los claustros del Cister, bajo la consigna "ora et labora", reza y trabaja.

El reglamento tenía carácter trinitario: tres flagelaciones por cada falta, se permite comer carne, asistir a misa y dar limosna tres veces por semana; se comulga tres veces al año, y otras normas, todas sobre tres.

Jurábamos estar listos para partir al frente de batalla, como cualquier soldado. Recorríamos el mundo reclutando fondos y captando hombres dispuestos a sumarse a nuestras filas. La respuesta era rotunda, todos queríamos participar, ganar un lugar en el cielo, sumar indulgencias, gozar de las bendiciones de Roma y de los favores de la nobleza.

Los frentes de batalla del Mediterráneo seguían abiertos hasta nuestra retirada. La lucha era feroz, la mínima falta duramente castigada; la vida comunitaria emparejada en armamento y en Padrenuestros.

Debíamos amparar a los desprotegidos y peregrinos, que transitaran por las rutas a Jerusalén, cualquiera fuera su religión. Era lo que nos distinguía de los otros Cruzados y nos redimía ante tanta masacre fundamentalista.

Servíamos a la Iglesia de Roma, a su expansión, según ordenaba el Papa.

Los cátaros bregaban por el servicio directo a Dios, sin intervención de poderes terrenales.

De ahí los abismos, a pesar del gran respeto y de la colaboración que nuestras organizaciones ejercían entre sí.

Maimónides

Llueve de forma incesante. Los hombres han sacado los toneles de agua para reponer la que hemos tomado durante los días de sol ardiente. No puede faltarnos el agua dulce, sería fatal semejante descuido, ya que en nuestra dieta abundan las carnes conservadas a base de sal, que nos provoca la necesidad de beber agua en demasía.

Tampoco podemos desatender las filtraciones que aparecen en la bodega, la humedad que conlleva y el estropicio que causa en los almacenes y en la biblioteca.

A pesar de la pericia con la que combatimos estas dificultades, varios hombres han enfermado, como si las tiranteces de los acontecimientos hubieran estallado tras los sacudones del clima. La lluvia lava nuestros cuerpos, ropas y miserias, nos obliga a profundizar en los momentos de reflexión y en muchos casos, nos enfrenta con la

nostalgia que nos atrevemos a evitar cuando el sol nos ampara.

Me preocupa sobremanera el malestar físico, con fiebre extrema, que se ha manifestado entre la tripulación de las tres naves. No alcanzan los paños fríos, ni las oraciones. He debido consultar "La guía de la buena salud" de Maimónides, nuestro instructor y el mayor respaldo en lo referente a la medicina. Es nuestro sostén en salud, nos ha dado confianza durante nuestros traslados por tierra, entre la soledad de los mares y de los desiertos.

En medio de esta humedad, nos urge la necesidad de preparar las infusiones que calmen los males que aquejan a la tripulación. Pero el agua, que no cesa de caer, salpica y apaga cualquier intento de chispa salvadora. Ya no quedan mantas secas, todo se ha convertido en trofeo de la tormenta. Hemos debido volcar los granos de reserva en algunos toneles, a pesar de la pérdida de agua dulce, ya que se nos hacía indispensable abrigar a los hombres, aunque sea con esos sacos, que también han absorbido alguna humedad; pero aun así servirán para bajarles los humores que los afectan.

A fuerza de ingenio y constancia, logramos encender una pequeña lumbre que atizamos con esmero, para impulsarla a crecer. Ha sido de gran aliento suministrar las tisanas recomendadas por el sabio Maimónides. Han bajado los delirios y los humores de los enfermos, que aumentaban en número, que restaban oraciones y manos laboriosas.

Este glorioso rabino ha sido el médico personal de Saladino, jefe de los sarracenos. Gracias a su grandeza, daba testimonio de su posición conciliadora como respuesta a las peores angustias surgidas entre las filas enemigas. Tengo la ventura de llevar su "Tratado sobre los venenos y sus antídotos", la "Explicación de las alteraciones" y el "El tratado sobre la resurrección de los muertos", entre los textos más preciados que me rodean.

La intención de crecer juntos en la sabiduría ha sido compartida por los místicos de las tres religiones, que se alimentan de las mismas fuentes, se empeñan en custodiar los conocimientos y transmitirlos de la forma más pura.

Lo dice el poeta sufí Ibn Arabi: "Mi corazón lo contiene todo: / una pradera donde pastan las gacelas, /un convento de monjes cristianos, un templo para ídolos, / la Kaaba del peregrino, los rollos de la Torah/ y el libro del Corán (…)".

Y Abraham Abulafia, el gran cabalista español, corresponde con esta postura en el "Camino de las Ideas", "El camino de Sefiroth" y en sus prácticas para la meditación –había leído De Lyon a su tripulación, cuando les llegaba la tranquilidad.

***

Melancolía

La lluvia persistente se ha quedado sin vientos, nos ha transferido su soledad y sus complicaciones. Se ha adueñado de nuestra fortaleza, de los días que se presentan con ese rumor constante y parejo que relaja y escarba nuestro interior, ahonda en la melancolía que teníamos oculta y la convierte en las lágrimas que ya no podemos disimular, sino que se entremezclan con ella.

El murmullo del agua me trae tus palabras, Clara. Te acerca, contesta a los interrogantes que tenía pendientes y tranquiliza mi espíritu, aunque para ello deba desmenuzar cada hecho, sus orígenes y reconocer mis equivocaciones.

-Debes trabajar más en tu compasión por el enemigo -me dices con una dulzura que me anima a ir a tu lado para siempre.

El sonido continuo del agua al caer te acerca tanto a mí que veo tu figura y quiero tocarte, como no me había pasado antes, quiero deslizar mis manos por tus cabellos, sentir la tibieza de tus labios con los míos y disfrutar del perfume de tu piel, corresponder con pasión a tu sabio abrazo inesperado.

Las hileras de agua delinean tu figura y mojan tu cara que me transmite tanta paz.

Me domina el impulso de acercarme más, pero me desespera la realidad de mi abrazo vacío.

Le pido al agua que eleve mi mensaje a las nubes, le encargo al viento que las traslade y, en forma de lluvia repentina, te transmita mi amor devoto, indeclinable.

***

Los símbolos

Mientras ganamos camino hacia nuestra meta, pienso en los símbolos que hemos dejado esparcido entre monumentos, edificios, escudos, que han quedado librados a las miradas, a la espera de que puedan ser interpretados y valorados. A pesar de desconocer sus significados, los poderosos han favorecido la réplica de algunos, en sus joyas, emblemas, en los frentes de sus casas, para apelar a la Fe que los símbolos proyectan, con la esperanza de ganar las confianzas de quienes seguían a La Orden.

La inmensidad del mar absoluto, sin islas, ni costas cercanas, aumenta nuestra incertidumbre. Las otras dos naves que integran esta pequeña flota nos siguen de cerca. Entre todos nos ayudamos a evadir la

sensación de abandono que asoma algunas veces, amenazando la permanencia del buen tino.

Me encierro en mis dependencias y vuelvo sobre los mapas enrollados que han quedado mezclados entre libros y cuadernos de viaje, que no puedo compartir de forma plena, ya que, entre la tripulación, no hay quien lea, ni escriba con fluidez, por lo que debo evitar leer algunas observaciones, como la presente.

Ante mi propia confusión, reviso las rutas que yo mismo delineé, según los recorridos y las notas de otros marinos. He llegado a dudar de los fundamentos de mi propia historia y para corroborarla, extiendo sobre la mesa los rollos que contienen las rutas dibujadas desde los fenicios, y las comparo entre ellas. Repaso las rutas a las tierras a donde nos dirigimos, cuyas secuencias intento ubicar entre los recuerdos de los tramos y pericias acontecidas, para espantar las sombras de temor que intentan agobiarme. Después de clasificar mis imágenes y de recuperar la confianza, descanso en el pasado de orgullos y logros de La Orden, los que me ayudan a enfrentar las ansiedades que me provoca el futuro.

Relaciones

–A pesar de las luchas armadas, La Orden había logrado acercarse paulatinamente a los pueblos considerados enemigos, con la intención de alcanzar la paz –había respondido De Lyon a uno de los tripulantes que, durante su convalecencia, se interesaba por tratar de entender los movimientos y las contradicciones de la historia.

–Manteníamos buenas relaciones con los musulmanes, incluso en los peores momentos –aclaró Lavallén, que empezaba a recuperar el entusiasmo, después de las altas temperaturas que lo habían afectado.

–Hemos sido respetuosos de nuestros buenos lazos –afirmó Guillaume– como cuando La Orden convenció a Balduino II de pactar con los ismaelitas, aunque para ello debieron cambiar las ciudades de Tiro por Damasco, o como había demostrado el príncipe de Sidón, al destinar una mezquita para la privacidad de Saladino, en sus momentos de oración. Ambos mantenían fuertes debates religiosos y filosóficos, y habían llegado a establecer el paralelismo entre las dos religiones.

–A pesar de la manifiesta cordialidad con los musulmanes –intervino Deneuve– La Orden daba pruebas de su fidelidad a Roma.

–Doy Fe, doy Fe por ello –asentían todos.

–Estas buenas relaciones se fundamentaban en los lazos

familiares y de amistad, según las declaraciones de algunos protagonistas, las que ahora he de leerles con extrema fidelidad:

–"Nosotros éramos occidentales, pero ahora nos hemos convertido en orientales." –Había declarado Fulgerio de Chartres en su Crónica de las Cruzadas de 1127–. "Quien era romano o francés, se ha vuelto en esta tierra galileo o palestino, quien venía de Reims o Chartres, es ahora de Tiro o de Antioquía. Ya hemos olvidado nuestros lugares de nacimiento; para la mayoría de nosotros son nombres desconocidos o nunca oídos. Unos tienen casas propias y sirvientes, como por mayorazgo paterno; otros se han casado, pero no solo con compatriotas, sino con sirias o armenias y, a veces, hasta con sarracenas bautizadas. (…) El que era extranjero, ahora es como si hubiese nacido aquí. (…) Día a día nos siguen nuestros deudos y familiares que, sin quererlo, dejan atrás todas sus posesiones. Allí carecían de medios, aquí Dios les ha hecho ricos. Quien tenía poco dinero, tiene aquí bizantinos, en monedas de oro, sin número, y a quien no tenía ni un pueblo, Dios le ha dado aquí una ciudad entera. ¿Por qué, pues, debería regresar a Occidente quien aquí ha encontrado un Oriente semejante?"

Un caso notable –seguía leyendo Guillaume a la tripulación que recién descubría estos aconteceres–*es el de nuestro séptimo Gran Maestro, el Barón Felipe de Nablus, hijo de Guy de Milly, de Normandía, y de Estéfane de Flandes. Felipe era sirio, hablaba árabe, conocía las sectas, cultos y doctrinas mágicas, había integrado la Primera Cruzada y ganado gran respeto por su destacada participación en la defensa de Gaza, ante Saladino.*

"En la casa de mi Padre hay muchas moradas" (Jn: 14,2). Ésta es la consigna que hemos compartido plenamente, desde los inicios de nuestra organización, de la que partían las razones que nos hacían proclives a intentar treguas y pactos, durante los enfrentamientos.

En muchas ocasiones, nos hemos visto obligados a consultar los discursos y las reglas de San Bernardo para establecer una diferencia entre "guerra justa" y "guerra santa", con la franca intención de poder ordenar nuestra conciencia y quedar en paz con nosotros mismos.

"El Caballero de Cristo debe armarse con la paciencia como escudo; la humildad, como coraza que preserva sus íntimas honduras; la caridad como lanza, con la cual, dirigiéndose a todos, con la provocación de la caridad, combate el combate del Señor". Esta consigna ha sido establecida por Bernardo de Claraval, entre las reglas de La Orden.

–Dieu le veut, Dieu le veut… –admitieron todos al iniciar la oración.

***

Ausencia

A medida que la distancia aumenta empiezo a aceptar el entrañable dolor por su ausencia, por la falta del imán de su mirada y del remanso transmitido por sus gestos, por su calidez.

Recién ahora reconozco y admito mi súplica interna y puedo aceptar que se ha alojado en mí este sentimiento que, como a cualquier templario me resultaba prohibido. Es el sentir que me había estado negando y que ahora necesito, suplico a quien corresponda para que permanezca en mí, para darle cabida a esta maravillosa ilusión que me ayuda a enfrentar cada nuevo día.

Hay momentos en los que me resisto a aceptar que este sentimiento tan intenso, que se descubre ante mí, sea realmente el amor del que todo ser humano habla, por el que brinda su vida. Pero ¿qué otra devoción, aparte de la que siento por La Orden tendría el poder de doblegarme de esta manera?

¿Qué otro sentimiento podría dominarme hasta quitarme el sueño?

¿Existe acaso alguna emoción capaz de obsesionarme hasta llegar a enfrentarme conmigo mismo y provocar mi propio reclamo, por no haberlo reconocido a tiempo?

¿Puede acaso la culpa perturbarme de esta manera, por haber permanecido sumiso a los ideales de la Santa Caballería, sin darle una oportunidad a mis sentimientos más íntimos, sin sospechar que era yo mismo quien los sofocaba?

Te veo luminosa, entre la bruma de aquella playa lejana, desde donde me miras con una expresión de paz inconmensurable, que me hace necesitarte cada vez más.

-Debes seguir explorando en tu interior -me susurras en la profundidad de mi conciencia, con el poder que tienes para alterar todos mis sentidos, de una forma deliciosa y pecaminosa a la vez.

Este bullicio de pasiones recónditas y desconocidas me angustia, me desbordan y hasta creo que pueden terminar con mi cordura. La oscuridad amplía mi soledad que se torna contundente. Me siento paralizado por interminables escalofríos y temblores que me recuerdan que soy el autor de este destierro, que debo cumplir debido al juramento que atraviesa mi alma y mi vida entera.

***

Constructores

–Las excavaciones realizadas por los primeros Caballeros del Templo, habían permitido que la Orden accediera a gran cantidad

de conocimientos, que han permanecido latentes durante centurias y que resurgieron desde la profundidad de las caballerizas del Templo de Salomón –era el comentario con el que Guillaume empezaba su relato.

–El maravilloso aporte realizado por La Orden –intervino Lavallén– a la cual seguirán perteneciendo nuestros corazones ha dejado grabada, para las generaciones venideras la sabiduría transmitida por las culturas milenarias.

–Muy cierto –corroboró Deneuve–. Me siento agradecido por las acciones que han quedado talladas en las catedrales y en los templos que la organización ha sabido construir.

–Son las enseñanzas transmitidas por Hiram, que hemos aprovechado y transmitido en cada una de las construcciones –dijo Deneuve– por las cuales hemos sido reconocidos como "maestros constructores".

–Pero por esos conocimientos hemos sido perseguidos con la intención de destruirnos –expresó otro de los caballeros, con profunda tristeza– como le ha sucedido al maestro Hiram.

–A pesar de la infamia con la que nos han atacado –prosiguió Guillaume– nuestra obra va a perdurar y se va a difundir a través de los sólidos edificios que se yerguen impolutos, como símbolos de nuestra Fe y de la gran devoción por Nuestra Señora que nos ha legado nuestro Maestro San Bernardo.

–No puedo evitar que me invada un gran pesar por tantas obras que han quedado inconclusas –se lamentó Deneuve.

–Quienes sean nombrados para trabajar en ellas podrán acceder a los cálculos y a los diseños que les permitirán su acabado –aseguró Lavallén.

–También han quedado estampados algunos símbolos –reflexionó Guillaume– que sólo podrán ser interpretados por quienes alcancen el grado de elevación indispensable, que los haga dignos de tan glorioso conocimiento.

–Aunque la gran mayoría de nuestros caballeros no han ejercitado la lectura, ni la escritura, por haber destinado toda su energía a las estrategias de combate, tienen amplia comprensión de los grabados de su incumbencia –aseguró De Lyon–. Con el transcurso del tiempo, los signos serán develados a las generaciones de buena voluntad, según lo mande Nuestro Padre y Señor Nuestro.

–Los sentimientos cargados de negatividad intentan destruir los positivos, pretenden eliminar la luz y perturba su accionar oscuro y mezquino –agregó Lavallén.

–Es la lucha que sostiene el mal contra el bien, sumerge a los

pueblos en las tinieblas, los deja desconcertados para enfrentar el paso del tiempo y sus cambios –las palabras de Guillaume dejaban traslucir su decepción–. Es parte de la evolución, que resultará más lenta, a causa del egoísmo, hasta que la humanidad logre rescatar la sabiduría que ha quedado oculta y vuelva a iluminar sus caminos.

–Está escrito –consintió Deneuve–. Lo hemos visto en Caín y Abel, en la historia de Hiram, en la de los hermanos cátaros, en tantas otras… y ahora se repite en la nuestra, en la acción de los Caballeros Templarios.

–Dieu le veut, Dieu le veut, Dieu le Veut…

***

Búsqueda

En la oscuridad de mi camarote cierro los ojos y busco desesperadamente a Clara, necesito hallarla entre todos los seres que habitan mis recuerdos. No he podido distinguirla entre las imágenes que se presentan en mi memoria atormentada por este presente para el cual he sido designado y al que no puedo renunciar. A medida que pasan los días y la distancia aumenta, crece en mí la necesidad de verla, de sentir su proximidad.

-Eres el dueño tus propios designios y determinaciones -me dices con una seguridad interior comparable a la de tu paz, que tanto admiro y necesito, a la paz que he conocido en el Paraíso.

Su ausencia ha llegado a convertirse en una obsesión que se activa en mis momentos libres, volviéndolos tormentosos. La he buscado con ansiedad entre los recuerdos de los seres que me acompañan, sus voces, sonidos y ecos renovados. Ha sido tan intenso mi llamado que por fin se ha presentado.

Ella ha cruzado los caminos del espejo, ha atravesado los límites. Ha aparecido en el recinto y su forma esfumada ostenta contornos que la hacen más cercana. Se ha instalado en una esquina de sombras donde las partículas luminosas que la componen se tornan más visibles. Se ha presentado en este acto de gran intimidad, en el que sólo yo puedo verla, distinción que me honra y exalta lo más profundo de mi ser.

Quiero sentir la conexión de su mirada, el roce de sus labios, el perfume de su piel, necesito acercarme a ella, sentirla cerca. Siento que mi sangre bulle como nunca y no puedo detener las reacciones de mi cuerpo encabritado, que necesita abrazarla con fuerza y decirle lo que me acontece, porque sé que ella me conoce profundamente, más de lo que yo mismo me conozco. Ella sabrá entenderme.

- ¡Oh, Clara! ¡Me conmueve profundamente tu presencia!

-He sido atraída por tus pensamientos, por el sentimiento que inspiras y que acepto con gozo -me dice resplandeciente de un amor puro, inigualable.

-Estás instalada en mi mente, en mi alma, eres parte de mi ser -me atreví a decirle, en un acto de arrojo, mientras me acercaba con ímpetu.

Ella ha desaparecido mágicamente, en el instante preciso en que yo cruzaba mis brazos por su cuerpo. Ha permanecido apenas un segundo, el que dura un suspiro intenso, el provocado por su presencia. Me restriego los ojos, la busco con desesperada urgencia por los rincones, pero no puedo recuperarla, a pesar de mi insistencia.

Preso de mi agitación y con el fin de evitar confusiones he tapado hasta la más pequeña de las hendijas, para evitar que se vaya. No quiero que la eclipse la luz de la luna.

Al apagar las velas he perdido la calidez que emanaban y ha desaparecido el increíble encantamiento del momento.

La visión de Clara se ha esfumado definitivamente. La oscuridad amplía mi soledad que se torna contundente.

***

Hiram

Las nubes se retiran lentamente permitiendo que se asomen tímidos rayos de sol que, al iluminar nuestras vidas, nos alientan y nos permiten una mirada diferente.

A poca distancia vienen las otras dos naves que integran esta reducida flota. Nos dirigimos a tres puertos diferentes. He de guiarlos a sus destinos y desembarcos, para después seguir hasta El Fuerte, al sur, nuestro último reparo y gran refugio.

Mientras la fuerza del mar nos impulsa a cumplir con la misión que hemos jurado, los hechos acontecidos abarrotan mi memoria, exponen sus fortalezas, debilidades y contradicciones.

–El gran mérito de La Orden ha sido aprender de la sabiduría del gran Maestro Hiram Abiff, a través de su gran testimonio, el Templo de Salomón levantado mil años antes de Cristo, por orden del propio Salomón. Hiram Abiff –leía Guillaume– nombre derivado de Jiram: maestro en alquimia hermética, Abi: ángel, mago evocador de espíritus, era el único heredero de los conocimientos de la Geometría Sagrada y Hermética de la Atlántida, sobreviviente al diluvio. En la construcción habían participado los albañiles más calificados del rey, también los de

Gebal, los de Biblos y los de otras poblaciones cercanas.

La gran sabiduría de Hiram había generado malos sentimientos entre los súbditos que le quitaron la vida. Salomón había permanecido mucho tiempo inmóvil frente al cuerpo inerte de Hiram, sin entender las dimensiones del egoísmo de los discípulos que habían terminado con esa vida tan valiosa, en vez de absorber el conocimiento que él tenía para darles. Ordenó sepultarlo en el Templo, donde dedicó un pilar a su memoria, a su sabiduría fundamental y hermética.

La Orden ha repetido esa consigna, en todas nuestras construcciones hay un Pilar del Aprendiz, para evocar al gran maestro Hiram Abiff.

Son esos sentimientos perversos los que han forjado la persecución que nos afecta y ha provocado la máxima degradación. Pretendían arrancarnos el tesoro de la sabiduría heredada. No han podido porque esa riqueza es transmitida a unos custodios leales que ante el peligro activan su indeclinable condición hermética.

–Dieu le veut, Dieu le veut…

***

Juramentos

¡Oh, Clara! Ahora que no debo obediencia a Roma, que me guía mi propia conciencia, que mis votos de castidad y de pobreza se han evaporado junto a La Orden, son mis convicciones las que sostienen los juramentos que hice, en favor de la humanidad y de sus tesoros ancestrales. Son estos compromisos los que me alejan cada vez más de tu presencia, sin que puedas llegar a imaginarlo. Sólo los que aceptamos esta misión somos conscientes del alejamiento físico que hemos provocado. Ese apartamiento sigue creciendo a medida que la distancia aumenta, según el derrotero que hemos convenido en París, bajo el más sublime juramento, en extremo inviolable.

-Eres el único que puede rescatarte de tus juramentos, el que puede dar un giro al destino -me dices entre sueños.

-Eres la dueña de mi Paraíso, la razón de mis más íntimas pasiones, las más profundas e inconfesables -le dije con gran vehemencia.

-Eres el dueño de tus pasiones y decides en quien depositarlas -me contestó arrastrando con suavidad cada una de sus palabras, que fueron recorrieron lentamente el caracol de mis orejas antes de adueñarse de mi cerebro y de mi cuerpo entero.

-No sabía de otras pasiones que no fueran las dispuestas por La Orden, hasta el momento preciso en el que he descubierto mi amor por

ti -intentaba decirle, pero se esfumó entre la neblina de mi sueño.

Me siento paralizado por interminables escalofríos y temblores que me recuerdan que soy el autor de mi propio destierro, el que debo cumplir debido al juramento que atraviesa mi alma y mi vida entera.

***

El Templo

El Templo de Salomón era la casa –Guillaume volvió a la lectura ante un auditorio silencioso, impresionado y ávido del conocimiento que les brindaba– *que David había planeado erigir, para honrar a Yahveh. Ese honor le había sido negado por sus conflictos personales y por sus manos manchadas con la sangre de las guerras. Dios fue piadoso con David y a pesar de la gravedad de sus culpas le permitió erigir un altar, en el lugar exacto señalado por un Ángel, con una espada entre el Cielo y la Tierra.*

–"Todo esto, escrito por Su mano, me hizo comprender Yahveh" –había dicho David a su hijo Salomón, durante la ceremonia pública, en la que le transmitió sus conocimientos y los mandatos recibidos directamente de Dios.

–He aquí también un Tavnit, el modelo a escala del templo, con sus detalles y con las más pequeñas minucias para atender en cada una de las salas, además de los utensilios del ritual –le dijo mientras se lo cedía frente a su pueblo.

–"Mira bien y hazlo fabricar según el diseño que se te ha propuesto en el monte" –le había recomendado Yahveh, cuando le entregara los detalles para el "Arca de la Alianza". Eran los tiempos en los que Dios hablaba con sus elegidos.

La construcción de la sala del Arca había quedado a cargo de Hiram, el indicado para semejante desafío, quien dispuso hasta los colores para cada una de las pinturas, cargadas de significados. El techo era de ciprés y algo de olivo, símbolo de paz. Se había ornamentado con palmeras, querubines, granadas, águilas, cadenas, todo cubierto de oro.

En la parte frontal de El Templo, estaba "Ulam", el vestíbulo; en el centro "Ekhal", la Gran Morada; en lo más profundo "Dvir", El Orador, reservado para el Arca, con sus dos querubines, entre los cuales Dios le había hablado a Moisés. También había un sótano para proteger a El Arca y a Las Tablas.

Salomón fue el más sabio de los hombres, el último rey de Israel que gobernó con el reino de Judá incluido. Construyó el Templo de Jerusalén, escribió El Eclesiastés, Los Proverbios y El Cantar de los Cantares, además de ser maestro de la Cábala.

El Templo se hizo de piedra bajo la prohibición de Hiram de usar herramientas de hierro. Para el séptimo Año Nuevo, el Arca, que contenía las tablas de Moisés fue trasladada a la sala El Santo de los Santos, pero apenas se depositó en su lugar, una nube llenó la Casa de Yahveh y los sacerdotes salieron precipitadamente. "Mis ojos y mi corazón estarán en ella, para siempre" había prometido Yahveh.

Salomón tenía las instrucciones para guardar El Arca y contaba con la ayuda de Hiram, pero la muerte del sabio había provocado el quiebre de la cadena de conocimientos.

Los filisteos les confiscaron el Arca, pero sufrieron tantas enfermedades y muertes, que la abandonaron en un carro tirado por dos vacas. Los israelitas sacrificaron las vacas y llamaron a los levitas, los únicos que podían manipularla.

Los seguidores de Hiram han gozado de reconocimientos y beneficios. El Papa Bonifacio IV los llamaba "Los Hijos de Salomón". Dispuso que no pertenecieran a ninguna clase social y quedaron liberados "de todos los estatutos locales, edictos reales, o cualquier otra obligación impuesta a los habitantes de los países a donde fueran a vivir".

–Han pasado más de dos mil años desde la construcción del Templo de Jerusalén –dijo De Lyon al concluir la lectura– y ahora, cuando la sabiduría protegida empezaba a emerger, ha vuelto el Rex Mundi para arrebatarla.

–Entre tantas iglesias y catedrales que hemos construido, han quedado multiplicados los pilares en memoria de Hiram, los que confirman la necesidad del hermetismo para proteger los conocimientos más elevados, hasta que llegue el momento de los dignos –había aseverado de manera contundente.

El rumor de las olas era lo único que se atrevía a romper el silencio que se produjo cuando Guillaume dejó de hablar. Estaba exhausto después de sacar a la luz esas investigaciones, tan gloriosas como dolorosas.

–Dieu le veut, Dieu le veut, Dieu le veut –asintieron todos.

***

Mensaje

Desde la popa he seguido el rumbo de la botella que arrojé al mar, con un mensaje para ti, amada Clara. Ha quedado entre los surcos, desorientada como mi alma, que en el acto ha reaccionado esperanzada y ha empezado a transmitirle fuerzas, para que cumpla con la misión encomendada.

Siento que retumba mi corazón al llamarte amada, una palabra, un concepto, un sentimiento que pensaba ajeno, acaso no merecido por mí.

¿Pensarás en mí con el mismo amor que yo siento por ti? ¿Podría ser merecedor de tu amor?

El envase que contiene mi recado no lleva dedicatoria, ni nombre alguno. El mar conoce la misión de mi enviado, y mi suplicio. Sé que la naturaleza ha de favorecer mi intención; tengo la certeza de que lo guiará hasta tus manos y que sabrás de quien proviene.

En mi nota he detallado los fundamentos por los que nos hemos enfrentado tantas veces, espero que los leas para crear una corriente de pensamiento que nos mantenga conectados.

No imaginé jamás extrañar a alguien de la forma como te extraño, porque has sido quien me ha enseñado el amor de una manera particular, inimaginable para mí hasta ese momento, condenada por los mandatos, inolvidable y anhelada por la experiencia que vive en mi memoria y despierta mis sentidos.

¿Qué otras palabras puedo decirte para que te convenzas de que te extraño, que valoro y ansío los enfrentamientos que curiosamente nos unieron tanto?

Me domina la ansiedad y la ilusión de que mi envío llegue al destino previsto. ¿Cuánto tiempo ha de tomarle? ¿Serán tus gráciles manos las que lo reciban?

Mi oración guiará la botella hacia las corrientes que bañan esas playas, para que llegue a tus manos, que sean tus ojos los que lean mis mensajes y tu corazón quien abrigue mi esperanza.

Oh, Clara ¡cuánto te extraño! Cuán grande es la distancia que nos separa y que crece implacable. He cubierto de plegarias a mi mensajera y, sin dejar de repetirlas, la he acompañado con mi mirada, durante el tiempo que alcanzó a mostrarse y sigo acompañándola con el amor que me embarga.

Vuelvo a mis oraciones, las repito hasta convertirlas en mi fiel letanía cargada con el mensaje que debe llegarte a través del hilo de amor que me inunda y de la más pura fe que las conduce.

***

El sol

Hemos vuelto a la normalidad. El sol está recobrando su brío y ha empezado a dedicarnos su luz y energía, lo que favorece nuestra esperanza, como si los rayos alcanzaran nuestro interior y les

devolvieran el ímpetu a los espíritus agobiados.

El astro ha espantado los males. Los hombres se recuperan, los colores saludables han desplazado a la palidez de sus rostros, ya no manifiestan la desolación que pretendía anidarse en sus almas.

Agradezco la fortaleza que nos brindas ¡Oh, Santa Madre! Ruego para que sostengas nuestra salud y espíritu en alto.

Dejaré estos escritos para salir a disfrutar del sol, de la amistad, y del nuevo día que nos has regalado. Los hombres han expuesto todas las reservas y las pertenencias al sol, es necesario finalizar esta angustiosa etapa.

En las tres naves se observa el entusiasmo que recuperamos a cada momento, con la fuerza de la oración.

Respeto

–A pesar de estar en alta mar, lejos de los espacios sagrados, debemos seguir respetando el reglamento, impuesto por nuestro Padre Bernardo –aseguró De Lyon, ante las miradas que pedían alguna excepción– que dice en su artículo X: *"Del comer carne en la semana. En la semana, si no es en el día de Pas Santos, que caigan, basta comerla en tres veces, o días, porque la costumbre de comerla se entiende es corrupción de los cuerpos. En el Domingo, así a los Caballeros, como a los Capellanes, se les dé sin duda dos manjares, en honra de la santa Resurrección; los demás sirvientes se contenten con uno, y den gracias a Dios".* Esta es la regla que obedeceremos, para conservar el orden establecido, aunque sabemos que sobre estas naves no existen las jerarquías, somos todos voluntarios decididos a ofrecer nuestras vidas para la preservación de los grandes tesoros.

–La decadencia de La Orden había empezado con *la decisión de Bernardo de dar su apoyo para la organización de la Segunda Cruzada* –leía Guillaume– *por pedido del Papa Eugenio III, y encargo de Luis VII de Francia, para recuperar la ciudad de Edesa. El monje recurrió a su poder de la palabra:*

"Tiemblen las naciones y estremezcan, porque el Dios del cielo ha comenzado a perder su Tierra. Y digo suya: allí se le vio enseñar la palabra del Padre, allí caminó más de treinta años entre los hombres (…) Ahora, por nuestros pecados, los enemigos de la cruz han alzado en ella su cabeza impía: con el diente de la espada asolan la Tierra de Promisión. (…) ¿Qué hacéis servidores de la cruz? ¿Queréis dar el santuario a los perros y las perlas a los cerdos? (…) No desconfiéis pecadores, bueno es el Señor. (…) Quiere erigirse en deudor para pagar a sus tropas con la remisión de sus pecados y la gloria eterna. (…) Tú, valiente caballero, tú hombre de guerra, tienes ante ti una contienda sin

peligro, donde la victoria trae gloria y la muerte ganancia. (…) Toma el signo de la cruz y sin más obtendrás indulgencias de todo lo que confieses con corazón contrito. La mercadería es barata; bien vale sin duda el reino de Dios, si por ella se paga devoto". –Esos habían sido los mandatos de San Bernardo, que ofrecían indulgencias a quienes participaran en la Segunda Cruzada. Expuso toda la fuerza de su ideal religioso, su carisma y su relación con el poder.

–Debemos preparar un ejército que marche a Oriente formado por soldados de Cristo, que dominen las armas, que respondan a una buena conducción, no cometan atropellos, ni persigan a los judíos.

"Conversión o muerte" –habían sido las palabras, producto de la euforia que intentaba transmitir y que pusieron en pie de guerra a voluntarios, aunque el Papa solo hablaba de conversión, compromiso y lucha.

¿Qué debo hacer por ti que no haya hecho ya? –era la interpretación que San Bernardo hacía del Juicio Final, y le había transmitido al rey Conrado III de Alemania, que había decidido marchar a esa cruzada, a pesar de algunos opositores.

Mientras Bernardo llamaba a una nueva cruzada, que garantizaría protección a todos los pobladores de occidente, sin distinción de credo, Radulfo, un monje cisterciense, atravesaba las ciudades cercanas al Rhin con una prédica diferente: –Todas las señales indican que es el momento apropiado para vengar la traición sufrida por Cristo. ¡Marchemos juntos y eliminemos a los que descienden de aquellos judíos que lo mandaron a morir en la cruz! –decía luciendo su hábito monacal.

***

Paraíso

¡Oh, Clara! Tengo la necesidad urgente de volver al paraíso que me asegura la paz, el amor y la libertad de conciencia que he conocido a tu lado, y sueño con recuperar.

Por ser poseedora de una sabiduría diferente, acaso superior, me animo a consultarte ¿Por qué te has transformado en un ser indispensable en mi vida, siendo que yo no podía pretender una compañía terrenal, como la que ahora anhelo tener a tu lado? ¿A qué se debe esta profunda extrañeza? ¿Será que algún cordón invisible nos mantiene atados y me hace tenerte siempre presente, a pesar de la distancia que crece y me afecta cada vez más, hasta alcanzar este grado de desesperación?

Es imperioso poder mirarte a los ojos, a tus bellos ojos y analizar tantas cosas… como la razón y la cura para esta desesperanza que me

atormenta, esta angustia permanente que no ha sido tratada por los sabios a los que he estudiado.

No he hallado precisiones de cómo romper la ligazón de este sentimiento que obsesiona, aunque tampoco quiero que ocurra porque necesito que nuestro amor crezca. Quiero que nuestro cordón de amor se fortalezca, que recuperemos el Paraíso, no lo cortes por favor.

Quienes hemos huido en las naves, somos los protagonistas de un tramo de la historia, que se repite incansable. Somos los intérpretes de una decisión definitiva, como ha sido la de los israelitas al salir de Egipto; como ellos hemos preferido huir antes que someternos a las injusticias del poder reinante. Otros pueblos han elegido permanecer, como tu gente, Clara, a pesar del martirio. Tal vez obró el cansancio, el peso de la historia, su lamentable repetición, por la que se negaron a desertar y eligieron morir bajo la espada de sus verdugos, sólo unos pocos han elegido salvarse, para seguir predicando la paz como fuente fundamental de vida…

¡Oh, Clara!, siempre pregonando el perdón, a pesar de la injusticia cometida. Es esa actitud generosa y desinteresada la que me hace necesitarte cada día más, la que me hace soñar con tus manos sobre las mías, con abrazarte y sentir tu abrazo, con volver a buscarte…

-Tenemos los mismos conocimientos -me respondes irradiando amor- pero nuestras prácticas son opuestas.

¡Oh, Clara! pretendo volver a buscarte, demostrarte que he cambiado y decirte tantas cosas…

***

Tres emprendimientos

Bernardo se había trasladado a Alemania para detener y corregir la tremenda arenga provocada por un hombre de su congregación. Algunos príncipes alemanes prefirieron abandonar esa cruzada y eligieron marchar contra los eslavos que atacaban por Oriente. El rey de Castilla había sido autorizado por el Papa a formar una cruzada contra las tropas de los sarracenos que invadían España.

Todo ese fuego se disparaba en tres cruzadas simultáneas: contra los eslavos, los sarracenos españoles y la formación de Oriente. Tres emprendimientos armados, a instancia de la Iglesia de Roma. Los tres deshonraban el principio de la vida, el de una colonización cristiana y pacífica.

En esta gesta no estaba Godofredo de Bouillón, con su fe, su estrategia, con esa fuerza que despertaba admiración. Las tropas estaban distribuidas en distintos frentes. Estas razones más algunos errores habían ocasionado el fracaso de la Segunda Cruzada a oriente,

dejando miles de muertos y pérdidas millonarias.

–"Me lo ordenasteis y obedecí. La autoridad del que me mandaba hizo fecunda mi obediencia. Abrí mis labios, hablé y se multiplicaron los cruzados, de suerte que quedaron vacías las ciudades y castillos, y difícilmente se encontraría un hombre por cada siete mujeres". –Era parte de la defensa de Bernardo. Todas las culpas caían sobre el monje que había prometido la salvación de las almas.

De nada sirvieron los esfuerzos, las revisiones y las razones. El rey Luis fue severo con el fundamentalismo y su postura fue aprovechada por las organizaciones que envidiaban a nuestro creador, y a La Orden.

Bernardo de Claraval se fue alejando de sus sentidos –comentaba De Lyon–. *Dedicaba toda su energía a la oración, al estudio de la deidad femenina y a la conexión con la naturaleza.*

A pesar de esta equivocación seguimos obedeciendo sus valiosas enseñanzas –observó Deneuve.

"Cuando deseéis estar a este lado del mar, se os enviará a Tierra Santa; cuando queráis dormir, deberéis alzaros, y cuando estéis hambrientos, tendréis que ayunar", dice nuestro reglamento. Ésa es la consigna que rige nuestros días, la que cumplimos inexorablemente. Es el lema que hemos respetado durante toda nuestra vida.

"Vos que sois señor de vos mismo deberéis haceros siervo de otro", dice también el reglamento, por el cual seguimos sometidos a los designios de La Orden, cumpliendo los preceptos y rudos entrenamientos, inevitables renuncias y perdurables juramentos.

–Dieu le veut, Dieu le veut, Dieu le veut… –rezaron a coro.

***

Incertidumbre

No encuentro la manera de saber si Clara ha recibido los mensajes que le he enviado en la botella donde le confesaba mi descubrimiento sobre estos maravillosos sentimientos y emociones, que para mí resultan sorprendentes. Ante la incertidumbre, ahora los escribo en el aire, que accede a trasladar mis palabras con la velocidad del pensamiento, para vencer la exagerada distancia que nos separa, la cual no podría ser cubierta por una paloma mensajera, ni por ningún medio a mi alcance.

En la soledad de la noche, que escucha y profundiza mis

pensamientos y sentires más ocultos, insisto en escribir mi recado en la pizarra que me brinda el cielo y se lo encomiendo al viento, para que le haga saber que en todo momento está presente en mi corazón. Ella se ha vuelto imprescindible por el amor que ahora sé, con convicción definitiva, que es lo que realmente siento.

Ahora puedo definir a este sentimiento tan íntimo y puro, como oculto y privado. No debo comentarlo ni confesarlo ya que me debilita ante mis pares, a pesar de su pureza.

-El amor verdadero es motivo de orgullo, nos cubre con su manto, no debemos ocultarlo, es un bien maravilloso que nos protege y da valor ante las atrocidades -me respondes mirándome a los ojos, como tantas veces.

¡Oh Clara! Amo tu valentía, te necesito tanto…

***

La tonada

La tonada del duduk, dada por las notas que Mustafá se empeña en sostener después de la oración, en tanto avanza la soledad inconmensurable de la noche, nos transporta a los territorios ahora tan lejanos, a las fortalezas enclavadas en las montañas de roca, que estas melodías nos hacen parecer cercanas y franqueables. Este cielo de estrellas, aunque distinto a aquel de donde provenimos, junto al encanto de la música, evoca al desierto, con su rotunda soledad, casi infinita. Como todas las noches, se establece un acuerdo tácito entre los tripulantes para ceder, a través de un profundo silencio, espacio a las notas, que nos llegan al alma y nos colman con esa energía tan lejana, como añorada. Nos favorecen las sombras, bajo las cuales escondemos alguna lágrima que muchas veces es delatada por el reflejo de una estrella, pero que cada uno, a su modo, intenta ocultar.

La noche se afana por ser irrespetuosa –seguía escribiendo a la luz de las velas–. *La noche crea y ampara otras sombras, como la de la Tierra, que crece sobre la luna. El disco enorme, que hasta hace unos minutos parecía adueñarse del cielo, y nos brindaba su claridad sobrecogedora, ha empezado a someterse a la influencia de la sombra que le deposita la Tierra que, al imponer su presencia, disminuye el influjo relumbrante que nos mantenía bajo su encantamiento, en medio de la noche.*

–*Mientras la Tierra avanza* –leía horas más tarde a sus

oyentes– *va dibujando su figura sobre la superficie lunar, que se reduce lentamente hasta transformarse en un trozo curvo y brillante. La Tierra sigue avanzando sin detenerse, hasta convertir a la luna en un hilo luminoso, frente a nuestros ojos que, en un momento dejan de ver su luz natural, la que nos amparaba en medio de la noche. La oscuridad resulta imponente, profunda y total. La presencia luminosa ha desaparecido por completo, bajo las sombras curvas que le ha impuesto la Tierra. Son precisamente ésas las curvas, es ése el fenómeno, en el cual Aristóteles basaba su teoría de la redondez de nuestro planeta.*

***

Plenilunio

He salido a disfrutar este maravilloso Plenilunio que domina el paisaje. La luna se muestra en su esplendor, se refleja sobre el mar que la engrandece, mientras ella alumbra hasta el más recóndito recoveco y su luz nos resulta tan potente que provoca la impresión de irradiar nuestro interior.

Es inevitable para mí volver a la noche de nuestra despedida, tan parecida a ésta. Aquella luna también se había apagado de repente, como si hubiera bajado el telón del cielo, lo que hizo que nos dominara la sensación de una oscuridad integral.

Clara se quedó mirándome con los ojos llenos de sombras que, en coincidencia con la luna habían perdido su luz.

- ¿Qué carga llevas en tu baúl? -me preguntó con intriga.

Mi sorpresa había sido demasiado evidente, por lo que ella trató de aclarar.

-Me refiero a tus emociones, esa carga interior que no puedes controlar -ante mi asombro continuó hablando- Se ha apagado la luna, el cielo ha quedado en completa oscuridad, lo que significa que ha llegado el final de una etapa. Debemos enfrentar el período que comienza, que nos resultará más llevadero cuanto más liviana sea nuestra carga.

El eclipse inesperado había logrado apagar el encanto de la noche. El presagio nos resultaba tan oscuro como el fenómeno en sí.

***

Errores

–El Temple tuvo otros errores fundamentales –comentó Guillaume, a modo de introducción, a la hora habitual de la lectura.

–Pero ¿qué otra equivocación pudimos haber cometido, si sólo hemos trabajado para el bien? –preguntó uno de los

tripulantes, mientras sus compañeros protestaban inquietos ante semejante posibilidad.

–No debéis preocuparos, las decisiones equivocadas han sido tomadas hace mucho tiempo, no somos responsables de las mismas. Pero es cierto que nos han alcanzado sus influjos y por ellos estamos padeciendo.

–Os escuchamos, Guillaume desentraña esta duda, por favor,

–*Quienes dirigían La Orden provocaron su separación de La Odre de Sion* –empezó a leer.

La Odre de Sion había sido creada por el propio Godofredo de Bouillon, durante la Primera Cruzada, la de los príncipes, con la aprobación de Bernardo y con el propósito de proteger el Monte Sion y las abadías de Tierra Santa. Era un brazo fundamental de la Iglesia de Roma, artífice de la creación de La Orden de los Caballeros del Templo, destinada a cumplir con la parte activa de la misión. –De Lyon dejó de leer para atender los cuestionamientos que le presentaban

–Entiendo que La Orden había sido creada como una fuerza dependiente de La Odre de Sion –cuestionó Lavallén, resumiendo las protestas de los caballeros–que en nuestros orígenes no teníamos el poder de decisión sobre nuestros actos.

– ¿Debemos pensar que los Pobres Caballeros de Cristo habían llegado hasta el rey por instrucción de La Odre? –preguntó Deneuve, desorientado.

–Los documentos a los que he accedido me dan a pensar que todo ha ocurrido de forma simultánea. La propuesta de Los Pobres Caballeros había llegado a cubrir una necesidad surgida sobre la marcha de los acontecimientos –respondió Guillaume, con criterio–. Las dos organizaciones nacieron juntas, para atender la misma demanda, La Odre de Sion delineaba las estrategias, Los Caballeros las cumplían.

–Nos soltamos de su mano, nos liberamos de su poder, siendo que habíamos sido parte del mismo proyecto –reflexionó Lavallén– ¿Qué nos había impulsado a semejante acción… deseos de independencia, quizá?

– *¿Habrá sido ese el punto inicial de nuestra decadencia?* –Cuestionaba Guillaume en sus escritos– *¿Habrá sido acaso, un signo de inmadurez, de vanidad y soberbia el hecho de desatender las advertencias del autor de nuestro génesis? ¿Habrá sido otro intento del Rex Mundi para contaminarnos?*

Tengo entre mis manos algunos documentos precursores de la Odre. Datan de unos treinta años anteriores a la Primera Cruzada, cuando unos monjes calabreses, de la congregación de Ursus, se

instalaron en las cercanías del Castillo de Bouillón. La familia les donó unos terrenos para la abadía, en el Valle de Orval (de Oro) cerca de la tumba de Dagoberto II, rey merovingio. Durante la construcción del monasterio, los monjes habían descubierto unas tumbas pertenecientes a esa raigambre.

Los monjes tenían el objetivo de restaurar la dinastía merovingia por considerarla descendiente de Jesús. Querían restituir el linaje "Sicambro" a sus verdaderos herederos, los de la tribu judía de Benjamín, por ende, a los de la Casa Real de David, de la cual descendía la tribu de Judá a la que pertenecía Jesús.

Tenían razones para pensar que María Magdalena –continuó Guillaume después de pedir silencio– *llevaba el grial, o sangraal, o sangre real, en su vientre, al sur de Francia, y que sus descendientes tenían el derecho real al trono de Judea. Entre las históricas huidas que había afrontado la tribu de Judá, figuraba la convivencia con los Teutones, de los que descendía Godofredo.*

–Paciencia –pidió Lavallén, ante el disturbio–. Es necesario que escuchemos hasta el final, después haremos las preguntas.

–En territorio merovingio había una región llamada "Gothie" o "Gothia" y sus habitantes eran llamados godos, acaso una deformación de judío, y de ahí la palabra "visigodo". Hubo muchos matrimonios entre merovingios y visigodos, según los nombres de sus descendientes, Sansón, Mirón, Salomón, Eleazar, Lázaro, y otros. Los merovingios habían incorporado la Ley Sálica, de textos judaicos, y algunas creencias, como el poder de los cabellos largos, según los nazaritas, la tribu de Sansón.

Pedro el Ermitaño pertenecía a la congregación de Ursus y desde su llegada al Valle de Orval se había transformado en el guía de espiritual de la familia.

Junto a la Primera Cruzada, la de los príncipes, iban los monjes acompañando a Godofredo para asegurarse de que el poder de Jerusalén quedara en sus manos. El Ermitaño se les había adelantado como guía de la Cruzada de los Pobres.

–Leeré algunos de los escritos sobre los descendientes de Jesús –les anunció Guillaume–. En 1144, *Theobald*, monje de Cambridge escribió *"los príncipes y rabís de los judíos que moran en España y se reúnen en Narbona donde reside la semilla real".*

–Benjamín de Tudela, viajero y cronista, declara que en Narbona hay *"sabios, magnates y príncipes a la cabeza de los cuales está…un descendiente de David según se manifiesta en su árbol genealógico"*

El debate parecía no tener fin, hasta que se escucharon las

campanas con las que Lavallén llamaba a la oración.

–Dieu le veut, Dieu le veut, Dieu…

Los Merovingios

De pronto, a través de la lectura y de la investigación para acceder a la verdad más profunda, la claridad ha liberado mi entendimiento. Ahora puedo deducir las razones de la intervención de los monjes Ursus y de los descendientes merovingios, en la creación de La Odre de Sion. Empiezo a entender los fundamentos para rescatar los documentos y los tesoros que habían quedado ocultos entre las reliquias del Templo de Salomón.

También ha cobrado sentido la alianza de Godofredo con Urbano II, con quien había estado enfrentado. Comprendo la estrategia del Caballero de Bouillón, su convencimiento y arrojo para vender sus posesiones con el consentimiento de su familia, y financiar la Primera Cruzada destinada a la liberación de los "Santos Lugares" del dominio del islam.

La Odre

–Los hechos que os he relatado –dijo Guillaume durante la acostumbrada reunión– deberán ser tomados como un misterio difícil de resolver. Tenemos los escritos que ya conocen y tenéis el derecho a considerarlos veraces, o no. Como bien sabéis, La Orden respetará vuestros conceptos y creencias.

–Las reuniones entre la Odre de Sion y los Caballeros del Temple, –leía De Lyon– *su brazo armado, eran de gran importancia, tanto como el enorme olmo que los amparaba, los representaba y recordaba la fortaleza que adquiría la unión, cuando se reunían en el Campo Sagrado de Gisors. Su tronco era tan ancho que se necesitaban nueve hombres para abrazar sus ochocientos años de vida. El rompimiento producido durante uno de los encuentros había resultado de tal impacto, que talaron el árbol, como símbolo del quiebre de esa columna fundamental de la Iglesia de Roma y de su feligresía.*

La Odre pasó a llamarse Priorato o Prieuré de Sion y dejamos de compartir el Gran Maestre. Jean de Gisors fue nombrado Primer Gran Maestre de los Templarios. De él hemos adoptado la costumbre de obsequiar una cruz con rosas rojas o rosas a nuestros iniciados.

Los Caballeros habían elegido el subtítulo ORMUS, principio de la luz, y se refiere a Ormus, el místico egipcio creador del cristianismo místico, después de haber sido convertido por San Marcos. El nombre contiene a "OURS" oso, en francés, "ORME" olmo, y "OR" oro, mientras que "M" es el signo de virgo, en relación con María, la Notre Dame.

***

La siembra de sabiduría

He dejado mis lecturas, los libros, la investigación, necesito descansar por unas horas. Considero mi deber, en esta etapa libre de traslados y de acciones dispuestas por La Orden, aprovechar el trayecto para brindar todo el conocimiento a los caballeros que me acompañan, que son quienes han de sembrar sabiduría en las nuevas tierras. Todo sigue el curso previsto, incluso los contratiempos.

Luces

El sol arde, en su cenit –escribió Guillaume– *oscurece nuestra piel, que se reseca y se aja. Nos atormenta el calor en demasía, por falta de amparos. Debemos renovar las oraciones y apelar a la Fe para vivir sin protestas los vaivenes que nos aquejan y los que pueden presentarse.*

–Extraño los días de frío intenso –había comentado Deneuve– de vientos helados, de esos tan poderosos que pueden mover las nubes cargadas con partículas de hielo, como las corrientes que enfrentábamos durante las travesías cercanas al extremo norte, ahora tan distante.

–Llevamos un mes de navegación, sin esquivar riscos, bloques de hielo a la deriva, ni monstruos de especie alguna –observó Lavallén–. El mar, sin límites aparentes, nos recibe de brazos abiertos.

–Es cierto, y el brillo de las estrellas no logra distraer las luces ajenas que cruzan el manto superior, con rumbo desconocido –comentó Dubón– y después parecen hundirse en las aguas, lo que produce una extraña alerta.

–Confiamos en las bendiciones del Creador, que nos protege –aseguró Guillaume–. Estamos acostumbrados a enfrentar tempestades extremas, difíciles de sobrevivir, por ahora no se han presentado. Tenemos tiempo para la meditación propicia, la oración profunda y comunitaria, que bendigo con todos, en nombre de Dios, tres veces por día.

El viaje para llegar a la nueva tierra se hace largo, tedioso, solitario.

Jihad

–Los predicadores musulmanes habían empezado a crear focos de rebelión contra los gobernantes que eran considerados traidores, por sus alianzas con los cristianos –leía ante la audiencia ávida de historias bien fundamentadas–. *Habían dado inicio al espíritu de "Jihad", o guerra santa impulsada por los musulmanes. Entre ellos*

surgieron caudillos que trabajaban para unificar sus estados y así comenzaron la conquista de los reinos cristianos.

Saladino era un musulmán sabio y devoto que había llegado a convertirse en un símbolo de caballerosidad medieval entre sus seguidores y también entre sus enemigos. Se destacaba por sus estrategias para unir grandes fracciones de su pueblo y recuperar el control político y militar de diversas regiones, hasta que avanzó sobre Jerusalén y reconquistó Tierra Santa.

La Séptima Cruzada había sido convocada por Luis IX de Francia, considerado un santo en vida, pero al cruzar por Egipto, sus tropas sufrieron pestes, derrotas y hasta el cautiverio del rey. La Orden había prestado una suma millonaria a la corona de Francia para la libertad del soberano. Las tropas empezaron a repetir sus derrotas, –a esta parte de la historia la conocéis, la han vivido–. *Los Hospitalarios permanecían en Tierra Santa, atendiendo heridos de guerra. Los templarios resistíamos en San Juan de Acre, último bastión cristiano, pero al perder la isla de Arwad, perdimos el motivo de creación de La Orden de los Monjes Guerreros.*

Calma

–Son varios ya los días que permanecemos presos de esta quietud desesperante –comentaron días más tarde, cuando parecía que la naturaleza se había propuesto desorientarlos.

–Esta extraña calma aparece después de los intensos vientos, en medio de este mar indiferente –observó Lavallén.

–Conozco este capricho de los vientos que toman su descanso –respondió De Lyon– dejan de asistir a las naves y en complicidad con la niebla, se obstinan en negarnos la visión, lo que hace más intrigante la espera. Es solo un capricho que ha de ceder y será vencido por la sensatez de la misma naturaleza que nos ampara.

–En las otras naves también hay intranquilidad –comentó Deneuve que se presentaba ante ellos, después de efectuar los controles.

–Por mis años de navegante, y contra toda leyenda sé que no han de aparecer monstruos marinos, ni de otra especie, podéis estar tranquilos –contestó Guillaume.

–Es tan persistente la quietud que los temores de la tripulación toman forma de peligro –advirtió Deneuve.

–Es indispensable provocar un movimiento para distraer a los caballeros –ordenó el capitán–. Mandaremos a vaciar las bodegas, hemos de realizar una profunda limpieza, acomodo y reparaciones.

–Todo reluce en las naves –dijo Lavallén pasadas las horas de actividad–. Pero falta de colaboración de los vientos.

–Así deben relucir nuestras conciencias –Guillaume se dirigió a la tripulación, cansada y sudorosa–. Nuestro pasado, sentimientos, ideas y proyectos deben estar en orden y ser completamente claros para poder servir a la humanidad –siguió diciendo sin atender al fenómeno meteorológico.

Aquellos que han navegado por estos mares, saben que los comportamientos de los vientos son parte de los devenires de la travesía. A los caballeros con experiencia en trayectos similares, les pido que ayuden a tranquilizar los espíritus. Es necesario confiar en Nuestro Padre del Cielo, reforzar la Fe que nos sostiene para recuperar la paz –instruyó antes de iniciar la oración diaria.

–*Dieu le veut, Dieu le veut, Dieu*… –respondieron a coro.

***

Amor

No había pensado que el amor fuera una posibilidad en mi vida, que pudiera alojarse en mi corazón, albergarse entre mis sentires más nobles, ni que, al presentarse ante mi conciencia, lo desconocería. Tal vez no supe siquiera de sentimientos propios.

Después de largas horas de desvelo y de renovadas reflexiones, he llegado a la conclusión que debo enfrentarme conmigo mismo y aceptar este descubrimiento tardío, el de mi amor esquivo que, a pesar de la resistencia provocada por mi convencimiento, ha nacido a hurtadillas de mi propia razón y arbitrio, sin que tuviera yo la más mínima sospecha, entre miradas inocentes, de esas que invaden y se adueñan del alma, de sus percepciones y pareceres.

¡Oh Clara! Acaso no me alcancen los días, ni mis más profundos análisis para aceptar las razones de este desenlace, el que me separa y me aleja cada vez más de vos, el que me impide mirarme en tus ojos… Son tus ojos los que me siguen a través del mar, entre las olas, y se me acercan con cada gota que me salpica la cara. Esos mismos ojos me muestran tu renovado reproche y tu negativa rotunda a justificar la razón de mi participación en la lucha armada.

Como todos los cátaros vives con el amor como consigna principal, hasta se podría decir que conforman "la iglesia del amor" de un amor profundo por la humanidad, por toda la creación. Y es el amor mi gran falta, el que me ocasiona esta confusión que me hace sentir traidor, lo que debo confesar ante Bernardo. Mi gran pecado es este amor que

acuno con una ternura que desconozco por su reciente alumbramiento y que protejo con fervor por haberse convertido en el estímulo para seguir vivo, con la fortaleza necesaria para sostener la decisión de cumplir mis juramentos, en este humano y audaz intento de eternizar los más nobles emprendimientos, por amor a la humanidad.

Jamás imaginé que soñaría con acercarme para darte un beso, para abrazarte y decirte que ahora sé lo que es sentir amor y el deseo intenso de tenerte cerca.

No había imaginado la posibilidad de compartir amor, sin faltar a una de las partes, como lo siento y lo comparto entre vos y La Orden.

***

Tormenta

Durante las últimas horas, han empezado a soplar los vientos y se han intensificado. Ahora azotan las ventanas y todo se mueve de lugar. Los libros han caído desordenados y se deshojan dentro de este pequeño y único camarote, el que marca mi privilegio de guardián y guía.

He debido dejar mis escritos. Los bultos que viajan en la bodega se han desparramado y se golpean sin control según los embates de la tormenta que crece. Soportamos unos cimbronazos que nos advierten sobre la necesidad de anticiparnos a peores inclemencias, que estoy seguro han de presentarse en breve. Ante la incertidumbre, he vuelto a consultar el Tetrabiblos, del gran Ptolomeo.

La calma

–Solo resta esperar a que calme la furia de los vientos –le transmitió De Lyon a la tripulación, con voz tranquilizadora–. Izad la bandera para que se sosiegue el ánimo de las naves compañeras. Mientras tanto, debemos asegurar aún más los mástiles, las velas y todo aquello que pueda deambular por estas superficies.

–Los templarios consultamos a Ptolomeo, según la costumbre heredada de los romanos, que habían adoptado su mapamundi y sus coordenadas, latitud, longitud, con 360°.

Esta consulta es otra de las fisuras que nos han separado del poder de la Iglesia de Roma –reconoció ante la tripulación– *que se resiste a la investigación sobre los fenómenos celestes, como el comportamiento de las estrellas realizados por los chinos; o las teorías del movimiento de los planetas, los fenómenos del halo lunar y solar, investigados por los babilonios y los caldeos, y otros conocimientos que ignora para fundamentar su poder sobre la fe y los misterios.*

Sé que llegaremos a tierra –reflexionó horas más tarde– *el arribo dependerá de nuestra tenacidad y pericia sobre las aguas, que*

muchas veces se sublevan por la caída de una estrella fugaz, o ante fenómenos que no entendemos, que influyen sobre las tormentas, como la que nos ocupa.

Los vientos se han calmado y ha aplacado nuestra preocupación inmediata. Lucho contra los vaivenes de la nave para atender las heridas que han sufrido algunos tripulantes, mientras mis discípulos hacen lo debido con los lesionados de las otras naves. Hemos recurrido a las algas para tratar la cicatrización y evitar que las heridas se hagan purulentas.

Ahora llueve sin cesar, el cielo encapotado nos ha apartado del sol, de su luminosidad, lo que incita a la introspección, a la necesidad recurrente de lavar nuestras conciencias.

***

Refugio

Me refugio en el espejo y vuelvo a buscarte entre las figuras que lo habitan. Creo que es la mejor manera, la más poderosa para invocarte y encontrarte, para acercarme a vos guiado por este amor que me obsesiona.

Te llamo con toda la fuerza de mi mente y te transmito la desesperada necesidad que siento de verte, de transportarte hasta este lugar en el mundo, o bien, de llegar hasta vos. Dedico horas a visualizar tu imagen, para sentirte más cerca y apartarme de la soledad que empiezo a reconocer, a temer, y que se hace cada vez más presente.

La soledad que ha empezado a corroerme es consecuencia de las traiciones vividas, que siguen pareciéndome increíbles, pero las padezco con efectiva evidencia.

¿Sabrás que una de las más crueles acusaciones que hemos enfrentado, ha sido nuestra falta de ferocidad en el campo de batalla?

¿Cómo hacerlo si muchos de los nuestros han nacido en Oriente, sus nodrizas eran de allí, de ellas habían recibido sus cuidados y el legado de sus costumbres? Teníamos importantes colaboradores árabes y judíos, con quienes sosteníamos debates teológicos y filosóficos, como lo hacíamos con los cátaros. Éramos conocidos como La Gente del Libro, por nuestra manifiesta devoción y estudio de La Biblia.

¡Oh, Clara! ¡Cuánto necesito de tus manos sobre las mías! Las evoco con fuerza y las traigo a mi presente, percibo su calor, su perfume. ¿Sabrás de mi profunda extrañeza?

***

Destino

–Ha pasado más de un mes de navegación hacia nuestro destino ignorado por nuestra civilización –comentó De Lyon–. Agradezco a los caballeros que recorren por primera vez estas rutas, la confianza que han depositado en mi buen hacer. Es valorable la templanza brindada en los momentos de mayor exigencia y de prueba, impuestos por la naturaleza.

–Somos conscientes de la gran misión que nos ha sido encomendada y que aceptamos con vocación –la respuesta de Lavallén recibió el apoyo de la tripulación.

–Se que entre ustedes hay quienes desconocen las tierras a las que nos dirigimos y se enfrentan al temor transmitido –dijo Guillaume, mientras los miraba comprensivo–. La gente cree que la Tierra es plana, una meseta sostenida por elefantes o por pilares y que está rodeada por mares. No hay quien se anime a acercarse al límite imaginario por miedo a caer en la nada, un sin fin tenebroso,

que reprime cualquier deseo de aventuras.

–Gracias a ese desconocimiento, no habrá quien se anime a avanzar más allá de lo que consideran seguro –opinó Deneuve.

–Es como si hubiésemos atravesado un portal del que sólo nosotros tenemos la llave –cometo Dubón.

–La llave del conocimiento –aportó Lavallén.

– ¡Quién tuviera el poder de participar de los debates de Pitágoras y Parménides sobre la redondez de la Tierra, su posición en el universo, la órbita de la luna…, la identidad del Lucero del Alba y tantos otros temas que han sido descuidados! –expresó Guillaume.

–La humanidad tendría que volver sobre esos debates, recuperar esos intereses, pensar con libertad –opinó Lavallén.

–El incendio de la Biblioteca de Babilonia ha transmitido miedo al poder del conocimiento, como si éste nos llevara al mismo infierno, además de haber perdido registro de la sabiduría acumulada por la civilización –reflexionó Deneuve.

–La gente se alejó de los centros del saber por temor a perder la vida–opinó Dubón.

–Como si la sabiduría fuera una maldición –interpretó Lavallén.

–Nuestra civilización no ha atendido los estudios de Eratóstenes y sus cálculos sobre la circunferencia de la Tierra, ni las teorías de San Agustín que reconocía su redondez, pero negaba a los *antípodas*, como llamaba a los habitantes de la otra mitad del hemisferio, aunque curiosamente sabía nombrarlos –comentó Guillaume–. Han sido otros tiempos, otras gentes, otra etapa de la historia que hemos perdido. Es necesario recuperar y difundir el conocimiento.

–Lo necesitamos –comentó Deneuve.

–En poco tiempo llegaremos a las tierras del otro lado del mundo conocido –aseguró De Lyon.

–Nos encontraremos con los antípodas, los seres negados por San Agustín –acotó Deneuve.

–Nos despierta gran intriga saber cómo será nuestra relación con los nativos de la tierra a donde nos dirigimos –quiso saber Lavallén.

– ¿Cuál es el grado de conocimiento de estos pueblos? –preguntó Deneuve.

– ¿Podremos enfocarnos en estas verdades, o simplemente hemos de luchar por la supervivencia?

– ¿Cómo ha de ser nuestra vida en esas tierras de Dios?

–No tengo la respuesta que me gustaría darles –replicó Guillaume–. La mayor certeza que puedo transmitirles se refiere a la misión que nos ocupa y a la Fe que nos sostiene, la cual deberemos conservar inquebrantable –dijo con serenidad.

–La Fe es la luz, el sendero, la verdad, que nos provee la esperanza imprescindible para resguardar los tesoros de la humanidad.

–Dieu le veut, Dieu le veut…

***

La vela

He ubicado una vela frente al espejo para encontrar a Clara entre las imágenes que se proyectan a través de ese plano, entre las volutas y los reflejos, y permanezco así, sin descanso… frente a esta superficie lisa, misteriosa y callada, rogando por su presencia, esperándola.

De repente aparecen ante mí los mandatos de la Orden que disponían la prohibición absoluta de trato con la mujer "cuyo rostro el caballero evitará mirar" y a la que jamás podrá besar, aunque sea su madre o hermana, absteniéndose completamente de "besar hembra alguna, ni viuda, ni doncella".

¡Oh, Clara! ¿Cómo no mirarte? ¿Cómo no sumergirme en tu mirada que sigue presente ante mí? ¿Cómo habría podido evitar la tentación de seguir tu figura, casi traslúcida, escondiéndose entre los subsuelos de Providence, enfrentando los alcances del Rex Mundi? ¿Cómo no protegerte? ¿Cómo desoír tus parlamentos, los que compartía casi a pleno? ¿Cómo contener el impulso de debatirlos durante horas, disfrutando del cruce de cada palabra, del tono de tu voz, de tu compañía íntegra? ¿Cómo evitar mirarte mientras hablábamos? ¿Cómo escapar del imán de tu presencia? ¿Cómo evitar la pecaminosa intención de bucear en tu interior?

¿Cómo evitar ponerme al servicio de todos vosotros? ¿Para qué, entonces mi entrenamiento y ejercicio de valentía, si no para ponerlo al servicio de quiénes me necesitaban, a quienes tanto admiraba?

No es posible andar por el mundo sin ver el dolor y las necesidades de otros, sin que la compasión nos haga sus cómplices, sin enamorarnos de los espíritus que nos conmueven.

Aunque mis ojos no te hubieran visto, mi corazón lo habría

hecho.

La sombra

Dominado por la necesidad de encontrar a Clara he vuelto a ubicarme frente al espejo para retomar el intento de encontrarla entre las imágenes que van apareciendo en la profundidad de sus proyecciones, después de horas de búsqueda esperanzada. Una sombra se vislumbra entre los personajes que han empezado a mostrarse ante mí, desde el fondo del espejo, pero no puedo divisarlo. ¡Restriego mis ojos y pido al cielo por el milagro de que seas tú quien se presenta y pueda verte por fin, amada Clara!

Sumo el rezo de "Salve Regina" la poderosa oración que nos enseñara San Bernardo, para hacer más intensos mis ruegos. Ahora distingo una silueta que comienza a acercarse con cierta timidez, entre las formas que habitan el mundo que me muestra el espejo. La figura se aproxima, pero enseguida desaparece detrás del reflejo de mi propia imagen. Me movilizo con la idea de apartarme y diferenciarla, sin que pueda lograrlo.

De pronto desconozco mi propio rostro y en ese momento veo que es San Bernardo quien se presenta ante mí, como si mi imagen se hubiera transfigurado y adoptado los rasgos del Santo. Él es quien me mira, con gran censura desde esa superficie de reflejos incontables y repetidos en el infinito.

–San Bernardo, Padre de la Orden que me protege y a quien obedezco… ¡Estás ahí, escuchándome!... ¡Tiemblo ante tu presencia, oh, Padre de los Templarios!... Veo la severidad en tu rostro y percibo tu enfado, pero… ¿Qué culpa me cabe? ¿Merezco acaso algún castigo? ¿De qué has de acusarme? ¿Cuáles serán tus condenas? ¿Seré excomulgado por tu memoria santa? ¿Hasta dónde alcanzará mi error...? ¿Seré digno de seguir custodiando el tesoro que nos ha sido encomendado? ¿Será mi propia debilidad la que me condene? ¿Es mi falta de fortaleza la que tornará frágil la misión? ¿Es que cabe la posibilidad de perderlo todo? ¿Seré el responsable de tan grave fracaso?

Padre Santo de la Orden… ¡Oh, Padre San Bernardo! Estoy frente a vos… aturdido por tu presencia, que no esperaba… Es cierto, no esperaba encontraros… Sé que estás en todas partes, sobre todo en mi conciencia que te reclama y te consulta a cada paso. Eres mi verdadero guía, mi norte, la luz que alumbra mi existencia, la que os he ofrecido para cumplir tus metas que son las mías, por las que vivo y lucho, por las que ahora voy en busca de nuevos horizontes.

A Dios ofrezco mis días y mis decisiones, que han de recaer sobre cada uno de los hombres que me acompañan. ¿Cómo no pensar en mis padres, familiares y amigos más cercanos, a quienes les habían

sido extendidas las bendiciones, por ser yo un Soldado de Cristo? ¿Será que a ellos les alcance la condena por mis desvíos? ¿Es que he faltado a mi juramento, sólo con mi pensamiento y mis más íntimas invocaciones?

Oh, Padre Bernardo ¿Cómo evitar el sentimiento que en mí crece, en el que me refugio, el mismo que mi soledad ilumina? ¿No ha bastado con mi renuncia a su presencia, a su compañía y mi huida? ¿Acaso mi mente puede oscurecer mi espíritu?

Ante el silencio absoluto y la mirada severa del Padre Bernardo, mis culpas y tormentos se han incrementado hasta provocarme esta asfixia que me acerca a la muerte.

Sigo postrado ante vos, Padre Santo.

Ante tu presencia, ¡Oh Padre Bernardo! he vuelto sobre la regla que me ha sido leída de forma íntegra, antes de jurar como caballero y sobre las advertencias que definían la ardua vivencia que tendría que enfrentar como soldado de Cristo "Vos que sois señor de vos mismo deberéis haceros siervo de otro" y en referencia al pontífice romano: "Siervo de los siervos de Dios" como lo ha sido el propio Jesucristo "el Hijo del hombre no ha venido a ser servido, sino a servir y a dar su vida en rescate por muchos".

Ése ha sido siempre mi propósito para esta gran experiencia religiosa, por la que me he comprometido al abandono de toda banalidad, la entrega total al servicio solidario de los desprotegidos, los desventurados, la defensa de los valores, de los lugares únicos para la cristiandad y de la sabiduría milenaria que hemos resguardado. Por estos altos valores he ofrecido mi vida y mi alma.

Ante tu presencia, oh, San Bernardo, Padre de La Orden, renuevo mi compromiso, lo asumo y reafirmo una vez más. Mis sentimientos pertenecen a la Orden y no a persona alguna. Padre Bernardo, puedes disponer de mi alma que brindo con alegría e intensidad al servicio de Dios y al bien de la humanidad.

Nada más existe ya para mí, Padre Bernardo. Sólo tus mandatos y mis juramentos, sólo ellos consuelan mi alma débil, pecadora y arrepentida.

Las horas de oración y penitencia que me he impuesto, son las que ahora llenan mi espíritu y mi cuerpo, sin otra compañía que la enorme culpa por haber reconocido y aceptado un sentimiento que debí haber expulsado y negado, el mismo que ahora me condena y que intento empezar a reparar con el castigo que he de infringir sobre mi cuerpo físico.

***

Lesiones

De repente, el viento abrió la puerta del camarote. Parecía

ensañado con las reliquias y los escritos a los que había dedicado tantas horas. Mientras trataba de cerrar la puerta, los fuertes soplidos le arrancaron la camisa que tenía a medio poner, de manera que las lesiones que él mismo se había provocado en su espalda quedaban expuestas a la lluvia, que las lavaba con fuerza extrema, como si fregara las llagas de su alma.

No hubo quien se detuviera a observar su espalda lacerada, ni le hiciera alguna observación. Conocían el castigo al que podían someterse a sí mismos, el que cada uno decidía por sus debilidades y ejecutaba al amparo de un recodo, de la noche y de la discreción de sus compañeros.

–Debemos recoger las velas que deban ser parchadas –ordenó Lavallén, apenas empezaron a tranquilizarse los vientos–. No podemos descuidarnos, tenemos que estar listos para una nueva embestida.

–Las velas blancas, con la cruz de ocho puntas, que izamos en todas las naves, son parte de nuestra identidad, nos distinguen y nos procuran seguridad –reflexionó Guillaume, mientras amainaba la tormenta y desaparecía la tensión–. Han sido nuestros pasajes a la libertad, señales protectoras que nos han habilitado el paso a todos los puertos del mundo –les decía en tanto guiaba las miradas de sus compañeros hacia las cruces de color paté, grabadas en el centro de cada vela–. Son los emblemas que hemos expuesto con orgullo, desde su creación, los que nos han permitido cruzar los mares con absoluta neutralidad, sin cuestionamientos, persecuciones, ataques de piratas, ni agresor alguno. Todos conocen nuestras insignias y las han respetado, como harán los pobladores de las tierras a donde nos dirigimos.

– ¿Será entonces que los nativos de las nuevas tierras nos esperan? –preguntaron ansiosos los caballeros.

– ¿Vendrán por nosotros? –se escuchó preguntar entre los oyentes.

–Ellos nos esperan siempre. Divisarán nuestras naves desde las alturas de sus miradores y saldrán a recibirnos, a darnos su bienvenida y a brindarnos hospitalidad –aseguró Guillaume.

– ¿A qué se debe tan grato gesto? –preguntó uno de los tripulantes nóveles, en ese trayecto.

–Ellos esperan el retorno de las naves de La Orden. En cada una de las despedidas, nuestros navegantes les dejaban la firme promesa del regreso, la cual se renovaba en cada visita –aclaró Guillaume.

–La cruz paté, de ocho puntas, en nuestras túnicas y en las

velas blancas, nos distinguen de las otras formaciones de cruzados. Según la Regla de la Orden "no se permite a nadie llevar hábitos blancos, o tener mantos blancos, exceptuando a los (…) caballeros de Cristo". "A todos los caballeros profesos, tanto en invierno como en verano, damos, si pueden obtenerse, prendas blancas, para que aquellos que han dejado atrás unas vidas tenebrosas sepan que deben encomendarse a su creador por medio de una vida pura y transparente".

–Hemos adoptado la túnica y las banderas blancas, y sobre ellas la cruz paté de ocho puntas, que representan las ocho bienaventuranzas y beatitud que todos hemos juramentado –- aseguró De Lyon– para vivir tratando de superarnos, de lograr nuestra realización interior. Todos hemos jurado obedecer los mandatos para procurarnos el contento espiritual, vivir sin malicia, llorar los pecados, humillarse al ser ultrajados, amar la justicia, ser misericordiosos, sinceros y limpios de corazón, sufrir con paciencia las persecuciones.

–La Orden aceptó lucir la cruz paté de ocho puntas sobre la túnica blanca, según había dispuesto la jerarquía mayor de la Iglesia, sin cuestionar su adoración –indicó Guillaume.

-Dios lo quiere… *Dieu le veut*…

***

Vientos

Me ha despertado el viento que golpea los mástiles con ansia renovada. Es como si reprodujera los castigos y flagelaciones a las que me he sometido para evidenciar mi seguro arrepentimiento ante la autoridad que me guía. Me obliga a renovar el dolor por mis propias culpas, además de intimarme al abandono de cualquier sensación, o idea indigna que cruce por mi cabeza, que desordene mis promesas, definiciones y proyectos al servicio de los cuales he jurado vivir.

Desde este rincón de íntimas confesiones veo como el viento sopla con ímpetu descarnado, parece empeñado en arrancar las velas blancas que desafían cada uno de los soplidos mostrando la gran cruz paté extendida en el centro y en las banderas. Me resulta curioso y revelador el hecho de que la naturaleza acompaña mis estados de ánimo, refleja mis tránsitos espirituales. Me recuerda con empeño mis juramentos, por los que debo eliminar cualquier sentimiento que pueda alejarme del fin supremo y último que me ocupa, para el que he sido encomendado.

Estos vientos bravíos repercuten en mi alma atribulada, sacuden mi conciencia, mi sentir. Me fuerzan a desconocer el dolor físico causado por las laceraciones que me he provocado. Debo recurrir a mi

fortaleza para presentarme ante mis hombres con la integridad necesaria.

***

Cruces

–La cruz –continuó Guillaume, después del acto de contrición y de las plegarias pronunciadas en la bodega, al amparo del viento– es el símbolo que nos ha permitido cumplir con el objetivo supremo. La veo agitarse por efecto de los azotes del viento y me siento tan fuerte como la vela que la sostiene. Estoy dispuesto a recuperarme de la intolerancia de la iglesia, hacia quienes negaban obediencia por sus mandatos sobre la cruz.

– ¿Es que alguien podría haber hecho semejante desafío, cuando llevar la cruz de Cristo es el mayor honor? –Enfatizó uno de los caballeros– ¿Cuál sería la razón para tan tremenda afrenta?

– ¿Qué los llevaría a rechazar la cruz? –insistió otro caballero.

–Los gnósticos, los cátaros, los arrianos, los mani y otros grupos –aportó Guillaume– consideran que la cruz es un instrumento de tortura. Se niegan a aceptarla como un motivo de festejo, de adoración.

Habían surgido grupos internos, entre ellos, de extremos irreconciliables, como Jesús frente a Barrabás, el espíritu frente a la carne, el bien ante el mal, el Ser Supremo ante el Demiurgo o, según los cátaros, el Dios del amor, frente al Rex Mundi, el poder del mundo material.

– ¿Y cuál ha sido la posición de La Orden, ante esta "encrucijada"? –quiso saber otro caballero.

–Hemos respetado los significados que le han dado a la cruz, a través del tiempo y de las religiones –informó Guillaume.

–La cruz ha sido adorada desde las civilizaciones ancestrales –aportó Lavallén.

–La Orden entiende y respeta las razones expuestas por otras creencias –expresó De Lyon–. Sin embargo hemos considerado a la cruz como un símbolo de reconciliación de los opuestos, como la divinidad y el mundo, la luz y la oscuridad y otros representados por ese cruce de maderos.

– ¿Todas las cruces pueden ser aceptadas? –preguntó otro caballero.

–Cada cruz enriquece su significado, su belleza, el detalle que aporta cada pueblo –reconoció De Lyon.

–Es el caso de “Anj”, o “llave de la vida”, la cruz de los egipcios –opinó Lavallén.

–El lazo superior representa la inmortalidad de los dioses, la búsqueda de la inmortalidad, la llave de la sabiduría oculta –amplió Deneuve.

–He visto imágenes de los dioses de Egipto y de los faraones con la cruz Anj entre sus manos –se escuchó decir.

–Los faraones eran considerados inmortales –dijo Lavallén.

–Al morir, el alma partía en busca de la sabiduría oculta –aclaró De Lyon–. Para ayudarle alcanzar la vida eterna, le colocaban la cruz Anj sobre los labios y entre la mortaja.

–También representa la poderosa Isis, la hechicera de Egipto, diosa de la maternidad y del renacimiento –dijo Deneuve.

–La invocan con la cruz Anj, para la fertilidad –confirmó De Lyon–. El lazo simboliza el útero, lo femenino, y la “T”, la energía masculina.

– ¿Cómo ha llegado esta cruz hasta nosotros? –preguntaron.

–La hemos heredado de los primeros cristianos egipcios, muchos han resultado mártires –contestó Guillaume.

–Dieu le veut, Dieu le veut…

Coincidencias

–Tenemos muchas coincidencias con los egipcios, ambos credos tienen sus propias cruces como símbolo de vida, o de renacimiento.

Toth, el dios egipcio de la sabiduría les entregó Las Tablas Esmeralda, que contenían “todos los secretos del cielo y de la tierra”, mientras que Moisés recibió las tablas de Los Diez Mandamientos.

La diosa Isis es la Virgen Madre de Horus, Hijo de Dios, por lo que Isis es la Madre de Dios y esposa del Dios del Sol, Osiris, quien volvió a la vida tres días después de ser sacrificado por alguien de su confianza.

“El Libro de los Muertos” el texto egipcio de miles de años de antigüedad describe cómo el dios Anubis pesaba el alma del faraón y decidía si lo salvaría o condenaría, en correspondencia con el cielo y el infierno de los cristianos.

San Agustín decía que los egipcios eran el pueblo que más fe tenía en la resurrección de la carne, como lo demuestran sus momias.

Significados

– Todas las cruces tienen su significado –afirmó Guillaume– como la cruz de la Natividad, la de las Catacumbas, la Cruz de San Pedro, la de Trinidades… Todas merecen nuestro respeto.

–Los Templarios hemos adoptado la cruz Tau, "T" la inicial de Temple, símbolo de resistencia y protección, la cruz del "Elegido de Dios" –dijo Lavallén.

–La cruz T sobre una ermita, o en el altar indicaba que era un espacio de "Iniciación Superior" –aportó Marchant.

–Los templarios hemos despojado a la cruz del concepto de tortura –aclaró Guillaume–. La hemos exorcizado del sufrimiento que transmite, con elementos como las rosas con que la ataviamos en algunas ceremonias.

–Dieu le veut, Dieu le veut, Dieu le veut…

***

Esperanza

La luna se asoma apenas entre las nubes invasoras. Desde mi lugar de reposo veo su resignación a seguir oculta, negándonos la intensidad de su luz de plata. Mientras el cielo se oscurece aún más y derrama su melancolía sobre mi alma atormentada, escucho el lamento que nos transmite la melodía del duduk, refleja la añoranza que compartimos todos y que Mustafá tiene el poder de expresar con las notas que logra sacar de su instrumento milenario.

He vuelto a refugiarme en los textos sagrados que me acompañan. Con la oración alcanzo la paz que necesito. He cerrado los ojos para buscar un rayo de esperanza que me ayude a cumplir el destino que me he trazado, pero que me agobia, a pesar de la Fe que me sostiene.

Necesito atravesar los límites de esta realidad absurda, encontrar un ancla que me ayude a seguir aferrado a la vida, a resistir la traición, a soportar tanto dolor y frustración.

***

Transmisión

–La vida nos ha impulsado a este camino para evitarnos la rendición –comentó Lavallén.

–Y para asegurar la transmisión de los conocimientos –aportó Deneuve.

–Debemos hablar sobre la Tierra –introdujo De Lyon–. Una teoría equivocada ha secuestrado a los habitantes de nuestro mundo dentro de los límites creados por la imaginación del miedo. Hay signos que evidencian la esfericidad de la Tierra.

–Siento cierto reproche en tu voz, Guillaume.

–El reproche me incluye, Deneuve. Nuestras urgencias nos han apartado de las evidencias expuestas ante todos.

–Eres nuestro Maestro, Guillaume, nadie más lejano que tú de la ignorancia –le reprobó Deneuve.

– ¿Qué fuerza ha desviado nuestra atención de los Antoniniano, las monedas del Emperador Galieno Gallienus, donde aparece apoyando su pie derecho sobre un globo, símbolo de sus triunfos sobre la Tierra? –preguntó.

– ¿Qué los habrá impulsado a elegir la esfera para representar al mundo? –intervino Marchant.

–Ambicionaban el gran imperio universal… –aportó Lavallén.

–Muchos emperadores romanos han sido representados con la esfera en una mano y en la otra el cuerno de la abundancia, un cetro, o una lanza –prosiguió De Lyon.

–Muchas imágenes mostraban al emperador, considerado de origen divino, mientras recibía un globo de manos de Júpiter. Teníamos la verdad al frente y no hemos sabido interpretarla –reprochó De Lyon, ante la sorpresa de los caballeros.

– ¿Quién no ha tenido una moneda del Imperio Bizantino donde se ve a Cristo, el Salvator Mundi con el Globus Cruciger entre sus manos? –inquirió el capitán.

–La gran mayoría ha tenido alguna de esas monedas, sin que le hayamos dado valor a su imagen –intervino Lavallén.

– ¿Qué nos ha impedido pensar en el Globus Cruciger que Jesús sostenía entre sus manos? –Preguntó– ¿En qué momento se ha perdido la información?

–Sólo obedecíamos las consignas de la Orden –observó Marchant.

–No es mi intención señalar culpables –aclaró De Lyon–. Necesito transmitirles mis tormentos para prevenir ingenuidades, por lo que pregunto ¿Cuándo se ha desviado el camino del conocimiento? ¿Cómo se impuso el error fundamental?

–Nos afliges en demasía, Guillaume –regañó Lavallén.

–El reproche debemos dirigirlo a nosotros mismos, a la complicidad que nos compete –respondió Guillaume, evidenciando su sentir.

– ¿Cómo hemos de actuar, entonces? –inquirió otro de los caballeros.

–Todo nos sorprende, Guillaume –comentó Lavallén.

–Se nos presenta un mundo diferente –reflexionó un caballero.

–Ninguno es poseedor de la verdad –contestó el capitán–. Asumo mi culpa por haber participado de los viajes hacia las tierras desconocidas, sin considerar la dimensión de nuestras acciones, ni haber informado que la tierra no es una meseta, que no se cae al vacío.

–Me producen asombro estas conclusiones –aseguró Deneuve.

–Ahora que padecemos las consecuencias de la traición y del egoísmo, he llegado a entender lo mezquino de nuestro proceder –reflexionó Lavallén–. Sin embargo nuestra acción ha servido para la consolidación de los objetivos de La Orden.

–Sólo pensábamos en la gloria que brindábamos a Nuestro Señor –replicó Deneuve.

–La gloria es del Señor. Nuestra es la ofrenda, la mayor, la verdadera –definió Marchant.

–Estamos aquí para corregir nuestros errores y enseñar la verdad. Cargaremos con las culpas hasta el fin del mundo –afirmó Guillaume.

–Allí nos dirigimos –coincidieron.

–Nos queda el orgullo de proteger los mayores tesoros de la humanidad –afirmó Deneuve.

–Por haber conocido la Gloria del Señor es necesario mantener nuestros juramentos, por amor a Él, y a Nuestra Señora –concluyó Guillaume.

–Non Nobis Domine, Non Nobis Sed Nomine, Tuo Da Glorian –repitieron a coro, colmados de Fe infinita, mientras se santiguaban.

***

Dudas

En medio de esta soledad interior, rodeado de un mar de dudas, me animo a preguntarte Maestro Bernardo, Señor Mío ¿Será cierto que como caballero de La Orden he sido capaz de alcanzar tan alto grado de vanidad? He andado largos caminos, logrado grandes metas y ahora que cumplo con esta misión ignorada por la humanidad, me intrigan tus respuestas. ¿Cómo has de evaluar este andar que recorremos en tu nombre? ¿Estará justificado mi accionar y el de los caballeros con quienes comparto esta cabalgadura sobre las olas del mar, en medio de sus tormentas? No he podido encontrar en mi más recóndito juicio interior, ni entre las Reglas de La Orden, el amparo necesario que nos permita justificar nuestras faenas, ni tranquilizar las conciencias.

En profunda soledad vuelvo a analizar los hechos que me perturban con la esperanza de llegar a una conclusión cierta que nos exima de cualquier culpa y permita vislumbrar la pureza de nuestras intenciones originales. Necesito compartir la paz con los caballeros que me acompañan para tener la certeza de que podremos llegar hasta el trono de Nuestra Madre cuando se apague la llama de nuestras vidas.

A pesar de mis oraciones diarias y de mis ruegos por acercarme más a Vos, Señor no he logrado encontrar el modo de justificar nuestra acción. Me preocupa pensar que escudados en tu nombre y en el de Nuestra Madre, nos hemos dejado tentar por la gloria efímera de los logros terrenales.

Me rebasa la ignominia. Ahora vislumbro los caminos de nuestra propia degradación. ¿Cómo podría conseguir que perdonaras mi gran error y el de quienes han seguido las acciones de La Orden, a los que he comandado por tanto tiempo?

No hemos tenido costumbre de comentar los destinos, ni las razones que demoraban nuestro retorno. Las misiones formaban parte de los mayores secretos sobre los cuales nadie se animaba a preguntar debido al aura de nobleza que nos rodeaba.

Como único camino de redención debo afirmar la decisión de llevar a buen puerto nuestra misión.

- ¡Oh, Santa Madre! A Vos ruego por la salvación e iluminación de mi alma equivocada, para transmitir tu perdón a quienes me han acompañado y han depositado su fe en mi accionar.

-Dios te Salve Madre, Reina…

***

Agradecimientos

–A pesar de los errores cometidos agradezco integrar la aventura secreta de La Orden –opinó Deneuve–. Dejaremos grandes beneficios a la humanidad.

–Nos obligamos a respetar el pacto hermético asumido con La Orden. Nuestros juramentos han alcanzado el alto valor que les hemos otorgado y que sostenemos con nuestro honor –consintió Lavallén.

–No habríamos faltado a las promesas dadas a los dueños de esas vías marítimas, los avezados marineros que nos ofrecieron valiosos trueques, al llegar a La Rochelle, tan ventajosos como herméticos –aseguró De Lyon.

–Simplemente lo callamos –dijo Lavallén–. A nadie le interesaba conocer cuáles eran los destinos de nuestros barcos, solo veían nuestro crecimiento y solidez.

–Nos deslumbramos con el valor de los metales preciosos con que cargábamos nuestros barcos, para la ornamentación de las catedrales –observó Deneuve.

–Nadie preguntaba por el origen de la plata que trasladábamos –observó Guillaume– a sabiendas de que las minas de nuestro mundo estaban agotadas.

–Es muy cierto –confirmó Lavallén–. Nuestras monedas eran muy apreciadas, sin que importara la procedencia del metal.

–Tendríamos que haber compartido la ruta de la plata y de las especies. Acaso habríamos cambiado el destino de la humanidad –razonó Deneuve.

–Pero gracias a nuestro secreto, ahora tenemos un destino donde guarecernos y preservar el tesoro de la humanidad –reflexionó Lavallén.

–Nos dirigimos al paraíso que teníamos reservado, sin haberlo previsto –señaló De Lyon.

–Habría resultado muy difícil cambiar el concepto que tenían los dueños del poder, sobre los límites de la tierra, de los mares, del horizonte… –dijo Deneuve, en busca de una posible expiación.

–Los mandatarios se sentían seguros con las herramientas de poder que dominaban, no querían cambios –confirmó Guillaume.

– ¿Habrá habido una intrusión del Rex Mundi en nuestras filas? –preguntó Lavallén.

–Ha sido una intromisión exitosa, nos hemos dejado envolver con el manto de la vanidad y de la avaricia –reflexionó

Guillaume.

–Estos momentos de reflexión nos han sido impuestos por el Creador –observó Deneuve.

–Estamos empezando a analizar las equivocaciones cometidas –concluyó Marchant.

–Vuelvo sobre la necesidad de redención de nuestras culpas –dijo Deneuve, con dolor–. Las hemos cometido por la ambición de los negocios y el brillo de los éxitos.

–Roguemos perdón y asistencia a Nuestra Madre del cielo.

***

Otro plano

La nave se mece suavemente. En mi afán de búsqueda de algún método de elevación sobre mis propias miserias he cerrado los ojos para apartarme de esta realidad. La oración me traslada a otro plano donde me encuentro con Clara, donde el lenguaje no necesita palabras, donde solo bastan las miradas. Ella me extiende su mano, pero a pesar de mis intentos no he podido alcanzarla y se esfuma antes de que pueda alojarla entre mis recuerdos más cercanos.

He luchado por recuperarla, por recobrar la ilusión que me provoca saberla cerca, pero solo ha quedado la bruma. La búsqueda infructuosa me ha provocado tal agotamiento que he vuelto a ocupar mi cuerpo vacío de esperanzas.

Ahora me atormenta la vergüenza por haber recurrido a ella para salvarme, a pesar de mis votos renovados ante nuestro Padre Bernardo.

Me he arrodillado ante la imagen de nuestro padre fundador para validar mi promesa de fidelidad a la causa, sin embargo, he debido luchar denodadamente contra mí mismo, contra esa necesidad que me avergüenza y rebasa mis juramentos, cuando insisto sobre mi intención de encontrar a Clara.

Han avanzado las horas, la luna sigue oculta en medio del cielo oscuro, como mi propio horizonte.

Este rincón es el único de la nave que me permite la flagelación privada, a la que he vuelto a someterme en la más absoluta intimidad, para apagar mis desvíos. Mi cuerpo ha quedado resentido, no he tenido piedad de mí, de mi detestable debilidad. El dolor físico me ocupa hasta acallar cualquier distracción que pueda descarriarme del verdadero camino. Aunque sea a través de mi propio castigo debo apartarme de mis conductas erradas.

A pesar de mis más íntimas recriminaciones y severos correctivos, mi obsesión se revela en contra de mi determinación consciente y lucha hasta revivir en mi cuerpo cansado, a punto de desfallecer.

He vuelvo a sofocar mi vergüenza, a ejecutar el mayor escarmiento sobre mi humanidad, en la que intenta emerger el instinto animal que trato de reprimir, con tanto empeño. El maligno domina mi cuerpo que resiste al mando de mi razón, con inagotable rebeldía.

He debido repetir demasiadas veces mis tormentos físicos para apagar el fuego que se empeña en dominar mi carne y quemar mi espíritu.

¿Cómo culpar a Clara por la rebeldía de mi cuerpo que no entiende de razones?

¿Acaso su presencia de mujer es la que ocasiona mi desvío?

-Eres el responsable de tus acciones -me has dicho siempre- ejerces el poder sobre ti mismo.

¡Oh, Clara! ¿Cómo condenarte por mi falta de fortaleza?

Perdóname, Padre Santo, perdona mi debilidad pecaminosa y obscena…

Es tanta mi humillación, que temo decir la oración que nos has enseñado, razón por la que te pido me asistas en mi rezo y en mi ruego:

Dios te Salve, Reina y Madre, Reina de los cielos…

***

Reacción

–Por fin despiertas, Guillaume –le dijo Lavallén, mientras cambiaba los paños fríos que depositaba, uno tras otro sobre su frente febril–. Son varios los días de lucha por salvar tu ser afectado por las laceraciones que te has provocado, se han vuelto purulentas y hierven, como todo tu cuerpo.

–Has sido demasiado duro con tu pobre humanidad –alcanzó a decirle, antes de que Guillaume volviera a sumergirse en la profundidad del sueño que lo dominaba, en tanto se sumaba a las oraciones dichas en secuencias interminables, enlazadas entre todas como las horas, los días y las noches.

–Nos ha ayudado la oración y la memoria de las instrucciones recibidas en ocasiones anteriores –le comentó Lavallén en otro de los momentos de conciencia, alcanzados por Guillaume.

–He intentado descifrar las fórmulas medicinales que llevas

entre los escritos –le informó Deneuve– sin que haya conseguido arribar a una certeza. Nos ha guiado la mejor intención y la Fe.

–Eres nuestro ejemplo, nuestro principal pilar. Si te derrumbas, nos derrumbarás a todos –le aseguró Lavallén.

–Debes transmitirnos tus conocimientos de medicina. Llegará el momento de nuestra separación y nos será indispensable el manejo de los recursos saludables –le dijo Deneuve con preocupación.

– ¿Qué más nos ha faltado saber? –fue la pregunta que sorprendió a De Lyon al finalizar la oración crepuscular.

– ¿Por qué lo preguntas? ¿A qué te refieres? –quiso saber.

–No encontrábamos la fórmula para devolverte a este mundo, Guillaume –le respondió Deneuve, con gran aflicción–. Con temor a equivocarnos y sin certezas apelamos a la memoria como único recurso. Lo logramos con la oración que se hizo más efectiva cuando nos encomendamos a la cruz que llevas colgada de tu cuello.

– ¿A mi cruz?

–Sí, la cruz milagrosa –le contestó uno de los caballeros.

–Se ha dicho que es mágica…–aportó otro de los presentes.

– ¿Es milagrosa? ¿O acaso es mágica? –quiso saber uno de los compañeros.

– ¿Por qué cargas una cruz con el poder de realizar milagros? –inquirieron.

–Todos nos hemos hecho merecedores de cruces milagrosas –opinó el responsable del mantenimiento del fogón y de las comidas.

– ¿Qué puedes decirnos sobre la magia de la cruz? –preguntó Lavallén.

–Es cierto –aceptó Guillaume, con un esbozo de sonrisa–. Muchos han creído en los poderes mágicos de algunas cruces, pero no había magia.

–He podido ver el cambio en los caballeros que la recibían, como si se transformaran al tocarla –comentó otro compañero.

–Todas las cruces están cargadas de la Fe inagotable que nos moviliza, la que cada uno le deposita. La Fe verdadera que me ha otorgado el milagro de seguir con vida, gracias a la oración que ustedes han ofrecido por mi recuperación. La cruz no tiene magia alguna –respondió De Lyon con tono tranquilizador– sólo conocimiento.

– ¿Sólo conocimiento? ¿Los milagros se consiguen con

sabiduría?

– ¿Acaso la magia puede ser considerada conocimiento? – eran las preguntas que surgían a borbotones.

–Hemos cruzado desiertos portando la cruz, temerosos de los alcances de su poder, de su magia. ¿Por qué no hemos recibido ese conocimiento? –era el reclamo de la tripulación.

–Hemos aceptado las directivas sin haberlas cuestionado – intervino Lavallén–. Es necesario que nos transmitas el conocimiento al que aludes.

–La cruz era la portadora de un mensaje guardado en ella, pero –contestó De Lyon– muy pocos podían descifrarlo. Faltaban los códigos, que por su complejidad y para enfrentar las desmemorias, habían sido cincelados en unas medallas, posesión de unos pocos. Sólo los depositarios de dichas medallas podían descifrar los mensajes enviados en la cruz de ocho puntas, que se creía eran mágicas.

–Al enfrentar la cruz con la medalla –continuó Guillaume– el mensaje era comprensible.

–No lo hubiera imaginado –comentó Deneuve–. Las he llevado colgadas de mi cuello, con la preocupación de que una condena podría alcanzarme si no cumplía con la entrega.

–Todo era parte del hermetismo para evitar los peligros. Se ha retaceado la información para proteger al emisario –declaró el capitán–. Solo podían interpretarlo quienes tenían acceso a los códigos que se han cambiado a través del tiempo, para favorecer el secreto y su objetivo.

– ¿Era necesario tanto secreto? –quiso saber Marchant.

–Nuestra cruz constituía una unidad oculta –amplió De Lyon–. Era otra parte del trazado hermético ingeniado por La Orden, para evitar las intrigas y las manipulaciones de las que somos capaces los humanos, según nuestras propias vivencias.

–Debemos reconocer que estás en lo cierto, Guillaume – contestó Lavallén.

–Ahora nos dirigimos a una tierra cuyos habitantes no conocen egoísmos, ni los secretos de nuestra civilización –dijo el capitán–. Debemos preparamos para vivir en absoluta libertad.

–La oración tiene el poder de calmar las angustias y los temores – intervino Deneuve, mientras se santiguaba–. Oremos…

Viento

El viento ha vuelto sobre su intento de arrancarnos del mar. Llega cargado de ínfimas gotas de agua que aumentan su pujanza, nos enturbian la vista y el ánimo. Conocemos su poderío y la fuerza que alcanza. Sabemos que nada podemos hacer en contra de su furia que se impone con una violencia enarbolada, que se presenta de repente convirtiendo en jirones las velas, los estandartes y hasta los proyectos. Sabemos que ese impulso rabioso puede mudar montañas de arena en un santiamén, que puede enterrar caravanas enteras, movilizar miles de litros de agua y volcar embarcaciones en el mar.

A pesar de los riesgos enfrentamos las dificultades con la inconsciencia que nos da el hecho de no conocer el miedo, acaso lo hemos perdido entre tantos campos de batalla, donde también descubrimos el arrojo en beneficio de intereses superiores, muchos de ellos intangibles. Hemos aprendido a insistir, a no renunciar a nuestros ruegos ante la intercesión divina, cuando los esfuerzos no resultan suficientes, a pesar del arrojo puesto en nuestra lucha sin respiro, ni cuartel.

La oración indeclinable, cargada de Fe verdadera es el acceso directo al Todopoderoso, el único capaz de interceder ante el desvarío de la naturaleza, para amainar este fenómeno que nos llena de incertidumbre y doblega nuestra voluntad. La plegaria constante y repetida por todos, es el mayor acto de Fe, de demanda por protección.

Después de disponer de todos los recaudos a nuestro humano alcance, de concretar el pedido de salvación con la asistencia del Supremo, hemos renovado la solicitud de intervención divina para que nos asista al avanzar y cumplir con la meta prometida.

Llovizna

La llovizna dejada por la resignación de la tormenta cae inclemente y no ha permitido encender el fuego. Debemos pensar que una fuerza divina nos retiene por alguna razón que desconocemos.

Nuestra comida será fría, añoramos un plato de "mazamorra caliente, esa que quema los dientes". Me han acercado el plato con un trozo de pescado salado, queso, bizcocho y carne de membrillo. El vino está descolorido y su sabor se acerca cada vez más al del agua, a medida que pasan los días. Es un reflejo de que se avecina el fin de uno de los capítulos que componen nuestra epopeya.

A esta altura del viaje, después de haber soportado largas jornadas de lluvia y otras de sol radiante han hecho su aparición los gusanos, gorgojos, larvas, huevas y algunas arañuelas que se pasean orondas entre legumbres y galletas. El cocinero ha hervido habas y garbanzos para servirlos dos días seguidos y así poder eliminar esa

colonia de intrusos. Desde la aparición de estos indeseables polizontes he ordenado que se cambie el horario de las comidas. Es la forma más práctica de evitar aprensiones, descomposturas y sorpresas desagradables. Hay quienes me han comentado con cierta malicia "ojos que no ven, estómago que no siente" ya que conocen las dificultades que debemos enfrentar después de una larga permanencia en alta mar. Se sirve el cocido cuando las sombras confunden las pocas tiras de carnes saladas que hay en el plato, con los restos de los entrometidos que, aunque muertos y recocidos, lo están poblando. A la hora de luz se ingiere lo que todavía permanece libre de alimañas.

Desde hace varios días hemos podido ver que ha aumentado el número de toninas que juegan graciosamente cerca de los barcos. Algunas gaviotas revolotean sobre las estelas que nuestras naves dejan en la mar, entre las que ahora se vislumbran numerosas algas, lo cual nos indica que nos acercamos a la costa.

***

Sin contacto

He perdido el contacto con tu palabra, Clara. Me brindabas la paz interior y el equilibrio que tanto ansío. El dolor por tu pérdida sigue creciendo en mí, es un desgarro que me obliga a luchar contra esa desesperada nostalgia por la cual pierden sentido mis más caras metas. Añoro tu visión entre mis desvelos, con esa desesperación que sé inconfesable.

A veces tengo la sensación de que has quedado encasillada entre muros de piedra que, ante mi imperiosa demanda evitan que te acerques a mí.

***

Desmembramiento

¡Cuántas bendiciones hemos recibido por haber cargado esta valiosa biblioteca, aunque para ello hayamos desestimado algunos cacharros, muebles y hasta abrigos que bien sabíamos, nos resultarían valiosos!

Conocedores del próximo final de esta etapa, hemos dispuesto reunirnos en mi camarote, el único de paredes fortalecidas por pilas de libros y esquinas por tachos colmados de mapas. Sobre la mesa hemos desplegado los documentos para que Marchant, que oficiará de capitán de la nave del próximo desmembramiento, pueda marcar sus mapas y grabar en su mente cuanto detalle y recomendación haya podido hacerle.

Hemos evitado la zona de turbulencias que han derribado a

embarcaciones de todas las épocas. Sabemos de restos fenicios, romanos y otros tantos, por lo cual y de común acuerdo hemos dispuesto arribar por las costas ubicadas más al sur.

Han sido demasiadas las recomendaciones y advertencias marcadas sobre las líneas, para ayudarle a distinguir el ingreso al gran río, y por él, al "matt", como le dicen a esa gran llanura cubierta por tan grosa flora.

Hemos tomado registro de gran número de islotes que se presentan en medio de ese enorme caudal, y de los desvíos que producen. Han de marchar sabiendo que a través del río habrán de divisar elevaciones que representan a los guerreros que nos han antecedido, también encontrarán numerosas runas que indican algún fondeadero cercano, con provisiones para reparar los navíos. Las huellas talladas en las piedras señalan el sentido a seguir. Las runas aparecen entre las piedras que se distinguen por el camino, con leyendas como "Ulf estuvo aquí", las que habrán de infundirles seguridad.

Entre tantas recomendaciones, se suman las oraciones y bendiciones que les prodigamos con abundancia. "Quedan en manos de Vos, Señor Nuestro y de Nuestra Señora Madre. Vuestra Sagrada Divinidad tiene el alcance infinito, indispensable para el éxito de la misión. En vosotros deposito mi Fe y la de los caballeros a los que represento."

Despedida

El tiempo parece compartir esta angustia que nos domina ante la inminente despedida y ruptura de la flota. Quedan unas pocas lágrimas de frustración que el cielo derrama como una última y débil garúa que ayuda a disimular la humedad que nuestros ojos no pueden contener. El alba se presenta luminosa, gracias a nuestro ruego al Padre para lograr su intercesión sobre la naturaleza inclemente.

Señales

–El sol ha hecho su aparición para compensarnos con su calidez –se escuchó decir.

– ¡Dios nos acompaña! –exclamó Marchant. –El cielo se ha despejado y la suavidad del sol nos brinda esta agradable sensación de abrigo. Debemos aprovechar estas señales de bienvenida.

–Es una licencia de esperanza para la misión –observó Lavallén.

–Nos separaremos antes de acercarnos al punto indicado para evitar un dolor mayor… –dijo Deneuve, por lo bajo.

–A partir de esta despedida tendréis la oportunidad de

decidir sobre el lugar donde desembarcar, de ser los protagonistas de la primera incursión de la flota en esta nueva tierra –estableció De Lyon–. Tenéis la responsabilidad de elegir el destino de la nave y de la carga que les ha sido encomendada, para estableceros en esta tierra negada por aquellos que se creen los dueños del conocimiento y de la verdad.

–Confiamos en nuestra habilidad para atravesar estas tierras por la vía navegable que llega a los cordones de montañas gigantes, al oeste –afirmó Marchant.

– ¡Oh, Madre Nuestra! Danos tu protección como hijos tuyos que somos. Debemos separarnos en procura de un mundo mejor, un mundo digno de Vos, Señora Nuestra, y de tu amado Hijo –se encomendó De Lyon, después de la bendición.

–Dieu le veut, Dieu le veut, Dieu le veut… –rezaban los caballeros, en tanto los integrantes de la nave que debía partir, se dirigían a ocupar sus posiciones, sin volver la vista atrás.

La oración se elevaba al cielo, desde las embarcaciones ocupadas por esas almas fervorosas, ansiosas de una señal de asentimiento divino.

***

Destinos

¡Oh, Clara! Necesito escribirte, para que sepas sobre nuestros andares, aunque no he de hacer alusión a mis sentimientos. Me ha animado tu presencia velada entre tantos mapas y vías de esperanza.

Tal vez te has enterado de nuestra huida hacia destinos insospechados. Las naves destinadas a los puertos donde habitas junto a tus compañeros deben haber arribado ya y sus tripulantes les habrán detallado las razones de este desbarate obligado. Quizá te hayas interesado por mi destino, aunque es desconocido para todos, a punto que por momentos, dudo del mismo y de mi realidad.

-Eres el único dueño de tu realidad -me repites con esa suavidad indescriptible, que recorre mi cuerpo y lo estremece de una forma única, propia, irreproducible.

Sé que estás a salvo junto a los tuyos, con quienes debes estar renaciendo a una vida en libertad, predicando y trabajando por la paz, esa bendita posibilidad que me parece más remota cada vez, como si el esfuerzo que haces al intentar cambiar las ideas y ambiciones terrenales integrara el listado de tantas otras utopías. La participación que he tenido en tu nuevo destino me tranquiliza y conforta, a pesar de la distancia impuesta por mí mismo, que en parte me pesa y desafía mi

esencia y mis juramentos. Hemos acudido en favor del necesitado, sin discriminación, pero esa constante nos ha enfrentado con las más duras proclamas en contra de nuestro accionar.

Me niego a seguir escribiendo, necesito detener los pensamientos que me llevan a vos y a mi inevitable desobediencia.

***

Marchant

La nave capitaneada por Marchant ha partido rumbo al norte, para alcanzar el 0 ° de latitud. Van decididos a vencer la fuerza enorme del caudal de agua dulce para navegar contra esa corriente acostumbrada a destrozar las embarcaciones que la enfrentan. Estoy convencido de que el Caballero Maurice de Marchant sabrá torcer la voluntad del gran río según su experiencia y mis instrucciones estudiadas con extrema minuciosidad durante las noches de detallada planificación.

Las velas blancas con la cruz paté les servirán de salvoconducto frente a los nativos que permanecerán ocultos en sus guaridas hasta que los ancianos de la aldea se ocupen de despejarles las dudas. Solo entonces se dejarán ver y avanzarán con recaudo entre la maleza. Se apersonarán con ofrendas propias del lugar, las que deberán corresponder con semillas, cascabeles, espejillos de colores, estampas, rosarios, relicarios y con todo aquello que hayan alcanzado a cargar en la bodega, que puedan destinar a obsequios.

Después de un tiempo de descanso, cuando llegue la hora de retomar la marcha, los nativos los guiarán hasta el poblado cercano, donde les presentarán a los lugareños, que harán lo mismo con los de la próxima aldea. Es la forma de lograr apoyo de los pobladores de esas enormes extensiones de diversos climas, flora, fauna y variados paisajes.

Les será imperioso encontrar el guía que los lleve hasta los gigantes tallados en piedra, con las runas grabadas en sus cuerpos, como advertencias para el buen rumbo.

Por el cauce de ese río y después de muchos meses de andar, la espesura de la selva empezará a ralearse y a contagiarse de cierta aridez, que lentamente se irá adueñando del paisaje, para acercarlos a la gran cadena montañosa que se eleva a miles de millas.

Es una gran muralla formada por picos muy altos, de cumbres nevadas, que costean esas enormes extensiones de tierra, según lo señalado en los mapas. En las faldas de las montañas hay zonas de bosques inmensos regados por ríos nacidos de los deshielos, también hay regiones dominadas por desiertos enormes, ricos en minerales. Todas

esas tierras forman parte de un imperio gobernado por el poderoso Inca. Hemos sido aliados de los Incas pertenecientes a la dinastía de Los Hijos del Sol, hasta la rebelión de pueblos sometidos. Desde entonces, los rebeldes han cerrado los portales de la ciudad del Emperador, la Ciudad Dorada y de tantas otras poblaciones, además del acceso a las minas y al gran lago navegable.

De esta información ha sido advertido Marchant, la que ha de compartir con sus segundos de a bordo para la toma de decisiones. Los caballeros tendrán que rodear esas zonas y elegir por donde internarse a las profundidades de la selva.

Al sur

Al compás de su último suspiro, De Lyon ordenó marchar hacia el sur.

–Ellos podrán decidir dónde establecerse para resguardar los tesoros que les han sido asignados. Mientras conserven la nave, serán libres de decidir –comentó el capitán–. Son tierras generosas, de sol abundante, plagadas de frutas, de trinos, de colores intensos.

– ¿Llegarán hasta la Ciudad Dorada? –quiso saber Deneuve.

–Todos los accesos han sido cerrados por el último Inca, que ha liderado la revolución –aclaró Guillaume.

–Se habla de más de una ciudad dorada –comentó Lavallén.

–No tenemos certezas –respondió–. Según las leyendas habría más de una.

–En los tiempos de Rodrigo, el último gobernante godo, se decía que la Ciudad Dorada estaba cerca de las Antillas –amplió Deneuve– donde se habían refugiado los siete perfectos y un arzobispo cuando huyeron de los sarracenos.

–Entonces debemos dirigirnos a las Antillas –concluyó Lavallén.

–No hay registros de esas Antillas –dijo Guillaume ante la intriga que había despertado–. No se sabe si se referían a las "Antilias" de las que hablaba Aristóteles.

He encontrado relatos sobre la partida del arzobispo y los siete perfectos desde Porto Portugal, junto a unas familias que llevaban hacienda en los barcos, para la supervivencia. Al retornar contaron sobre "las siete ciudades" que habían fundado y también sobre la Ciudad Dorada, de naturaleza exuberante, riquezas y bondades, como la fuente de la juventud, pero – advirtió– no es la Ciudad Dorada lo que nos ocupa. Nuestra meta es la de proteger los

tesoros que nos han sido encomendados.

–Volver a empezar seguirá siendo nuestra consigna –reconoció Deneuve.

–Se que a pesar de nuestro juramento, la sensación de despojo crece, sin embargo –reflexionó el capitán– es necesario que renovemos nuestra fortaleza ya que deberemos separarnos definitivamente para cumplir con lo prometido.

–Dieu le veut, Dieu le veut, Dieu le veut….

Curiosidad

–Ha sido el compromiso con La Orden, su misión itinerante, la que nos ha despertado la curiosidad de investigar –caviló Guillaume, apenas despuntado el alba.

–Tienes razón, Guillaume –correspondió Lavallén– si bien no he sido afecto a las lecturas, la curiosidad ha favorecido el éxito de mis misiones.

–La necesidad de saber nos ha conducido a los descubrimientos, a enfrentamientos irreversibles y a la huida final –reconoció Guillaume–. Nuestra actitud de brazos abiertos nos ha impulsado a otros estratos del saber, a respetar las variaciones de la fe y de la ciencia. Valoramos lo establecido y analizamos sus modificaciones.

–Nos han perseguido por transmitir la importancia de investigar –opinó Lavallén.

–Hemos provocado la reacción de los poderosos –intervino Deneuve.

–La repentina conciencia de la ignorancia, asumida por las coronas, las ha impulsado a destruirnos –definió Guillaume–. Han arrasado con todo intento de incursionar en el conocimiento amplio, sin limitaciones.

–La curiosidad es parte de nuestra naturaleza, puesta al servicio de La Orden –acotó Lavallén apabullado por la realidad.

–La tierra bendita a la que arribaremos, nos abrirá los brazos, nos cobijará lejos de toda sospecha, amenaza o persecución –tranquilizó De Lyon.

–Nos permitirá ser los guardianes de los tesoros de la humanidad –aportó Deneuve–. Es la gran compensación.

–Con nuestra desaparición, han eliminado las posibilidades de debatir sobre las teorías de los sabios considerados herejes por Roma, como Eugnosto el Beato, y su gnosis del propio espíritu –amplió Guillaume–. La desaparición de las teorías de Mani, el persa, de quien San Agustín era un ferviente seguidor. Ha

evanecido el análisis de Arrio y sus Disputas Cristológicas, y de otros valiosos pensadores.

–Una actitud cobarde –se escuchó decir.

–No quieren enfrentarse al abanico de la sabiduría, a la libertad de conceptos, de variaciones de la moral –corroboró Guillaume.

–Debían eliminarnos… –expresó Lavallén.

–Esta vez no han quemado una biblioteca, pero nos obligamos a repartir sus partes –reflexionó Guillaume– que van a quedar desperdigadas por los rincones más insospechados del mundo conocido, y por el desconocido, el ignorado, al cual estamos ingresando.

– ¿Qué textos fundamentales nos ha faltado traer? –quisieron saber.

–Los de Hermes Trimegisto, padre y protector de la Ciencia Hermética, han sido enviados a otros destinos –respondió con pesar–. Hemos perdido nuestros lazos con las bases de la alquimia, la magia, la astrología.

– ¿Cuánta ciencia se habrá perdido, entre el egoísmo y la manipulación? –preguntó Lavallén.

–Es nuestra misión estar atentos, dispuestos a incorporar las nuevas teorías del saber, es nuestra esencia –aseveró Guillaume–.

–*Non Nobis Domine, Non Nobis Sed Nomine, Tuo Da Glorian* – repitieron a coro, en tanto se arrodillaban, dispuestos a recibir la inspiración del Espíritu Santo.

***

Custodios

Para evitar tanta pérdida, habíamos decidido compartir la guarda de los valiosos documentos que nos han sido confiados, dejándolos bajo las custodias más leales, como la tuya, amada Clara. Sé que has entendido la misión, que los protegerás junto a tus tesoros, o los cederás a quienes estén dispuestos a custodiarlos, los valoren y estudien con el mayor respeto, el que tan alta sabiduría merece.

¡Oh, Clara! Te veo envuelta en las túnicas claras, que empuja el viento de la playa desde donde me miras esperanzada. Eres la ilusión que me reconforta, alimenta mis días y da calidez a mi ser íntegro.

Sostengo la esperanza de que llegará el momento de reunirnos, que un milagro ha de alcanzarnos y bendecirnos para que seamos partícipes de la realidad que persigo, la de corresponder con intensidad a tu amoroso abrazo, por el resto de nuestras vidas.

Una estrella ha cruzado el cielo, se ha mostrado frente a mí. Nada es casual, he aprovechado para encomendarle que acerque mi pedido al cielo. He pedido las fuerzas necesarias para cumplir con mis juramentos, y entonces poder buscar a Clara.

***

La Ciudad Dorada

Pocos marinos se han animado a internarse por este Mar Océano por el que navegamos, al que muchos llaman Mar Tenebroso, con la secreta esperanza de llegar hasta esa Ciudad Dorada, que orienta tantos empeños, pero desorienta los rumbos fundamentales. No encuentro registros de tales expediciones, solo coloridos relatos sobre experiencias de terceros.

Ahora sé que desde mucho tiempo antes de las incursiones de nuestros socios nórdicos, numerosas embarcaciones han atravesado estas rutas, aunque se cree que gran parte de ellas ha naufragado.

Seguimos rumbeando hacia el sur, sin desfallecer. Vamos divisando la costa, a la distancia, hasta la altura de Santa Catarina. Este ha sido el rumbo acostumbrado por las naves de La Orden, desde hace más de un siglo.

Desembarco

–Falta poco para desembarcar en las tierras habitadas por poblaciones amigas – advirtió De Lyon.

–Nos rondan los temores sobre nuestra relación con los pobladores –confesaron.

–Son gente de paz. Hemos de brindarles conocimientos y todo lo que pueda ser aprovechado para el bien y la prosperidad, en salud –insistió el capitán.– Entre los pobladores de estas tierras han quedado testimonios vivos de los "hijos del sol", como solían llamar a los pueblos del norte, por su piel y cabellos dorados.

–No portamos cascos con cuernos, no traemos dragones ni serpientes en las naves –se animó a decir Lavallén.

–La costa se divisa tupida de bosques que parecen infranqueables –comentaron–. Nuestra permanencia dependerá de la buena voluntad de los nativos.

– ¿Cómo puedes estar seguro de que seremos bien recibidos, Guillaume? –se interesó Deneuve.

–Por mis vivencias y por los testimonios escritos en los cuadernos –contestó–. Estos pueblos esperan que "por la línea donde el sol y el agua se hacen uno" se acerque una serpiente con

piel de lobo, que les traiga a los “chanes”, o sabios hijos del sol, que distinguen por los trazos de los astros en sus ojos y en sus cabellos.

También esperan a las naves de La Orden, que llegaban junto a las serpientes del mar. Las reconocen por la cruz paté sobre la vela blanca –recalcó De Lyon–. Además ansían el regreso de Pay Tomé, o Santo Tomé, que llegaba con ellos.

– ¿Pay Tomé? Cuéntanos sobre él –le pidieron.

–Santo Tomé ha atravesado el territorio. Su misión era evangelizar, curar, transmitir sus conocimientos sobre las propiedades de las plantas –comentó con admiración.

– ¿Cómo seguiremos sus pasos? –quisieron saber.

–Ha tallado sus huellas al costado de los caminos llamados “peabirús”, cubiertos con una hierba que impide el avance de la maleza –aseguró.

–Es demasiada obra para un hombre solo –comentó Lavallén.

–Hay quienes aseguran que han sido varios los misioneros que se han ido sucediendo. Los llamaban por el mismo nombre porque no los reconocían –replicó De Lyon.

– ¿Han quedado testimonios de la devoción? –preguntó Lavallén.

–Cerca del gran lago, hay un templo con la efigie de “El Monge”, que evoca a Santo Tomé y a tantos misioneros que han aportado su sabiduría por esos lados.

– ¿Existen datos sobre esa obra?

–Hay declaraciones sobre el parecido de la imagen con uno de los apóstoles que se encuentra tallado en el portal de la Catedral de Amiens –respondió–. En ambos casos sostienen un libro, sus rostros y proporciones son muy similares.

–El portal de Amiens provoca a una profunda reflexión –comentaron.

–En La Puerta del Sol, en un templo entre las montañas –continuó De Lyon– hay un friso con una talla que representa La Adoración del Cordero, con los ángeles tocando trompetas, una escena propia de los templos de La Orden.

–Es muy curioso todo lo que nos cuentas –reflexionó Lavallén.

– ¿Cómo no relacionar estas tallas de caballeros y de monjes, si los pobladores de estas tierras no conocían de ángeles, ni de

trompetas?

–Diet le veut, Diet le veut…

Santo Tomé

La imagen de Pay Tomé, o Santo Tomé, se confunde en la nebulosa de la historia con tantos otros santos evangelizadores, hombres de buena voluntad que han aportado sus conocimientos para la superación de los nativos.

Los aldeanos veneran la memoria de los "hijos del sol, con cara de luna" y, aunque algunos han partido a otros destinos, hay descendientes que permanecen entre ellos. También han quedado las momias de algunos ancestros de piel "blanca como huevo". Al presentarlos durante las ceremonias, se activa la memoria de los pobladores que, al verlos en sus tronos luciendo sus cabelleras doradas, renuevan la devoción y se la transmiten a sus hijos, junto al pedido de regreso, o a la pronta venida de sus enviados, según les habían prometido.

Errores

–El exceso de confianza hace que se cometan errores fundamentales–continuó Guillaume después de la oración–. Los hombres que habían llegado en las barcas se casaban con las mujeres que los habían acompañado desde su tierra, así protegían la pureza de la raza, sus descendientes lucían sus coronas de rayos naturales y el cielo se les reflejaba en los ojos. Eran llamados *Los hijos del sol.*

– ¿Cuáles fueron los errores? –quisieron saber.

–El nacimiento de los mestizos. Ya no podían mantener la pureza de la dinastía –amplió– habían alterado las características de la raza, en muchos casos los ojos eran de distinto color, como si la naturaleza pretendiera conciliar ambas razas. Los mestizos empezaron a sublevarse reclamando sus derechos.

– ¿Esa fue la razón de la caída de nuestros aliados? –se interesaron.

–La Orden tenía muy buenas relaciones con los Incas, pero las revueltas internas provocaron el quiebre del vínculo y finalizó la relación comercial, unos años antes del 1.300, de Nuestro Señor. Desde ese entonces, nuestras naves han dejado de venir a estas

tierras.

–No ha pasado tanto tiempo –intervino Lavallén–. Los mayores han de reconocer la cruz paté, en medio de las velas blancas y saldrán con su gente a darnos la bienvenida.

–Dieu le veut, Dieu le veut, Dieu le veut…–-asintieron todos repetidas veces, a modo de fervoroso ruego.

***

Abandono

Lo que ha hecho el poder terrenal con nuestra Orden, lo había hecho con los bogomilos y con los cátaros.

Ha sido el poder que hemos defendido con nuestras vidas, el mismo que nos ha impulsado a huir precipitadamente para evitar el mal uso del verdadero Poder.

Esta huida no es de cobardes, Clara. Hemos abandonado a nuestros seres queridos para cumplir con las promesas y con los más altos principios.

Eres el ser a quien amo de forma integral y desesperada, de una forma tan intensa como jamás pensé que podría llegar a sentir.

Al apartar las manos de mi rostro he descubierto un destello en el hueco que forman. Es el brillo de tus ojos que me miran con un amor impensado, mientras siento tus manos sobre las mías. Quiero conservar mis manos unidas para no perder este maravilloso encuentro.

De ahí mi mayor valentía, sólo un valiente sostiene esta gesta de amor puro, a sabiendas de la gran distancia que nos separa.

***

Besar el suelo

Al haber cruzado los 25° de latitud sud, De Lyon puso atención en la bahía de aguas cálidas y mansas que bañan las playas profundas de arena blanca, donde había desembarcado Santo Tomé.

Guillaume había sido el primero en pisar la tierra, en arrodillarse y besar su suelo, en señal de agradecimiento. De inmediato fue imitado por la tripulación, que lo seguía de cerca.

–Estamos aquí gracias a Vos, Señor Nuestro –agradeció en voz alta, mientras los hombres se reunían a su vuelta– y a la protección que nos ha brindado Vuestra Madre y Señora Nuestra.

–Estamos aquí obedeciendo las consignas de San Bernardo…

–amplió Lavallén.

–Estamos aquí cumpliendo la promesa hecha al Gran Maestre Jacques de Molay… –continuó Deneuve.

–Hemos llegado hasta estas tierras siguiendo las huellas de Santo Tomé, las que habremos de recuperar para caminar seguros y afirmar su misión, profundizarla y ampliarla. Brindaremos nuestros conocimientos en paz, como ha sido su andar, para unirnos a los pueblos que nos han antecedido como habitantes de este suelo bienaventurado.

–*Dieu le veut, Dieu le veut, Dieu le veut*… –asintieron todos.

–Dios te salve, Reina y Madre… –rezaron a coro, con la fuerza de la Fe, invocando la presencia de San Bernardo.

***

Obediencia

Por mi manifiesta obediencia y fidelidad a La Orden he acatado esta misión, la que me impide volver a buscarte. Son estos juramentos los que evitaron mi permanencia donde estaba el amor, los que me obligaron a confirmar mi lucha por los ideales y por los tesoros que debo preservar para la humanidad toda.

Hace poco tiempo he descubierto mi amor por vos. Mis reflexiones me han obligado a enfrentarlo y son las que me llevan a pensar si me habría dado cuenta de mi sentimiento, de haber permanecido cerca.

Era tanta mi dedicación a La Orden que no prestaba atención a nada más, todos mis pensamientos, ideas, obsesiones le pertenecían, no tenía otra meta, ni ilusión.

Ahora sé que te he amado siempre, con un amor ciego porque el mandato era tan poderoso que no admitía un amor ajeno.

Sigo disciplinado a los juramentos y por ellos… me alejé de ti, amada Clara y me alejo cada día, un poco más.

***

Huellas

Han sido varios hombres de la tripulación los que han elegido quedarse en estas tierras para seguir las huellas de Santo Tomé. Están acompañados por unas nativas que les han iluminado los días por estos caminos del Señor.

Ellos pretenden hacer realidad el destino descrito en los cuadernos de viaje. Unos días antes de desembarcar, con la idea de darle fuerza a la ilusión y a la alegría de los días por venir, el

suscribiente les había leído unas líneas sobre estas tierras nuevas, según declarado por un marinero experto "abundan los árboles tintóreos y las risueñas doncellas sedientas de amor que esperan ansiosas a sus visitantes…"

Desde el momento en que descubrieron a las mozas, mostraron entusiasmo por esa compañía. Sobre el final de los días de permanencia se han presentado ante mí para solicitarme el consentimiento de establecerse en esas generosas playas tropicales.

Sin otra mediación que la evidencia de sus procederes y del atropello de algunas palabras mal pronunciadas por el estado de ansiedad que los dominaba, les he brindado mi bendición y los he liberado de todo juramento, con la esperanza de su mejor destino. Se han encaminado hacia las aldeas. Iban felices por haber sido dispensados de la pesada carga de las promesas, con la seguridad de que quienes hemos quedado a bordo de las naves, sabremos continuar con la misión según nuestro deber moral lo demanda. Les he expresado, de forma conmovida y sincera, el agradecimiento por haber dispuesto de sus vidas para cumplir con la gran misión, habiendo sido hombres de buena voluntad. Les he agradecido su apoyo y valiosa compañía.

Quedo en paz sabiendo que estos hombres han de brindar todos sus conocimientos, con la buena voluntad que les otorga seguir siendo servidores de Nuestra Señora, y que han de vivir según las enseñanzas recibidas. Los tesoros materiales que debemos resguardar siguen en las naves, hasta que hallemos el destino considerado como el más propicio para protegerlos.

Empieza a crecer en mí el agobio debido a la extrañeza por los que recién se han marchado y por todos aquellos de quienes nos hemos ido despidiendo durante las etapas de este viaje. Me inunda el agradecimiento por los días compartidos y por la fortaleza ganada gracias a sus presencias.

Los hombres que se han quedado en estas tierras lo han hecho con la intención de seguir la misión evangelizadora de Santo Tomé. También están aquellos a quienes los guía la intriga por la ciudad dorada. Irán en busca de las antorchas producidas por los guayras, señales certeras para llegar a las minas del Inca.

Han sido advertidos sobre los motivos del final de la buena relación con el Inca, y el probable rechazo a retomarlas. Las rebeliones entre los pueblos que vivían sometidos han concluido con la dinastía de Los Hijos del Sol. Desde aquellas revueltas no hay cargamentos para trasladar hacia los ríos con salida al mar. Ya no se envían metales a Sours, y de ahí a nuestros talleres, para ser convertidos en monedas, o en ornamentos para los santuarios.

Después de los días de descanso y de haber cargado proveedurías en nuestras naves, hemos agradecido a Nuestra Madre por tantas bendiciones recibidas y retomamos la marcha.

***

Fracaso

He fracasado en la intención de archivar estas líneas.

Ha vuelto a mí la necesidad de sofocar entre letras los sentires que me atormentan, ellos han logrado desamarrarse de las represiones que me había impuesto, para volver con más vigor que antes.

Estas sensaciones me han perseguido como fantasmas insistentes, que había conseguido rechazar durante mis horas de plena conciencia. A pesar de mi lucha interior han sabido insistir cuando me abandona la resistencia, amparados entre el cansancio y mis sueños más recónditos.

Desde la despedida de los hombres que se han marchado junto a sus mujeres, estos sentimientos, tan intensos como ocultos, se han manifestado con mucha fuerza y se han hecho presentes en mi diario vivir. Me asfixian, a pesar de mis esfuerzos por coartarlos, me delatan y avergüenzan en demasía, sin que tenga la fortaleza para combatirlos y eliminarlos como a cualquier enemigo.

No podía confesar estas debilidades tormentosas ante algún hermano templario, sería como infectarlo de esta enorme angustia que me domina y que ha llegado provista de un perverso y pecaminoso deleite. Sé de esos contagios y sofocones porque los he padecido, los que a pesar de mi resistencia han renacido en mi ser, que se ha alborotado sin que haya tenido intención de alojarlos, ni haya consentido a mis instintos, o a mi cuerpo que parece no entender razones.

En varias ocasiones he logrado reprimir el brote de este padecimiento, pero ahora, tras haber visto a varios de los hombres embargados por el entusiasmo de abandonar la nave y sus lazos con La Orden, tras un amor terrenal, han resurgido en mí estos sentires que, por mi condición y juramentos, me resultan tan pecaminosos como intensos, a pesar de mis esfuerzos por dominarlos, según las instrucciones de nuestro Padre Bernardo.

¿Cómo habría podido yo, humilde servidor, negarles la intención que me habían expresado, con dolorosa y profunda sinceridad, sobre el propósito de quedarse en estas tierras? ¿Cómo negarles la felicidad que hoy sé, hubiera querido yo disfrutar? ¿Cómo alejarlos del remanso que han encontrado y por el que han sentido la necesidad de permanecer en esas tierras, para gozar de las compañías femeninas?

He reconocido el bullir de sus sangres y la urgencia de sus

cuerpos, por los que han pospuesto la dedicación especial al espíritu. Para atender sus apremios más básicos, han decidido compartir sus vidas con estas mujeres cimbreantes, de apetitosas virtudes físicas expuestas al sol. He experimentado sus sentires, sé lo que duele luchar en contra de los deseos que invaden el cuerpo, se adueñan de la voluntad y postergan al espíritu, sin que ello signifique olvidarlo.

He debido recurrir a mi flagelación corporal, para detener el avance desbocado de mis instintos y ahogar mi intención de traicionar los juramentos, torcer mi rumbo y convertirlo en mi huida desesperada, tras la decisión de encontrar a Clara. Por saber y conocer sobre esos padecimientos, es que he cedido a la petición de estos hombres, los que han tenido la valentía de presentarse, para reconocer ante mí, lo que les estaba aconteciendo, además de haberlo expresarlo con libertad y entrega a la verdad más plena.

He sabido también que, con mi propósito renovado a cada minuto, en base a la Fe y a la oración y con la intención de aquellos pocos que todavía sienten la fuerza del juramento hecho frente al Maestre Jacques de Molay, nos bastaremos para seguir en las dos naves que hemos de guiar con éxito, según lo prometido.

Por estos sentires tan secretos que me he animado a detallar, he decidido volcarlos en esta hoja tan íntima y mía, como debe seguir siéndolo, para no emponzoñar a quienes me rodean con estos pensamientos pecaminosos, para no sembrar semillas de insubordinación inmanejable, en los cuerpos o en las voluntades de los hombres que todavía me acompañan, quitándoles la paz a sus almas.

Necesito exorcizar este padecer, a través de la pluma que me ayuda a desangrarme y transformar, en apacible letra de tinta, el torrente furioso de mi oculta pasión. Bien digo "necesito" ya que, en algunos momentos se impone ante mí la necesidad de quedarme con el calor del recuerdo amado fundido a mi cuerpo, con la esperanza de conseguir el perdón eterno para mi alma atribulada.

En el instante justo en que la conciencia de la pureza de espíritu vuelve a mí, es cuando el compromiso con La Orden se presenta inexorable, con la presencia dominante de mi maestro Bernardo que vuelve a señalarme el reglamento de San Benito, en el cual ha basado los suyos, que hizo nuestros y hemos jurado cumplir.

Habrá sido tal el convencimiento y la fuerza de mi juramento que, a pesar de mi prudencia al reconocer mis más íntimos tormentos, en una hoja de papel, me persigue el temor de que mis guías puedan develar mis sentires más ocultos y mis debilidades, por las que puedan condenarme al fuego eterno.

Con mis votos renovados ante mi propia conciencia y después de

haber cumplido con el obligado castigo a mi cuerpo, he logrado superar mi angustioso trance.

***

Otro mar dulce

–Nos dirigimos a otro mar dulce, al desagüe del gran río de color plata –anunció De Lyon, después de la primera oración–. Es una de las desembocaduras más anchas jamás imaginada. Por allí se bajaba el metal, desde las minas del Inca, cuando las rutas de Santo Tomé se inundaban, lo que ocurría con frecuencia.

Debido a la proximidad de nuestro arribo a la costa se hace imperioso anunciarnos –instruyó Guillaume–. Las velas blancas deben lucir en toda su amplitud, para que los nativos puedan distinguir las cruces de La Orden. Ellos nos esperan desde cuando sacamos el último cargamento por el mar de plata.

–La cruz de ocho puntas ha de anunciarles nuestro arribo –expresó Deneuve.

–Podría ser cualquier otra y seguiría siendo la cruz –comentaron.

–Han de reconocernos por la cruz paté de ocho puntas, sobre la vela blanca –insistió Guillaume–. Nuestra cruz integra el misterio del trazado octogonal del Templo de Jerusalén, creación de Hiram.

–Lamento que no hayamos alcanzado el conocimiento del cual has sido merecedor –se escuchó decir.

–Tendría que haber quedado liberada la vía a tan alta sabiduría –reflexionó Deneuve.

–Preocupa que la sabiduría llegue a los faltos de escrúpulos –sugirió Lavallén.

–El hermetismo ha protegido la sabiduría secreta –afirmó Guillaume–. Hemos recurrido a códigos que los nobles de corazón sabrán hallar cuando el Espíritu lo considere conveniente.

– ¿Dónde podrán apreciar los grabados a los que te refieres? Durante mis años de cabalgatas no he reconocido señal alguna –insistió Deneuve.

–Nuestros símbolos han quedado tallados en las piedras que sostienen los templos, pintados en las paredes, pisos y superficies, liados entre los ornamentos internos y externos. Están ahí, como un pájaro que canta, oculto entre las ramas.

–Esas imágenes me han hecho soñar con el paraíso –comentó uno de los caballeros–. Lo imagino habitado por ángeles rodeados

de pájaros multicolores, plagado de flores perfumadas y frutos extraños.

–También hay escenas de la historia de la humanidad –intervino Lavallén.

–En las zonas más elevadas –informó De Lyon– hay números, letras, notas musicales, una detrás de otra, engarzadas como un collar. Son fórmulas herméticas expuestas en las alturas, como el más alto conocimiento.

–Las catedrales y las iglesias son fortalezas de sabiduría –concluyó Deneuve.

–La fortaleza estructural de las catedrales –corroboró el capitán– representa la Fe y el amor inquebrantable que le profesamos a Nuestra Señora. Los señalados sabrán descifrar la sabiduría, aunque no podemos calcular el tiempo de tal acontecimiento.

–*Diet le veut*…

–En muchas ocasiones la información está a la vista y no es atendida, como es el caso de nuestro sello *Secretum Templi* –indicó Guillaume.

– ¿A qué te refieres? –se extrañó Lavallén.

–He visto ese sello numerosas veces –confesó un compañero, mientras frotaba la quijada.

–También lo he visto –indicó Deneuve

–Muchos de ustedes lo han tenido entre sus manos, y no se han interesado en su significado –aseveró el capitán.

–Explícanos, por favor.

–El *Secretum Templi* muestra a un nativo de las tierras a donde nos dirigimos, con la cabeza ornamentada con plumas y un arco entre sus manos –amplió.

–Pensaba que era reflejo de la imaginación del creador –se excusó Lavallén.

–Ahora saben que todo es motivo de investigación, nada debe ser aceptado sin pleno conocimiento –indicó De Lyon.

–*Diet le veut, Diet le veut*… –rezaron al unísono.

***

Volvieron

A pesar de mis juramentos, no puedo evitar que me distraigan los velos blancos que han vuelto a aparecer ante mí, los que se mezclan entre mis visiones y mis sueños. Me estremece, me desvela ese aliento fresco que reconozco, y ese perfume tan especial que cruza junto a mí, de manera sutil.

Un suspiro suave desaparece apenas abro los ojos y vislumbro tu figura. Es en ese momento cuando siento el impulso de nombrarte, de llamarte a gritos para que no te vayas, que permanezcas a mi lado para poder abrazarte con toda mi fuerza, pero temo ser escuchado por mis compañeros y alertar a quienes he prometido sacarte de mi vida y olvidarme de mis desvíos.

-Debes decidirte -me dices con esa dulzura inigualable que aumenta mi añoranza, mientras te esfumas completamente.

La distancia se agranda y el milagro del encuentro se vuelve una obsesión, con posibilidades remotas como para ser transformadas. Lucho contra esa adversidad, contra mis propias contradicciones, me opongo a los designios. Tanta es mi confusión que temo pueda desbaratar mis propios juramentos.

Me he dormido con la Biblia entre mis manos y con el ruego interminable de recuperar mi cordura.

Entre sueños pido valor para enfrentar cada uno de los días por venir y reafirmo mi decisión de transferir los conocimientos que sigo adquiriendo.

Sé que mi entrega y la honestidad que me impongo me ayudarán a permanecer fiel a mi palabra hasta que llegue el momento en el que pueda ceder el mando.

***

Herederos

–Quienes estudien nuestras construcciones han de recibir, por añadidura, la sabiduría y las técnicas que Hiram empleara en la construcción del Templo de Salomón –observó Guillaume después de la oración–. Los hermanos templarios, a cargo de las obras han sido reconocidos como Maestros Constructores. Los cálculos del Templo de Salomón están basados en “los codos” –amplió.

– ¿Los codos? –preguntaron.

–Es la unidad de medida que ha acompañado a la humanidad desde la antigüedad y sigue vigente.

–Los edificios son el mejor testimonio de la alquimia del

conocimiento que hemos sabido practicar –dedujo Lavallén.

–Así lo refleja el *Libro de Surge* –asintió De Lyon– escrito al comienzo de las Primeras Cruzadas "...tenía la costumbre de conversar con los operarios (venidos) de Jerusalén y saber con alegría, por ellos, que habían visto los tesoros de Constantinopla y los ornamentos de Santa Sofía, si estas cosas nuestras podrían parangonarse con aquellas y valer algo..."

–Es curioso –observó Deneuve–. Los moros habían impuesto su arquitectura construyendo palacios y mezquitas, pero valoramos sus técnicas cuando triunfamos en Jerusalén y nos convertimos en conquistadores.

–Mientras eran nuestros invasores habíamos puesto tanto empeño en echarlos que no podíamos valorar la cultura que recibíamos –dedujo Lavallén.

–La conquista brinda numerosos trofeos. Nos hace sentir dueños de las creaciones y costumbres, exacerba las vanidades, hasta puede convertirnos en depredadores –reflexionó De Lyon visiblemente preocupado.

–Debemos ser respetuosos al ingresar a las nuevas tierras –analizó Deneuve–. Es necesario aprovechar las experiencias de los nativos, para compartir un mundo justo, de paz, por amor a Nuestra Madre.

–Dios te salve, Reina y Madre de Misericordia…

Godofredo

–Al conquistar Jerusalén, Godofredo se dispuso a concretar lo que había planeado con El Ermitaño: restaurar el Santo Sepulcro, el Cenáculo, las iglesias, todo lo que había sido cercano a Jesús, al inicio de la Iglesia Cristiana –leyó De Lyon, después de las faenas diarias.

Por los escritos del perfecto Epifanio, del siglo IV, Godofredo sabía que los cristianos bizantinos habían construido una gran basílica sobre cimientos de la pequeña iglesia original. La llamaron "Santa Sión" y "Madre de todas las iglesias", pero fue destruida –continuó Guillaume–. *Godofredo ordenó construir la Iglesia de Santa María del Monte Sión y del Espíritu Santo, sobre los cimientos bizantinos y en el monasterio contiguo se estableció una comunidad de la Orden de San Agustín.*

–Y ¿cómo encontraron al Cenáculo? –preguntaron.

–Sólo quedaban ruinas del cenáculo ubicado en la planta alta de la casa de un amigo de Jesús, en el Monte Sión. Era donde Jesús se había presentado a María y a los apóstoles, el domingo de

resurrección.

– ¡Dios santo! –exclamaron mientras se santiguaban numerosas veces.

–Y es donde descendió el Espíritu Santo, en Pentecostés – amplió ante el estremecimiento general.

–Dieu le veut, Dieu le veut, Dieu…

***

Padecimientos

Pese a mis propósitos y promesas no puedo evitar extrañarte, amada Clara. Ansío volver al principio, para valorar la profundidad de tu mirada, para animarme a abrazarte hasta transferir nuestros sentimientos y disfrutar del roce de nuestros cuerpos.

-No puedo justificar la lucha armada -me dices cuando te veo parada sobre cubierta y me miras con esa determinación que ahora me duele más, porque la entiendo.

Confirmo que los cuestionamientos sobre nuestro accionar es lo que más nos aleja, más aún que esta distancia que sigue creciendo y padezco en demasía.

En ese preciso momento quedamos situados en posiciones opuestas.

Sé que te molesta la falta de una respuesta concreta y desapareces de mi vista.

He perdido tu confianza y vuelvo a sentirme a la deriva, dominado por mi soledad.

***

Un final

–Godofredo se maravillaba ante la contemplación de los espacios bíblicos, con la intención de devolverles el esplendor. –La tripulación seguía atenta los relatos sobre Godofredo–. *Ordenó la reconstrucción de la Basílica de la Ascensión, situada al pie del Monte de los Olivos.*

Falleció un año después de su entrada triunfal a Jerusalén – concluyó ante las expresiones de dolor–. *Su tumba se sumó a las de otros seres gloriosos que descansan en el Monte de los Olivos.*

–Dieu le veut, Dieu le veut… rezaban.

–La madre de Godofredo compartía la decisión de levantar testimonios de Fe, por lo que encargó la construcción de dos iglesias a unos arquitectos moros. Se valieron del "arco apuntado" utilizado por los armenios y adoptado por nuestros constructores para liberarnos de

la pesada construcción románica.

–Hemos incorporado usanzas de otras civilizaciones –comentó Deneuve.

–Son grandes logros, gracias a los ingenios de la Geometría Sagrada –afirmó el capitán.

– ¿Geometría Sagrada? –preguntó un caballero.

–La Geometría Sagrada heredada de los egipcios y transmitida por Hiram, destinada a provocar las transformaciones.

– ¿Los egipcios la habían heredado de los atlantes? –preguntó Deneuve.

–Así se cree –contestó–. Y la protegieron los Hijos de Salomón.

–Non Nobis Domine, Non Nobis Sed Nomine, Tuo Da Glorian

Ornamentos

–Los santuarios han sido construidos a semejanza del Templo de Salomón –comentó Guillaume– como el cáliz de los capiteles, las columnas dedicadas a Jehová, a Hiram y a los hombres.

–Hay numerosas palmeras… –comentó un caballero.

–Son símbolos de la abundancia –informó–. Lucen su esplendor en las terminales superiores.

–El cielo, el sol, la luna… –intervino Lavallén.

–Hay cantidad de ángeles y estrellas de cinco puntas –agregó Deneuve.

–Todo tiene significado –reveló–. Los bueyes son emblemas de fertilidad y abundancia; los leones, insignias de fortaleza; los querubines, seres vivos y puros...

–Hay cientos de águilas… –se escuchó decir.

–Representan el ascenso del hombre hacia Dios –replicó.

–Se ven frutas y flores… –comentó un caballero.

–Las granadas significan fertilidad –expresó De Lyon– las rosas, las margaritas y las flores de lis representan los amores, las uniones bendecidas, la virtud femenina, la Santa Trinidad. El oro simboliza abundancia y nobleza.

Hiram nos ha legado recursos para obtener los colores más bellos –agregó–. El “púrpura real” representa linaje y riqueza, se logra con el caracol molido de Canaán.

–Hemos sido bendecidos con tanto conocimiento –concluyó Deneuve.

–Quienes se hagan merecedores de la sabiduría, sabrán encontrar el legado.

–Dieu le veut, Dieu le veut, Die

***

Excusas

Has conocido nuestra apertura a los conocimientos, a lo establecido, la firme intención de unificar, de terminar con las luchas y pactar la paz universal. ¿Cómo no ver que los judíos, los islamitas y los cristianos basan la fe en un solo Dios, la unidad divina?

Lo sabes, por haberlo padecido. Las interpretaciones de las tres religiones sobre los textos sagrados son excluyentes, a pesar de la creencia en un solo Dios misericordioso, sabio, justo, omnipotente.

¡Oh, Clara! Acaso estoy buscando excusas para entablar un debate y justificar mi intención de volver a vos…

***

José de Arimatea

–La imagen de Jesús a punto de dar su bendición, es una constante en los edificios de La Orden –comentó Deneuve mientras esperaban el almuerzo– sin embargo, no hemos representado a Cristo crucificado.

–Es cierto –respondió Lavallén sorprendido.

–En nuestros templos abundan las cruces y las imágenes de Jesús, pero no se ve a Cristo en la cruz. ¿Será acaso la conciliación entre nuestro pensamiento y el de los gnósticos? –se interesó Deneuve.

–Tengo escritos que hablan de otras posibilidades sobre la crucifixión –contestó Guillaume cuando pudo hablar–. Todos los escritos son dignos de ser analizados, aunque se diga que son apócrifos. Hay quienes aseguran que existía una gran amistad entre José de Arimatea, el tío de María, madre de Jesús, con Pilatos.

– ¿José de Arimatea era amigo de Pilatos? –preguntaron con asombro.

–José de Arimatea –se apuró a contestar– hermano menor de Joaquín, padre de María, era el tutor de Jesús, al morir José, su padre. Los Evangelios dicen que era un “hombre rico”, “discípulo de Jesús”, “persona muy buena y honrada”.

– ¿Qué certeza hay sobre José de Arimatea? –quiso saber Deneuve.

–Era un hombre rico –respondió el capitán– miembro del *Sanedrín,* el Tribunal Supremo de los judíos. Se desempeñaba como *decurión*, encargado de controlar las explotaciones de plomo y de estaño del Imperio Romano.

–Entonces era un súbdito del Imperio y de Pilatos –relacionó Deneuve.

–Por esa relación había entablado amistad con Pilatos. Hay quienes dicen que el gobernador habría permitido que otro condenado ocupara el lugar de Jesús en la cruz –las exclamaciones lo obligaron a callar.

–Según otros testimonios –continuó– Pilatos habría permitido retirar el cuerpo de Jesús, para que sea depositado en la tumba, propiedad de José de Arimatea.

– ¿Cuál es la verdad? –preguntó Lavallén visiblemente molesto.

–Nuestra condición temporal y humana no nos permite dilucidar la verdad –afirmó Guillaume–. En los Evangelios también surgen diferencias, Mateo y Marcos citan las últimas palabras de Jesús en la cruz "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?, mientras que Lucas escribe "Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu", sobre lo que Juan dice simplemente "Consumado es"

– ¿Qué es lo que debemos creer, entonces? –preguntaron confundidos.

–Los libros han sido escritos muchos años después de la muerte de Jesús, y se han basado en transmisiones orales.

–Sería bueno conocer los testimonios no reconocidos por la Iglesia, para acercarnos a la verdad –opinó Lavallén.

–Valoramos que nos brindes esos conocimientos, hasta que la verdad nos sea revelada –agradeció Deneuve.

–Dieu le veut, Dieu le veut, Dieu le veut…

***

Confusión

Hace varios días que el suave pasar alado, casi imperceptible desvía mi atención de los objetivos de La Orden.

Unos pasos ligeros me siguen por cubierta, temo detenerme en ellos. Sé que debo exorcizarte de mi ser, de mi alma, de mis sentimientos, no puedo volver a caer. No puedo distraerme, ni faltar a

mis juramentos.

Me domina la confusión.

Dios te Salve Madre…

***

Opiniones

–He aquí una parte de las copias de los libros prohibidos. Los originales serán preservados por la inmensidad y la sequía reinante en las cuevas del Mar Muerto y en otras cuevas y túneles, que algunos de los presentes han visitado –los murmullos fueron aumentando su volumen.

–Todos los escritos deberían ser analizados para aproximarnos a la verdad –dijo Deneuve decidido a retomar el tema de conversación.

–Entre estas declaraciones se dice que Jesús no murió en la cruz, "no le mataron, ni le crucificaron, sino que creyeron hacerlo" –leyó Guillaume, mientras señalaba la frase.

–El Libro Santo de los musulmanes –continuó– llama a Jesús "Mensajero de Dios" y "Mesías", un profeta mortal, precursor de Mahoma, enviado por un único Dios Supremo –el repentino alboroto lo obligó a callar.

Son conceptos difundidos entre los grupos heréticos –prosiguió– consideran a Jesús como mortal, un maestro, un elegido cuya divinidad se debía a la iluminación recibida.

Como estos, hay otros escritos con opiniones diferentes. Ninguno debería ser desestimado, en honor a la verdad proclamada por El Maestro.

Son algunas de las razones de nuestra huida, por las que cumplimos el plan del Gran Maestre, para salvar el Plan Mayor, por el bien de la humanidad.

–Dieu le veut, Dieu le veut, Dieu le veut…

Custodios

– ¿Qué puedes decirnos sobre José de Arimatea y la copa en la que había recogido la sangre de Cristo, al pie de la cruz? –inquirió Deneuve.

–José de Arimatea era el depositario de la copa de plata que Abraham había encargado a un orfebre para recoger la sangre de los carneros sacrificados en las ceremonias –instruyó Guillaume–. Durante una invasión, la copa había sido escondida en el Templo de Salomón. Finalmente había llegado al poder de José de Arimatea, quien había dispuesto de ella para contener la sangre de

Jesús.

–*Diet le veut, Diet le veut, Diet*… –rezaron todos, mientras se santiguaban.

–Pasadas las jornadas de duelo –continuó– los discípulos se reunían a la vuelta del Vaso Santo para orar en Su memoria.

José de Arimatea había sido acusado de robar el cuerpo de Jesús de la tumba y condenado a permanecer cautivo en una torre. Allí recibió la visita de Cristo resucitado que le reveló *Tú custodiarás el Grial y después de ti, aquellos que tú designarás.*

Al huir se reunió con María, Magdalena, Marta, Lázaro, Santiago y otros discípulos. Viajaron juntos en uno de sus barcos para continuar con la misión evangelizadora.

Años más tarde, cuando visitaba las tierras donde el apóstol Santiago había sido consagrado perfecto, José de Arimatea cruzó a Somerset, al sur de la Bretaña. Necesitaba revivir los momentos compartidos con Jesús, mientras emprendían la búsqueda de los maestros druidas, y la antigua sabiduría que transmitían –De Lyon respiró profundamente al comprobar la extrañeza que había provocado.

–Rogaremos por nuestra constante iluminación –dijo Deneve.

–*Dieu le veut, Dieu le veut, Dieu le veut*… –repitieron mientras se persignaban.

Druidas

–Se sospecha –continuó después de la reflexión– que Jesús y José de Arimatea habían sido instruidos por los druidas, sobre las reglas básicas, como el predominio del número tres, la trinidad, tradición de origen ario. De ellos viene también la veneración a La Virgen Negra de los celtas, símbolo de la materia prima, el inicio; la tradición de la piedra filosofal, como La Piedra Negra de la Meca, impuesta por Mahoma, otro iniciado druida –consideró propicio callar.

De Lyon inició la oración para facilitar el recogimiento y la meditación.

***

Llamado

No puedo conciliar el sueño. Hace varios días que me niegas tu presencia y te extraño.

He salido a cubierta y te descubro en el lejano canto de las sirenas, en el rumor de las olas, en el brillo de las estrellas. Todo habla de vos, Clara, estás en todas partes y me doy cuenta de que, a pesar de mis renovados juramentos, te necesito. Preciso tu claridad de pensamiento, tu facilidad de palabra…

Ven a mí, por favor…

***

Glastonia

–Pasado un tiempo –continuó Guillaume, cuando comprobó que los hombres habían aceptado la importancia de la búsqueda de la verdad– y Somerset había sido cubierto por las aguas, José se refugió en la zona de Glastonia, tierras más altas, húmedas y brumosas.

–En esas tierras húmedas había hundido su bastón –dijo uno de los oyentes.

–Y de él había nacido una zarza que florece sólo en esa región –comentó Dubón– la señal para levantar la primera iglesia cristiana.

–Una zarza con muchas espinas que florece sólo para Semana Santa y para Navidad –aportó otro compañero.

–Los nativos se convirtieron en sus discípulos –continuó Guillaume– y le ayudaron a levantar el primer templo cristiano de esas islas, pero era de madera y se fue deteriorando. Sobre esos cimientos se levantó la Abadía de Glastonbury.

– ¿José de Arimatea llevaba el Santo Sudario? –quiso saber Lavallén.

–Es lo que se cree –respondió– junto a la copa y a la lanza de Longinos, además de otros tesoros que debía custodiar. Las reliquias permanecieron en esas islas, protegidas por la bruma densa, casi inexpugnable.

–He huido de esas islas –comentó un caballero– atemorizado por las voces extrañas, las sombras y los hechos inexplicables.

–Como la "Roca Viva" que brinda energías a quien la toca de noche o durante el amanecer –añadió un compañero.

***

Inalcanzable

Te veo cruzar por cubierta y voy a encontrarte. Imagino que es la sensación que siente cualquier enamorado al ir al encuentro de su amada y recién ahora, cuando estoy tan lejos, he llegado a sentir cómo mi corazón se acelera al ir en tu búsqueda. Como otras veces, te

escabulles entre los bultos, mástiles y baúles, hasta que por fin me observas desde las olas, donde no puedo alcanzarte.

Es lo que eres para mí, inalcanzable.

¡Oh, Clara! Sólo te encuentro en mi pensamiento, donde creces a la medida de mi sentimiento, del amor que se anida en mi alma.

He cambiado, Clara. No me parezco al niño que soñaba con empuñar las armas, bajo la bendición de la Iglesia, y de San Bernardo. Ahora huyo de ellas. Junto a los caballeros que me acompañan vamos en busca de paz, de protección, de redención. Nos favorece el desconocimiento que padece nuestra civilización, sobre la tierra a la cual nos dirigimos. Huir no es parte de nuestra condición, sin embargo, debemos desaparecer, para proteger el legado que nos ha sido encomendado.

Eres mi remanso, necesito abrazarte…

Volveré a buscarte, te buscaré por siempre.

***

Glastonbury Tor

–Tus testimonios coinciden con lo escrito por William de Malmesbury –expresó Guillaume– hace más de una centuria: *Tenía un cierto aroma de santidad celestial desde sus mismos cimientos, y lo exhalaba por toda la región (…) un santuario celestial en la tierra.*

Donde se halla Glastonbury Tor, la colina que domina la región. Los celtas la han llamado así, en honor al "Rey del inframundo y señor de las hadas". Glastonbury Tor era y sigue siendo –afirmó entre carraspeos– un lugar mágico de celebración de ritos paganos, sin fronteras religiosas.

–Mucho se dice sobre los misterios que allí ocurren –dijo un caballero.

–Hay piedras, con formaciones circulares, –asintió Guillaume– con los nombres tallados del Rey Arturo, Ginebra, Merlín, el mago, y de los personajes que integran la leyenda.

–Las ceremonias se desarrollan en los círculos de piedra, desde donde observan los cielos y las manifestaciones de las fuerzas misteriosas –comentó Deneuve.

– ¿Se puede identificar la piedra de la cual Arturo arrancó la espada? –quiso saber Lavallén.

–Podrá saberlo quien al acercarse al espacio logre abrir sus posibilidades al mundo sagrado que sigue estando entre los cielos, el lago, las hadas y los habitantes que han sostenido el misterio –observó Guillaume.

La colina está rodeada por una llanura con laberintos trazados por los druidas. Son círculos para ascender hasta los siete niveles, durante los ritos de iniciación. En los bosques sagrados surgen fuentes de agua virtuosa y cantarina.

–En la colina de Glastonbury se perciben muchas fuerzas misteriosas –intervino Deneuve– desde cuando se la conocía como isla Avalon, el paraíso de eterna primavera y paz perpetua.

–Son las fuerzas de los druidas, del mago Merlín, del País de las hadas.

– ¿Existe el País de las hadas? –quiso saber Dubón.

–Es el país de Merlín, el protector de Arturo.

–El cronista Geoffrey de Monmouth ha escrito sobre Glastonbury: *Se llama Isla Afortunada… el grano y la uva se dan sin cuidado y (…) todos los frutos en abundancia* –contestó Guillaume–. Coincide con lo dicho sobre la isla de Avalon, donde brotaban todos los frutos. Las manzanas "aval", las más ricas y perfumadas, han dado nombre a la isla. La manzana ha estado ligada a los cultos femeninos, como el de Afrodita; también se la ha asociado a la inmortalidad. El centro de la manzana, con sus pepitas, forma una estrella de cinco puntas, como un pentáculo mágico.

–La manzana es parte de la sabiduría oculta –sugirió Deneuve.

–La Biblia asocia la manzana con el conocimiento, más allá del bien y del mal –contestó Guillaume.

– ¿Y qué da a pensar que Glastonbury es la isla de Avalon, la del rey Arturo? –quiso saber Lavallén.

– ¿Qué mayor certeza que la encontrada por los monjes de la abadía cuando, entre sus excavaciones hallaron los restos de Arturo, con la lápida que lo identificaba? –inquirió De Lyon a modo de respuesta.

Según las declaraciones de Giraldus de Cambrai –amplió– Enrique II había patrocinado la búsqueda de los restos de Arturo. Los monjes los hallaron junto a los de Ginebra. Estaban en un ataúd tallado en un tronco hueco, en cuya lápida se leía: *Hicfacetsepultusinclitusrexarturius in insulaavalonia,* "Aquí yace enterrado el ínclito rey Arturo, en la isla de Avalon". Los largos cabellos rubios, pertenecientes al cuerpo que descansaba junto a él, les había dado la certeza de que eran los de su esposa, pero la cabellera se deshizo enseguida, como si hubiera estado esperando a los testigos para su desaparición.

Los restos se trasladaron al altar mayor. El rey y su esposa asistieron a la ceremonia.

–Dios te salve, Reina y Madre…

***

Presencia

Me ha despertado su presencia. Estaba frente a mí, envuelta en un aura luminosa, pero sin esa expresión de amor inconmensurable que yo anhelaba tanto. Se ha presentado después de días de profunda frustración por extrañarla en demasía.

- ¿Has escuchado mi llamado y mis protestas? ¿Por qué te ausentas del espejo? -le pregunté con tono de reproche- He tratado de no pensarte, de abocarme por entero a la misión que me ocupa, sin embargo, no dejo de extrañarte ¿o será por ese mismo empeño que te extraño cada día más?

Esta vez no he logrado comunicarme con su espíritu, sólo su figura se ha presentado, a pesar de mi impertinencia ¿Será que algo nos impide acercarnos?

Se ha convertido en la obsesión que se traduce en insomnio.

Mis guías han escuchado mi oración, me protegen y alejan del amor terrenal. Han vedado el encuentro por el que ahora suplico.

***

Avalon

–Por aquellos tiempos –leyó Guillaume– esas islas apenas asomaban al mar, sin embargo han seguido emergiendo y ahora son más visibles. Están unidas por pantanos, mientras una bruma casi impenetrable oculta sus formas. Esa niebla disimula las siluetas que anuncian los murmullos y la calidez que se percibe, en tanto el manto de hojas apacigua el chapoteo entre los charcos. De pronto todo desaparece, junto al eco de los cascos.

Las sensaciones que invaden a quienes visitan Glastonbury concuerdan con las detalladas sobre la isla de Avalon, como si la historia se hubiese detenido en aquellos hechos y sus protagonistas permanecieran ahí, invisibles a nuestros ojos.

Se dice que el Rey Arturo, junto a Merlín, Ginebra, Perceval y a los Caballeros de la Mesa Redonda, siguen en esos valles sagrados. Esperan el momento en que Arturo despierte, después del largo sueño que sigue velando su hermana Morgana. Las hermanas de Morgana son las guardianas de Avalon.

Morgana "La dama del lago" es la depositaria de Excalibur, la poderosa espada de Arturo. Al fallecer Arturo, Morgana arrojó la espada al fondo del lago.

– De seguro que esos murmullos son los de Arturo y los

caballeros –la opinión fue asentida por los oyentes.

– ¿A qué se deberán los latidos que se oyen en la Fuente de la sangre, al pie de la colina Glastonbury Tor? –preguntó Lavallén.

–Acaso sean los corazones de todos ellos los que se hacen escuchar y tiñen de rojo esas aguas –opinó Deneuve.

–Se dice que son aguas curativas –comentó Dubón.

–Muchos llaman a esa fuente "Pozo del Cáliz" –aportó Deneuve.

–Se la llama Pozo del Cáliz –afirmó Guillaume– por creer que el grial había permanecido oculto ahí, de donde Arturo y sus caballeros lo habrían rescatado.

La historia de Avalon tiene mucha fuerza, es como una llama inagotable alimentada por el caldero mágico de Merlín, donde él podía ver hechos sucedidos en otros lugares y otros tiempos. Merlín tenía capacidades maravillosas, como la de ingresar a otros mundos y transitar por ellos. Dicen que las puertas a esos mundos están en la isla.

– ¿Cómo saber si Merlín había advertido a Arturo que no se casara con Ginebra? –preguntaron.

– ¿Habrá podido ver la infidelidad de Ginebra reflejada en las aguas de su caldero? –inquirió Deneuve.

–No existen certezas sobre esa traición –aclaró Guillaume– ni sobre el ruego de Lanzelot, para lograr el perdón.

–Dicen que los amantes se reunieron finalmente, cuando Arturo hubo fallecido –continuó Lavallén.

– ¿Habrá sido el remordimiento el que los hizo recluirse en sendos claustros? –preguntaron.

–Hay quienes aseguran que, en la tumba estaban también los restos de Lancelot –comentó Guillaume–. Los guardianes los habrían dejado a merced de Arturo, para que la infamia no sufra el contagio del olvido y permanezca custodiada por la memoria de los tiempos.

–Como si los condenaran para siempre –sugirió Dubón.

–Es necesario proteger la bendición del amor entre los seres, el fundamento de la familia, el anticipo de la trinidad –aseguró De Lyon.

–El amor es el principio de la trinidad –dedujo Deneuve.

–La trinidad es el objetivo, la evolución –aseguró De Lyon.

–Pero la traición destruye la bendición –le respondió Lavallén.

–Dieu le veut, Dieu le veut, Dieu le veut…

***

Triángulo amoroso

Me ha conmovido la historia de Arturo, Ginebra y Lancelot. Saber que Ginebra descansa de forma anónima, al lado de Arturo, como ocurre con Lancelot, habla del desprecio que ellos han provocado y perdura a través del tiempo. Mucho se ha hablado sobre ese triángulo amoroso, mientras que la condena pública ha negado el descanso eterno de los amantes.

Por ser un amor prohibido, no seríamos dignos de las bendiciones que ansío, a cambio recibiríamos la condena eterna del odio, el anonimato y el desprestigio. Clara no se merece ese destino, no puedo arrastrarla al deshonor.

¡Oh, Clara! Confundo tu imagen con la de Ginebra, son el reflejo del amor.

No debo buscarte, Clara, no puedo anclar tu destino a mi destierro y perpetuar tu desgracia. Te amo tanto que debo evitar tu sufrimiento.

***

San Benito

–Es importante respetar al prójimo, sus creencias y sabiduría –insistió Guillaume después de las oraciones–. Debemos agradecer a Nuestro Padre Benito, por haber incorporado a druidas a su Orden, provocando la fusión de creencias y conocimientos.

– ¿A druidas? –preguntó Lavallén.

–Los druidas a los que acudieron Jesús y José de Arimatea? –quiso saber Deneuve.

–Los druidas, los sacerdotes celtas herederos de la Antigua Escuela de Misterios de Egipto y de culturas ancestrales. De ellos se han nutrido Pitágoras, Demócrito, Platón, Eudoco y a tantos sabios –contestó De Lyon.

–Heredamos sus conocimientos –opinó Deneuve.

–A San Benito y sus monjes debemos los registros escritos de esa sabiduría ancestral que hasta entonces se había transmitido solo por la palabra y la experiencia –amplió Guillaume.

Solo los iniciados druidas más destacados llegaban a ser sacerdotes. Creían en un Dios Único, la Trinidad, la resurrección, la inmortalidad del alma, la Diosa y Virgen Madre Tierra, que daría a luz un dios encarnado.

Las reuniones druídicas –continuó cuando se acallaron los

murmullos– se hacían cerca de Saint Benoit-Sur-Lore, uno de los primeros centros benedictinos.

–He visitado la abadía donde descansan los restos de San Benito, a orillas del río Loira –dijo Dubón.

–Debes haber visto el escudo de la Orden de San Benito –se interesó Guillaume– presenta un roble truncado, el árbol sagrado de los druidas, testimonio de la convivencia entre los sacerdotes.

–He sentido su presencia, su bendición, lo que ha aumentado mi devoción –afirmó el caballero.

–Su energía bendita y gran sabiduría son los fundamentos en los que se ha basado San Bernardo –amplió el capitán– además del culto a la virgen, a la que llamaba Notre Dame, la Madre de Jesús –todos se persignaron y juntaron sus manos sobre sus pechos, como quien intenta resguardar ese gran amor en sus corazones.

–Dios te salve, Reina y Madre, Dios te salve, a Ti llamamos los desterrados hijos de Eva…

***

Sueños

La oración junto a mis hermanos ha ayudado a calmar los signos de intranquilidad que vislumbro. En soledad, he vuelto a orar en procura de mi paz interior.

La lectura me distrae, la investigación me absorbe hasta que el cansancio me arrastra al sueño que me devuelve las visiones extrañas que he tenido a través de los años. De pronto me encuentro en las galerías subterráneas del Anfiteatro Romano, como un gladiador, a la espera de su combate.

Apenas salgo a la arena, descubro entre el público, en una ubicación de privilegio, a una dama distinguida que me atrae por su entusiasmo y aprobación ante el espectáculo sanguinario. Su figura me resulta familiar, como si la conociera de toda la vida.

Trato de lucir mis mejores atributos de lucha, pero es tal el magnetismo que me produce, que no puedo alejar de ella mi mirada, hasta que veo cómo se cubre el rostro con sus vestidos cuando caigo entre las fauces de la fiera.

Mi pesadilla sigue, pero ahora ella es una cristiana que espera y reza con devoción sobre la arena, hasta que llega el momento en que es devorada por las fieras.

Después de tantos años de sufrir esta pesadilla, ahora sé que era

Clara la mujer a quien yo veía en el Anfiteatro Romano. Es Clara la mujer a quien reconozco desde siempre.

Como otras veces me he despertado temblando por el horror de ser un simple espectador, sin ninguna posibilidad de intervenir, ni de cambiar el destino que parece escrito e inquebrantable, a través de los siglos y de distintas vidas.

Mis ojos se resisten a enfrentar las letras. Los pensamientos distraen mi atención y vuelven a buscar a Clara, mis sentimientos me impulsan a insistir, a no dejarme vencer por las consignas, a renovar la lucha hasta que llegue el ansiado momento en el que pueda reunirme con ella.

***

Notre Dame

–Notre Dame representa también la Tierra-Madre de los druidas –continuó Guillaume, después de la oración. –La diosa Isis de los egipcios, la Madre de los iniciados… –siguió diciendo con un susurro suave, con la intención de que los conocimientos fueran analizados y comparados.

Por esos tiempos habían empezado a aparecer las imágenes de la Virgen Negra –continuó con el mismo modo suave y persuasivo de quien necesita ser escuchado–. Las imágenes tenían setenta centímetros de altura por treinta de ancho y treinta de profundidad, o sea que en ellas se presentaban los números siete y tres que están cargados de significado.

San Bernardo era un gran conocedor del valor y del significado de los números. Fundaba las abadías con doce monjes, número formado por el uno y el dos, entre los que el tres se halla oculto, como ha ocurrido con el número de los apóstoles, que eran doce, o con el Colegio de los Doce Sabios Druidas.

–Es cierto, el tres está presente en nuestras acciones, como oír misa tres veces a la semana –aportó Deneuve.

–Tres comidas diarias…–dijo Lavallén.

–Son tres días de cada siete, los permitidos para las comidas con carne…–comentó uno de los caballeros, mientras seguían recopilando datos comunes.

–Está presente en los combates, en los que se puede aceptar ayuda, sólo si el caballero ha quedado frente a tres atacantes… –reflexionó un compañero.

–Son los conocimientos que puedo transmitirles –afirmó

Guillaume–. Hay otros saberes que han de quedar bajo siete llaves, hasta que la humanidad ilumine su espíritu en la virtud, en el amor a La Luz y a La Verdad, lo que ha de ocurrir cuando se haya adquirido el Don Divino de la Piedra Filosofal.

– ¿Pero…cuándo hemos de alcanzar ese momento? –preguntó Lavallén.

–Cuando la humanidad sea tan generosa como para tender la mano y ayudar a los necesitados, solo por amor al otro –determinó De Lyon.

Rex Mundi

–Todos sabemos que no es fácil seguir por el camino trazado –comentó Guillaume–. Lo hemos visto en alguno de nuestros compañeros, que habían jurado proteger estos tesoros hasta con sus propias vidas, pero han sido dominados por el Rex Mundi, que los ha llevado a actuar de mala fe, a traicionarnos, a difamarnos. La confianza y la vanagloria conseguidas a través de años de lucha y de prestigio han hecho que algunos de los nuestros se dejaran tentar por la vanidad, la carne, las riquezas…

–Debemos erradicar los restos del Rex Mundi que han sobrevivido entre nosotros –expresó Deneuve.

–Había quienes sabían decir *bebes como un templario* –recordó Guillaume–aludiendo a los excesos que algunos caballeros han cometido, lo que nos ha avergonzado y perjudicado.

–Han sido juzgados por nuestros tribunales… –manifestó Lavallén.

–Cierto, pero han colaborado al exterminio de nuestra organización.

–Dieu le veut, Dieu le veut…

***

Búsqueda

Durante nuestra búsqueda de la sabiduría primordial, para acceder al conocimiento de la Luz Verdadera hemos comprobado la influencia ejercida por el Rex Mundi, razón fundamental de nuestra retirada.

Después de lo vivido, vuelvo a preguntarte ¿Cómo habríamos podido destronarlo si se ha infiltrado hasta en los círculos más sagrados? ¿Cómo vencerlo si se inmiscuye reptando invisible, se instala silencioso, disimulado y discreto, hasta llegar a dominar las almas más puras, que por él dejan de serlo?

¡Oh, Clara! ¿Será mi amor otra manifestación del Rex Mundi?

Quiero llevar Luz a tus pensamientos y a los míos ya que un amor puro como el que descubrimos juntos aquella noche, jamás podría ser una manifestación del maligno.

***

Color plata

Al despuntar la madrugada de aquella mañana tan temida por la proximidad de una nueva separación, las nubes grises habían copado el cielo, como enormes bolsas de plata colgadas del firmamento, una pegada a la otra, todas apeñuscadas, sin un solo hueco por donde pudiera asomar ni el más mínimo rayo de sol, como si se hubieran empeñado en contagiarles esa opacidad y enturbiarles aún más el alma acongojada.

Esas bolsas plateadas se reflejaban en la boca del río que les permitiría acceder a la Ciudad Dorada. Por él llegarían a los destinos planeados para depositar los tesoros asignados a la tripulación de la penúltima nave.

–A medida que trepamos por este río de plata es necesario definir quién será el responsable de guiar la nave y la tripulación que ha de internarse río arriba y quién ha de acompañarte para repoblar El Fuerte –quiso saber Lavallén.

–Deneuve y vos, mi apreciado Lavallén –contestó el capitán– seguirán siendo mis hermanos más cercanos en esta misión, que seguimos cumpliendo con el honor que corresponde a nuestro juramento, cualquiera sea el destino que habremos de decidir para esta etapa final.

–Apreciamos tus valoraciones y sabias decisiones –respondió Deneuve.

–Y tu amplia sabiduría –correspondió Lavallén.

–Antes de que llegue el momento de las definiciones –intervino Guillaume–debemos dejar en claro los conceptos que nos han unido, para seguir defendiéndolos, ya que han de ser nuestro amparo, cuando enfrentemos la revisión de los actos, en el Juicio Final de nuestras conciencias.

–Solo ha de acompañarme la Biblia, además del conocimiento recibido y el que nos has transferido durante estas jornadas de reflexión –acotó Lavallén.

–Las misiones de cada uno están muy claras. Llevaré

conmigo esta biblioteca, para la cual ha de haber un lugar destinado en El Fuerte –decidió el capitán.

–Dieu le veut, Dieu le veut…

–Todos tendrán su lugar en El Fuerte, al sur, donde siempre estaremos esperándoles, aunque ahora debamos separarnos –les dijo con modo seguro.

–Dado el juramento que cada uno ha formulado y la responsabilidad que nos cabe sobre los tesoros que aceptamos custodiar, deberemos separarnos para lograr la victoria de la misión, con esperanzas ciertas para exitosos reencuentros –concluyó Guillaume.

–"Non Nobis Domine, Non Nobis Sed Nomine, Tuo Da Glorian"

Río arriba

Los dos barcos empezaron a navegar río arriba. Iban buscando un paraje donde cargar lo necesario, descansar y hacer las reparaciones indispensables, pero el agua no cesaba de caer, como si el cielo les volcara inagotables tachos de agua. El río se había desbordado y perdido sus riberas, lo que hacía muy difícil anclar. Los nativos debían haber retrocedido a las elevaciones, ya que no había señales de ellos.

Apenas amainó la tormenta encontraron un estuario accesible. Bajo la lluvia persistente se apuraron a cargar frutas y verduras frescas, más otros víveres que algunos lugareños habían tenido a bien acercarles.

De Lyon había aprendido a reconocer las angustias que se presentaban entre los hombres que, a esa altura del viaje y del cansancio derivaban en manifiesta necesidad de afecto. Debía evitar otra despedida como la acontecida en ocasión del primer desembarco, con los hombres que se habían dejado tentar por la naturaleza palpitante de esas tierras generosas, Era cuestión de desviar las emociones. Debían acelerar la partida en medio de ese ambiente de brumas recurrentes, la que se ocuparía de hacerlos desaparecer casi mágicamente de la vista de la nave compañera.

Separación

Lavallén ordenó emprender el viaje rumbo al norte, según lo acordado con el capitán. A pesar de la resistencia, habían roto el último vínculo entre las naves pertenecientes a la flota más importante de la época.

De Lyon ordenó dirigirse a la desembocadura del gran río, para retomar el rumbo al sur, hasta alcanzar los 41° de latitud. En un ínterin, las dos naves desaparecieron tras densas capas opacas

de humedad comprimida, y no se volvieron a ver.

Guillaume seguía al mando de la nave matriz con dirección a El Fuerte, el bastión más austral de Los Templarios, erigido sobre la ínsula costera de la Bahía Sin Fondo, nominación que le causaba gran curiosidad.

–Poco falta para empezar con la tarea de reorganizar la misión, Deneuve –le remarcó después de la primera oración, ante un nuevo amanecer, sin dejar de pensar en Lavallén, que debía seguir remontando el gran río de color plata.

***

Cordón invisible

La distancia crece irremediable y me aleja cada vez más de vos, amada Clara. A pesar de las vivencias y de los inconvenientes siento que nuestras almas están amarradas por lazos muy fuertes, indestructibles. ¿Mis sueños serán un reflejo cierto del pasado? ¿Acaso nuestra unión excede el tiempo? ¿Estaremos ligados por algún cordón invisible? ¿Habremos estado unidos en otras vidas?

Me resulta difícil aceptar que no he sabido aceptar mi sentimiento cuando estábamos juntos, y que ha sido la distancia la causante de mi despertar a la conciencia de tan bella emoción, y a mi capacidad de amar.

He vuelto a pensar intensamente en vos, a rendirme ante la extrañeza, ante la inevitable necesidad de tu presencia, de tu mirada profunda, de tu compañía íntegra.

Sostengo una denodada lucha interna para cumplir con los mandatos de mi guía espiritual, para no defraudar la santa memoria de Bernardo.

Vuelvo a apelar a mis recursos más arraigados con el fin de detener mi motín interior destinado a sumarme a las filas de los refugiados amparados bajo la tutela de Roberto Bruce.

***

Parsifal

Mientras navegamos con destino al sur, me pregunto si Parsifal, durante su desvío por estos mares, habrá visto los mismos cielos y costas antes de tocar tierra. Me intriga conocer el rumbo de sus penurias. ¿Cuál habrá sido la corriente y las causas que lo llevaron a encallar, después de días de extravío y de limitaciones?

Esta gloriosa odisea sigue siendo contada por los juglares que la repiten durante su andar, y le suman los detalles transmitidos por el público que los escucha con devoción.

Según cuentan, la nave de Parsifal había errado el destino que los movilizaba. Pasada una tormenta, la tripulación no reconocía el mapa del cielo y los astros. Los dominaba la desazón de un tiempo perdido entre confusiones, cálculos equivocados y desmemorias. Un amanecer los había sorprendido con el navío encallado en seco y cuando las sombras cedieron espacios a la luz, Parsifal y sus hombres se maravillaron ante El Fuerte que emergía íntegro, en medio del aislamiento. Se restregaban los ojos con la esperanza de eliminar esa fantasía; acaso sería la otra cara de los oasis que habían enfrentado en los desiertos. El Fuerte les resultaba una ilusión, a poca distancia de la playa, entre la profunda soledad de los mares y planicies a su rededor.

Se extrañaron al escuchar las trompetas procedentes de lo alto de las murallas, como si integraran un cortejo de ángeles, cuyas túnicas blancas se agitaban entre el cielo y las nubes. Cuando Parsifal y sus compañeros arribaron al castillo se sorprendieron frente a las cascadas de agua cristalina que surgía de bellísimas fuentes que irradiaban paz. El asombro fue mayor ante la aparición de dos maestres, y treinta y tres caballeros vestidos con túnicas blancas y la cruz paté al centro.

El Fuerte

–En poco tiempo arribaremos a El Fuerte, el último bastión templario y nuestro postrer refugio –le comentó a Deneuve, con evidente melancolía–. También ha sido construido de acuerdo a las normas de Hiram.

–Es grande nuestra intriga, Guillaume.

–Las notas de viaje advierten que es una copia en pequeño de los fuertes levantados en las zonas más necesitadas de protección –amplió el capitán–. Debido al gran parecido habremos de creer que la distancia ha desaparecido, o acaso nos permita sentirlos más cercanos.

Al desembarcar, De Lyon había sorprendido a la tripulación con un largo y profundo respiro, el de quien daba por cumplida una misión. Era la última etapa de la labor encomendada por el Gran Maestre a la columna incorruptible de La Orden.

Como otras veces abrazaron la tierra, se quedaron con los cuerpos extendidos y brazos abiertos, de espaldas al sol agradeciendo y bendiciendo.

No había quién los reciba, ni rastro alguno de seres vivos. El aullido remoto, apenas audible e irreconocible que les acercaba el

viento, era la única voz ajena que junto al zumbido, producido por la arena remolcada por el céfiro, les golpeaba los sentidos y les dejaba establecido que ese era el imperio de la soledad.

A pesar del éxito de la misión, no había demostraciones de regocijo ya que, en medio de ese aislamiento, se profundizaba y se sentía más definitivo aún, el derrumbe de La Orden por la que habían luchado y defendido con sus vidas.

La Orden de los Caballeros del Temple había terminado de disolverse. Muchos de los que la integraron habían sido detenidos; otros los habían traicionado. También estaban los que, como ellos se habían diseminado por el mundo de forma voluntaria para salvar los tesoros que custodiaban. Los Caballeros del Temple no habían dejado rastros. Se habían convertido en una leyenda cubierta de sospechas, rumores, desconcierto y anonimato.

Nostalgia

He debido hacer grandes esfuerzos para encubrir la nostalgia que me ha embargado, desde el momento en el que los siete tripulantes que integramos la última nave hemos arribado al El Fuerte. ¿Cómo habría de evitar que todo mi interior se estrujara al ver los derrumbes y estropicios que han ocurrido por estos lares, durante la ausencia de los hermanos de La Orden? ¿Cómo ignorar la añoranza por la actividad referida en las notas que hablan del hacer, que por entonces estaba presente en los torreones, en las salas, en los patios, con los animales de granja rondando por ahí, con la vida manifiesta en todas sus expresiones?

Toda esa actividad ha desaparecido. Las instalaciones se han convertido en parte de un pasado devastado, a merced de las tempestades de la naturaleza en la que reina el silencio y la desolación.

En la sala más resguardada, hemos depositado los libros que trasladamos y los baúles con la carga que nos ha sido encomendada.

El descuido provocado por los años de ausencia ha marcado la decadencia de esta fortaleza, que otrora fuera uno de los puertos de embarque del comercio de metales. Aquí funcionaba el puerto del sur, el que permanecía activo para los casos en que las inundaciones ahogaban las otras salidas al mar, o cuando las rebeliones de los pueblos hacían imposible el tránsito. Las cargas llegaban desde las minas del Potosí hasta esta bahía, donde se cargaban y, aprovechando el fuerte impulso de la corriente fría que sube y cruza hacia las tierras del otro lado, eran enviadas hacia el puerto previsto para esa ocasión, desde donde se las despachaba a los talleres dispuestos por La Orden.

Eran otros tiempos, cuando el Inca sostenía nuestros tratados,

antes del levantamiento que lo ha derrocado. Desde entonces, hace ya decenas de años, manos desconocidas han arrancado las fuentes y el mobiliario detallado en los libros de La Orden, que cargo conmigo. El viento ha completado la tarea comenzada por las manos anónimas, se pasea muy ufano llevándose con él, quien sabe a qué destino, todo lo que ha quedado sin afirmar al suelo.

Hemos habilitado los espacios que han permanecido más enteros. Nuestras voces se estrellan contra las paredes de piedra que nos devuelven ampliado el frío inhóspito, contra el que luchamos. Sólo el viento inclemente nos acompaña. Tenemos la certeza de que esta vez no han de arribar naves con hermanos templarios para los reemplazos, trayendo suministros desde nuestros países de origen. Los años de ausencia han espantado a los nativos y a los animales, no hay quien se acerque, ni posibilidad alguna de conseguir provisiones.

El entorno agreste es un reflejo de nuestro interior que se ha vuelto árido cuando se nos presenta la añoranza y sólo recupera cierta contemplación durante las horas de oración.

Todos sentimos algún resquemor cuando nos dejamos invadir por las emociones que nos provocan los recuerdos latentes. Esas impresiones resultan tan intensas que parecen perceptibles en estos ambientes helados. El eco de las palabras queda suspendido en el espacio, como intentando prolongarse en el tiempo. Se extraña el poder que alcanzaban las voces de los caballeros reunidos en las salas o en los templos, donde esas manifestaciones de amor a La Orden derrumbaban límites y abrían fronteras.

¿A qué decir lo que nos pasa? Todos tenemos un sentir parecido, lo sabemos. Cuando la nostalgia pretende sumergirnos en la desesperación y alguna lágrima intenta asomarse para derrumbar la fortaleza personal que cada uno ha levantado con tanto esfuerzo, nos llamamos a la oración que siempre es bienvenida.

Hay momentos en los cuales, en medio del accionar que nos ocupa, se escucha de boca de un hermano templario la advocación "Non Nobis Domine, Non Nobis Sed Nomine, Tuo Da Glorian" la cual acompañamos y repetimos varias veces, con la devoción nacida desde lo más profundo de nuestras entrañas y sentimientos, después de lo cual continuamos con las tareas previstas. Otras veces, el haberlo dicho nos trae tanta nostalgia que, para evitar el derrumbe interior que nos persigue acordamos anticipar el momento de la oración que nos bendice, afirma nuestra Fe y nos llena de esperanzas.

***

Manifestaciones

Necesito saber si Clara sentirá mi presencia, como siento la de ella, a través de un objeto que cae sin explicación, de una brisa que ingresa en la sala, sin que se hayan producido ráfagas que la justifiquen, o cuando la percibo entre sonidos repentinos, sin origen aparente.

¿Me manifestaré de alguna manera? ¿Me reconocerá entre los elementos de su cercanía, entre sus espacios?

Cada día que pasa se fortalece más mi sentimiento, se hace casi indestructible, a pesar de mi resistencia a esas emociones y de mis renovadas promesas al Padre Bernardo.

Son las razones que me llevan a pensar que nuestras almas son compañeras desde siempre, que estamos unidos por ese cordón invisible del que muchos hablan.

Entre sueños he buscado su cordón, lo imagino brillante, luminoso, de la más pura plata, para tirar de él, para traerla hacia mí. Siento que ella me corresponde y hace lo propio con el mío. Es así como nos encontramos en un espacio donde estamos solos y rodeados de luz. Mi corazón late desbocado al sentirla tan cerca, envueltos por sendos cordones de plata, como hemos debido estar siempre. Por esta ocasional cercanía puedo bucear en sus ojos como nunca lo había hecho, percibo el calor de su cuerpo mientras crece en mí la necesidad de unirme a ella. La abrazo con fuerza y ella corresponde con intensidad. He llegado a experimentar una plenitud jamás imaginada en el momento de nuestra unión. Compartimos una fusión tan real como maravillosa e infinita.

De pronto mi cuerpo físico me ha reclamado. De un tirón he vuelto a él enlazado a mi cordón que es parte de mi ser, que ya extraña a su ser.

Compruebo que mi cuerpo y mi alma han vuelto a reunirse, que están unidos como ocurre cuando tengo conciencia plena. Me resisto a mi realidad, lucho por volver a mi estado anterior, sin ninguna posibilidad. Ahora sé que el cuerpo y el alma pueden separarse, en franca armonía, durante el descanso, los sueños, las meditaciones, como ha de suceder en el inevitable final.

***

Hallazgos

De tanto pasar revista a las instalaciones, de remover entre los escombros, hemos agitado el espíritu de los templarios fundadores, de los descubridores del Templo de Salomón. Hemos encontrado un túnel disimulado por una pared, a través de la cual llegamos a una sala subterránea, ubicada bajo la torre más alta. En ese instante alcanzamos a percibir un atisbo de lo que debe haber sido el cúmulo de las

emociones vividas en aquellos momentos, relevantes para la humanidad.

Para nuestro beneplácito hemos hallado una mesa, tres sillas, un camastro, una lámpara de aceite y varios libros de notas sobre la mesa. He llegado a intuir la presencia de una trinidad reunida en esta sala tomando decisiones, evaluando los hechos.

Bajo la mesa, extendido cuan larga es la sala, se hallaba el clavijero, listo para ser instalado en lo más alto de la torre, lo que habla de la intención y el conocimiento de quienes estuvieron aquí.

Nos hallamos dedicados a recuperar lo que ha quedado en pie, lo que resta de la fortaleza registrada como la del confín del mundo y de nuestros andares.

Me esperan largas jornadas de lectura, de análisis de lo que aquí se ha escrito, aunque también me esperan días de intenso trabajo en el edificio, ya que son pocas manos para tan ardua tarea.

Cuando hayamos recuperado las fuerzas seguiremos explorando y avanzando por estos mares de corrientes turbulentas, indomables, como el espíritu de La Orden.

Enfermos

Son varios los días que Deneuve ha pasado enfermo. Su color saludable ha cedido paso a un amarillo impuro y preocupante que se ha adueñado de sus ojos, de su rostro, de todo su cuerpo. Al sangrado de las encías y falta de cicatrización, se han sumado sus humores, que resultan muy altos, que le suben más aún durante la noche, y no logramos modificar, a pesar de los paños fríos con que cubrimos su frente. Me preocupa en demasía, ya que han empezado a manifestarse los delirios. Conozco los síntomas, son parte de los padecimientos propios de la permanencia en alta mar, producidos por la falta de frutas y verduras frescas. Han resultado pocas las hortalizas y las frutas que alcanzamos a cargar durante nuestro paso por el río del color de la plata, sumados a la abstinencia que traíamos acumulada.

Se han extendido las noches de Deneuve, ahora resultan largas, ocupan casi todo el día, que transita empapado de sudor y de malestares intensos. Hoy ha despertado, pero la luz lo ha cegado, y se ha apurado a cerrar los ojos. Ha vuelto a arrebujarse entre sus mantas para recuperar el sueño cargado de pesadillas.

Extraño la compañía de Deneuve, su lucidez y su criterio para analizar las situaciones que se nos presentan. Mis intentos por recuperarlo de sus malestares y devolverlo a la conciencia han resultado vanos.

En la búsqueda de la receta sanadora he consultado las obras de Maimónides y he tomado conciencia de que nuestro herbolario está

incompleto. Lo más alarmante es que otros hombres han sido afectados por una peligrosa palidez y una gran tristeza, como si los pesares que llevaban escondidos se les hubieran presentado de repente, todos juntos, para apropiarse de sus espíritus y avivarles los fantasmas de viejos malestares.

***

La luz del amor

Un rayo de luz penetrante me ha atraído cual imán irresistible. La inmediatez y la fuerza de su destello me han ubicado dentro de su halo, frente a Clara, cuyo corazón emitía una luz cegadora y pura, que atribuyo al amor que prodiga.

He sabido que mi corazón se reflejaba en el de Clara y el de ella invadía el mío, que ambos brillaban y se atraían mutuamente por el amor que irradiaban. El amor nos mantenía unidos como una luz intensa, indestructible.

¡Amada Clara! La visión me ha llenado de esperanzas, me ha rescatado de la desesperación.

***

La propuesta

Ante el desaliento y la posterior claridad de conciencia que me ha asistido, después de tantos intentos malogrados por recuperar la salud de Deneuve y de los hombres afectados, les he pedido que acepten embarcar para volver a las zonas pródigas. En el río ancho, del color de la plata, van a recuperar la salud de forma casi milagrosa, con la ingesta de los alimentos que necesitan y con las infusiones de hierbas curativas. Gerald y yo pondremos todo nuestro empeño en mejorar estas instalaciones, mientras esperamos el regreso.

Les he insistido para que emprendan la búsqueda de Lavallén, quien los ha de auxiliar y ayudará a encontrar aliados dispuestos a recuperar esta fortaleza. Les he recomendado que convenzan a mujeres y hombres para trasladarse a estos espacios, que busquen a todos aquellos que quieran hacer florecer estas tierras negadas por la civilización, pero intervenidas por La Orden.

Los caballeros han entendido que mi propuesta no significa el abandono de Gerald y el mío propio. Nuestra misión ha de ser la de quedarnos como custodios de los tesoros que nos han sido encomendados.

Gracias al apoyo oportuno de Gerald, se han convencido de que podremos resistir. Ha quedado claro que somos los más aptos para el caso, ya que nuestros cuerpos han demostrado estar preparados para

enfrentar las adversidades. Los aguardaremos trabajando con firmeza para lograr lo mejor de este territorio extremo, señalado para el buen venir.

Los hermanos templarios han aceptado retornar al mar de color plata, y avanzar contra corriente hasta encontrar la nave de la que nos despedimos en medio de la niebla.

Lavallén y sus hombres habrán acatado las instrucciones sobre la ruta señalada. Solo así podremos reunir las voluntades dispuestas a concebir un nuevo polo de acción de La Orden.

Practicamos el justo reparto sobre los utensilios a ceder para la tripulación y los que conservaremos para nuestra vida en El Fuerte. Nada nos une a lo material, sin embargo, deberemos proveernos de los elementos para la salud de nuestros cuerpos, en consecuencia, la dependencia de los abrigos, de utensilios, de toneles para el acopio de agua dulce y de tantos otros elementos que nos resultarán imprescindibles, en medio de esta soledad absoluta.

Les he pedido ayuda para instalar el clavijero en lo más alto del torreón, antes de marcharse. Me han complacido, por la Gracia de Dios, a pesar de no entender mis razones, por desconocer su utilidad.

Hemos despedido a nuestros compañeros. Se han alejado en la última nave, al mando de Dubón. Era la única movilidad, ya que no contamos ni con un animal de carga que nos permita algún traslado, aunque sea cercano.

Todo se ha resuelto según las posibles soluciones que hemos podido vislumbrar, con esta partida esperanzadora. Solo quedamos Gerald y yo.

***

La corriente de Parsifal

He aprovechado la corriente ascendente que impulsa a la nave, que estoy seguro es la corriente que ha devuelto a Parsifal, para enviar la última botella que poseo, con un mensaje para mi amada. La he visto alejarse decidida, como un reflejo de mi sentir, como el amor que siento.

Le he pedido a Gerald que me acompañe a orar por nuestros compañeros. No le he comentado sobre mi intención de que la botella siga la ruta que ha encaminado a Parsifal, y la lleve hasta las manos de Clara.

***

Padecimientos

Gerald sigue a mi lado, a sabiendas de que soy el único capaz de asistirlo en el caso de que su conciencia sea interrumpida por los ataques que lo apartan de la realidad, cuando los temblores se adueñan de su cuerpo debilitado, que no puede controlar sus propios líquidos, mientras su boca despide salivas espumosas.

Hay quienes insisten en que he sido dotado con dones especiales por mi capacidad para anticiparme a su trance y "evitar que se manifiesten los demonios que lo atacan" según murmuraban a mis espaldas. He tratado con infructuosa insistencia, de explicarles que Gerald no sufre de posesión maligna, que sus ataques, con fuertes sacudidas y lamentables extravíos, son producidos por un padecimiento físico que ataca sólo su cuerpo indefenso, de lo que no es culpable, ni podemos evitar.

Ellos dicen creer en mis razones, pero no entienden el concepto de "padecimiento físico", no conciben la idea de separar al maligno de los trastornos que Gerald padece, y se dejan persuadir por las creencias que les han transmitido. No pueden evitar el rechazo y el temor ante las situaciones que se le presentan y conmueven profundamente. Un tiempo después de haber superado el trance, cuando todo vuelve a la normalidad, es fácil comprobar que el perverso no se manifiesta en su proceder, ni en su cuerpo, entonces se animan a retomar, con actitudes lentas y precavidas, la camaradería que los unía.

Esta es otra prueba impuesta por el Espíritu. Trabajaremos con firmeza para recuperar las instalaciones, a sabiendas de que se trata de una acción que, en paralelo, debemos realizar en nuestro ser interior. Como es adentro, será afuera; ha de quedar como testimonio de nuestra superación, estoy convencido de ello. Es un gran esfuerzo de nuestra voluntad, volcada en el accionar. Tenemos la seguridad de que es fundamental rogar, pero también es indispensable laborar para recibir el favor por el que rogamos.

Estamos solos en medio de esta inmensidad surcada por unos aullidos que llegan deformados por la distancia, arrastrados por el viento que nos alcanza múltiples interrogantes, a través de los ecos de sus variados silbidos.

***

Ermitaños

El exceso de trabajo, el cansancio y la soledad extrema que padecemos ha provocado el abandono de nuestras apariencias. No podrían reconocernos, nos hemos convertido en un par de ermitaños desaliñados.

Los templarios no cuidábamos nuestro aspecto exterior, la capa blanca era la carta de presentación por la que éramos recibidos con honores, nos confería una posición superior. La apariencia no contaba entre nuestras preocupaciones.

Las hermosas capas blancas han perdido valor en el mundo de donde partimos, están totalmente desprestigiadas, peor aún, servirían para detenernos de inmediato. Solo las velas de nuestros barcos son valoradas y añoradas por los seres que habitan estas tierras y permanecen ajenos a tanta traición.

Gerald y yo nos cubrimos con pieles y con los restos de algún paño que hemos conservado más o menos entero.

Si nos encontráramos, no sabrías quien soy. Me pregunto si yo podría reconocerte, aunque estoy convencido de que lo haría entre cientos de personas ya que tu mirada, tu andar y tu figura son únicas para mí.

De pronto he tomado conciencia de que no me he detenido en los detalles de tu apariencia, a través de tu palabra y de tu forma de ser. He sabido ver tu esencia, tu ser interior es lo que valoro.

Amada Clara, me intriga saber cómo te verás, cómo ha de ser tu vida…

Cerraré los ojos para buscarte entre mis seres amados y decirte que eres la luz que me ilumina.

***

Ballenas

Desde hace varios días disfrutamos del ingreso de ballenas a estas costas. Nos alegran con sus soplidos, zambullidas y juegos. Es una experiencia inolvidable, una manifestación de vida, una compañía inesperada, invalorable.

El cielo se ha cubierto de aves hermosas que han llegado junto a los cetáceos, haciéndose sentir con su alegre revoloteo y sus graznidos, creando sombras bajo el sol intenso. Estos gratos alborotos nos han parecido un renovado gesto de bienvenida a nuestra permanencia en la región.

La temperatura ha subido mucho, lo que nos hace añorar la protección de los árboles, que además nos ampararían de los vientos. Estoy seguro de que Lavallén traerá varias especies para plantar.

La pesca nos brinda el alimento, las pieles, mientras que con los esqueletos más resistentes improvisamos los utensilios.

139. Bahía sin Fondo

– ¿A qué mandato habrá obedecido la elección de esta bahía

de abandonos, de esperanzas sin fondo, de silencios tan profundos? –preguntó Gerald, cuando los días empezaron a sucederse de forma apacible, invariable, como parte de una rutina silenciosa y permisiva.

– ¿Acaso hay motivos ocultos? –volvió a cuestionar visiblemente afectado.

–Los lugares que La Orden elegía para sus asentamientos no eran casuales y éste tampoco lo es –le aseguró–. Desde siempre se han aprovechado los espacios estratégicos, que ya habían sido señalados por civilizaciones ancestrales.

– ¿Qué dices, Guillaume?

–No te alarmes. Esta costumbre es tan antigua como la humanidad –aclaró–. Las señales han estado siempre. Los espacios sagrados han sido protegidos a través de los tiempos.

–Es increíble lo que me dices…

–Cada templo, aunque pequeño, ha sido levantado sobre restos de uno anterior –le dijo con voz suave, que sonaba casi como un susurro digno de ser atendido–. Los rastros de altares son aprovechados para levantar otro sobre ellos –prosiguió ante el desconcierto de su compañero–. Se rescata el espacio, el contenido, la fuerza acumulada durante los años de ritos y ofrendas.

–En las catedrales se protegen los tesoros…–dedujo Gerald

–Como la Catedral Notre Dame de Chartres, donde veneramos la Sancta Camisia, la túnica de María, Madre y Señora Nuestra –confirmó Guillaume.

–Me he sentido maravillado frente a la túnica sagrada –dijo Gerald emocionado.

–Ya ves –asintió Guillaume–. Esa Catedral de culto a María, ha sido levantada sobre las ruinas de un centro religioso de los Carnutos, lo habían dedicado a la Diosa Madre de los druidas. Es sobrecogedora.

–La devoción y la Fe nos conectan con el espíritu de Nuestra Señora –aseveró Gerald.

–Los colores y las sombras que la alcanzan desde los vidrios –amplió Guillaume– provocan un efecto de movimiento que parece acercarla a las esculturas que la custodian, lo que aumenta su misterio.

–Tendríamos que haberla cargado junto a los tesoros que nos han sido encomendados –se inquietó Gerald.

–Era necesario dejar evidencias del pasado santo, para que la

humanidad lo tenga presente –reflexionó Guillaume.

–Para que la sientan cerca y se animen a pedir sus favores y a agradecer –dedujo Gerald.

–No debes preocuparte. Ha quedado muy bien protegida entre las torres –aseguró Guillaume– tras las grandiosas fachadas, bajo las enormes cúpulas rematadas con clavijeros, como espadas protectoras. Nuestras catedrales han merecido gran dedicación, han sido ofrendadas a Nuestra Señora, su sola memoria merece la máxima protección.

–Nadie se animará a destruir sus templos –concluyó Gerald.

–Dios te salve Reina y Madre, Dios te salve…

Prisioneros

Vuelvo a mis libros. Los días se han ampliado, las horas de claridad abundan, lo que agradezco ya que puedo refugiarme en la lectura y volcar mis conclusiones en las hojas, que por ahora no me faltan.

Después haber generado abundancia durante los años de actividad de La Orden, Gerald y yo nos encontramos totalmente aislados. Resulta curioso comprobar que estamos presos en medio de esta libertad obligada. No hay muros ni cadenas que nos detengan en este extremo de tierras áridas, desoladas, casi infinitas. Sin embargo, permanecemos atados por cordones invisibles, sin posibilidades de traslado.

No hemos emitido ni una queja, tampoco mencionamos nuestra añoranza por los seres queridos, ni por los espacios que extrañamos tanto. No lo hacemos, a pesar de conocer el sentimiento que compartimos, para no ahondar en la morriña. Ni siquiera nos hemos animado a verbalizar nuestra nostalgia por un plato de guisado, un trozo de bizcocho, o de cualquier otro alimento diferente a los frutos que nos brinda el mar, que es demasiado generoso, por obra y gracia de Dios.

Huérfanos

–Estamos totalmente huérfanos, De Lyon –comentó Gerald, entre exhalaciones propias de una profunda melancolía–. Hemos quedado olvidados en este desierto gigantesco, frente a un horizonte cargado de mar –amplió.

–Debemos confiar en nuestros hermanos. Ellos encontrarán a las personas interesadas en trasladarse a esta bahía de arenas, vientos y olvidos sin fondo –le respondió Guillaume, con pausas profundas y deliberadas–. Sus pasos han de guiarlos hasta aquellos que se animen a enfrentar los rigores de estas tierras y a desafiar sus inclemencias.

– ¿Qué razón podría haber para que alguien elija establecerse en este rincón ignorado, y acompañarnos para recuperar la fortaleza? –Inquirió Gerald, con desesperación–. ¿Qué podría atraer, a cualquier ser humano en uso de sus buenas facultades, de este lugar de profundas ausencias?

¿Habrá quien comparta nuestras ilusiones y metas? –volvió a preguntar, ante la mirada dolorida de Guillaume, quien entendió que era mejor callar y acompañar sus razonamientos, con silencios y respuestas demoradas, hasta encontrar una luz que los iluminara.

–Bien sabes Gerald, que las acciones de La Orden se fundamentaban en proyectos de paz y amor –acotó por fin.

–En este rincón abunda la paz, pero… ¿cómo hemos de proyectar nuestra acción y buenas intenciones, en medio de esta enorme desolación que se percibe como definitiva? Éramos hombres de acción, Guillaume –siguió reflexionando, en busca de una posible respuesta salvadora–. ¿Qué es lo que nos queda por hacer en estas tierras, donde todo parece caer en saco roto, sin fondo?

¿Es que deberemos permanecer custodiando los tesoros que nos han sido encomendados, hasta el último de nuestros días? –Inquirió Gerald entre largos y sorpresivos silencios–. Y cuando llegue el día, en el que se escape de nuestros cuerpos la última exhalación ¿qué ha de pasar con los tesoros que hemos jurado custodiar? ¿De quién los estamos protegiendo? –Seguía cuestionando, con gran pesadumbre–. ¿Es que puede haber algún enemigo entre estas soledades? ¿Cómo podrían atacarnos, si no hay quien sepa, ni siquiera sospeche, de la existencia de estas tierras?

–Debe haber algunos habitantes, Gerald –le contestó pausadamente–. Son aquellos que han terminado de desmantelar este fuerte y que, al no tener más para saquear, se han alejado. Debemos ser pacientes y esperar el momento en que se presenten –le contestó mientras le palmeaba la espalda, con gesto fraternal.

–Dieu le veut, Dieu le veut, Dieu…

Preocupación

Me preocupa Gerald, en demasía. Estos encierros le afectan, no tiene otro escape a sus agobios más que mis lecturas y las conversaciones sostenidas durante las largas jornadas dominadas por los vientos. Muchas de las conclusiones a las que arribamos terminan en grandes dudas y desesperanzas que no puedo defender; las enfrento con silencios, o con la promesa de una pronta asistencia a los desánimos; no debo confesarle que comparto su fragilidad.

Durante nuestro largo peregrinar hemos aprendido sobre desiertos, ausencias, escasez, riqueza, pero no sabemos de prolongados encierros. Nuestras misiones nos obligaban a trasladarnos de un lugar a otro, cabalgando, navegando, enfrentando todo tipo de inclemencias, pero siempre libres, sin limitaciones, ya que teníamos todos los recursos para movilizarnos, amparados por Nuestra Señora, y a merced de la naturaleza, del amor, del respeto de los pobladores. La ausencia de expediciones, de descubrimientos y de recursos, se suma a las extrañezas que nos afectan.

¿Serán acaso las sensaciones de este encierro similares a las que sienten el Gran Maestre y los caballeros detenidos? Hemos sabido que algunos han permitido que los detengan para distraer a nuestros perseguidores. ¿Estaremos viviendo una condena equivalente, a pesar de la distancia y de las condiciones que nos rodean?

***

Equivocados

Nos equivocamos, Clara, nos adelantamos a los tiempos que demanda la evolución de la humanidad. Durante nuestro recorrido conocimos distintas civilizaciones y religiones, de las que aprendimos y respetamos, mientras los pueblos permanecían en sus lugares, absorbidos por sus rutinas, fieles a su tranquilo andar. No podíamos compartir todas nuestras vivencias ni mostrarles el mundo, tal como lo habíamos visto. Acaso los desorientamos con tanto conocimiento. Produjimos desconfianza en los más cautos y puros, y envidia en los más ambiciosos e impuros. Erramos al impulsar un desarrollo que requería de la madurez de los tiempos personales, para avanzar juntos y laborar el tiempo colectivo. Quizá el entusiasmo nos había inducido a creer que la importancia de la verdad podía ser reconocida por todos, y descuidamos otras demandas. Provocamos nuestro aislamiento, Clara; no era posible apresurar la madurez de los pueblos.

***

Deterioro

Hoy he reparado en la delgadez de Gerald y en la mía propia. Nuestras armaduras nos resultarían muy grandes, y debido a nuestra progresiva debilidad no habríamos soportado semejante peso.

No he querido comentárselo a mi compañero, habría aumentado su delirio y el riesgo de provocarle otro de sus ataques de desolación y extravío.

Quizá habríamos podido calzar las armaduras de quienes nos antecedieron, cuyo porte era más reducido, pero todas han sido

volcadas a la fragua. Durante los años de acción de La Orden, de los intercambios y del justo reparto de las ganancias, la población había aumentado sus tallas. La saciedad alcanzada había provocado el olvido de la hambruna padecida doscientos años antes, cuando familias enteras partían a Palestina, detrás del Ermitaño, en busca de las mieles de otras tierras.

Designios

– ¿Guillaume, insistes en que hemos llegado hasta esta fortaleza, porque el lugar ha sido señalado por la sabiduría antigua? –lo increpó después de la oración de la tarde.

–Estos mapas integran la Geometría Sagrada heredada de Hiram –contestó con la paciencia propia de un gran maestro.

–Si estas tierras son desconocidas para la humanidad, ¿cómo han sido señaladas y reconocidas?

–La sabiduría de Salomón ha guiado a quienes lo han sucedido –respondió.

–Pero estas tierras desconocidas han sido habitadas sólo por un grupo de hermanos templarios –y preguntó con urgencia– ¿Qué ha ocurrido con quienes custodiaban el fuerte?

–También estoy interesado en conocer sus destinos, lo que he de comentarte cuando descubra las notas que lo explican –se apuró a responder.

–He servido a La Orden y he actuado en su nombre –dijo Gerald, con preocupación– sin imaginar la existencia de tantos secretos…

–Nos guiaba la inercia, sin conocer los detalles que la originaron. Todo está escrito en las líneas que se develan ante mí cada día. He de seguir descubriéndolas para compartirlas contigo y con nuestros compañeros. Somos los depositarios de este saber, Gerald.

–*Dieu le veut, Dieu le veut, Dieu*… –repitieron mientras se santiguaban tres veces seguidas.

Invisibles

–Es preciso que recuperemos la capilla –dijo Guillaume –es parte de la bienvenida que debemos dar a nuestros hermanos.

–Es cierto Guillaume, es una de nuestras promesas.

–Nos sentiremos más amparados entre las paredes bendecidas con la fuerza de la oración y de la iluminación del Espíritu Santo –contestó el capitán.

–Doy Fe a lo que dices. No llego a entender a qué se debe la elección de este lugar –insistió Gerald– no había ruinas sobre las cuales levantar la capilla.

Lo siento, Guillaume –reflexionó–. No acostumbraba a cuestionar las decisiones, sólo las acataba, pero ahora necesito entender.

–La Tierra está atravesada por líneas invisibles –le contestó, lenta y cuidadosamente.

–Líneas invisibles…, eso sí que es difícil de creer… ¿Cómo han llegado hasta ese conocimiento, Guillaume? –preguntó alarmado.

–Es parte de la sabiduría de Hiram, de los conocimientos ancestrales. Estas líneas forman triángulos que tejen una malla invisible que rodea la Tierra.

– ¿Cómo saber dónde se cruzan? –Inquirió Gerald mientras miraba sus dedos cruzados entre sí– Debe haber señales, no creo que se adivinen…

–Debes seguir el camino de las aves, según ha enseñado el propio Salomón.

– ¿El camino de las aves…?

–El rumbo que mantienen cuando cruzan los cielos, ha sido aplicado en los planos que atraviesan la Tierra, querido Gerald.

– ¿Quieres decir que el fuerte se ha levantado en uno de esos puntos señalados por las aves, en uno de esos nudos del tejido invisible?

–Lo acabas de decir, Gerald.

–Dios nos ilumine, Guillaume. Es muy difícil creer y resistir este trance.

–Hay demasiado por saber… He aprendido más desde que partimos, que durante toda mi vida de cabalgatas.

–Debemos orar juntos para recibir la fortaleza necesaria.

Imbatible

No interesa la cuenta de los días transcurridos desde que los Caballeros han partido. Importa la fuerza del viento que crece imbatible, nos enfrenta contra lo planeado y convierte en utopía la tarea de recuperar las instalaciones.

Durante las tormentas de viento y arena nos resguardamos en la habitación más entera. Me dedico a la lectura de los cuadernos de viaje de

quienes nos precedieron, junto a los textos y los mapas que me han sido encomendados. Comparto con Gerald los descubrimientos de nuestros antecesores y destaco las precauciones señaladas. Habían tomado recaudos para las naves que arribaban, para las que partían, y para la convivencia entre los pobladores del fuerte. Hasta ahora no se ha acercado ningún ser humano, ni tenemos sospecha sobre algún recodo habitable, en medio de este páramo interminable.

Durante la marea baja, nos acercamos a la playa para recoger las almejas y algas, que el mar nos convida desinteresadamente. A medida que la playa se amplía, su arena blanca se inunda de partículas refulgentes y tibias sobre las que cientos de lobos y elefantes marinos resoplan con placer, de cara al sol.

***

Remordimientos

La luz de las velas se intensifica y amplía frente al espejo cómplice de mis desvelos. Por la prolongada permanencia frente a él, he descubierto gestos míos que desconocía, que acaso no son propios, no han sido originados por mí, sino que se los debo a algún ancestro, al que evoco con mis modos, sin haberlo conocido. Alguna mueca o postura me acerca a los seres que me antecedieron, y percibo a través de mi imagen.

Los recuerdos de quienes me acompañaron se entremezclan con la añoranza, mientras que este sentir inesperado abre un surco amargo que atraviesa mi garganta, envuelve mi corazón y se instala en mi estómago, eco de los latidos que me inundan. Me niego las lágrimas que pretenden asomar ante mi desconcierto y la impotencia que me revela.

Cierro los ojos hasta que me vence la incertidumbre y el cansancio. A pesar de que las fuerzas me abandonan, me duermo con los dientes apretados, crujientes, como si así pudiera contener la pasión que bulle en mi interior. Los sentimientos me rebasan y atormentan, me provocan un profundo remordimiento por no haber logrado extirparlos. A la vez me avergüenzo ante mi regodeo por haberlos descubierto y aceptado, lo que estimula mi culpa, que intenta esconderlos de mi propio juicio y persecución.

Es grande mi deleite al sentirme otra vez junto a vos, al evocar y revivir nuestros momentos más íntimos, al liberar mis sentimientos más recónditos, los que provocan mi vergüenza por mi cobardía, ¿puedes entenderme, Clara?

Me hice consciente de que la contradicción es parte de mis acciones y reflexiones. Me acompañan los espíritus de Ginebra y de Lancelot, sus impulsos pasionales frente a la templanza de Arturo. Visualizo el temor por el juicio al que fueron sometidos por la memoria

de los pueblos y sus espíritus dolientes.

Esa misma contradicción me lleva a pensar que Lancelot podría haber sido sepultado junto a Arturo y a Ginebra para demostrar la valiosa capacidad de perdón del rey, su sabiduría y generosidad.

De repente he podido vislumbrar una luz de esperanza, de perdón.

***

Intrigas

A pesar de mi intriga y obsesión, no he encontrado rastro alguno de los últimos hermanos templarios que habitaron el fuerte, lo que hace crecer en mí la intriga, la necesidad de saber.

Entre las notas hay referencias de la huerta que cultivaban, los animales que criaban y todo lo que hacía a la subsistencia. A pesar de las recomendaciones, todavía no podemos llevar esas actividades a la práctica, por la falta de agua dulce. Nos procuramos lo indispensable para el consumo gracias a la destilación del agua de mar, en los días de sol.

Resulta inevitable pensar en las vidas que hemos dejado tras la decisión fundamental, que vuelvo a valorar, que entiendo como heroica y totalmente necesaria, por lo que me convenzo de mi buen andar.

Templo

–La conciencia de Dios es la mayor gloria que tenemos –reflexionó Guillaume cuando los rayos de sol se esforzaban por emerger de la línea del horizonte.

–Es lo más sagrado, y cada hecho de buena voluntad lo glorifica, lo has dicho siempre, Guillaume.

–Dios dispone de nuestros cuerpos, como templos.

–Nuestros cuerpos son templos ¿entonces, para qué levantamos iglesias?

–En los espacios sacros se produce el encuentro de nuestro ser interior con Dios y con el prójimo. Ha sido la intención de Salomón, de Hiram y de La Orden, al sembrar de templos la faz de la Tierra. El templo contiene la luz de la ciudad celestial. *Cum lapides viri parís compage ligantur,* "la casa sagrada de Dios surge también de las piedras con vida" según predicaba Carlomagno –amplió De Lyon.

–Las "piedras con vida" son los altares –relacionó Gerald.

–Quien accede a la Catedral –asintió Guillaume– traspasa el umbral hacia la promesa de la Biblia: "Vi la ciudad santa, la nueva Jerusalén descender del cielo, de Dios, dispuesta como una esposa

ataviada para su marido. Y oí una gran voz del cielo que decía: He aquí el tabernáculo de Dios con los hombres, y él morará con ellos, y ellos serán su pueblo, y Dios mismo estará con ellos como su Dios.”.

–Debemos esforzarnos para preparar el templo y recibir al Espíritu Santo –expresó Gerald, conmovido.

–Así es. Hemos de darle un lugar de privilegio a la pila para el agua bendita, las sanaciones y el Bautismo. También al espacio del rosetón, la rosa que con su belleza y colores, nos acerca a Nuestra Madre y a Jesús.

– ¿Qué sabes de la iglesia de San Martin de Tours? –Se interesó Gerald– ¿Ha sido levantada sobre restos de otros templos?

–Martin de Tours –asintió Guillaume– el soldado romano que regaló su capa a un pordiosero, a pesar del castigo que caería sobre él, sin saber que ese hombre que padecía de frío era Jesús, quien después se le presentó portando la capa. Sí, la iglesia ha sido construida sobre unos restos merovingios.

–*Dieu le veut, Dieu le veut, Dieu le veut*…–respondió mientras se santiguaba.

Poder

La Orden se había erigido en la administradora de gran parte de los estados. Por su habilidad para negociar con estados rivales era la principal prestadora de fondos a monarcas empobrecidos, y efectuaba transacciones con los musulmanes. Una de nuestras hazañas ha sido la Letra de cambio, por la cual el dinero podía entregarse en otros dominios. Las letras se llenaban con códigos de La Orden y eran canjeadas por sus propietarios, o por los caballeros designados, en nuestras lonjas de negocios.

Acaso por nuestras exigencias y por los éxitos obtenidos, nos consideraban temerarios, reverenciales y éramos detestados por algunos poderosos, como Enrique III de Inglaterra, que nos había lanzado una amenaza: “Vosotros los templarios (…) tenéis tantas libertades y cartas de privilegio que vuestras enormes posesiones os hacen desvariar de orgullo y altivez. Lo que fue dado imprudentemente debe ser revocado prudentemente; y lo que fue otorgado inconsideradamente debe ser reclamado consideradamente”, en clara alusión a las bulas del Papa Inocencio II.

El maestre le había respondido: “¿Qué estás diciendo, oh, rey? No permita Dios que de mi boca salga una palabra tan desagradable y necia. Mientras ejerzas la justicia, reinarás. Más si la infringes, dejarás de ser rey”.

Los poderosos se sometían al poder de La Orden, pero maldecían al Gran Maestre que tenía la capacidad de actuar de mediador en las disputas terrenales.

***

Tu voz

"Habéis servido al poder terrenal, no así al verdadero y trascendente, el Poder Divino", me has dicho muchas veces, Clara. Frente los hechos acontecidos, debo reconocer tu razón y nuestro error fundamental.

Te busco con desesperación para lograr la mirada del amor que me alimenta. Sospecho que estás cerca, pero sólo escucho tu voz que insiste: "Habéis servido al poder terrenal, no así al verdadero y trascendente, el Poder Divino", lo repites una y otra vez, sin que pueda verte. Tu voz es tan clara y potente que vuelvo a buscarte, pero desapareces, sólo me queda tu reproche y mi remordimiento.

***

Señalados

– ¿Dices que los lugares para levantar los templos han sido señalados por los egipcios, de acuerdo a la Geometría Sagrada?

–Tú lo has dicho, Gerald. Elegían puntos estratégicos. Para construir sus pirámides copiaron el mapa de las estrellas.

–"Como es arriba es abajo", solían decir mis mayores –reflexionó– ¿Qué pretendían al copiar los trazados de las estrellas?

–Trataban de reflejar las tres estrellas centrales de la constelación de Orión, las llamaban "La puerta celeste" o Duat, así levantaron las tres grandes pirámides de la meseta de Gizeh. El faraón necesitaba una copia del Duat en la Tierra, para practicar su tránsito al Más Allá.

–Es maravilloso lo que me cuentas, Guillaume.

–Tenemos otros puntos en común con los egipcios.

–Como las cruces –interpretó Gerald.

–Tú lo has dicho. Son símbolos de la vida y del renacimiento, puesto que creen en la vida después de la muerte –comentó Guillaume–.

También recibieron de manos del dios Toth "Las Tablas Esmeralda" con "todos los secretos del cielo y la tierra".

– ¡Como recibió Moisés las tablas de los Diez Mandamientos! –se admiró.

–Y como le ocurrió al arquitecto Imhotep, que recibió los planos de la primera pirámide, en unas tablas –amplió Guillaume.

–Nuestras religiones tienen mucho en común…

–En el "Libro de los Muertos", el dios Anubis pesa el alma del faraón para decidir si debía salvarlo o condenarlo –comentó ante la sorpresa de su compañero.

San Agustín decía que el pueblo egipcio era el que más creía en la resurrección de la carne

La historia del dios Osiris tiene muchas coincidencias con la de Jesús –dijo ante la mirada desorbitada de Gerald–.Resucitó tres días después de ser sacrificado, por la traición de alguien de suma confianza, su hermano.

–Entiendo, entiendo.

-También está Isis, la reina y madre protectora...

–Por Dios, Guillaume…

–Dieu le veut, Dieu le veut, Dieu …

***

Obsesión

-Habéis servido al poder terrenal, pero puedes cambiar, me repites entre sueños.

Lo sé, Clara. Las gestas bélicas nos han alejado, hasta situarnos en límites opuestos. Sigo abocado al intento de radicarnos en estos espacios tan lejanos como desconocidos y puros, para resguardarnos y ser dignos de vuestro respeto. Quiero ser digno de tu amor.

La distancia se ha agrandado y el milagro del encuentro se vuelve una obsesión desesperada, que me lleva a negar el presente plagado de heroísmos.

***

La oscuridad

–La autoridad que domina la superficie de la Tierra –introdujo Guillaume–controla lo que se halla debajo, como las minas, las corrientes subterráneas, los túneles, las catacumbas, lo que está escondido de la luz del sol, de nuestras miradas...

–Desde niño he relacionado la oscuridad con el maligno…–respondió.

–Se confunde al maligno con la sabiduría oculta, por temor a lo desconocido –agregó Guillaume.

–El maligno se representa en la oscuridad.

–Desde el inicio de los tiempos, los poderosos traman en los lugares más recónditos, alejados de la luz, protegidos del bullicio –le aclaró.

–No imaginaba tantas tramas, ni tantos secretos…

–Los celtas excavaban galerías cercanas al corazón de la tierra, comunicadas con un pozo reverenciado por sus sacerdotes –dijo De Lyon– allí alcanzaban la alta magia, recibían mensajes y vislumbraban soluciones.

– ¿Las ceremonias eran privadas? ¿No se celebraban junto al pueblo?

–Después de la ceremonia secreta se reunían con el pueblo, en un altar a cielo abierto, ubicado sobre el espacio oculto.

–Y todos rogaban por el éxito –especuló Gerard–. La gente no imaginaba quienes eran los dueños del poder.

–Has acertado, Gerald. Lo que se ve es una fachada, un destello de la trama.

–Resulta difícil saber dónde está la verdad.

–San Bernardo –amplió Guillaume– tenía conocimiento de estos ritos y de la sabiduría que los originaba. Ha instruido a nuestros constructores para aprovechar los espacios señalados por las culturas ancestrales.

–Dieu le veut… –susurró Gerald, mientras se santiguaba con fruición–. Estoy confundido… hay demasiado oculto… nada es como parece –replicó con voz queda, mientras se tomaba la cabeza con las manos.

–Ha llegado el momento de nuestra oración…

–Dios te Salve, Reina y Madre de misericordia…

Secretos

Los templarios hemos valorado las culturas ancestrales. Somos depositarios del saber atesorado por los pueblos que han reverenciado las fuerzas que surcan la Tierra.

Hemos aprendido a excavar hasta encontrar las corrientes de agua sagrada, sanadora, mágica. Implantamos bosques sagrados, con laberintos, fuentes y copas de agua virtuosa que canaliza la fuerza de esas corrientes, y se amplía en los círculos de piedra. Las piedras

acumulan el poder del sol, y de la sabiduría, cuya fuerza se entrecruza cuando están distribuidas en círculos,

El respeto por las piedras ha sido heredado de los Magos Babilonios, cultores de la Piedra Negra de La Meca. Hemos levantado pequeñas pirámides, por tierras mediterráneas. Nuestros templos y sus imágenes son de roca, testimonios inalterables.

Los hermanos Templarios acostumbramos a trabajar sobre los talentos que nos han sido otorgados, para multiplicarlos con amor.

¿Cómo no preservar con el mayor hermetismo los secretos que nos han sido encomendados? ¿Qué mandatario habría hecho buen uso de este conocimiento?, ¿Cómo revelar tamaña información a Felipe, a sus aliados, o a cualquiera de sus adversarios?

Reconstrucción

–Debemos avanzar sobre la reconstrucción de la capilla –instó De Lyon después de la oración del alba–. Avanzaremos en el tallado de los episodios fundamentales de La Biblia y de los grandes maestros.

Aquí está todo por hacer, Gerald –continuó a pesar de la abstracción de su compañero–. Estas tierras pertenecen a quien las habite. Solo Dios podrá limitar nuestro accionar. Es necesario interpretar las señales que Él nos ha de dar por medio de la naturaleza, como lo hacía Salomón, de acuerdo a las enseñanzas de David. Según La Biblia y el Corán, Salomón había llegado a ser el rey más sabio.

He escogido una imagen de David como pastor –continuó diciendo– para un espacio de privilegio. Lleva un arpa en las manos, símbolo de la armonía.

Salomón es la insignia de la *Hagia Sophia,* o "Sabiduría Divina" y oculta, sus prácticas resultaban mágicas –comentó De Lyon.

– ¿Tienes documentos sobre esa Sabiduría? –se interesó Gerald.

–Ha sido Orígenes, el teólogo egipcio y maestro de los catecúmenos cristianos, quien ha compartido las curaciones de Salomón, en sus libros de Literatura Mágica. Debemos rescatar las enseñanzas de los primeros tiempos de la Iglesia.

–Somos parte de un génesis –respondió Gerald.

–El génesis tendrá lugar cuando consigamos poblar este fuerte –afirmó–. Podremos volver al inicio del cristianismo, a la práctica de la Sabiduría Divina. La Orden coincidía con Orígenes, todo debe ser

respetado, debatido, investigado.

Hemos experimentado el oprobio que Orígenes debió haber sufrido durante su persecución. Somos parte del giro de la historia, a pesar del tiempo transcurrido –se lamentó.

– ¿Cuál ha sido su pecado, Guillaume?

–Se quejaba por descuido de las más de veinte versiones de los Evangelios, en poder de su Iglesia –aseveró–. Hemos rescatado algunos muy maltratados.

–Son verdaderos tesoros…

–Además pretendía integrar las teorías neoplatónicas al cristianismo, pero sus enemigos lo condenaron a prisión y lo torturaron hasta la muerte.

– ¡Dios Santo! ¡Tantas injusticias para quien pretendía debatir sobre la Verdad y la Luz! –se horrorizó Gerald.

–En su libro "Sobre los principios" presenta sus dudas. Considera que el principio de la duda es el punto de partida del conocimiento. La duda impulsa la evolución.

–La búsqueda de la verdad –asintió Gerald.

–Dieu le veut, Dieu le veut, Dieu…

***

Confusión

Vuelvo a vos, Clara. A pesar de mis intentos, no he podido visualizar tu imagen pacificadora y fundamental. Entre tantas angustias y desamparos he llegado a pensar que estoy destinado a buscarte por el resto de mi vida, mientras duren mis alientos.

He encendido una vela para convocarte, con la pretensión de que su calidez atraviese los mares que nos separan y se funda con la lumbre de la candela que debes tener encendida, para lograr la comunicación que ansío, beber de tu fuerza y poder transitar cada uno de estos días de desasosiego.

En mi profunda concentración ha desaparecido la distancia. Te sientas a mi lado y tomas mis manos entre las tuyas. Me estremece el profundo amor de tu mirada y siento que soy correspondido, mientras tus labios acercan su tibieza a los míos.

-Tu amor me ha traído hasta aquí -me dices entre susurros que agitan mi cuerpo entero, mientras intento abrazarte.

No estás, has desaparecido.

Acaso ha sido mi ansiedad la que me hizo perderte, entre la nebulosa de mi mente que confunde los espacios y los tiempos.

***

Migración

Han pasado los meses de benevolencia y los fríos han empezado

a anunciarse. Bandadas de aves se movilizan hacia climas más benignos mientras el sol pierde intensidad. Las familias de pingüinos han empezado a abandonar los nidos que habían construido con dedicación después del cortejo. Son una especie admirable, fieles entre sí, los integrantes de la pareja trabajan por igual, comparten el tiempo de incubación, de cuidado y de alimentación de las crías. Los vemos partir con gran desasosiego, extrañaremos a las familias, las teníamos identificadas. Reconocíamos a los pichones y a sus nidos, que abandonaron naturalmente. Acaso regresen para la próxima estación. Tal vez ocupen el mismo nido, o lo que haya quedado de él.

La luz se retrae gradualmente y los días son cada vez más cortos. La noche se fortalece y crece paso a paso, colmada de silencios insondables, profundos, solemnes.

He observado los rumbos que siguen las aves, los he registrado en los mapas correspondientes a las rutas de migración, las que unen los lugares sagrados. Esta sabiduría ha sido transmitida también por los esenios, esos judíos santos, ascetas piadosos, recluidos en el desierto por voluntad propia.

Transmisión

–Entre las enseñanzas a transmitir, hemos de dedicarnos también a la sabiduría y las prácticas de los esenios, Gerald.

– ¿Los que vivían entre las murallas de Jerusalén?

–Sólo unos pocos permanecían en la "Puerta de los esenios", la gran mayoría se había marchado al desierto.

– ¿Quiénes habitaban Jerusalén? –se interesó Gerald.

–Los saduceos, fariseos y zelotes, eran parte de la sociedad hebrea –le informó.

– ¿Por qué se marcharon al desierto? ¿Necesitaban del sacrificio para vivir en paz con sus conciencias? –preguntó alarmado.

–Los esenios eran el grupo más radical, espiritual, profundamente religioso, único afán era adorar a Dios. Estaban desconformes con las prácticas de los otros grupos, por lo que se marcharon a donde sus costumbres no se contaminaran –le informó–. Los esenios habían transmitido a Jesús sus conocimientos sobre la imposición de manos sanadoras, los beneficios de consumir vegetales, el contacto con la naturaleza y otras sapiencias heredadas de sus ancestros, las que habían sostenido sin cambios.

–Así deben ser transferidas Guillaume.

–Así lo haremos, Gerald.

–Dieu le veut, Dieu le veut, Dieu…

***

Desaparecida

Has desaparecido de los espacios donde te encontraba y tu figura se desdibuja entre mis recuerdos. Necesito de tu sabiduría esencial, práctica y terrena, de tus consejos sólidos, para enfrentar este trance que torna tan difícil mi existencia.

Me he concentrado en la luz de la candela que me traslada hasta la escollera donde me has dado el último beso, ese que he podido responder con el ardor que desconocía y he descubierto en mí, por el que me ha costado tanto separarme de ti.

-Debes creer en tu propia grandeza, permite que el amor ilumine tu vida-me dijo antes de reunirse con sus compañeros.

Con las emociones mezcladas te veo en el peñón desde donde nos veías partir. ¿Habrás derramado alguna lágrima como la que ahora se desliza por mi mejilla?

***

El Gran Creador

–Dios es el Gran Creador, el Gran Arquitecto de la humanidad, el Gran Alquimista –definió Guillaume, con profunda convicción.

–El Gran Maestro –precisó Gerald–. Hemos aprendido de Él, seguimos sus pasos, sin miedos, con amor.

–Hemos actuado según la Parábola de Los Talentos –intervino Guillaume–aprovechando los denarios que nos han sido otorgados, multiplicándolos, provocando algunos cambios.

–Con los cambios han aparecido miedos…–sugirió Gerald.

–Los cambios son temidos, por lo desconocido –afirmó De Lyon– como ocurre con una puerta por abrir, sin pensar que detrás de esa puerta podría estar la luz.

–Es una gran aventura enfrentarse a lo desconocido –interpretó Gerald.

–Pretenden detener la rueda del conocimiento –prosiguió Guillaume– para que todo permanezca estático, y gobernar dentro del orden establecido. Es como saben hacerlo, reprimiendo el genio de la curiosidad, que provoca a la investigación.

–Y sosegando a quienes pretenden nuevas oportunidades –dedujo Gerald.

–Están impidiendo la búsqueda de la Verdad, de los verdaderos fundamentos, el impulso de la evolución, que tanto los

perturba –confirmó De Lyon.

–Y La Orden se había propuesto favorecerla…–susurró Gerald.

–Hemos trabajado en la búsqueda, el cambio, pretendíamos continuar con la acción creadora, sin desafiar al Creador. Seguimos sus enseñanzas y el camino por Él señalado.

–Hemos dejado esa enseñanza –reconoció Gerald.

–Ese afán era parte de la alquimia que hemos perseguido y transmitido –concluyó.

–Oremos…

Espera

Estamos atentos al arribo de la única nave capaz de surcar estos mares. Llegará el día en que divisemos la vela blanca. Llegará victoriosa, con la cruz paté de ocho puntas extendida, mostrando su nuevo logro. Vendrá comandada por los caballeros que han de devolvernos las esperanzas, que les entregamos cuando partieron portando un silencio de promesas con retorno, que no hacía falta pronunciar. Ellos se han marchado con la seguridad de que regresarán con las soluciones para el futuro próspero que planeamos. Lo han hecho a sabiendas de que la vida de Gerald y la mía han quedado ancladas a esa sola posibilidad.

Será un día de fiesta. Los abrazaremos con fuerza; sé que ellos también lo harán, que habrán de corresponder a nuestro abrazo con el sentir sincero y solidario de todo hermano templario. Van a arribar con la convicción de estar cumpliendo con el salvamento prometido, con la certeza de que deberán permanecer aquí, el lugar señalado, donde seguimos esperándolos, para emprender juntos la nueva etapa. Sé que han de regresar con gentes dispuestas a poblar el fuerte, a multiplicarse y hacer de este espacio una población próspera, según ha sido costumbre y hacer de La Orden, en cada uno de nuestros asentamientos.

Ruego por ellos, los llamo con el pensamiento cargado con la mejor intención. Los imagino en el momento del arribo gozando de plena salud, junto a los colonos cargando sus animales y pertenencias. Es la ilusión que le da fuerza y calidez a mi presente.

Umbilicus

–Los templos guardan incalculables tesoros y sabiduría. Son como un libro escrito de otra manera –reflexionó el capitán.

– ¿A qué te refieres, Guillaume?

–A los tesoros del saber resguardados en las catedrales, como

el que ha quedado oculto en La catedral de la Asunción de Nuestra Señora, en Chartres. Es uno de los capítulos fundamentales dentro de nuestras pretensiones de alquimia del saber.

– ¿Qué es lo que La Orden ha dejado en tan grandiosa catedral? –quiso saber.

–En ella dejamos registrado *El Umbilicus* –respondió ante la mirada extrañada de Gerald.

– ¿El Umbilicus?

–El Umbilicus Telluris, el punto exacto que señala el centro del Mundo, el sitio crítico desde donde parte el origen, el manantial de poder, la palpitación de la Tierra, su ritmo interno, regular, dulce y tremendo a la vez –definió Guillaume.

– ¿Dices que ese punto de poder está en la Catedral de la Asunción de Nuestra Señora, en Chartres? –insistió Gerald.

–Ha sido nuestra conclusión. Lo señalamos en una piedra blanca, marcado con una espiga metálica, de suave dorado. Cada veintiuno de junio, al mediodía, un rayo atraviesa una rendija entre dos varillas que sostienen los vidrios de colores del vitral de *Saint-Apollinaire,* ilumina la piedra blanca y hace relumbrar su espiga metálica –amplió.

–Estaba convencido de que era una curiosidad.

–El resultado de una curiosidad y de la investigación realizada por La Orden.

–Me doy cuenta de que desconozco mucho más de lo que creía sobre La Orden a la cual he servido toda mi vida –reflexionó Gerald.

–La Orden se había empeñado en resolver los misterios que rodean a la humanidad –reafirmó Guillaume.

–Y entre ellos estaba el Umbilicus…

–Como has dicho. Los griegos lo llamaban *Omphalos,* u ombligo. Pensaban que había sido señalado en el mar por dos águilas enviadas por Zeus. Los romanos lo llamaban *Umbilicus urbis*, creían que estaba en el Foro romano, donde ofrecían sacrificios a los dioses del inframundo, y que había sido construido por el propio Rómulo, con ayuda de los etruscos.

–Necesitaban precisar el punto exacto de origen de poder –dedujo Gerald.

–La tradición judía sostiene que Dios lo reveló a través del Arca de la Alianza, en el Templo de Jerusalén, levantado sobre el centro del mundo.

–Entonces no hay acuerdo sobre el lugar.

–No, no lo hay, pero hemos dejado registrada nuestra teoría –respondió.

– ¡Debemos invocar a la Santa Madre de Dios! ¡Que Nuestra Madre, nos proteja y ayude a transmitir y a resolver estos altos conocimientos! –imploró Gerald.

–Dios te Salve, Reina y Madre de misericordia, Dios te Salve…

Extraña

He perdido la cuenta de los días transcurridos desde que Gerald y yo quedamos a cargo de El Fuerte. Siento a esa despedida como muy lejana, aunque por momentos me parece cercana.

Extraño a los míos, a los de mi sangre, a mis compañeros de crianza, a los del pasado compartido, a aquellos con quienes planeábamos el porvenir. Extraño la calidez de mi familia, sus ruidos y andares, como también lo extraña Gerald, aunque ambos lo callemos.

Un animal doméstico nos habría ayudado en esta circunstancia, pero sólo nos llega el rumor de las olas y de las aves carroñeras que se acercan a devorar los restos de algún animal marino.

Ahora sé que el dolor de la ausencia tiene muchas facetas, que cada una puede dañar de manera diferente, que la suma de ellas produce este sufrimiento intolerable, que entre todas instalan la desesperanza, la cual solo puede ser derrotada por la Fe, como única tabla de salvación. Jamás me había detenido a pensar en estos sentires, ni había hablado de ellos para evitar el contagio, ya que he comprobado que la tristeza y el dolor del alma se contagian, como humores que van cavando desde dentro debilitando el ánimo, afectando el ser de una forma negativa y tan poderosa que crece hasta enfermar el cuerpo. Entiendo y consiento los apartamientos de Gerald, además de sus obstinados silencios.

***

Reflejo

Te extraño, Clara. Nunca pensé extrañar a nadie. Cuando despierto de madrugada, te siento tan cerca, que me parece distinguirte entre los reflejos que atraviesan el espejo.

Me convenzo de que sientes igual, que es la razón por la cual permaneces en el mundo de imágenes donde te vislumbro. Mezclada entre las figuras que habitan esa superficie bruñida, te deslizas hasta este rincón y cruzas frente a mí, antes de volver a integrar los reflejos. Intento verte mejor, pero las luces que me acompañan no ayudan,

aumentan mi desconcierto frente a esas siluetas que no distingo y me confunden aún más, provocando la desesperación que me domina, dada esta tremenda ansiedad por acercarme a vos. Me restriego los ojos, pero hay un velo invisible que los perturba y se resiste a liberarlos.

Por momentos te siento muy cerca, como si te hubieras trasladado a este rincón donde te sueño y espero, desde que partimos de La Rochelle. Entonces te pregunto ¿Estás aquí? ¿Estás a mi lado, Clara? ¡Déjame verte! ¡Hazte presente, aunque sólo sea por un instante, para regalarme una pizca de calidez, para ayudarme a menguar esta soledad que, a pesar de mis intentos por evadirla, se hace insoportable!

Creo que estás junto a mí, que has dejado el mundo de reflejos desde donde te asomas impulsada por mi llamado interminable. Me convenzo de que me has escuchado, que me acompañas en esta sala, entre mapas, libros y baúles cargados de incógnitas.

Te percibo cerca, pero cuando creo alcanzarte, desaparece la sensación de tu presencia y vuelvo a hundirme en la desesperanza.

***

Deneuve

Desde este rincón he imaginado los movimientos realizados por la nave de Deneuve, en cada uno de los tramos; he seguido a los caballeros en cada trecho, sin que lo sospechen. He vivido los posibles aconteceres, por eso sé que, si la buenaventura los ha acompañado para procurar las medicinas, semillas, alimentos y los enceres necesarios, es probable que hayan emprendido el regreso, junto a los nativos dispuestos a sumarse a esta noble aventura.

Sé también que si no han obtenido lo indicado, habrán seguido avanzando contra la corriente, rumbeando hacia el norte, afanados en la búsqueda de alguna de las aldeas de los pueblos originarios, o tras las huellas de la nave que se les ha anticipado. Si no han podido encontrarlos sobre la ribera del este, deben haber seguido rumbeando hacia el norte, sobre el oeste, en busca de los pioneros que se han instalado sobre las costas del gran río.

Entre las altas montañas del poniente y el río de color plata hay grandes extensiones, con variada vegetación. En el centro de esas tierras aparecen las serranías que rodean al Valle de los Espíritus, ya que por ahí se dejan ver los duendes y los seres de la naturaleza que se ocultan de las miradas. A la hora del ocaso, las laderas de las montañas se vuelven resplandecientes, esplendorosas, como si reflejaran la Ciudad Dorada. La custodian en complicidad con los loros que pueblan los cerros y levantan alarmas ante cualquier sonido o movimiento extraño, como el revoloteo de las aves gigantescas que la sobrevuelan.

El Valle de los Espíritus ha sido habitado desde tiempos perdidos por gente alta, fornida, de ojos y pieles claras, descendiente de viajeros normandos que se han establecido en el corazón de esas sierras mediterráneas. Ahí conservan su estirpe y viven en armonía con sus tradiciones y con sus vecinos cercanos, pero sin aceptar las influencias, ni la intervención de algún otro mando. Allí amparan las reliquias sagradas que han acarreado desde los mares helados. Las han resguardado en lo más profundo de estas tierras ignoradas, donde permanecen protegidas de las inclemencias naturales y de los desatinos humanos.

Se dice que ahí guardan reliquias de los druidas, de Merlín, de Arturo y sus caballeros, entre los que está El Bastón de Mando. Los han depositado en altares rodeados de corrientes de agua sagrada, a los que se llega después de descender a las profundidades y atravesar túneles con paredes pintadas con las memorias de sus travesías y secretos. Allí celebran sus ceremonias y protegen los tesoros.

Los testigos cuentan que la magia se siente por las serranías, inunda los llanos y trepa a los cielos. Muchas veces son visitados por las luces seguidoras, que bajan desde las estrellas y se quedan por los campos, para luego marcharse con gran discreción, sin anuncios, ni ruidos, tal como habían llegado.

¿Será Merlín, o algún enviado suyo, quien se presenta por esos lares para proteger la zona y sus guardianes?

En estos cuadernos de viaje hay dibujos de los cielos, con detalles de las luces que se muestran por las aldeas y evocan los refusilos de San Elmo, los que se han dejado ver por los mares y que tanto temor han provocado entre la tripulación. ¿Será que Merlín y San Elmo patrullan los cielos? ¿O habrá otra magia que no he conocido, a pesar de los viajes, prácticas y estudios?

La Orden ha preservado la memoria de Merlín, protector de Arturo y sus caballeros. Para ellos había mandado a construir "la mesa redonda", con maderas y metales nobles, según el armado del Arca de la Alianza, como forma de favorecer la nobleza de las decisiones.

Hemos respetado la magia de Merlín, con la sana decisión de investigar sobre ella, para conocer su alquimia y ponerla al servicio de la humanidad, ya que todo es obra del Creador.

Quiera Dios que aquellas aldeas costeras sigan en los lugares señalados en los mapas. Ruego a Nuestra Señora para que los guíe hacia quienes se les han adelantado, o que les otorgue la visión justa para arribar a donde aquellos valientes se hayan trasladado.

Los trazos que les he entregado han sido delineados a través de

los años de intercambios de minerales, de enseñanzas de los misioneros y de los maestros artesanos. Los mapas se han dibujado gracias a los relatos de quienes participaban en tamañas expediciones. La variedad de rutas ha sido detallada por aquellos que habían desviado sus rumbos, a causa de las tormentas o de los derrumbes que borraban las salidas al mar. Hemos sido protegidos por Nuestra Señora Madre, a quien nos encomendábamos, como seguimos haciéndolo.

Durante esos largos menesteres, nuestros hombres eran guiados por los nativos designados por el Inca, gracias a la buena relación que manteníamos. Desde las minas bajaban las caravanas acarreando los cargamentos por las cuestas, esquivando los salares, con la ayuda de unos camélidos que abundan por esa zona, pero de menor porte que los de oriente. Llegaban a la orilla de las corrientes que los acercaba al gran río dulce, de color plata que desemboca en el mar del mismo color, desde donde partían hacia este Fuerte. Aquí se producía el relevo de los guardianes y aprovechando la corriente fría que trepa y cruza el mar, partían hacia el puerto destino, del otro lado del mar.

***

Sabiduría

–Gracias al Maestro Bernardo, hemos conocido la obra de San Benito, las enseñanzas de Salomón y la sabiduría de los celtas, hemos estudiado y adoptado sus prácticas puestas al servicio de la humanidad –dijo Guillaume–. Los celtas eran estudiosos de la tierra, de su superficie y de lo que había debajo de ella, como las corrientes internas.

– ¿Corrientes internas, dices? –preguntó extrañado.

–Estudiaban el recorrido de las corrientes subterráneas, donde se cruzaban y erigían sus altares, que coincidían con los que levantaban en la superficie de la tierra. En el punto más alto, hincaban el clavijero.

–He visto clavijeros en las cumbres de los templos y en muchos monumentos, todos señalan al cielo –comentó Gerald.

–Como las pirámides de Egipto, cuyas cúspides eran metálicas –corroboró.

– ¿Qué se pretende con los clavijeros? –se interesó Gerald.

–Resultan ser agujas mágicas, a través de las cuales intentan comunicarse…

– ¿Me dices que intentaban comunicarse por medio de unas agujas mágicas?

–Los hombres sabios, se ubicaban en los altares sumergidos, rodeados del agua mágica, y en un estado de profunda elevación recibían, a través del clavijero, los mensajes emitidos desde otro lugar, sin importar la distancia.

– ¡Imposible de creer! –se resistió Gerald.

–San Bernardo había dado instrucciones para instalar los clavijeros en las cúspides, inalcanzables para la mayoría, como el más alto saber, con la pretensión de captar las influencias de las estrellas, a modo de las antiguas pirámides.

–Es muy complicado, Guillaume –le contestó perplejo.

–Nuestra organización estaba acostumbrada al desafío. Las construcciones son el rostro de las épocas, Gerald, reflejan las inquietudes de los pueblos –amplió Guillaume entre gestos conciliadores–.La Torre de Babel es la expresión más antigua, la más ambiciosa… –Guillaume calló de repente, al ver que su interlocutor se tomaba la cabeza con ambas manos.

–Dios te Salve, Reina y Madre…

***

Gerald

Al ver la confusión en la expresión de Gerald he dado por finalizada la conversación. No puedo compartir mis inquietudes con quien no está preparado para alcanzar la comprensión y la real dimensión de estos conocimientos. Deberé continuar con el hermetismo que he practicado para proteger a mi querido y frágil amigo. He sido egoísta al pretender su cooperación y posibles comentarios que, de haber sido posible, me permitirían analizar con más profundidad mis descubrimientos y conclusiones. Deberé elegir cada palabra antes de pronunciarla.

***

Cautivo

Soy cautivo de la soledad más cruel. He buscado a Clara, pero sigo sin encontrarla. Ella era el ancla de mis emociones, me hacía sentir cercano al mundo que he abandonado, hacía posible mi sueño de volver a su lado, para crear un mundo diferente.

He buscado una respuesta entre las figuras que me revela el cebo que se consume, pero no encuentro la complicidad acostumbrada, no hay señales, ni lecturas posibles. He encendido otras velas, con el mismo resultado, el cebo se desliza y se acumula en la base, ahí toma forma de peñascos, que me remiten a las playas donde nos despedimos.

Su abandono me agobia, me atormenta. Al buscar las razones de su lejanía, vuelvo sobre las fuerzas ocultas que han anulado nuestro canal de comunicación. Esas fuerzas han interferido entre mi sentimiento y el espejismo de intimidad, tan etéreo como necesario para mi equilibrio, puesto al servicio de la humanidad.

***

Caminatas

Cuando el clima lo permite, Gerald sale a caminar, a recorrer la zona con la idea de encontrar túneles. Son esos momentos los que aprovecho para volcar en los cuadernos mis secretas conclusiones y dudas.

Quienes compartimos las aficiones del saber y sus prácticas, hemos buscado la forma de crear una conexión cierta, de compartir los mensajes por fuera transporte personal, o de las aves, y es a través de estas enormes agujas.

Los clavijeros tienen la facultad de captar los conceptos de los iluminados y lanzarlos a los cielos, con el fin de conectarlos con los receptores indicados, a pesar de las distancias. En momentos de profunda reflexión, algunos monjes han llegado a percibir ideas ajenas, emitidas a distancia y transmitidas quizá, por las agujas.

Sería maravilloso hacer realidad el cruce de mensajes claros emanados desde este punto tan apartado. Hasta ahora he captado señales muy débiles. ¿Serán el reflejo de mis propios sentires, de mis impresiones? Lo cierto es que tengo el propósito de seguir recorriendo el camino del conocimiento, de ampliar su trazado.

Inspecciones

Gerald y yo hemos dedicado las largas jornadas de viento irresistible a inspeccionar cada rincón del fuerte, con la esperanza de localizar algún pasadizo secreto, pero encontramos más expresiones de la devastación que nos rodea.

Hemos acopiado cientos de rocas que se hallaban diseminadas por el fuerte, y las apilamos a la vuelta del clavijero, en lo más alto del torreón, con dirección al cenit.

Debo avanzar en mi empeño de transmitir los mensajes. Por medio de la concentración intentaré enviar mis pensamientos a través del poder atesorado en las piedras de las profundidades, conectadas con las de la superficie, y a la vez coronadas por el clavijero. Trataré de encontrarme con el pensamiento de quien se halle en la misma búsqueda, aunque el trayecto supere la imaginación.

Opresión

Gerald ha empezado a sentir la opresión causada por la permanencia en este cautiverio, sin puertas, ni límites aparentes. Se aleja cada día más del fuerte que, por haberlo recorrido tantas veces, ha perdido todo atractivo para él. He advertido que las horas de ocio, junto a la rutina y a esta falta de acción, obligada por las circunstancias, enferman su mente atormentada, razón por la que respeto la soledad que se procura. Después de tantas jornadas compartidas y misterios develados, se ha convencido de que debe haber información oculta en los lugares más impensados.

Las ausencias de Gerald se prolongan cada vez más. No puedo acompañarlo. A pesar de la falta de vecinos y de la soledad extrema, no quiero dejar la biblioteca que atesoro, ni la carga que nos ha sido encomendada, me siento anclado a ellas.

Si nuestros compañeros templarios no se han reunido con la nave que se les ha adelantado y han debido seguir navegando rumbo al norte, en contra del cauce del río dulce y de plata, deberán ser más las lunas y las estaciones que les tome volver, tal vez sean años, quizá sean demasiados, acaso no habremos de encontrarnos otra vez.

Ahora todo resulta posible, pero lejano. Se han roto las cadenas de comunicación. La voluntad que se ha pactado consiste en que Gerald y yo podamos resistir hasta el momento en que se produzca el reencuentro con Deneuve y sus compañeros para que, junto a los colonos que los acompañen, tengamos la posibilidad de provocar un nuevo génesis en el paraíso terrenal que hemos decidido recuperar.

***

Sin resignación

No conozco la resignación. Me resisto a dejarme someter por esta actitud deplorable y falta de fe que me invade por momentos. Mi condición de Caballero me obliga a luchar hasta vencer y recuperar lo pretendido que, en este caso tan especial para quien ha sido un Templario, es el amor.

Guiado por la necesidad de encontrar a Clara, he buscado la complicidad que me brinda la lumbre de la vela, para poder ingresar al mundo del espejo y mezclarme entre las figuras que lo habitan. Es la manera que tengo de convocarla, de intentar hallarla. Lo hago impulsado por esta obsesión que me persigue, tras la férrea decisión de enfrentarla para defender mis verdades.

El humo se eleva y dibuja una silueta. Presiento que se acerca el momento de verla, pero el mismo humo toma una forma diferente y la pierdo, no consigo visualizarla. Serán unas fuerzas entrometidas y desalentadoras las que la alejan de mi lado, una y otra vez.

¡Oh, Clara! Tengo la necesidad imperiosa de que me digas cómo hacer para encontrarte ¿o será que no te dejarás ver más por mí?

¿Acaso es éste el momento de la despedida definitiva?

***

Silencio rotundo

Después de la oración del alba, espero con ansia la salida del sol, que se demora cada vez más, a medida que avanzan los fríos. La naturaleza se resigna a la hibernación creciente, que se hace más profunda, gris y silenciosa. Las ballenas se han llevado su vitalidad, cargada de ruidos y alegría. Las aves han emigrado a otros rumbos, quitándole matices fugaces al cielo, dejándonos sin sus trinos, indispensables en este páramo donde se extrañan hasta sus sombras. Hemos despedido la última familia de pingüinos. El éxodo de esa población cordial nos ha provocado un dolor indescriptible.

Pienso en los osos que habitan en los hielos del norte, que por alguna razón no existen por estas tierras, tampoco hay pingüinos en la tierra de los osos.

El silencio se vuelve más rotundo, al igual que la desolación que nos rodea.

Con la bienvenida al nuevo día renuevo mi esperanza sobre la posibilidad de hacer realidad nuestros proyectos y convertirlos en buena ventura.

La bruja

Los marinos pertenecientes a otras flotas se asombraban por la capacidad de ubicación que demostrábamos los templarios, en medio del mar. Se sorprendían por la habilidad que nos permitía llevar a buen término las misiones más peligrosas, aunque implicaran atravesar aguas profundas, o enfrentar temporales y días nublados, sin el apoyo del sol, nuestro principal guía. Había quienes porfiaban en que gozábamos de la asistencia de alguna bruja, a lo que respondíamos con cierta sorna y les presentábamos a nuestra "bruja", una simple aguja, que los desorientaba aún más. Omitíamos mostrar la acción de la aguja, que montada en una pequeña caña dejábamos flotar en un cazo con agua, donde señalaba el norte, y nos brindaba la orientación que todos deseaban.

Por otro lado, consultábamos al Astron, fabricado por Ptolomeo para determinar la posición de los astros, y nos permitía deducir la hora y la latitud.

Hace un tiempo había llegado a La Orden la noticia sobre "la bruja de aguja fija", del alquimista Don Pietro Peregrino de Maricourt,

de Picardía. Tengo la certeza de que esta nueva bruja va a brindar un gran avance para verificar el norte. Es probable que entonces se animen a explorar el temido Mar Tenebroso.

***

Opuestos

Las noches son cada vez más largas. La oscuridad ha contaminado al espejo que se niega a acercarme a vos. La flama de mi vela no alcanza a captar la luz que cubre el otro lado, donde el sol regala sus rayos más potentes. Sólo mis pensamientos me llevan hasta las playas que imagino radiantes de luz cálida, de esa luz que te inunda y generas con amor.

Me doy cuenta de que una vez más estamos en los lados opuestos, luz y oscuridad.

***

Pedidos de Gerald

Durante sus paseos por esta planicie desértica, Gerald no necesita el apoyo de la bruja flotante, ni de la fija, ni del sol para ubicarse. El Fuerte se impone sobre la extensión llana, supera con creces las formaciones rocosas que interrumpen el paisaje, lo que me da la certeza de que va a encontrar el camino de retorno. Desde el torreón puedo distinguirlo a gran distancia, siempre que no se interponga la niebla o se levante una repentina tormenta de arena. Curiosamente, él puede intuir estos fenómenos, lo cual le permite retirarse con anticipación.

Desde que desembarcamos, Gerald no ha sufrido ataques complicados. Ante la mínima manifestación de alguno de los síntomas que lo atormentan, se tiende sobre el suelo donde respira pausada y profundamente, hasta que pasa el trance, que por obra y gracia de Nuestra Señora, ha aprendido a superar prestamente. Esto me da a pensar que la tranquilidad extrema que nos rodea, y la ausencia de las miradas cuestionadoras, le ayudan a superar su padecimiento.

Gracias a sus caminatas y a su minuciosa exploración, Gerald ha descubierto la boca de entrada a un túnel disimulado por piedras. Me ha comentado que al moverlas ha escuchado voces que parecen llegar desde muy lejos. Está feliz por haber cumplido su meta por mérito propio.

Desde el día de su descubrimiento ha vuelto a ese lugar cada vez que los vientos amainan, con la intención de investigar más, de entender el mensaje que traen los sonidos. Me ha comentado que acostumbra a dejar esa entrada tal como la ha encontrado, para no alterar lo que

otras voluntades han dispuesto.

– ¿Serán las voces de los últimos compañeros templarios, de los moradores de este Fuerte? ¿Serán las voces de quienes quieren ser escuchados, a través de ese conducto, desde el lugar adonde residen? – me ha preguntado, en varias oportunidades, con la intención manifiesta de que lo acompañe.

–Creo que es la forma que tienen para guiarnos a donde se han trasladado –le he respondido.

–No alcanzo a entender lo que dicen, tal vez nos están advirtiendo sobre algún hecho –me ha insistido–. Es preciso que vayamos juntos para descifrar los mensajes.

Le he asegurado que en uno o dos días más, los que me demanden terminar de ordenar nuestra valiosa biblioteca, iremos hasta la boca del túnel. Debo concluir el traslado de todos los libros, mapas y tesoros en guarda, a la sala del subsuelo donde permanecerán protegidos de los vientos y de los fenómenos naturales. Entonces podré cumplir con el deseo de Gerald.

Después he de disponerme a leer los cuadernos de notas que he descubierto entre las rocas de la sala que me ocupa. Son las palabras de quienes nos han precedido, que habrán dejado las instrucciones referentes a este fuerte y sobre el misterioso túnel.

Ahora me urge la intriga, he de acompañarlo hasta ese espacio que ha logrado despertar mi curiosidad.

Tormenta

Desde lo más alto del torreón lo he visto venir con paso vacilante, mezclado entre las sombras de arena levadiza y de las nubes que acarrea el viento, lo que anticipa aún más la noche temprana. He corrido a buscarlo. Apenas logré alcanzarlo se ha desmayado entre mis brazos. No he podido sostenerlo. Ha caído al suelo, preso de una secuencia de estertores intensos, mientras su cuerpo se dejaba invadir por una rigidez que crecía a cada momento, como jamás le había ocurrido. Me quedé a su lado, intentando detener con mi cuerpo la potencia del viento, que parecía empecinado en movernos cual partículas de arena.

No puedo calcular el tiempo que ha pasado desde el momento en que he logrado arrastrarlo, con cuidado extremo para no dañarlo, hasta la protección de las paredes del fuerte. La oscuridad, los rugidos y hasta algunos movimientos ocasionados por la tormenta que se avecina, la primera de estas características desde nuestro arribo a la bahía, parecen inconmovibles a mis ruegos. La cerrazón se ha adueñado de los espacios, cuya condición es tan lúgubre como el presente que nos envuelve. Solo los centelleos que por momentos nos manda el cielo, me

permiten distinguir el rostro de Gerald, deformado por las contracciones que lo afectan de forma intensa, entrecortada, casi interminable.

Los temblores que afectan su cuerpo se detienen por lapsos, pero se repiten incontables veces, lo que me lleva a preguntarme cuánto tiempo más podrá resistir los embates de su naturaleza signada desde el nacimiento.

Estamos ubicados al amparo de una pared, bajo una techumbre que nos da mediana protección. No puedo moverlo más, prefiero permanecer en este rincón, bajo los refusilos que ordena el cielo, para ver las expresiones de su rostro. No he alcanzado a prender las lámparas de aceite que han quedado en la habitación, por lo que una oscuridad impenetrable abarca todos los espacios. La desesperación crece en mí, a pesar de la resistencia que me impone la Fe.

Después de un sinnúmero de estremecimientos, de mi pelea empecinada por evitar que Gerald trague el vómito y su propia lengua, me he dado cuenta de que el espíritu de Gerald ha abandonado su cuerpo vencido, agotado por la intensa lucha sostenida contra el mandato de su origen. Lo he sacudido numerosas veces, con las fuerzas que me restan, y con las que he recibido para enfrentar este trance, para tratar de recuperar los latidos de su corazón, generar el movimiento vital de su organismo y devolverle la vida que se le está yendo.

A pesar de mis renovados intentos, Gerald no ha respondido a los estímulos a que lo he sometido, bajo esta tormenta inclemente. No he logrado retener su espíritu, he fracasado en mi tentativa de provocarlo a volver a ocupar el espacio físico que ha abandonado. Su cuerpo ha quedado inerte, deshabitado.

El cielo acompaña mi estremecimiento y mi rabia, con sus luces y rugidos. Por momentos y a través del viento, me llegan unas pocas gotas que intentan lavar mi llanto.

En medio de mi desesperación, escribo mis vivencias en un papel imaginario. No debo olvidar ni un detalle de los hechos, ya que no tendré con quién comentar, por lo que me resulta imperioso grabarlos de alguna manera, hasta que la tormenta pase, mi espíritu se recupere y tenga el ánimo suficiente para volcarlos en mi cuaderno. Será cuando pueda copiar el relato de estos hechos que por ahora dejo apuntados en la pizarra que me brinda el firmamento, en la que tantas veces le he escrito a Clara. He de recuperarlos y pasarlos al papel para que sirvan de testimonio y guía de quienes vayan a sucedernos en El Fuerte de esta Bahía sin Fondo.

La tempestad se ha adueñado de estas tierras. He subido a lo más alto del torreón decidido a gritar mi desventura, con la fuerza

renovada que me transmite la tormenta, para desafiar a la naturaleza y a todos los que me han olvidado; para responder a los gruñidos del cielo y rogar protección a los espíritus que me guían.

También me dirijo a quienes se encuentren ubicados debajo de los clavijeros, en las profundidades de la tierra, entre las aguas sagradas de los centros de reunión y ceremonias, para que escuchen mi clamor y atiendan este mensaje desesperado y lanzado desde lo más alto de este páramo en el que reino, en medio de la soledad más absoluta. A ellos les envío este pedido de auxilio, al pié del clavijero que junto a mis compañeros templarios hemos conseguido trepar y estaquear. Desde estas alturas observo con asombro la intensidad alcanzada por la tormenta dominada por los refusilos y las luces producidas por los choques entre las nubes.

Todo se ha convulsionado. A medida que el mar aumenta su rugido, las olas crecen y golpean las paredes del Fuerte con inusitada fuerza destructora.

Me he ubicado en el torreón más alto, al lado del clavijero, convencido de que las descargas llegadas desde el cielo pueden servir de hilo conductor para mis pedidos desesperados. He levantado los brazos, con el fin de que mi intención pueda ser transportada y llegue a ser escuchada por quien comparta el mismo intento de comunicación.

Pareciera que la naturaleza responde a mi protesta con refucilos que llegan acompañados por rugidos crecientes. En el esfuerzo por ser escuchado, aumento el volumen de mis alaridos, compito con los gruñidos del cielo que, cada vez más embravecido descarga su ira, que puedo sentir sobre mi cuerpo que se conmueve numerosas veces.

Lavallén

– ¡La fuerza de la tormenta crece de una manera insospechada!–expresó Lavallén con gran asombro, a la tripulación del barco que se dirigía a la Bahía Sin Fondo con las cargas prometidas para auxiliar a Guillaume y a Gerald –no podemos acercarnos a la costa, por temor a encallar.

–Por ahora es imposible tocar tierra –afirmó a sus afligidos compañeros–debemos soportar los embates de las olas permaneciendo en la embarcación, en medio del mar, acompañándonos con oración y valor.

–Nos queda poca distancia por atravesar, sin embargo, la tempestad no permite que nos acerquemos a la costa. –reflexionó.

–Entre refucilos se alcanza a divisar El Fuerte –comentó mientras lo señalaba– pero, por alguna razón que desconozco, los rayos parecen empeñados en atacarlo.

– ¡Los rayos han encendido una de las torres! –exclamó uno de los tripulantes mientras se tomaba la cabeza con las manos.

–Sólo nos queda esperar a que la lluvia se desate antes de que avancen las llamas –expresó un compañero.

–A pesar de la poca distancia, no podemos ayudar a Guillaume y a Gerald.

–Por ahora sólo podemos ocuparnos de salvar el barco –afirmó Lavallén.

– ¡Dieu le veut!, ¡Dieu le veut! ¡Dios lo quiere! –repitieron a coro.

– ¡Oh, Dios! Las llamas se alimentan, crecen sin límite, parecen decididas a quemar El Fuerte –expresó Lavallén realmente conmocionado mientras veía que las llamas avanzaban inclementes.

–Dios te Salve, Reina y Madre de Misericordia… –rezaba la tripulación, en tanto luchaban por estabilizar la embarcación.

– Dios te Salve, a Ti llamamos los desterrados Hijos de Eva… –era la oración que los hombres elevaban desde la embarcación ante la visión del fuego que devoraba El Fuerte.

Fin de la espera

Entiendo que mi propósito ha tenido buenos resultados ya que desde esta altura veo a uno de nuestros barcos. ¡La espera ha dado resultado! Cuando amaine la tormenta nos reuniremos para cumplir la misión, delegaré el mando y partiré a buscar a Clara.

De repente me siento comunicado como jamás lo había logrado. Intuyo pensamientos, escucho voces y hasta vislumbro figuras que se perfilan con mayor claridad, a cada momento.

He sido bendecido con la visión de Clara. Ahora sé que ella siente mi presencia, ya que me busca a su rededor y por su expresión sé que ha podido visualizarme.

En lo más alto del torreón he sido bendecido con la visión de San Bernardo y de San Benito; ellos están muy cerca y puedo confirmar que siempre lo han estado. El poder del clavijero es tal, que puedo acercarme a ellos. También está Deneuve, a quien veo saludable, radiante, junto a otros hermanos templarios, con quienes había compartido mi ceremonia de iniciación y distintas encrucijadas. Me siento impresionado por los recuerdos de aquellos hechos fundamentales en mi vida y tomo la mano que San Bernardo me tiende con un gesto comprensivo, mientras me bendice con su mano derecha.

Acepto el impulso amoroso que me brinda mi protector y veo que

detrás de él llegan compañeros cátaros a los que no veía desde hace tanto tiempo. Hago un gran esfuerzo por encontrar a Clara, pero ella no ésta. Me distrae la cantidad de gente que los acompaña, vienen navegantes del norte con las réplicas de sus drakkar colgadas de sus cuellos, otros traen sus amuletos de orientación, todos vienen a recibirme.

De repente puedo ver que El Fuerte se ha encendido. Desde estas alturas superiores veo que se suman las llamas, a medida que las descargas producidas por el choque de las nubes son atraídas por el clavijero. Puedo ver los alcances de este gran incendio, las llamas han alcanzado el cuerpo de Gerald y veo que mi propio cuerpo arde, junto a todo lo que lo rodea.

He tomado conciencia de que he abandonado mi cuerpo físico, pero no puedo hacer nada para evitarlo. Las llamas no alcanzan a mi espíritu. Tengo la certeza de que he sido perdonado por las tentaciones, contra las que he luchado, pero no he sabido controlar. Me ha sido revelado que mis acciones en favor de la humanidad han podido más que mis frustrados desvíos.

Pretendo pedir la intercesión de San Benito y de San Bernardo para salvar de las llamas a los tesoros que debíamos proteger y a la biblioteca por la que tanto hemos luchado. Por alguna razón que desconozco, el fuego crece y alcanza tal ferocidad, que sigue avanzando con un impulso desmedido sobre El Fuerte. Veo cómo es destruido ese importante rastro fundacional que La Orden había instalado en la Bahía sin Fondo.

Acaso los hombres que arriben a las costas, cuando la tormenta se los permita, puedan salvar algunos de los tesoros resguardados en lo más profundo.

A pesar de mis ruegos, la batalla emprendida por La Orden, ya no depende de mí, sino de quienes deban seguir nuestro camino. Tal vez haya quien, con el tiempo, encuentre los mapas de nuestros rumbos, entre los archivos protegidos por Dionisio de Portugal. Estoy seguro de que los habrá entregado en guarda a los frailes de un convento cerrado, o que estarán siendo protegidos entre los libros más ocultos, en lo alto de algún faro, a buen resguardo de la humedad y del salitre.

Aquel adelantado que descubra nuestros mapas y sepa leer entre líneas lo que ha quedado escrito, sabrá también que su nave puede cruzar el Mar Tenebroso y ha de entender que, al llegar al otro lado, se encontrará con gente buena, confiada y generosa que, al ver el barco amparado por la cruz de los Caballeros Templarios, habrán de salir a recibirlos con alegría y con honores, como se recibe al amigo más esperado. No ha de importar el tiempo que transcurra, ya que esas

gentes buenas han de contar sus memorias a sus hijos y a sus nietos, que a su vez las repetirán a sus hijos y nietos.

Ellos seguirán esperando a los amigos lejanos y llegará el día en que descubran la cruz paté sobre la vela blanca de los barcos que se acerquen a sus costas. Entonces tendrán la certeza de estar viviendo la experiencia renovada de encontrarse con la gente que llega del otro lado del río grande, donde el agua y el cielo se hacen uno para darle paso al sol.

La Gran Luminosidad

Un vertiginoso resplandor se acerca hasta mí, en medio de la luminiscencia. En este instante veo que también soy resplandor, como nuestros Maestros, como Deneuve, y todos los que nos acompañan. Juntos nos elevamos a una velocidad impensada y nos reunimos con la Gran Luminosidad de la cual ya formamos parte.

Personajes

Parsifal

Guillaume de Lyon, Capitán y Escribiente

- Gran Maestre Jacques de Molay
- Papa Clemente V
- Felipe IV, Rey de Francia
- Dionisio El Bueno, Rey de Portugal
- Roberto Bruce, Rey de Escocia, excomulgado
- San Benito, fundador de Los Benedictinos
- San Bernardo de Claraval, fundador de La Orden y de la Abadía de Claraval
- Hugo de Champagne, primo de Bernardo
- Pedro de Amiens, El Ermitaño
- Rey Salomón
- Hiram, Constructor
- José de Arimatea
- Papa Urbano
- Godofredo de Bouillon
- Alejo Comneno, Emperador de Bizancio
- Alt, Navegante
- Esquieu de Floyrán, traidor
- La Sirenuca, sirena

Los Cátaros

- Clara, la Perfecto
- Rex Mundi: Poder de la Malignidad

Caballeros:

- Paul de Lavallén
- Deneuve
- Aumont conduce las carretas y la flota a Escocia
- Ricardo de Dubón
- Maurice de Marchant
- Mustafá, músico intérprete del Duduk.

Torre del Homenaje, Leyenda

- Emir
- Alba, hija del Emir

Personajes de la infancia de Guillaume

- Reynaud de Provins
- Charles,
- André, Juglar
- Rey Arturo
- Ginebra

- Lancelot
- Merlín

Espacios

- Río Tajo
- Castillo de Tomar
- Castillo de Almouron
- Providence
- Puerto La Rochelle
- La Grange-aux-Dimes
- Ruta de Jaffar
- Portugal, Port-O-Grial (Puerto de la Sangre Real)
- Castillo de Montsalvat
- Jerusalén
- Templo de Salomón
- Mar Tenebroso
- Río color de la plata
- El Fuerte, Bahía Sin Fondo, Patagonia Argentina.

Contenido

Partida

Arribo a Portugal

Castillo de Almourol

Río Tajo

Castillo de Tomar

La Rochelle

Gran Maestre

Mar Tenebroso

Mi confesión
Canto
Visión
Conciencia
La sombra
Misterios
Figura
Tripulante
Enigmática
Desengaño
La Perfecta
Ultima despedida
Sentimientos
Mandatos
Despedida especial
Recuerdos
El Paraíso
Impulsos
Escenas
Propuesta
El canto
Sentimiento ideal
Melancolía
Ausencia
Búsqueda
Juramentos
Mensaje
Paraíso
Incertidumbre
Plenilunio
Amor
Refugio
La vela
La sombra
Vientos

Dudas
Otro plano
Sin contacto
Destinos
Custodios
Abandono
Besar el suelo
Obediencia
Fracaso
Volvieron
Excusas
Confusión
Llamado
Inalcanzable
Presencia
Triángulo amoroso
Sueños
Búsqueda
Cordón invisible
Parsifal
Nostalgia
Manifestaciones
La luz del amor
La corriente de Parsifal
Ermitaños
Equivocados
Remordimientos
Tu voz
Obsesión
Confusión
Desaparecida
Reflejo
Cautivo
Sin resignación
Opuestos

– ¡Dieu le veut! ¡Dieu le veut! ¡Dieu le veut! –Era el lema que los Caballeros Templarios renovaban con convicción, a cada momento, durante sus años de actividad gloriosa, el mismo que rezaban con fe inquebrantable, mientras se internaban en el Mar Tenebroso. Iban decididos a enfrentar los monstruos que infectaban las aguas de la única ruta posible para llegar a la tierra desconocida por la civilización que los había traicionado.

– ¡Dieu le veut! ¡Dieu le veut! ¡Dios lo quiere! –Repetían con el convencimiento acostumbrado, en tanto avanzaban dispuestos a cumplir con lo prometido al Gran Maestre Jacques de Molay, quien se había entregado sin resistencia a las fuerzas enviadas por Felipe IV. Era una estrategia para dar tiempo a los Caballeros a zarpar desde La Roche, con el fin de cumplir con la misión más importante, jamás imaginada. Era fundamental resguardar la sabiduría ancestral transmitida por Salomón.

Cada noche, cuando el descanso se apoderaba de sus voluntades, la melodía del duduk invadía el aire, evocaba las vivencias que habían quedado suspendidas por las rutas a Jerusalén. Mezclada entre los sentimientos que se manifestaban, intentaba aflorar la sombra de algún amor reprimido.

La ruta de Parsifal resulta de un trazado intenso entre lo real y lo imaginario sobre el destino de la armada más poderosa del S. XIV, la de La Orden de los Caballeros Templarios.

Esta extraordinaria incursión evidencia el misterio del continente de lo “real maravilloso”, según lo señalara Alejo Carpentier.

María Cristina Altobelli. *Nació en la ciudad de Salta, Argentina, donde cursó sus estudios. Por haber vivido en distintos países se ha nutrido de experiencias, costumbres y leyendas compartidas a través de "El Conjuro" su libro de cuentos. La necesidad de transmitir sus experiencias ha expandido su creatividad literaria.*

Con su obra "La Presencia" obtuvo el Primer Premio del "Concurso de Cuentos Homero Manzi 2000" de Salta y Mención Especial del "Concurso del Foro por la memoria de Pompeya", de Buenos Aires.

Su cuento "La visión de Vitrubio" fue editado por la Editorial Dunken, en el libro "Voces Cruzadas" (2018).

El reconocimiento obtenido por "El Conjuro", su primer libro de cuentos ya publicado, la impulsó a intervenir en el terreno de la novela, de la investigación y de sus próximos trabajos literarios.